This volume was digitized through a collaborative effort by/ este fondo fue digitalizado a través de un acuerdo entre:

Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras

www.raha.es

and/y

Joseph P. Healey Library at the University of Massachusetts Boston

www.umb.edu

LA

DIVINA C

POR

DANTE AL

SEGUN EL TEXTO DE LAS EDICIONES

NUEVA TRADUCCION EN PROSA Y DIRECTA DEL

D. CAYETANO

COMPLETAMENTE ANOTADA Y CON UN PRÓLOGO BIOG

PRESIDENTE DE LA AC

EUGENIO

130 GRANDES PLANCI

STAVO

1012531
840-31 CHA via MANCHEÑO

LA LECTURA,

BIBLIOTECA DE OBRAS SELECTAS

de historia, viajes, poesía, crónica, y cuento tradicional.

BAJO LA DIRECCION DE

DON GREGORIO URBANO DARGALLO.

MIGUEL MANCHEÑO Y OLIVARES.

ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES

La Lectura. 4 de octubre de 1846. Tom. I. 246.

VIAJE

Á AMÉRICA,

POR EL VIZCONDE DE

CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS.

TOMO ÚNICO.

MADRID: — 1846.
Est. Literario-Tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti.
Calle de la Madera baja, núm. 8.

840-31
CHA
v.2

R-102974

ADVERTENCIA

DE LA EDICION DE 1827.

Ninguna cosa notable me ocurre que decir á cerca de el *viaje á América*: su relacion, asi como el argumento de los *Natchez* esta sacado del manuscrito original de los mismos *Natchez*. El presente viaje lleva consigo su comentario y su historia.

Hállanse en varias obras mias frecuentemente, recuerdos de mis viajes por América: al principio habia pensado reunirlos en mi narracion, colocándolos por órden de fechas; pero he renunciado á semejante idea á fin de evitar repeticiones, contentándome con recordar aquellos pasages. Sin embargo, he citado algunos de ellos cuando los he considerado necesarios para la ilustracion de este libro, siendo al mismo tiempo de corta estension.

Con objeto de familiarizar al lector con el viajero á quien ha de acompañar á Ultramár, presento en la introduccion un fragmento de las *Memorias de mi vida*, para cuyo fin he corregido con especial cuidado la parte escrita yá: la que se refiere á hechos posteriores al año de 1791 hasta nuestras dias, es enteramente nueva.

Al hablar en ella de las repúblicas españolas, refiero, en todo lo que me es dado referir, lo que yo hubiera deseado ejecutar en bien de aquellos estados nacientes, si mi posicion política me diese alguna influencia sobre los destinos de los pueblos.

Antes de llegar á tratar de este grande objeto he procurado adquirir las luces necesarias: para componer una docena de páginas he estudiado muchos volúmenes impresos, y muchas memorias inéditas: he consultado personas que han viajado y residido en las repúblicas españolas; y en fin, el caballero Esmenard ha tenido la bondad de proporcionarme muy preciosas noticias á cerca de los préstamos americanos.

El prólogo que precede á este libro es una especie de historia compendiada de los viajes, que servirá para desplegar ante los ojos del lector el panorama general de la ciencia geográfica; el *itinerario*, por decirlo asi, del hombre sobre el globo.

PRÓLOGO. (1).

Los viajes constituyen una de las fuentes de la historia: por medio de la narracion de los viajeros llega á colocarse la historia general de las naciones estrañas, al lado de la particular de cada pais.

Remóntase el orígen de los siglos hasta la misma cuna de la sociedad: los escritos de Moises nos demuestran las primeras emigraciones de la humana especie: en ellos percibimos al

(1) Aunque precisado á reducir un cuadro tan inmenso en los límites estrechos de este prólogo, creo no haber omitido cosa alguna esencial: si algun lector aficionado á esta clase de investigaciones desea saber mas, puede consultar las obras de los *D' Anville, Roberston, Gosselin, Malte-Brun Walkenaer, Pinkerton, Renuel, Cuvier, Jomard*, etc.

patriarca conduciendo sus rebaños por las orillas de Canaán; errar al árabe entre los desiertos arenales; y á los fenicios esplotar el proceloso mar.

Moises hace surgir la segunda familia de los hombres de las escabrosas montañas armenias, punto central con respecto á las tres grandes razas blanca, negra y amarilla; negros, indios, celtas ú otros pueblos del norte.

Hállanse los pueblos de pastores en Sem, los de comerciantes en Cam, y los de guerreros en Jafét: Jafeto está considerado por los griegos y romanos como padre de la especie humana.

Bien sea que hayan existido dos poetas con el nombre de Homero, ó que las obras que se atribuyen á este no ofrezcan mas que una compilacion de las tradiciones de la Grecia, nos ha dejado en la *Odisea* la relacion de un viaje y nos transmite al mismo tiempo las ideas que en aquella época de la primitiva antigüedad se tenian sobre la figura de la tierra que representaba un disco circundado por el rio Océano: tal es tambien la cosmografia de Hesiodo.

Herodoto padre de la historia, así como Homero lo es de la poesia, era tambien viajero como este, y recorrió todo el mundo que se conocia en su tiempo. ¡Qué estilo tan bello usa para describir las costumbres de los pueblos! En su época solo se conocian algunos mapas costaneros de los navegantes fenicios, y el mapa-mundi de Anaximandro, corregido por Hécates: Estrabon nos habla de un itinerario del mundo escrito por aquel.

Herodoto solo conoce bien dos partes de la

tierra; la Europa y el Asia. El Africa y la Libia no figuran en sus relaciones sino como una vasta península que pertenece al Asia. El itinerario de aquel hombre célebre acompaña y describe las rutas de algunas caravanas por el interior de la Libia, haciendo al mismo tiempo una relacion sucinta de un viaje en derredor del Africa. Cierto rey de Egipto llamado Necos hizo partir del golfo arábigo á unos fenicios, quienes volvieron á Egipto por las columnas de Hércules: habiendo empleado tres años en su navegacion, á su vuelta refirieron que el sol habia aparecido á su derecha. Asi lo manifiesta Herodoto.

Asi pues los antiguos tenian como nosotros dos especies de viajeros: los unos recorrian la tierra, y los otros los mares. En la misma época en que Herodoto escribia, acababa su Periplo (1) Hannon el cartaginés. Aun se conserva algo de la coleccion que Scylax hizo de las marítimas escursiones verificadas en su tiempo.

En la novela de la Atlántida que se ha querido hallar en la América, nos ha dejado Platon relaciones semejantes; y Eudoxio compañero de viaje de aquel sabio filósofo, compuso un itinerario universal en que enlazó la geografía con algunas astronómicas observaciones.

Hipócrates visitó los pueblos de la Escitia: los resultados de su esperiencia fueron aplicados por él al consuelo del género humano.

Ilustre es el rango que Genofonte ocupa entre aquellos armados viajeros que se esforzaron á hacernos conocer el terreno que habitamos.

(1) Vá incluido entero en el *Ensayo histórico*.

Aristóteles que precedia á la marcha de las luces, consideraba esférica la tierra :su circunferencia era apreciada por él en cuatrocientos mil estadios. Asi como Cristobal Colon creia Aristóteles que las costas de la Hesperia estaban situadas en frente de las de la India: tenia una confusa idea de la Inglaterra y de la Irlanda, á las cuales llamaba Albion y Gerna; y aunque no le eran desconocidos los Alpes, los confundia con los Pirineos.

Dicearco, uno de sus discípulos, nos ha dejado en algunos fragmentos la bella descripcion que hizo de la Grecia: al mismo tiempo Alejandro el Grande, discípulo tambien de Aristóteles, conducia el nombre de esta Grecia hasta las orillas del Indo. Las conquistas de este guerrero obraron una revolucion en los pueblos, lo mismo que en las ciencias.

Despues de la muerte del hijo de Filipo reconocieron las costas meridionales del Asia, Androstenes, Nearco y Onesícrito: Seleuco Nicanor penetró hasta el Ganges; y Patroclo, uno de sus almirantes, navegó por el Océano índico. Los reyes griegos de Egipto abrieron con la India y la Trapobana un comercio directo; Tolomeo Filadelfo envió á la India flotas y geógrafos; Timóstenes publicó una descripcion de todos los puntos conocidos; y Eratóstenes presentó las bases matemáticas que debian servir para un sistema completo de geografía. Asi las caravanas penetraron en la India por dos caminos: terminaba el uno en Palibrota bajando el Ganges, mientras que el otro rodeaba los montes Imaüs.

Hiparco el astrónomo predijo una gran tierra que debia unir la India al Africa, donde es fácil ver el universo de Colon.

La rivalidad de Roma y Cartago hizo que Polibio fuese viajero tambien: con el objeto de conocer bien el pueblo cuya historia se proponia escribir, visitó las costas de Africa hasta el monte Atlas. Eudoxio de Cirico en tiempo de Tolomeo Fiscon, y de Tolomeo Laturo, intentó dar vuelta al Africa por el Oeste, buscando un rumbo mas directo para pasar á los puertos de la India desde los del golfo arábigo.

Los romanos, estendiendo sus conquistas hácia el Norte, hicieron desplegar nuevas ideas. Piteas de Marsella habia tocado ya aquellas riberas de donde debian surgir los destructores del imperio de los Césares: navegando hasta los mares de la Escandinavia fijó la posicion del cabo Sagrado y del cabo Calbium (Finisterre) en España; reconoció la isla Uxisama (Ouessant), la de Albion, una de las Casitérides de los cartagineses, y surgió por aquella Tule famosa en que se ha creido reconocer á la Islandia; pero que es la corte de Jutland segun toda apariencia.

Julio César ilustró la geografia de las Galias, comenzando el descubrimiento de la Germania, y de las costas de las islas de los Bretones: Germánico condujo las águilas de Roma hasta las riberas del Elba.

Estrabon, en el reinado de Augusto, comprendió en una sola obra los movimientos anteriores de los viajeros y los que habia adquirido por sí mismo; pero si su geografia hace conocer cosas nuevas sobre alguna de las partes del globo, en cambio hace retroceder la ciencia en algunos puntos. Estrabon distingue las islas Casitérides de la Gran Bretaña, y manifiesta creer que las prime-

ras, las cuales no pueden ser otras que las Sorlingas, producian el estaño: ahora bien; el estaño se estraia de las ruinas de Cornualla; y cuando escribia este geógrafo griego, hacia ya largo tiempo que llegaba al mundo romano el estaño de Albion, atravesando las Galias.

Estrabon suprime en la Gália ó en la Céltica toda la armoricana península: no conoce el Báltico, á pesar de que pasaba á la sazon por un gran lago salobre, en cuyas orillas se encontraba la *costa del Ambar Amarillo*, que es la Prusia de nuestros dias.

Durante la época en que Estrabon florecia, Hipalo fijó la navegacion de la India por el golfo arábigo, esperimentando los vientos que nosotros apellidamos *monzones*: uno de estos (el Sud-Oeste), que conducia á la India, tomó el nombre de Hípalo. Algunas flotas romanas solian partir del puerto de Berenice hácia la mitad del verano, llegando en treinta dias al puerto de Ocelis ó al de Cané en la Arabia; y desde alli á Muricis en cuarenta dias, primera escala de la India. En el invierno se verificaba la vuelta en el mismo espacio de tiempo: de este modo los antiguos iban y venian de la India en menos del espacio de cinco meses. Plinio y el Periplo del mar Eritreno nos suministran estos pormenores curiosos en sus pequeños geógrafos.

Dionisio el Perigetes, Pomponio Mela, Isidoro de Charas, Tácito y Plinio, despues de Estrabon, añaden nuevos conocimientos á los que ya teniamos de las naciones. Plinio singularmente es mas interesante que todos por el número de viajes y relaciones que cita. Cuando le leémos venimos en co-

nocimiento de que se ha perdido una completa descripcion del imperio romano hecha por órden de Agrippa yerno de Augusto, unos comentarios sobre el Africa por el rey Juba, estractados de los libros cartagineses: una relacion de las Islas Afortunadas por Estacio Sevoso, ciertas memorias de Séneca sobre la India, y un Periplo de Polibio el historiador, tesoros todos cuya pérdida no será jamas bastante deplorada. Plinio conoce algo del Tibet y fija en la embocadura del Ganges el punto oriental del mundo: al norte distingue las Orcadas, conoce la Escandinavia, y da al mar Baltico el nombre de *Golfo de Codan.*

Los antiguos poseian á un mismo tiempo derroteros, y una especie de libros itinerarios: Vefecio señala los primeros con el nombre de *Picta*, y los segundos con el de *Annotata.* Aun coservamos tres de estos itinerarios: el *itinerario de Antonino* el *itinerario de Burdeos á Jerusalen*; y la *Tabla de Pentinger.* La parte superior de esta tabla que comenzaba al Oeste, está rasgada: de ella falta la península española y el Africa occidental, despues la tabla se estiende por el Este hasta la embocadura del Ganges, y señala los caminos de lo interior de la India. El mapa de que hablamos, tiene veinte y un pies de largo y uno de ancho; de forma que es una zona ó gran camino del hemisferio antiguo.

Antes de aparecer Tolomeo estaban reducidos á este los trabajos y los conocimientos de los viajeros y geógrafos. El mundo de Homero, se hallaba constituido por una isla completamente redonda, como queda dicho, circundada por el rio Océano Herodoto hizo de aquel mundo una llanura sin límites conocidos. Eudoxio de Guido lo transformó

en un globo de unos trece mil estadios de diámetro; é Hiparco y Estrabon le señalaron de circunferencia cincuenta y dos mil estadios, de ochocientos treinta y dos estadios al grado. Trazaban, entonces, un cuadrilongo sobre este globo: su lado mayor corria de Occidente á Oriente: el cuadrilongo estaba dividido por dos lineas cortadas en ángulo recto: la primera llamada *Diafragma*, marcaba de Oeste al Este la longitud de la tierra, con setenta y siete mil ochocientos estadios: la otra que era la mitad mas corta, indicaba de Norte á Sur la latitud de esta misma tierra, comenzando á contar en el meridiano de Alejandria. Por esta geografia que hacia considerar á la tierra mas larga que ancha, podrá verse el orígen de los impropios términos *longitud* y *latitud*, que usamos todavia.

Colocábanse en este mapa del mundo habitado la Europa, el Asia y el Africa: las dos últimas se unian á las regiones australes, ó estaban separadas por el mar que reducia el Africa infinitamente. Los continentes terminaban al norte en la embocadura del Elba; al sur cerca de las orillas del Niger; al oeste en España, en el cabo Sagrado; y al este en las bocas del Ganjes: las dos zonas tórridas, la una bajo el ecuador, y la otra glacial bajo los polos, estaban consideradas como inhabitables.

Digno es de fijar nuestra atencion que casi todos aquellos pueblos llamados *bárbaros* que conquistaron el imperio romano, de los cuales proceden las naciones modernas, habitaban mas allá de los límites del mundo conocido por Plinio y Estrabon, en unos terrenos cuya existencia no se sospechaba siquiera.

Empero Tolomeo, que sin embargo, incurrió tambien en graves errores, fundó sobre bases matemáticas la situacion de los lugares. En su obra se presentan multitud de naciones sármatas: dibuja perfectamente el Volga, y reconoce hasta el Vístula.

Confirma en Africa la existencia del Niger, y despues de nombrar á Tombuctu en Tucabath, cita un gran rio bajo el nombre de *Gyr*.

El pais de los sinos que coloca en Asia no es la China: probablemente es el reino de Siam: Tolomeo supone que prolongándose la tierra de Asia hácia el mediodia, se junta con una tierra desconocida que se reune al Africa por el Oeste. En la Serica de este geógrafo debe conocerse el Thibet, que dió á Roma la primera seda ordinaria.

La historia de los viajes de los antiguos concluye en Tolomeo: Pausanias es el postrero que nos hace ver aquella antigua Grecia cuyo genio se ha despertado noblemente en nuestros dias al grito de la nueva civilizacion. Las naciones bárbaras aparecen: desplómase el imperio romano; y otros nuevos viajeros y otro mundo distinto sale de la raza de los godos, de los francos, de los hunos y de los eslavos.

Estos pueblos, en sí mismos, eran unas grandes caravanas armadas que marchaban al descubrimiento del imperio de Roma desde las agrestes rocas de la Escandinavia, y desde las fronteras de la China. Ellos venian á enseñar á los pretendidos señores del mundo que existian otros hombres ademas de los esclavos que arrastraban el yugo de los Tiberios y de los Nerones: ellos venian á dar testimonio de su pais á los geógrafos del Ti-

ber: y fue indispensable colocar en el mapa estas naciones, y creer en la existencia de godos y vándalos cuando Alarico y Jenserico llegaron á incrustar sus nombres sobre los antiguos muros del Capitolio. No trato de referir en este lugar las emigraciones y establecimientos de los bárbaros: tan solo procuraré buscar, entre las ruinas que amontonaron, los eslabones de la cadena que enlaza á los antiguos y modernos viajeros.

Las investigaciones geográficas fueron notablemente desconcertadas por el trastorno de los pueblos: lo que los antiguos nos han hecho conocer mejor son los paises que habitaban ellos; porque mas alla de las fronteras del imperio romano era todo para ellos desiertos y tinieblas. Despues de la invasion bárbara casi no sabemos nada de la Grecia ni de la Italia; empero comenzamos á penetrar en las regiones que dieron la vida á los destructores de la civilizacion antigua.

Tres fueron las causas que produjeron los viajes entre los pueblos establecidos sobre las ruinas del imperio romano; á saber: el celo de la religion, el ardor hácia las conquistas, y el espíritu de aventuras y empresas unido á la avaricia mercantil.

El celo hacia la religion condujo á los paises mas remotos á los primeros y postreros misioneros. Antes del siglo IV; y en tiempo de los apóstoles, que fueron unos peregrinos propiamente dicho, los sacerdotes del verdadero Dios llevaban á todas partes la antorcha de la fe. Mientras que se derramaba en los anfiteatros la sangre de los mártires, exortaban unos ministros de paz á la misericordia á los vengadores de la sangre de los cris-

tianos: al llegar los conquistadores al pie de los muros de Roma, estaban en parte conquistados por el evangelio.

Los escritos de los padres de la iglesia mencionan multitud de viajeros piadosos; mina preciosa que no se ha esplotado lo suficiente, y que solo en punto á la geografia y á la historia de los pueblos encierra muy ricos tesoros.

Por el siglo V de nuestra era recorrió ya la Etiopia un monge egipcio, que compuso una topografia del mundo cristiano: un armenio de la familia de Choreneuzis escribió una obra geográfica. El historiador de los godos Jornandés obispo de Rávena en su historia de *Origini mundi*, consigna hácia el siglo VI algunos hechos importantes sobre los paises del Norte y del Este de la Europa. El diáfano Varnefrido publicó una historia de los lombardos: otro godo, el Anónimo de Rávena, escribió la descripcion general del mundo un siglo despues: San Bonifacio apóstol de Alemania enviaba al papa una especie de memorias sobre los pueblos de la Esclavonia: los polacos aparecen por vez primera en el reinado de Oton II en los ocho libros de la preciosa crónica de Ditmaro. San Oton obispo de Demberg invitado por un ermitaño español llamado *Bernardo*, reconoce la Prusia predicando la fe; y le admira la grandeza del mar Báltico. Por desgracia hemos perdido el diario del viaje que en tiempo de Luis el Benéfico hizo Anscasio, monje de Cordia, por Suecia y Dinamarca: á lo menos este diario enviado á Roma en 1260 no se encuentra en la biblioteca del Vaticano. Adan de Brema sacó de esta obra parte de su propia relacion acerca de los reinos del Norte; y menciona tambien

la Rusia, cuya capital era Kiow, bien que en las Sagas el imperio ruso se llama Gardavike, y que Holmgard, hoy Novogorod, esta designada como la ciudad principal de aquel imperio naciente.

Gerardo, Barri y Dicuil trazaron, el primero el cuadro del principado de Gales y de Irlanda en el reinado de Enrique II; y el segundo el exámen de las medidas del imperio romano en tiempo de Teodosio.

Poseemos algunos mapas de la edad media; un cuadro topográfico de las provincias de Dinamarca por los años de 1231, siete mapas de Inglaterra en el siglo XII, y el famoso libro conocido bajo el nombre de *Doomsdaybook*, dispuesto por órden de Guillermo el Conquistador. Hallase en esta estadística el catastro de las tierras cultivadas, habitadas ó yermas, pertenecientes á Inglaterra, el número de sus habitantes, con separacion de libres ó esclavos, y hasta el de los ganados y colmenas. En estos mapas se hallan designadas groseramente as abadias y las ciudades; y aunque es indudable que perjudican estos didujos á los pormenores geográficos, dan sin embargo una idea del estado de las artes en aquella época.

Las peregrinaciones á la Tierra Santa forman una parte considerable de los graficos monumentos de la edad media. Estas peregrinaciones comenzaron á conocerse en el Siglo IV, puesto que nos asegura San Geronimo que los peregrinos marchaban de la India á Jerusalen, asi como de la Etiopia, de la Bretaña y de la Ibernia; y el mismo *Itinerario de Burdeos á Jernsalen*, parece haberse compuesto para uso de los peregrinos por los años de 333.

En los primeros años del siglo VI apareció el *Itinerario* de Antonio de Plasencia. Llega despues en el siglo VII San Arculfo, cuya relacion escribió Adamano; en el siglo VIII poseemos dos viajes á Jerusalen de San Guilbaldo; y una relacion de los santos lugares por el venerable Beda; en el siglo IX á Bernardo Semoine; en los siglos X y XI á Federico obispo de Orleans, al griego Eugisipo; y en fin á Pedro el Ermitaño.

Las cruzadas comienzan en esta época; y Jerusalen permanece en poder de los príncipes franceses por espacio de ochenta años. Reconquistada por Saladino aquella ciudad, continuaron los fieles visitando la Palestina, y desde Focas en el siglo XIII hasta Pococke en el XVIII se suceden las peregrinaciones sin interrupcion (1).

Viéronse con las cruzadas renacer aquellos historiadores viajeros cuyo modelo habia ofrecido la antigüedad: Raimundo de Agiles, canónigo de la catedral de Puy en Velay, acompañó á la primera cruzada al célebre obispo Adhemar: nombrado capellan del conde de Tolosa, escribió con el valiente caballero Pons de Balazun todo lo que presenció en el camino y toma de Jerusalen. Raul de Caen, fiel servidor de Tancredo, nos trasmite la vida de este caballero; Roberto Lemoine se halló en el sitio de Jerusalen.

Fueron tambien á Palestina sesenta años despues Foulcher de Chartres, y Odon de Deuil; el primero con Balduino, rey de Jerusalen, y el segundo con Luis, VII rey de Francia. Jacobo de Vi-

(1) Véase la segunda memoria de mi introduccion al Itinerario.

try fué hecho obispo de San Juan de Acre.

En cuanto á Guillermo de Tiro que floreció hácia el fin del reinado de Jerusalen, pasó su vida en los caminos de Europa y Asia. Muchos antiguos cronistas fueron ó monges ó prelados errantes, como Raul, Glaber y Flodoardo; ó guerreros como Nithard, nieto de Carlo-Magno, Guillermo de Poitiers, Ville-Ardonich, Joinville y muchos otros mas que refieren sus espediciones lejanas. Pedro Devaulx Cernay era una especie de hermitaño en los campamentos formidables de Simon de Monfort.

Hemos llegado ya á las crónicas en lengua vulgar, debemos fijar principalmente la atencion en Froissard, que no escribió mas que un viaje: este bosquejaba su propia historia al paso que hacia sus correrias: de la corte de Inglaterra pasaba á la corte de Francia; y de esta á la caballeresca corte de los condes de Foix. «Habiendo permanecido tres dias en la ciudad de Paumiers, nos dice Foissard, me reuní por casualidad con uno de los caballeros del conde de Foix llamado Mr. Espaing del Leon que volvia de Aviñon, valiente, gallardo y entendido caballero, que tendria sobre cincuenta años de edad. Reunido con él anduvimos juntos por espacio de seis dias. Luego que cabalgaba dicho caballero, despues de haber rezado por la mañana sus oraciones, platicaba conmigo casi todo el dia, pidiéndome noticias; contestándome cuando se las pedia yo tambien, etc.» Vemos á Foissard llegar á los grandes castillos, comer con corta diferencia á las mismas horas que nosotros, bañarse, etc. El exámen de los viajes de aquella época hace creer que la doméstica civilizacion del siglo XIV

estaba mucho mas adelantada de lo que vulgarmente se cree.

Pero volviendo á nuestra idea, en el momento de acaecer la invasion de la Europa civilizada por los pueblos bárbaros del Norte, hallamos á los viajeros y á los geógrafos árabes que señalan en los mares de las Indias algunas costas, que habian desconocido los antiguos; sus descubrimientos en Africa no fueron menos importantes: Massudi, Ibn Haukal, Al-Edrisi, Ibn-Alonardi, Hamdoullah, Abulfeda y El-Bakoni nos dan relaciones muy completas de su propio pais y de las tierras sometidas á las armas de los árabes. Aquellos viajeros veian al Norte del Asia un pais espantoso, rodeado de una enorme muralla, y un castillo de Gog y de Magog. Por los años de 715, reinando el califa Walid, conocieron los árabes la China, á donde enviaron por tierra algunos mercaderes y embajadores; en el siglo IX penetraron tambien por mar en aquel imperio; Wahab y Abuzaid llegaron á Canton. Desde el año de 850 tenian los árabes un agente de comercio en la provincia de aquel nombre; trataban con algunas ciudades del interior, y ¡cosa rara! entraron en ellas algunas comunidades cristianas.

Los árabes señalaban con muchos nombres á la China; el Catai comprendia las provincias del Norte, el Tchin ó el Sin las del Mediodia. Introducidos en la India con el apoyo de sus armas, los discípulos de Mahoma hablan en sus relaciones de los deliciosos valles de Cachemira, asi como de las voluptuosas campiñas de Granada. Habian dejado colonias en muchas indias del mar de la India, tales como Madagascar y las Molucas, donde los portu-

gueses las encontraron despues de haber doblado el cabo de buena Esperanza.

Al paso que los militares comerciantes del Asia hacian en Oriente y Mediodia descubrimientos desconocidos por la Europa, subyugada por los bárbaros que se habian apoderado de su patria, los suecos, noruegos y daneses comenzaron á hacer en Norte y Oeste otros descubrimientos, ignorados asi bien de la Europa franca y germanica. Other, el Noruego avanzaba hasta el mar Blanco, y Wultan el Danés describia el Báltico, que Eginardo habia descrito ya, y que los escandinavos llamaban *lago salado del Este*. Wulfstan refiere que los estienos ó pueblos que ocupan el Oriente del Vístula se bebian la leche de las yeguas, y dejaban su herencia á los mejores ginetes de su tribu.

El rey Alfredo nos ha conservado el compendio de estas relaciones. El fué el primero que dividió la Escandinavia, en provincias ó reinos tales como las conocemos en el dia. En las lenguas góticas la Escandinavia se llama *Mannaheim* que significa *pais de los hombres*, y que el latin del siglo VI traducia de un modo muy enérgico por el equivalente de estas palabras: *fabrica del género humano*.

En Irlanda los normandos piratas, establecieron las colonias de Dublin, Ulster y Connaught, esploraron y sometieron las islas de Shedlandia, las Orcadas y las Hebridas: llegaron á las islas de Feroer, á la Islandia, archivo de la historia del Norte, y á la Groelandia que fué habitable y habitada desde aquella época, y en fin llegaron tal vez á la América. Hablaremos de este descubrimiento mas adelante, asi como del viaje y mapa de los hermanos Zeni.

Habíase desplomado el imperio de los Califas, y se habian formado muchas monarquias de sus ruinas: el reino de los aglavistas y fatimistas en Egipto, los despotatos de Argel, de Tez, de Trípoli y de Marruecos en las costas africanas. Los turcomanos convertidos al islamismo, sometieron al Asia occidental de la Siria hasta Mont-Casbhar. El poder otomano pasó á Europa, borró los últimos vestigios del nombre romano, y condujo sus conquistas hasta mas allá del Danubio.

Aparece Gengis-Kan, y queda el Asia subyugada nuevamente. Oktai-Kan destruye el reino de los cumanos y de los nioutchis; apodérase Mangu del califato de Bagdad: Kublaï-Kan invade la China y parte de la India; y nacen de aquel imperio mogol, (que bajo un mismo yugo reunia casi toda el Asia) todos los kanatos que los europeos encontraron en la India.

Los príncipes europeos aturdidos y espantados en presencia de aquellos tártaros que habian estendido hasta la Polonia la rapiña y la desolacion, asi como hasta la Hungria y la Silesia, trataron de conocer los puntos de que surgia aquel movimiento prodigioso: los papas y los reyes enviaron embajadores á aquellos nuevos azotes de Dios. Ascelino, Carpino y Rubruquis penetraron en el pais de los mogoles. Rubruquis halló que Caracorum, ciudad capital de este kan señor del Asia, tenia con corta diferencia igual estension que el pueblo de San Dionisio: hallábase circundada con una muralla de tierra, y en ella se alzaban dos mezquitas y una iglesia cristiana.

Existian algunos itinerarios de la gran Tartaria para el uso de los misioneros: Andres Lusi-

melo, predicó á los mogoles el cristianismo: Ricol de Monte-Crucis, penetró tambien en la Tartaria.

El Rabino Benjamin de Tudela nos dejó una relacion de lo que vió y oyó decir sobre las tres partes del mundo (1160).

Marco-Polo, en fin, noble veneciano, reconoció sin intermision el Ásia por espacio de veinte y seis años, y fué el primer europeo que penetró en la China y en la India de la otra parte del Ganges, asi como tambien en algunas islas del océano indiano (1271-95). Su obra llegó á ser el manual de todos los mercaderes del Asia y de todos los geógrafos de Europa.

Marco Polo cita á Pekin y Nankin; y nombra ademas una ciudad de Quinsai como la mayor del mundo; pues en ella se contaban doce mil puentes sobre los canales que la atravesaban, consumiéndose cada dia noventa y cuatro quintales de pimienta. El viajero veneciano habla en sus relaciones de la porcelana; sin hacer mencion del té: él es quien nos ha hecho conocer á Bengala, el Japon, la isla de Borneo, y el mar de la China, en el que cuenta siete mil cuatrocientos cuarenta riquísimas islas que producen especieria.

Aquellos tártaros ó mogoles, príncipes que dominaron el Asia y pasaron á algunas provincias de Europa, no dejaron ciertamente de tener algun mérito; pues no sacrificaban ni reducian sus prisioneros á la esclavitud. Llenáronse sus campos de obreros europeos, de viajeros y misioneros, que aun bajo su dominacion ocuparon puestos muy importantes: penetrábase en su imperio con mas facilidad que en aquellas comarcas feu-

dales, donde un abad de Cluñi consideraba las inmediaciones de París como una region tan poco conocida y remota que no osaba trasladarse á ella.

Despues de Marco-Polo florecieron Pegoletti, Oderico, Mandeville, Clarifo, Josafat, Bárbaro, quienes acabaron de describir el Asia. En aquella época era muy frecuente ir por tierra á Pekin; los gastos del viaje subian de trescientos á trescientos cincuenta ducados. En la China habia un papel moneda llamado *babisci* ó *balis*.

Los genoveses ó venecianos hacian comercio de la India y de la China en caravanas que partian por diferentes rutas: Pegoletti nota con la mayor proligidad las paradas de una de las rutas (1353). En 1312 se hallaba en Pekin un obispo llamado *Juan de Monte Corvino*.

Avanzaba el tiempo entre tanto, haciendo rápidos progresos la civilizacion: algunos descubrimientos debidos al acaso ó al genio del hombre, separaban para siempre de los antiguos á los siglos modernos, marcando con un nuevo sello á las nuevas generaciones. La brújula, la pólvora y la imprenta, se habian descubierto para servir de guia al navegante, para defenderse y conservar la memoria de sus peregrinaciones tan peligrosas.

Los griegos y romanos se habian criado á la orilla de esa estension de agua interior que mas que un Océano parece un gran lago; y cuando pasó á los bárbaros su imperio, el centro del poder político hallóse colocado principalmente en España, Francia é Inglaterra, inmediato á aquel mar Atlántico que bañaba desconocidas costas hácia el Occidente. Fue pues necesario habituarse á arros-

trar las largas y tempestuosas noches, á no hacer caso alguno de las estaciones, á salir de los puertos tanto en el verano como en el invierno, y á construir bajeles proporcionados á la vigorosidad del nuevo Neptuno, contra quien tenian que luchar.

Dejamos indicado algo acerca de las osadas empresas de aquellos piratas del norte, que segun la espresion de su panegirista parecia que ellos hubiesen penetrado con sus ojos hasta el fondo del abismo: ademas las repúblicas formadas en Italia con las ruinas de los reinos de los godos, vándalos y lombardos, habian continuado perfeccionando la antigua navegacion del Mediterráneo. Las flotas venecianas y genovesas, habian conducido á Egipto las cruzadas, á Constantinopla, á Grecia y Palestina; dirigiéndose á buscar en Alejandria y el mar Negro, las ricas producciones de la India.

Por último, los portugueses perseguian en Asia á los moros lanzados ya de las riberas del Tajo; necesitábanse buques para seguir y alimentar á los combatientes.

El cabo Nuñez detuvo por largo tiempo á los pilotos, hasta que le dobló Gillanez al fin en 1433. Descubrióse ó volvió á encontrarse mas bien, la isla de la Madera: las Azores salieron del seno de las olas; y como siguiendo á Tolomeo dominaba siempre la persuasion de que el Africa se aproximaba al Asia, se creyó que los Azores eran las islas que segun Marco-Polo rodeaban al Asia en el mar de las Indias. Díjose que en las costas de la isla de Corbo habia aparecido una estátua ecuestre que señalaba con el dedo al occidente: algunas mone-

das fenicias se atribuyeron tambien á esta isla.

Los portugueses surgieron del cabo Nuñez al Senagal, y costearon sucesivamente las islas del Cabo-Verde, la Guinea, el cabo Mesurado, el mediodia de la Sierra-Leona, el Benin y el Congo. Bartolomé Diaz llegó al famoso cabo de las Tormentas en 1486; este cabo recibió poco despues un nombre menos terrible.

De este modo fue reconocida aquella estremidad meridional del Africa, que segun los geógrafos griegos y romanos, debia reunirse al Asia. Alli se abrieron las regiones misteriosas, donde no se habia entrado hasta entonces sino por aquel mar de los prodigios que huyó al ver á Dios: *Mare vidit et fugit.*

«Nao acababa; quando huma figura
Se nos mostra no ar, robusta é valida,
De disforme e grandissima estatura,
O rostro carregado, á barba esqualida:
Os olhos encovados, e a postura
Medonha é má, e a cor terrena e pallida,
Cheios de terra; e crespos os cabellos,
A boca negra, os dentes amarellos.

. . . . . .

E'hum tom de voz nos falla horrendo e grosso,
Que pareceo sahir do mar profundo;
Arrepiam-se ás carnes e o cabello
A mi, e a todos, só de ouvi-lo e ve-lo.

. . . . . .

En son aquelle occulto, é grande cabo,
Aquem chamais, vos outros, Tormentorio;
Que nunca Ptolomeo, Pomponio, Strabo,
Plinio, e quantos passaram, fui notorio:
Aqui toda a Africana costa acabo
Neste meu nunca visto promontorio,

XXVIII

Que para o polo Antártico se estende,
A quem vossa ousadia tanto offende.
. . . . . .
Converte-se-me a carne em terra dura,
Em penedos os osos se fizeram:
En fin, minha grandísima estatura
Neste remoto cabo comverteram
Os deoses, e por mais dobradas magoas,
Me anda Thetis cercando destas agoas
Asi contava, e c'hum medonho choro
Subito d'ante os olhos se apartou;
Desfez-se a nuvem negra, e c'hum sonoro
Bramido, muito louge ó mar soou» (1).

Terminando una navegacion digna de memoria eterna, Vasco de Gama arribó en 1498 á Calicut, en la costa de Malabar.

Entonces se trastorna todo en el globo: destrúyese el mundo de los antiguos: no es el mar de las Indias un mar interior, un gran estanque rodeado por las costas de Asia y Africa; sino un Océano que por una parte se reune al Atlántico y por otra á los mares de la China: y á un mar del este mas vasto todavia. Cien reinos civilizados árabes ó indianos, idólatras ó mahometanos, islas embalsamadas de preciosos aromas, se ofrecen á los pueblos del Occidente: preséntase una naturaleza enteramente nueva descorriendo el velo que ocultaba hacia millares de siglos una parte del mundo: descúbrese la patria del sol, el pais de donde sale todas las mañanas para derramar sobre la tierra torrentes de su luz. Aparece manifiesto aquel sabio y esplendoroso Oriente cuya historia

(1) Luis de Camoens: os Lusiadas: canto V.

entre nosotros corria unida á los viajes de Pitágoras, á las conquistas de Alejandro, y á los recuerdos de las cruzadas, y cuyos aromas llegaban hasta nosotros al través de los campos de la Arabia y de los mares de la Grecia. La Europa le envió un poeta para que la saludase, cantase y dibujase: ¡noble embajador cuyo genio y fortuna parecia tuviese una simpatia secreta con las regiones y destinos de los pueblos de la India! El poeta del Tajo hizo oir su hermosa y melancólica voz en las riberas del Ganges, de las que adquirió el esplendor, la celebridad y los infortunios, dejándola únicamente sus riquezas.

Un pequeño pueblo encerrado en un círculo de montes al occidental estremo de la Europa fue el que se abrió el camino hácia la parte mas magnífica de la morada del hombre.

Y otro pueblo de esta misma Península, un pueblo que no ha llegado todavia á la grandeza de que descendió, con un pobre piloto genovés despreciado en todas las cortes, fue el que descubrió un nuevo universo á las puertas del ocaso, en el instante mismo en que los portugueses penetraban por los palacios de la Aurora.

¿Fué conocida la América por los antiguos?

Homero colocaba el Eliseo en el mar Occidental, mas alla de las tinieblas cimerianas: ¿seria tal vez esta la tierra descubierta por Colon?.

La tradicion de los Hespérides sucedió á la del Eliseo, y despues de las *islas afortunadas*. Estas han sido vistas en las Canarias por los romanos; pero con esto no destruyeron la creencia popular de la existencia de un pais mas retirado hácia el occidente.

Todos conocen ó han oido hablar de la Atlántida de Platon, la cual debia ser un continente mayor que el Asia y el Africa reunidas, hallándose situada en el Océano Occidental, frente al estrecho de Gades; posicion que en efecto ocupa la América. Por lo que respecta á las ciudades florecientes y á los diez reinos gobernados por reyes hijos de Neptuno, diré que la imaginacion de Platon pudo añadir semejantes detalles á las egipcias tradiciones. Dícese que la Atlántida fue sumergida en las aguas en el espacio de un dia y una noche; pero decir esto es desembarazarse y desconocer á un mismo tiempo la relacion de los navegantes fenicios, y de las novelas del filósofo griego.

Aristóteles hace mérito de una isla tan llena de bellezas y primores que el senado cartaginés creyó del caso prohibir á sus marineros que frecuentasen sus puertos, so pena de perder la vida. Diodoro refiere la historia de una isla considerable y lejana á donde Cartago habia resuelto trasladar la silla de su imperio, dado el caso de que en Africa sufriesen algun terrible infortunio.

¿Y qué es en resúmen esa Panchoea de Erhemero negada por Estrabon y Plutarco y descrita por Diodoro y Pomponio Mela, grande isla situada en el Océano al Sur de la Arabia, isla encantada donde el Fenix construia su nido sobre el altar del Sol?

Las estremidades del Asia segun Tolomeo, se unian á una *tierra desconocida* que se adheria al Africa por el Occidente.

Casi todos los geográficos monumentos de la antigüedad espresan un continente austral: yo no

puedo reducirme á pensar lo que varios sábios piensan, no viendo en ese continente mas que un contrapeso sistemático inventado para imaginar las tierras boreales: sin duda un continente semejante era muy á propósito para llenar en los mapas los vacíos espacios; pero tambien es muy posible que en ellos fuese designado como el recuerdo de una confusa tradicion: su existencia al Sur de la rosa de los vientos, mas bien que al Oeste, seria únicamente un insignificante error entre las trasposiciones enormes de las cartas geográficas de la antigüedad.

Todavia poseemos como últimos índices las estátuas y medallas fenicias de las Azores; á no ser que estas estátuas sean aquellos ornamentos de grabado que se aplican á los antiguos poseedores de aquel archipiélago.

Despues de la reconstruccion de la sociedad por los bárbaros á la caida del imperio romano ¿tocaron en las costas de la América algunos buques antes de los de Cristóbal Colon?

Creo indudable que los rudos esploradores de los puertos de la Noruega y del Báltico encontraron la América septentrional, en el primer año del siglo XI: la isla de Feroer habia sido ya descubierta por ellos por los años 861; la Islandia por los de 860 á 872; y la Groelandia en 982, ó tal vez cincuenta años antes. Por los de 1001 pasando á la Groelandia un islandes llamado *Dioru*, fue arrojado al sud-oeste por una tempestad, yendo á parar á una tierra baja cubierta de buques. De retorno á Groelandia refiere esta aventura. Leif, hijo de Erico Randa que habia fundado la colonia noruega de la Groelandia, se embarca enton-

ses en compañía de Bioru; y ambos á dos buscan y hallan en efecto la costa que el último habia descubierto: llaman Hellelandia á una isla de pedregoso terreno; y Marlandia á una costa arenosa. Arrastrados hácia otra costa diversa surgen un rio, y pasan el invierno en las orillas de un lago. En aquel sitio, y en el dia mas corto del año permanece el sol ocho horas enteras sobre el horizonte. Un marinero aleman al servicio de ambos gefes les muestra algunas viñas silvestres; y Bioru y Leif al partir de aquellas tierras las dan el nombre de *Vinlandia*.

Los groélandeses frecuentan la Vinlandia desde entonces, y con los salvages de aquel pais sostienen el comercio de pelenteria. En 1121, el obispo Erico pasa de Groelandia á Vinlandia, y allí predica el evangelio á los naturales del pais.

En manera alguna es posible desconocer con pormenor semejante la tierra de la América del norte, situada hácia los 49 grados de latitud, puesto que el sol permanecia ocho horas sobre el horizonte. La embocadura de San Lorenzo, cae poco mas ó menos á semejante latitud, y los mismos 49 grados nos señalan tambien la parte septentrional de la isla de Terranova, por donde corren riachuelos que se comunican con los lagos multiplicados que bañan el interior de la isla.

Ninguna otra noticia se ha conservado acerca de Leif, Biorn y Erico: la autoridad mas antigua que existe acerca de los hechos de aquellos descubridores es la coleccion de los anales de Islandia escritos por Hauk en 1300; trescientos años despues del verdadero ó apocrifico descubrimiento de la Vislandia.

Los hermanos Zeni, venecianos que se hallaron al servicio de uno de los gefes de las islas de Ferrer Shetlandia, se supone que volvieron á visitar lá Vislandia de los antiguos groelandeses por el año de 1380. De su viaje existe aun un mapa y una relacion de un viaje: entre los 61 y 65 grados de latitud, al Mediodia de la Irlandia, y al nordeste de la Grecia, presenta este mapa una isla llamada *Frislandia*: al oeste de ella, y al sur de la Groelandia, y á distancia de unas cuatrocientas leguas indica tambien aquel mapa dos costas bajo el dombre de *Estoilandia* y *Droceo*. Segun la relacion, unos pescadores de Frislandia arrojados sobre la Estoilandia, hallaron una ciudad bien edificada, y con mucha poblacion, donde existia un rey y un intérprete que hablaba el latin.

El rey de Estotilandia envió á los náufragos frislandases hacia un pais situado al Mediodia que se llamaba Droceo; allí fueron devorados por antropófagos sin que se pudiese salvar mas que uno solo que regresó á Estotilandia despues de haber sido por largo tiempo esclavo en Droceo, pais que representó luego como de tan dilatada estension que podria ser un *nuevo mundo*.

En la Estotilandia podriamos ver la antigua Vinlandia de los noruegos: esta Vinlandia podria ser Terranova: la ciudad de Estotilandia presentaria el resto de la Colonia Noruega; y la comarca de Droceo ó Drojeo seria la nueva Inglaterra.

Cierto es que la Groeladia fue descubierta á mediados del siglo X; cierto es asimismo que la punta meridional de este pais se halla muy inmediata á la costa del Labrador; que los esquimales colocados entre los pueblos de Europa y los de

América parecen mas semejantes á los primeros que á los segundos, y que pudieron enseñar á los primeros noruegos establecidos en Groelandia el rumbo del nuevo continente; mas á pesar de todo, en las aventuras de los noruegos y de los hermanos Zeni, estan mezcladas fábulas diversas é incertidumbres de mucho peso para que pueda negarse á Colon la gloria de haber sido el primero que ha aportado á las americanas tierras.

El mapa de navegacion de los hermanos Zeni, y su relacion del viaje que ejecutaron en 1380, no fueron publicados sino en 1553 por un descendiente de Niccolo Zeno: las maravillas de Colon habian recibido entonces gran celebridad; y las rivalidades nacionales podian estimular á algunos hombres á menoscabar un honor, que era ciertamente digno de envidia: los venecianos reclamaban pues, para Venecia la Estotilandia; al paso que los noruegos querian la Vinlandia para Berfeu.

Muchos mapas de los siglos XIV y XV nos presentan descubrimientos hechos ó que debian verificarse en el mar grande, al sud-oeste y al oeste de la Europa segun los historiadores genoveses. Doria y Vivaldi se dieron á la vela con objeto de dirijirse á la india por el occidente, y no volvieron. La isla de la Madera se halla en un portulario español de 1384 bajo el nombre de *Isola di Leguame*. Las Azores aparecen tambien desde el año 1380; y por último, en un mapa trazado en 1436 por el veneciano Andrés Bianco, se designan, al occidente de las islas Canarias, una tierra de Antilla, y al Norte de las Antillas otra isla llamada *Isola de la Man Satanaxio*.

Han querido decir que estas islas eran las An-

tillas y Terranova; pero sabemos que Marco-Polo prolongaba el Asia al sud-este, y colocaba un archipiélago en frente de ella; el cual aproximándose por el oeste á nuestro continente, debia encontrarse, en corta diferencia para nosotros, en la misma posicion de la América. Buscando estas Antillas indianas, ó indias occidentales, fue como descubrió la América Cristóbal Colon: de modo que un grandísimo error produjo una milagrosa verdad.

Los árabes han tenido por su parte ciertas pretensiones al descubrimiento de la América. Los hermanos Almagurinos de Lisboa, penetraron, segun dicen, en las mas apartadas tierras de occidente. Un árabe manuscrito refiere cierta infructuosa tentativa hecha en aquellas regiones donde era todo cielo y agua.

Pero no disputemos á un hombre grande la obra de su genio. ¡Quién podrá decir lo que sintió Cristóbal Colon, cuando habiendo salvado el Atlántico, rodeado de una tripulacion sublevada, pronto á retroceder á Europa sin haber alcanzado el objeto de su viaje, descubrió una lucecita en una tierra desconocida que le ocultaban las tinieblas de la noche!.. El vuelo de las aves le habia dirigido á la América, el resplandor del fogon de un salvage le descubrió un nuevo universo. Colon debió esperimentar entonces algo de aquel sentimiento que atribuye la escritura al Criador, cuando despues de haber sacado la tierra de la nada vió la grandeza de su obra: *Vidit deus quod esset bonum*. Colon creaba un mundo, sabido es lo demas: el inmortal genovés no dió su nombre á la América; y fue el primero que atravesó cargado de cadenas aquel Océano cuyas olas habia medido

antes que nadie. Cuando la gloria es de esta clase, cuando es útil á los hombres, rara vez deja de ser castigada.

Costean los portugueses el reino de Quiteve, Sedanda, Mozambique y Melinda, imponen tributos á algunos reyes moros, penetran en el mar Rojo, acaban de dar la vuelta al Africa, visitan el golfo Pérsico y las dos penínsulas de la India, surcan los mares de la China, tocan en Canton, reconocen el Japon, las islas de la Especieria, y hasta las costas de la nueva Holanda; entre tanto una multitud de navegantes siguen el rumbo trazado por los buques de Colon. Cortés destruye el imperio de Mégico y Pizarro el del Perú. Aquellos conquistadores marchaban de sorpresa en sorpresa, y ellos mismos no eran por cierto la cosa menos admirable de sus aventuras. Creian haber esplorado todos los abismos, llegando á tocar las últimas olas del Atlántico, y desde lo alto de los montes del Panamá divisaron un segundo Océano que cubria la mitad del globo. Bajó á la playa Nuñez de Balboa, metióse entre las olas con el agua á la cintura; y sacando la espada tomó posesion de aquel mar en nombre del rey de España.

Entonces los portugueses beneficiaban las costas de la India y de la China. Los compañeros de Vasco de Gama y de Cristóbal Colon se saludaban desde las dos orillas del mar desconocido que los separaba: los unos habian encontrado un mundo antiguo; y los otros habian descubierto un mundo nuevo: desde las costas de la América á las del Asia los cantos de Camoens respondian á los cantos de Ercilla al través de las soledades del Océano Pacífico.

Juan y Sebastian Cabot dieron á la Inglaterra la América septentrional; Cortereal hizo conocer la Terranova, dió nombre al Labrador, señaló la entrada de la bahia de Hudson, que llamó *estrecho de Anian*, por donde se esperaba hallar un paso para las Indias Orientales. Jacobo Cartiel, Vorazaui, Ponce de Leon, Walter Raleg y Fernando de Soto, examinaron y coloniaron el Canadá, la Acadia, la Virginia y las Floridas. Habiéndose arrimado al Espitzberg, pasaron los holandeses los límites fijos á la problemática Tule: Hudson y Baffin penetraron en las bahias que llevan sus nombres.

Las islas del golfo Mejicano se colocaron en sus posiciones matemáticas. Américo Vespucio habia delineado las costas de la Guyana, de la Tierra-Firme y del Brasil; Solis halló el Rio de la Plata, y Magallanes penetrando por el estrecho que lleva su nombre, salió al grande Océano, siendo muerto en Filipinas. Su buque llegó á las Indias por el Occidente, y volvió á Europa por el cabo de Buena Esperanza, siendo el primero que dió la vuelta al mundo. Su viaje duró 1184 dias, y hoy puede verificarse en solo el espacio de ocho meses.

Creíase que el estrecho de Magallanes era el único que daba paso al Océano Pacífico, y que al Mediodia de este estrecho se reunia la tierra americana y un continente austral. Francisco Drake primero, y en seguida Souten y Lemaire, doblaron la punta meridional de la América; entonces se fijó por aquella parte la geografía del globo: súpose que la América y el Africa terminando en el cabo de Hornos y en el de Buena Esperanza, caian formando puntas hácia el polo Antártico, so-

tos del carnero inglés en el del cabo de Buena-Esperanza; sobre todo los merinos puros se crian alli, y son de una estremada hermosura.

La Occeania lleva sus trigos á los mercados del Cabo, sus cueros á las Indias, y sus carnes saladas á la Isla de Francia: aquel pais que hace veinte años no enviaba á Europa sino canguros y algunas plantas, presenta hoy sus lanas merinas en los mercados de Liverpool, en Inglaterra, donde se venden á once sueldos y seis dineros libra; que son cuatro sueldos mas de lo que se pagaban en los mercados las mas finas lanas de España.

Igual revolucion se ha verificado en el mar Pacífico. Las islas de Sandwich forman un reino civilizado por la Tameama, que posei a una marina compuesta de veinte goletas y algunas fragatas. Unos marineros ingleses, desertores, se han convertido en príncipes: han levantado ciudadelas defendidas por buena artilleria, y hacen un activo comercio con América y con el Asia. La muerte de Tameama ha colocado el poder en manos de los señorzeulos feudales de las islas de Sandwich, pero no se han destruido los gérmenes de la civilizacion. Poco hace que se vieron en Lóndres, en el teatro de la ópera, un rey y una reina de aquellos insulares antropófagos del capitan Cook, que adoraban sus huesos en el templo consagrado al dios Rono. Estos reyes sucumbieron á la influencia del clima húmedo de Inglaterra; y lord Byron, sucesor en la dignidad de par del gran poeta muerto en Missolonghi, fue el encargado de trasportar á las islas de Sandwich los cuerpos difuntos de aquellos reyes. Qué recuerdo!.... Y que contrastes!.....

Otaiti ha perdido sus bailes, sus coros y sus vo-

luptuosas costumbres: las hermosas habitantes de la nueva Citerea sobrado ensalzadas tal vez por Bougainville, son ahora bajo sus árboles de pan y sus palmeras elegantes, unas puritanas que van al sermon, que leen la Biblia con misioneros metodistas, que pasan el dia en controversias y espían con un tedio estremado la alegria sobrada de sus madres. En Otaiti se imprimen Biblias y libros espirituales.

Pomario, rey que fue de la isla, se ha hecho legislador: ha publicado un código de leyes criminales, y nombrado cuatrocientos jueces para hacer ejecutar estas leyes en las que solo el homicidio es castigado con la pena de muerte. La calumnia en *primer grado* tiene señalada su pena: el calumniador está obligado á construir con sus propias manos un camino de dos á cuatro millas de largo, y doce pies de ancho. «El camino, dice el decreto real, debe estar combado á fin de que se escurra por ambos lados el agua de la lluvia.» Si en Francia existiese una ley semejante poseeriamos los mejores caminos de Europa.

Los salvajes de aquellas encantadas islas que dejaron estupefactos á Juan Fernandez, Ausoan, Damnier y tantos otros navegantes se han transformado en marineros ingleses: un artículo de la *Gaceta de Sidney* en la Nueva-Gales, avisa que los insulares de Otaiti y de la Nueva-Zelanda Boni, Paonton, Popoti, Tiapoa, Moai, Topa, Fieou, Aiyong y Haouho, van á partir del puerto de Jackson en navios de la colonia.

Por último, entre los hielos de nuestro polo, de donde salieron con tantos riesgos y trabajos Gmelin, Ellis, Frederic, Martens, Philipp, Davis, Gilbert,

en un rincon de un vasto desierto. Aquellos que no ensangrentaban en otro tiempo mas que su causa, estendiéronse con las colonias europeas á toda la superficie de globo, y esclavizaron á aquellos que ignoraban hasta el nombre de los paises y reyes á quienes se les inmolaba. Un cañonazo disparado en España, en Portugal, en Francia, en Holanda, en Inglaterra ó en medio del Báltico, hacia pasar á cuchillo una tribu salvaje en el Canadá, cargaba de cadenas á una familia negra en la costa de Guinea, ó trastornaba un reino de la India. Segun los diferentes tratados de paz, chinos, indianos, africanos y americanos se hallaban convertidos en franceses, ingleses, portugueses, españoles, holandeses ó dinamarqueses: algunas partes del Africa, del Asia y de la América, cambiaban de dueño segun el color de la última bandera importada de Europa. Y no eran únicamente los gobiernos de nuestro continente los que se abrogaban esta supremacia: simples compañias de mercaderes, cuadrillas de flibusteros, hacian la guerra en su propio beneficio, gobernando reinos tributarios y fértiles islas por medio de una factoria, de un agente de comercio, ó de un capitan de forbautes.

Las primeras relaciones de tantos descubrimientos tienen por lo general una encantadora sencillez; pues aunque se mezclan con ellas muchas fábulas, estas no consiguen oscurecer la verdad. Los autores de aquellas relaciones son sin duda alguna sobrado crédulos; pero hablan en conciencia; y como cristianos poco ilustrados, escriben comunmente con pasion; pero con sinceridad, y si nos engañan, es porque se han

engañado ellos tambien. Religiosos, marineros, soldados, empleados en aquellas incursiones, refieren todos sus peligros y aventuras con una piedad y un color simpático. Estos cruzados de nuevo cuño, que marchan en busca de nuevos mundos, refieren lo que han visto ú oido y sin echarlo de ver, pintan admirablemente los objetos, porque reflejan fielmente la imágen de lo que han visto sus ojos. En sus relaciones se reconoce el asombro y la admiracion esperimentado por ellos á la vista de aquellos mares virginales, de aquellas, primitivas tierras que se estendian ante sus ojos de aquella naturaleza que cubren con su sombra los mas gigantescos árboles, que riegan con sus aguas rios inmensos, y que pueblan los mas desconocidos animales: naturaleza que Buffon adivinó en su descricion del Kamitchi, y que cantó al hablar de *aquellas aves atadas al carro del sol bajo la zona ardiente que constituye el limite de los trópicos: aves que vuelan continuamente bajo aquel inflamado cielo, sin apartarse jamas de los dos estremos, limites del rumbo del gran astro.*

Deben contarse, entre los viajeros que escribieron el diario de sus espediciones, algunos hombres grandes de aquellos prodigiosos tiempos. Poseemos las cuatro cartas de Cortés á Cárlos V, una de Cristóbal Colon á Fernando é Isabel, fechada en las Indias Occidentales en 7 de Julio de 1503; el P. Navarrete ha publicado otra dirigida al papa en la cual el piloto genovés, promete al Soberano Pontífice darle la circunstanciada relacion de sus descubrimientos, y dejar como César unos comentarios ¡Qué tesoro tan grande poseeriamos, si estos comentarios y estas cartas se encontrasen en la bi-

blioteca del Vaticano! Colon era como César, poeta: de él tenemos algunos versos latinos. Sin duda es muy natural que hombre semejante fuese inspirado del cielo; y de aqui nace que al publicar Guiustiniani un salterio hebreo, griego, árabe y caldeo, pusiese por nota la vida de Colon al pie del salmo *Cœli enarrant gloriam Dei*, como una maravilla reciente que pregonaba la gloria de Dios.

Probable es que los portugueses en Africa y los españoles en América, recogieran algunos hechos que ocultaron entonces los gobernadores envidiosos. El nuevo estado político de Portugal y la emancipacion de la América española, serán muy favorables para hacer interesantes investigaciones. El desgraciado y jóven viajero Bowdich, publicó la relacion de los descubrimientos de los portugueses en el interior del Africa, entre Angola y Mozambique, sacadas de los manuscritos originales: tenemos un informe secreto, curioso en gran manera, sobre el estado del Perú durante el viaje de La Condamine; y el Sr. Navarrete publicó la coleccion de los viajes de los españoles con otras inéditas memorias concernientes á la historia de la navegacion.

En fin, aproximándonos á nuestra edad, comienzan esos viajes modernos en que la civilizacion ostenta todos sus recursos y las ciencias todos sus medios. Por tierra los Chardin, los Taberniér, los Bernier, los Tounefort, los Niebuhr, los Pallas, los Norden, los Shaw, y los Nornemanu, reunen sus brillantes trabajos á los de los autores de las *Cartas edificantes*. La Grecia y el Egipto ven esploradores que para descubrir un mundo pasado arrostran peligros, lo mismo que los marineros que

buscaron un nuevo mundo. Bonaparte y sus cuarenta mil viajeros baten las palmas en las ruinas de Tebas.

En el mar, Drake, Sermiento, Candich, Sebald de Weert, Spilberg, Noort, Woodrogen, Dampier, Gemellicarreri, la Barbinais, Byron, Wallis, Anson, Bougainville, Cook, Carteret, la Perouse, Entrecasteaux, Fregcinet y Duperré, no dejan desconocido un solo escollo. (1.)

El Océano Pacífico ya no es una soledad inmensa; conviértese en un risueño archipiélago que recuerda la hermosura y los encantos de Grecia.

Esa India tan misteriosa, ya no tiene secretos para nosotros: se han divulgado ya sus tres lenguas sagradas: hallánse traducidos sus libros mas reservados: estamos iniciados en las creencias filosóficas que dividieron la opinion de aquella tierra antigua: la sucesion de los patriarcas de Bouddhah, es tan conocida como la genealogia de nuestras familias. La sociedad de Calcuta publica metódicamente las noticias científicas respecto á la India, y en Lóndres y en Paris, en Roma y Bolonia en Viena, Berlin, Petersburgo, Copenhague y Stocolmo se lee el sanscrito, y se habla el chino y el javanes, el tártaro y el turco, el persa y el árabe. Hasta se ha encontrado la lengua de los muertos, aquella lengua perdida con la raza que la inventó: el obe-

(1). No puedo menos de esperimentar un sentimiento de placer y de orgullo al escribir nombres franceses: en estos últimos tiempos, no olvidemos los viajes de Mr. Julien al Africa occidental; de Mr. Cailand al Egipto, de Mr. Gau á la Nubia, de Mr. Drovetti á los Oasis etc.

lisco del desierto ha presentado sus misteriosos caractéres, y han sido descifrados: las momias han mostrado sus pasaportes de la tumba, y se han leido.

La palabra ha substituido al mudo pensamiento que no podria espresar ningun viviente.

Web, Raper, Hearsay y Hodgson han buscado las fuentes del Ganges. Moorcroft ha penetrado en el Tibet, se han medido los picos de Hymalaya; y seria imposible citar con el mayor Renell los mil viajeros á quien debe la ciencia un reconocimiento eterno.

El sacrificio en Africa de Mungo-Park ha sido imitado por otros muchos sacrificios: Bowdich, y Toole, Belzoni, Beaufort, Peddie, y Woodney han perecido en la demanda: sin embargo será atravesado al fin este formidable continente.

En el quinto continente se han pasado los montes Azules, poco á poco se va penetrando en esta parte singular del globo, donde al parecer corren los rios en sentido inverso, desde el mar hasta el interior, donde los animales tienen poca semejanza con los que conocemos, donde son negros los cisnes; donde salta el cauguró como si fuera langosta, donde la naturaleza informe cual la describe Lucrecio á la orilla del Nilo, alimenta una especie de mónstruo que participa del ave, del pez y de la serpiente, que nada bajo el agua, pone un huevo y clava un aguijon mortal.

Respecto á la América lo ha dicho y pintado todo el ilustre Humboldt.

El resultado de tantos esfuerzos, los positivos conocimientos adquiridos en tantos parages, el movimiento de la política, la renovacion de las gene-

raciones y los progresos de la civilizacion, han cambiado el primitivo cuadro del globo.

Encuéntranse ahora confundidos con la arquitectura de los bramas, los palacios italianos y los góticos monumentos; los elegantes carruajes de Lóndres se cruzan con los palanquines y caravanas por los caminos del Tigre y del Elefante. Soberbios navios surcan las aguas del Ganges y del Indo: Bombay, Calcuta y Benarés tienen teatros, imprentas y sociedades de hombres sábios. El pais de las *Mil y una noches*, el reino de Cachemira, el imperio del Mogol, las minas de diamantes de Golconda, los mares enriquecidos con las perlas orientales, ciento veinte millones de hombres que conquistaron Baco, Sesostris, Darío, Alejandro, Tamerlan y Gengis-Kan, tienen por señores y propietarios á una docena de comerciantes ingleses, cuyos nombres son desconocidos, que residen á cuatro mil leguas del Indostan en una calle oscura de la ciudad de Lóndres. Estos comerciantes se curan muy poco de aquella antigua China vecina con sus ciento veinte millones de vasallos: lord Nastings les propuso conquistarla con veinte mil hombres. Pero eso rebajaria el precio del té en las orillas del Támesis, y he aqui lo que ha salvado el imperio de Tobi, fundado dos mil seiscientos treinta y siete años antes de la era cristiana (1), de aquel Tobi contemporáneo de Béhus, tercer abuelo de Abraham.

En Africa da principio un Nuevo Mundo en el cabo de Buena Esperanza. El R. John Campbell,

(1) Yo sigo la cronología de los chinos: deben pues rebajarse dos mil años de esta cuenta.

partiendo de este cabo, se introdujo en el Africa austral hasta la distancia de once millas: encontró ciudades muy pobladas (Macheou y Kurréchane), tierras muy cultivadas y fundiciones de hierro. Al norte de Africa el reino de Bornou y el Soldan, propiamente dicho, ofrecieron á MM. Clappertou y Deuhan treinta y seis ciudades mas ó menos considerables, una civilizacion avanzada y una caballeria negra armada como los antiguos caballeros.

La antigua capital de un reino negro-mahometano ofrecia ruinas de palacios, guaridas de elefantes, leones, avestruces y serpientes; y todos saben que el mayor Laing entró en aquel Tomboucton tan conocido é ignorado. Otros ingleses atacando el Africa por la costa de Brin, van á reunirse subiendo los rios con sus denodados compañeros que llegan por el Mediterráneo. El Nilo y el Niger nos descubrirán pronto sus fuentes y su curso. En aquellas abrasadas regiones el lago Stad refresca el ambiente en los arenales desiertos de la Zona torrida, hiélase el agua dentro de los odres y un célebre viajero, el doctor Oudney, muere al rigor del frio.

El capitan Smith descubre hácia el polo Artántico la Nueva-Shet-landia, que es lo que queda de la famosa tierra austral de Tolomeo. En aquellos mares las ballenas son innumerables, y su tamaño es enorme. Una de ellas atacó y echó á pique en 1820 al navio americano Essex.

La Grande Occeania no es ya un melancólico desierto, los confinados ingleses, mezclados con los voluntarios colonos, han edificado ciudades en aquel mundo, último abierto al paso y vivienda de los hombres. Cavando la tierra se ha encontrado

alli hierro, hulla, sal, pizarra, cal, plombagina, arcilla, alumbre; en fin, todo lo que es útil para establecer una sociedad. La Nueva-Gales del sur tiene á Sidney por capital, en el puerto de Jackson. Paramata está situada en el centro de la obra. La ciudad de Windson prospera en la confluencia del South-Creek y del Hawkesburg. El considerable pueblo de Liverpool ha hecho fecundas las orillas de Georges-River, que desemboca en la bahia Botánica (Botany-Bay), situada catorce millas, al sur del puerto Jackson.

La isla Van-Diemen está poblada tambien; posee puertos soberbios, y montañas enteras de hierro: su capital es Hobart.

Los deportados á la Nueva-Holanda, segun la naturaleza de sus delitos, son puestos en prision, ocupados en las obras públicas, ó destinados á los establecimientos de tierras. Aquellos cuyas costumbres se reforman, quedan libres ó adquieren billetes de autorizacion para permanecer en la colonia.

Esta posee sus rentas: en 1819 subian los impuestos á 21,179 libras esterlinas, sirviendo para disminuir la cuarta parte de los gastos del gobierno.

La Nueva Holanda tiene imprentas, periódicos políticos y literarios, escuelas públicas, teatros, carreras de caballos, grandes caminos, puentes de piedra, edificios civiles y religiosos, máquinas de vapor, fábricas de paños, loza y sombreros y astilleros de buques. Los frutos de todos los climas desde la anana hasta la manzana, desde la uva hasta la aceituna, prosperan por igual en aquella tierra que fué de maldicion. Los carneros inger-

tos del carnero inglés en el del cabo de Buena-Esperanza; sobre todo los merinos puros se crian allí, y son de una estremada hermosura.

La Occeania lleva sus trigos á los mercados del Cabo, sus cueros á las Indias, y sus carnes saladas á la Isla de Francia: aquel pais que hace veinte años no enviaba á Europa sino canguros y algunas plantas, presenta hoy sus lanas merinas en los mercados de Liverpool, en Inglaterra, donde se venden á once sueldos y seis dineros libra; que son cuatro sueldos mas de lo que se pagaban en los mercados las mas finas lanas de España.

Igual revolucion se ha verificado en el mar Pacífico. Las islas de Sandwich forman un reino civilizado por la Tameama, que poseia una marina compuesta de veinte goletas y algunas fragatas. Unos marineros ingleses, desertores, se han convertido en príncipes: han levantado ciudadelas defendidas por buena artillería, y hacen un activo comercio con América y con el Asia. La muerte de Tameama ha colocado el poder en manos de los señorzeulos feudales de las islas de Sandwich, pero no se han destruido los gérmenes de la civilizacion. Poco hace que se vieron en Lóndres, en el teatro de la ópera, un rey y una reina de aquellos insulares antropófagos del capitan Cook, que adoraban sus huesos en el templo consagrado al dios Rono. Estos reyes sucumbieron á la influencia del clima húmedo de Inglaterra; y lord Byron, sucesor en la dignidad de par del gran poeta muerto en Missolonghi, fue el encargado de trasportar á las islas de Sandwich los cuerpos difuntos de aquellos reyes. Qué recuerdo!.... Y que contrastes!.....

Otaiti ha perdido sus bailes, sus coros y sus vo-

luptuosas costumbres: las hermosas habitantes de la nueva Citerea sobrado ensalzadas tal vez por Bougainville, son ahora bajo sus árboles de pan y sus palmeras elegantes, unas puritanas que van al sermon, que leen la Biblia con misioneros metodistas, que pasan el dia en controversias y espian con un tedio estremado la alegria sobrada de sus madres. En Otaiti se imprimen Biblias y libros espirituales.

Pomario, rey que fue de la isla, se ha hecho legislador: ha publicado un código de leyes criminales, y nombrado cuatrocientos jueces para hacer ejecutar estas leyes en las que solo el homicidio es castigado con la pena de muerte. La calumnia en *primer grado* tiene señalada su pena: el calumniador está obligado á construir con sus propias manos un camino de dos á cuatro millas de largo, y doce pies de ancho. «El camino, dice el decreto real, debe estar combado á fin de que se escurra por ambos lados el agua de la lluvia.» Si en Francia existiese una ley semejante poseeriamos los mejores caminos de Europa.

Los salvajes de aquellas encantadas islas que dejaron estupefactos á Juan Fernandez, Ausoan, Damnier y tantos otros navegantes se han transformado en marineros ingleses: un artículo de la *Gaceta de Sidney* en la Nueva-Gales, avisa que los insulares de Otaiti y de la Nueva-Zelanda Boni, Paonton, Popoti, Tiapoa, Moai, Topa, Fieou, Aiyong y Haouho, van á partir del puerto de Jackson en navios de la colonia.

Por último, entre los hielos de nuestro polo, de donde salieron con tantos riesgos y trabajos Gmelin, Ellis, Frederic, Martens, Philipp, Davis, Gilbert,

Hudson, Tomas, Button, Baffin, Fox, James, Munk, Jacobo May, Owin, Koscheley; entre estos hielos, donde unos desgraciados holandeses medio muertos de hambre y de frio, pasaron el invierno sepultados en una arena, donde se veian sitiados por los osos; en esas mismas regiones polares en y medio de una noche de muchos meses, el capitan Parry, sus oficiales y tripulacion, llenos de salud, encerrados en su abrigado buque, y bien abastecidos de víveres, representaban comedias, y daban funciones y bailes de máscara.... ¡Tan segura han hecho la navegacion los últimos descubrimientos!..... ¡Tanto se han disminuido los peligros de toda especie y tantos medios ha llegado á poseer el hombre para arrostrar la intemperie de los climas!

En el propio viaje que sigue á continuacion de este prólogo, hablase de los cambios ocurridos en America. Ahora observaré tan solo los resultados diferentes que han tenido para el mundo los descubrimientos de Colon y de Gama.

Poca fortuna ha adquirido la humanidad con los trabajos del navegante portugues; pero las ciencias han ganado mucho con ellos: la geografia y la física ha desterrado muchos errores: los pensamientos del hombre han adquirido un sorprendente grado de elevacion, á medida que la tierra se ha estendido ante sus ojos; porque visitando mas pueblos, ha podido comparar mas: el mismo se ha apreciado en mas, comprendiendo lo que podia hacer: ha comprendido que crecia la humana especie y que las pasadas generaciones habian muerto en la infancia. Estos conocimientos, estas ideas esta esperiencia y estimacion de si mismo, entraron en la civilizacion como sus elementos genera-

les. Pero ninguna mejora política se realizó en las regiones vastas á donde Gama fue á plegar y amainar sus velas: aquellos indios no hicieron mas que cambiar de amo. El consumo de los géneros de su pais disminuido en Europa por la inconstancia de los gustos y de las modas, no es ya un objeto de luces: en el dia no se correria del uno al otro estremo del mundo para buscar y apoderarse de una isla que produjese la nuez moscada: ademas los géneros de la India han sido imitados ó aclimatados en otras diversas partes del globo. En una palabra, los descubrimientos de Gama constituyen una aventura magnífica; pero nada mas: acaso han podido tener el inconveniente de aumentar la preponderancia de un pueblo, hasta hacerla peligrosa á la independencia de los demas.

Empero los descubrimientos de Colon en razon á las consecuencias que van desarrollándose de dia en dia, forman una revolucion verdadera, asi para el mundo moral, como para el mundo físico; idea que procuraré esplanar al fin de mi *viaje*. Sin embargo, no olvidemos en obsequio del descubrimiento de Gama, que su continente no pidió la esclavitud de otra parte de la tierra; y que la Africa debe sus cadenas á aquella América tan libre en nuestros tiempos. Podemos admirar el rumbo tratado por Colon sobre la profunda sima del Océano; mas para los pobres negros, segun Miton, es el camino que el mal y la muerte construyeron sobre el abismo.

Réstame especificar las investigaciones que han servido últimamente para completar la historia geográfica de la America septentrional.

Ignorábase aun si se estendia este continente

bajo el polo reuniéndose á la Groelandia ó á algunas tierras árticas; ó si terminaba en algun pais contiguo á la bahia de Hudson y al estrecho de Behring.

Hearn descubrió en 1772 el mar á la embocadura del rio de la Mina de Cobre: Mackenzie le habia visto en 1789 á la embocadura del rio á quien ha dado su nombre. El capitan Ross, y despues el capitan Parery penetraron en el estrecho de Lancastre, pasaron probablemente sobre el polo magnético, é invernaron en el fondeadero de la isla de Melville.

El mismo capitan Ross reconoció en 1821 la bahia de Hudson, y encontró á Repulsebay. Guiado por la relacion de los Esquimales, se presentó en el boquete de un estrecho que obstruian los hielos, y le dió el nombre de *Estrecho de la Fury* y *del Hecla*, porque asi se llamaban los buques que montaba. Allí descubrió el último cabo al NOE. de la América.

El capitan Francklin despachado en América para secundar por tierra los esfuerzos de Parry, bajo el rio de la Mina de Cobre, entró en el mar polar; y con direccion á este, avanzó hasta el golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, en corta diferencia á la altura y sesgo de Repulsebay.

El capitan Francklin surgió el Mackenzie, vió el mar Artico en una segunda espedicion verificada en 1825, volviendo á invernar en el lago del Oso, bajando de nuevo el Mackenzie en 1826. A la embocadura de este rio se dividió la espedicion inglesa: una mitad provista de dos canoas se dirigió hacia el E. en demanda del rio de la Mina de Cobre: la otra, á las órdenes del mismo Francklin,

equipada igualmente con dos canoas, hizo su rumbo hácia el OE.

El 9 de Julio viose él capitan detenido por los hielos; y el 4 de Agosto comenzó á navegar de nuevo. Pero solo podia avanzar una milla por dia; la costa era tan llana, y tan poco profunda el agua, que rara vez podia bajar á tierra. Espesas nieblas y vientos estraordinarios oponian duplicados obstáculos á los progresos de la espedicion.

Sin embargo, llegó esta el 18 de Agosto al meridiano 150, y á los 70° 30 minutos N. El capitan Francklin habia recorrido mas de la mitad de la distancia que separa la embocadura del Mackenzie del cabo del Hielo, sobre el estrecho de Behring: no carecia de víveres el intrépido viajero: sus canoas no habian sufrido la menor averia: sus marineros gozaban de la mejor salud, el mar en fin, se hallaba franco, sin obstáculos; pero eran demasiado precisas las órdenes del almirantazgo, y prohibian al capitan que prolongase sus investigaciones si antes de entrar en el invierno no podia llegar á la bahia de Kotzebue: viose pues precisado á retroceder al rio Mackenzie; y el 21 de setiembre entró en el lago del Oso, donde se reunió con la otra parte de la espedicion.

Esta habia dado fin á su esploracion de las costas desde la embocadura del Mackenzie hasta la del rio de la Mina de Cobre, prolongando todavia su navegacion hasta el golfo de la coronacion de Jorge IV, subiendo con rumbo al E. hasta el meridiano 118: en todas partes habia encontrado buenos puertos, y una costa mas fácil de abordar que lo que habia ponderado el capitan Franklin.

Otto de Kotzebue, capitan ruso, descubrió en

1816 al nordeste del estrecho de Behring un paso ó entrada que lleva hoy su nombre; á este paso se habia dirigido con una fragata Beechey capitan inglés, para esperar al nordeste de la América al capitan Francklin que se dirigia á él desde el noroeste. La navegacion de Beechey se habia verificado con la mayor felicidad. Llegado al lugar y tiempo convenidos en 1827, las nieves solamente habian detenido su gran buque á los 72º 30 m. de latitud norte. Entonces obligado á anclar junto á una costa, todos los dias descubria algunos baidars (nombre ruso de las embarcaciones indianas que surcan aquellos mares) que pasaban por los claros que quedaban entre los hielos y la tierra: cada momento esperaba ver llegar del mismo modo al capitan Francklin.

Ya hemos dicho que este habia arribado el 18 de agosto de 1826 al meridiano 150 de Greenwich, y á los 70º 30 m. latitud norte. Distaba pues únicamente del cabo del Hielo sesenta leguas del paso de Kotzebue; y probablemente el capitan Francklin no se hubiera visto obligado á doblar este cabo, encontrando algun canal en inmediata comunicacion con las aguas de la entrada de Kotzebue, de modo que en todos los casos solo habia que andar ciento veinticinco leguas para encontrar la fragata del capitan Beechey.

Hácia fines de agosto, y durante el mes de setiembre, es la época en que se hallan menos cubiertos de hielo los mares polares. El capitan Beechey no dejó el paso de Kotzebue hasta el 14 de octubre; y asi el capitan Francklin hubiera empleado cerca de dos meses desde 18 de agosto hasta 14 de octubre para andar ciento veinticinco

leguas en la mejor estacion del año. Muy sensible es el obstáculo que unas instrucciones, muy humanas á la verdad, consideradas en cierto punto, se opusieron á la marcha del capitan Francklin. ¡Cuan afectuosa alegria, mezclada de un justo orgullo, no hubieran manifestado los marineros ingleses, al acabar el descubrimiento del paso del nordeste, hallándose en medio de los hielos, y abrazándose en unos mares no surcados todavia por ningun buque en aquella estremidad del Nuevo Mundo, desconocido hasta entonces! De todos modos el problema geográfico puede considerarse resuelto: es indudable que existe el paso del Noroeste: está plenamente determinada la esterior configuracion de la América.

El continente de esta nueva region del mundo termina al noroeste en la bahia de Hudson por una Península llamada Melville, cuya última punta ó cabo se coloca á los 69º 48 m. de latitud norte, y á los 82º 50 m. de longitud oeste de Greenwich. Entre este cabo y la tierra de Cockburn, se abre el *estrecho de la Fury y del Hécla*, que solo presentó una sólida masa de hielo al capitan Parry.

La Península noroeste se halla adherida al continente, cerca de la bahia de Repluse: no puede ser muy ancha en su base, pues el golfo de la coronacion de Jorge IV, descubierto por el capitan Francklin en su primer viaje, baja al sud hasta los 66 1/2º, y su estremidad meridional dista solo sesenta y siete leguas de la parte occidental de la bahía de Wajer. El capitan Lyon fué enviado á la bahía de Repulse, con objeto de pasar por tierra desde el centro de esta bahia hasta el golfo de la coronacion de Jorge IV. Los hielos, las cor-

rientes y las tempestades detuvieron al buque de este marino denodado.

Continuando ahora nuestra investigacion, y colocándonos á la otra parte de la Península de Melville en dicho golfo de la Coronacion de Jorge IV, hallamos la embocadura del rio de la Mina de Cobre á los 67° 42 m. 35 segundos de lat. N.; y á 115° 49 m. 33 seg. de long. OE. de Greenwich. Hearu indicó esta embocadura cuatro grados y un cuarto mas hácia el N. en lat. y cuatro grados mas al OE. en long.

Navegando desde la embocadura del rio de la Mina de Cobre hacia la del Mackenzíe, se sube lo largo de la costa hasta los 70° 37 im. de lat. N.; se dobla un cabo, y se baja á la embocadura oriental del Mackenzie por los 69° 29 m. Desde alli se dirige la costa por el OE. hácia el estrecho de Behring, elevándose hasta los 70° 30 m. de lat. N., bajo el méridiano 150 de Greenwich, punto donde se detuvo el capitan Francklin en 18 agosto 1826. Entonces, como dejo dicho, solo se encontraba á los 10° de long. OE. del cabo del Hielo, que con corta diferencia se halla á los 71° de lat.

Reasumiéndolo todo, produce el siguiente resultado:

Hállase el último cabo NOE. de la América septentrional, á los 69°, 48 m. lat. N., y á los 82°, 50 m. long. OE. de Greenwich: el cabo *Turnagain*, en el golfo de la Coronacion de Jorge IV, á los 68°, 30 m. lat. N.: la embocadura del rio de la Mina de Cobre á los 60°, 49 m. 35 s. lat. N. y á los 115°, 49 m. 35 s. de long. OE. de Greenwich. Un cabo sobre la costa entre el rio de la Mina de

Cobre y el Mackenzie á los 70°, 37 m. lat. N. y á los 126°, 52 m. de long. OE. de Greenwich: la embocadura del Mackenzie á los 69°, 29 m. lat.; y á los 133°, 24 m. de long.: el punto donde se detuvo el capitan Francklin, á los 70°, 30 m. de lat. N.; y al merid. 15, al OE. de Greenwich; y por último, el cabo del Hielo 10° de long. mas al OE. á los 71° lat. N.

Por manera que desde el último cabo NOE. de la América septentrional en el *estrecho de Hécla y de la Fury*, hasta el cabo del Hielo, mas arriba del estrecho de Behring, forma el mar un golfo ancho, poco profundo, que termina en la costa NOE. de la América. Esta costa corre por el E. y OE. ofreciendo en el golfo general tres ó cuatro bahias principales, cuyas puntas ó promontorios se aproximan á la lat. donde estan colocados el último cabo NOE. de América, al estrecho de la Fury y del Hécla y al cabo del Hielo, sobre el estrecho de Berhing.

Frente á este golfo de los 70 á 75° lat., estan situados todos los descubrimientos que resultan de los tres primeros viajes del capitan Parry, la isla presumida de *Cockbuin*, las delineaciones del *estrecho del Principe regente*, las islas del *Principe Leopoldo*, de *Bathurst*, de *Melville*, y la tierra de *Bauks*. No se trata ya pues sino de encontrar entre estas desunidas tierras, un paso libre al mar que baña la costa NOE. de la América, que seria navegable tal vez en la estacion oportuna, para los buques balleneros.

Mr. Macleod contó á Mr. Douglas en las grandes cataratas de Colombia, que existe un rio que corre paralelo al de Mackenzie, y desemboca en

el mar cerca del cabo del Hielo. Al norte de este cabo se halla una isla donde concurren los barcos rusos á practicar cambios con los naturales del pais. Mr. Macleod visitó por sí mismo el mar polar, y en el espacio de once meses, pasó desde el Océano Pacífico á la bahia de Hudson. Segun dicho viajero, pasando el mes de julio, ya se halla franco el mar en las regiones polares.

Este es el estado actual de las cosas en el esterior de la América septentrional con relacion á aquel famoso paso que yo me habia empeñado en buscar, y que fue el primer móvil de mi viaje á Ultramar. Veamos ahora lo que los últimos viajeros han hecho en el interior de esta misma América.

Al NOE. está todo descubierto en aquellos desiertos áridos y helados que rodean el lago del Esclavo y el del Oso (1). Mackenzie partió el 3 de junio 1789 del fuerte de Chipiouyan sobre el lago de los Montes que se comunica con el del Esclavo por una corriente de agua. En este lago nace el rio que desemboca en el mar del polo, y se llama ahora *rio de Mackenzie.*

En 10 octubre 1792 partió Mackenzie por segunda vez del fuerte de Chipiouyan; y dirigiendo al OE, su rumbo, atravesó el lago de los Montes, y remontó el rio de Oungigah ó de la Paz, cuyo orígen se halla en los montes Roqueños. Los misioneros franceses habian conocido ya estos montes bajo el

(1) En el análisis que he dado de los viajes de Mackenzie (tomo XV) puede verse la historia de los descubrimientos que precedieron á los de aquel en la América septentrional.

nombre de montañas de las *Piedras brillantes.* Mackenzie las atravesó, y encontró un gran rio, el Tacontche-Tesse, que equivocadamente tomó por el de Colombia: no siguió su curso, y se trasladó al Océano Pacífico por otro rio que llamó del Salmon.

Encontró multiplicadas huellas del capitan Vancouver; observó la lat. á los 52º 21 m. 33 s., y escribió sobre una roca con un pedazo de bermellon: «*Alejandro Mackenzie vino del Canadá á este sitio, por tierra el 22 de julio de 1793*» ¿Qué es lo que en aquella época haciamos en Europa? Por impulso mezquino de emulacion nacional que ellos mismos no llegan á advertir, los viajeros americanos hablan poco del segundo itinerario de Mackenzie, itinerario que prueba que este inglés fué el primero que tuvo la gloria de atravesar el continente de la América septentrional, desde el mar Atlántico hasta el Océano.

El 7 de mayo de 1792 el capitan americano Roberto Gray descubrió en la costa NOE. de la América septentrional, la embocadura de un rio á los 46º 19 m. de lat. n., y 126º 14 m. 15 s. de long. O E. del merid. de París. Roberto Gray entró en este rio el 11 del mismo mes, y le llamó *la Colombia*, que era el nombre del buque que mandaba.

Vancouver llega al mismo sitio en 19 de octubre del propio año; Broughton con la ayuda de Vancouver, pasó la barra de la Colombia, y remontó el rio ochenta millas mas arriba de la barra.

Los capitanes Lewis y Clarke, que llegaron por el Missouri, bajaron los montes Roqueños, y en 1805 edificaron á la entrada de la Colombia, un fuerte que fue abandonado á su partida.

En 1811 los americanos levantaron otro fuerte á la orilla izquierda del mismo rio, poniéndole el nombre de *Astoria*, en conmemoracion de M. J. J. Astor, negociante de Nueva-York, y director de la compañía de peleterias del Océano Pacífico.

En 1810 se reunieron en San Luis de Misisipi varios asociados de la compañía, y atravesando estos montes hicieron á la Colombia una nueva escursion; posteriormente en 1812, algunos de dichos asociados conducidos por Mr. R. Stuart, volvieron á San Luis desde la Colombia. Todo, pues, es conocido por aquella parte. Los grandes afluentes del Missouri, el rio de los Osos, el de la Boca-Amarilla, tan caudaloso como el Ohio, han sido surgidos; los establecimientos americanos se comunican por estos rios al NOE., con las mas apartadas tribus indianas, y al SE. con los habitantes del Nuevo-Mégico.

En 1820 Mr. Cass, gobernador del territorio de Michigan partió de la ciudad del Estrecho, edificada sobre el canal que reune el lago Erié con el Saint-Clair, siguió la gran cadena de los lagos, y buscó las fuentes del Misisipi: Mr. Schoolcraft redactó el diario de este viaje lleno de hechos y de instruccion. La espedicion entró en el Misisipi por el rio del *Lago de Arena*: el rio en aquel parage tenia de ancho 200 pies. Los viajeros le remontaron salvando 43 saltos. El Misisipi iba estrechándose siempre, y en el salto de Peckagoma solo tenia 80 pies de ancho. «El aspecto del pais cambia, dice Mr. Schoolcraft: desaparece el buque que sombreaba las riberas del rio; aquel describe sinuosidades numerosas en una pradera de tres mi-

llas de ancho, donde crecen muy elevadas plantas, ballueca y juncos, y rodeada de arenosas colinas, donde se ven algunos pinos amarillos. Hemos navegado largo tiempo sin adelantar mucho: parecia que hubiesemos llegado al superior nivel de las aguas; la corriente del rio no pasaba de una milla por hora. Solo veiamos el cielo y las yerbas, por entre las cuales se abrian paso nuestras canoas, ocultándonos los objetos apartados. Las aves acuáticas se encontraban con mucha abundancia; pero entre ellas no se veia ningun chorlito.»

La espedicion atravesó el grande y pequeño lago Ouinnipec: 50 millas mas arriba se detuvo en el lago superior del Cedro-Rojo, al que dió el nombre de *Cassina*, en honor de Mr. Cass.

Encuentrase alli la fuente principal del Misisipi: el lago tiene 18 millas de largo sobre 6 de ancho: sus aguas son cristalinas y sus orillas estan sombreadas por arces y pinos. Mr. Pike, otro viajero que se coloca en el lago de la Sanguijuela, uno de los mas copiosos manantiales del Misisipi, pone el lago Casina á los 470º 42 m. y 40 s. lat. N.

El rio de la Cierva sale del lago del mismo nombre, y entra en el Casina. «Estimando en sesenta millas, dice Mr. Schoolcraft, la distancia que media al de la Cierva, desde el lago Casina, que es el mas remoto manantial del Misisipi, resultarán de long. total del curso de este rio 3,038 millas. El año anterior le habia yo bajado (el Misisipi) desde San Luis en un buque de vapor; y el 10 de julio habia pasado su embocadura para pasarme á Nueva-York. De modo que poco mas de un año despues me encontraba, cerca de su orígen, sentado en una canoa indiana.»

Mr. Schoolcraft observa que á poca distancia del lago de la Cierva corren las aguas hacia el norte por el Rio-Rojo que baja á la bahia de Hudson.

Tres años despues (1823) recorrió Mr. Beltrami las mismas regiones. Este viajero lleva las fuentes septentrionales del Misisipi cien millas mas arriba del lago Casina, ó del Cedro-Rojo; afirma que antes de él no habia pasado nadie mas allá del lago citado, y describe de este modo su descubrimiento de las fuentes del Misisipi.

«Nos hallamos en las mas elevadas tierras de la América septentrional..... Pero todo está lleno: la colina que ocupo no es otra cosa mas que una eminencia formada en el centro, especie de observatorio.

»Estendiendo la vista en derredor se ven correr las aguas por el mar hácia el golfo de Méjico, por el norte hacia el mar Glacial, por el este hácia el Atlántico, y por oeste hácia el mar Pacífico.

»Esta elevacion suprema está coronada por una gran meseta; y lo que es mas admirable es que brota un lago en medio de ella.

»¿De qué proviene este lago? ¿Cómo se ha formado? ¿De dónde vienen estas aguas? Solo puede decirlo el gran constructor del universo..... Este lago no tiene salida alguna: mi vista, harto penetrante, no puede descubrir en todo el horizonte á pesar de hallarse muy despejado, ninguna tierra que se eleve mas arriba de su nivel: todas, por el contrario, son muy inferiores.....

»Hemos visto ya las fuentes del rio que he remontado hasta aqui (rio Rojo): hallánse precisamente al pié de la colina, y filtran en línea recta

de la orilla septentrional del lago: estas son las fuentes del rio Rojo ó sangriento. A otro lado, á la parte del sur, brotan otras fuentes, que forman un estanque pequeño y gracioso de unos ochenta pies de circunferencia: filtranse estas aguas del lago tambien, y son las fuentes del Misisipi.

«El lago tiene unas tres millas de circunferencia, forma una especie de corazon, y habla al alma: la mia no pudo menos de conmoverse á su vista: parecióme justo sacarle del olvido en que la geografia le dejaba aun despues de tantas espediciones, y hacerle conocer al mundo de un modo distinguido. Dile pues el nombre de aquella dama respetable, cuya vida, segun ha dicho su ilustre amiga la condesa de Albany, fue *un curso de moral en accion*; y cuya muerte es una calamidad para todos los que habian tenido la dicha de tratarla... Le llamé *lago de Julia*; y á las fuentes de los dos rios, las *fuentes Julianas del rio Sangriento*, las *fuentes Julianas del Misisipi.*

«Parecíame entonces que las sombras de Colon, Américo Vespucio, los Cabotto, Verazani etc., asistian, llenas de júbilo á aquella gran ceremonia; y se felicitaban de que uno de sus compatriotas viniese, á renovar con nuevos descubrimientos la memoria de los servicios que hicieron al mundo entero con sus talentos, sus azañas y virtudes.»

Un estrangero es el que habla, y facilmente se conoce el gusto, los rasgos, el carácter, y el justo orgullo del genio italiano.

Lo cierto es que la meseta donde toma su orígen el Misisipi es una tierra llana, pero culminante, cuyas vertientes cubrian las aguas al norte, al este, al mediodia y al oeste; que sobre dicha

meseta se abren una porcion de lagos, de donde rebosan rios que corren hácia todos los rumbos. El suelo de esta meseta superior es movedizo, como si flotase sobre los abismos. En la estacion de las lluvias los lagos y los rios salen de madre, y aquello se tomaria por un mar, si este mar no llevase bosques de ballueca de veinte y treinta pies de alto. Las canoas perdidas en aquel doble Océano de agua y de yerbas, no pueden dirigirse sino con el ausilio de la brújula y las estrellas. Cuando sobreviene alguna tempestad se doblan las plantas fluviales, y caen sobre las embarcaciones; y millones de ánades, cerzetas, garzas y gallinetas alzan el vuelo, y forman una nube sobre la cabeza de los viajeros.

Por algunos dias permanecen las aguas desbordadas é inciertas en su curso, hasta que van dividiéndose poco á poco. Una piragua es arrastrada blandamente hácia los mares polares, los del mediodia, los grandes lagos del Canadá ó los afluentes del Misouri, segun el punto de la circunferencia en que se encuentra cuando el centro de la inundacion; y nada hay tan magestuoso y admirable como aquel movimiento y distribucion de las aguas centrales de la América del norte.

En 1806 el mayor Pike, y Mr. Nultal en 1819, recorrieron sobre el Misisipi inferior el territorio de Arkausa, visitaron los Osos, y reunieron noticias tan preciosas para la topografia, como para la historia natural.

Tal es el Misisipi de que hablaré en mi *viaje*; rio que los franceses bajaron los primeros viniendo del Canadá; rio que corrió por sus dominios, y cuyos ricos valles sienten todavia la falta de su genio.

La América fue descubierta por Colon en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492: y el capitan Francklin completó el descubrimiento de aquel Nuevo Mundo el 18 de agosto de 1826. Cuantas generaciones han bajado al sepulcro!... Cuántas revoluciones se han verificado desde entonces! ¡Cuántas mudanzas y cambios han ocurrido en los pueblos en este espacio de 333 años, 9 meses y 24 dias!...

El mundo existente, no se parece ya al mundo de Colon. En aquellos ignorados mares, sobre los cuales se veia una mano negra; la *mano de Satanás*, que durante la noche arrebataba los buques, para sumergirlos en el fondo del abismo; en aquellas antárticas regiones, morada de la noche de la fábula y del espanto; en aquellas aguas furiosas del cabo de Hornos y del cabo de las Tormentas, donde el terror se apoderaba de los pilotos; en aquel doble Océano, cuyas olas azotan las dobles riberas, en aquellos parages tan temidos en otros tiempos, se ven ahora buques correos que hacen la travesia en determinados periodos para llevar la correspondencia á los viajeros. Desde un pueblo floreciente de Europa se invita á comer á un amigo que reside en una ciudad de América, y puede llegar con puntualidad á la hora convenida. En lugar de aquellos sucios y groseros buques, infectos y húmedos, donde se comian solamente carnes saladas y devoraba el escorbuto al pasagero; ofrecen los elegantes navios, sus cámaras artesonadas de caoba, adornadas con tapices, espejos, flores, bibliotecas, instrumentos de música, y toda la delicadeza de una mesa fina. Un viaje que exija muchos años de investigaciones en las latitu-

des mas opuestas, no causará la muerte á un solo marinero.

Han desaparecido las distancias, y nos reimos de las tempestades. Un simple ballenero se da á la vela para el polo austral: si no halla buena pesca retrocede, al polo boreal. Atraviesa los trópicos dos veces para cojer un pez, recorre dos veces un diámetro de la tierra, y en pocos meses toca ambos estremos del universo. Hasta en las puertas de las tabernas de Lóndres se ve anunciada por carteles la partida del *paquebote de la tierra de Diemen, con todas las comodidades posibles* para los que pasen á los Antípodas: este aviso suele estar fijado despues del anuncio de la partida del *paquebote de Douvres á Calais*. Hay *itinerarios portátiles, guias y manuales* para el uso de las personas que se proponen hacer *un viaje de recreo al rededor del mundo;* y este viaje dura nueve ó diez meses; y aun menos algunas veces. Se parte en invierno al salir de la ópera; se toca en las islas Canarias, en Rio-Janeiro, en Filipinas en la China, en las Indias, en el cabo de Buena Esperanza; y el viajero se encuentra de vuelta en su casa cuando van á empezar las cazerias.

Ya no conocen en el Océano vientos contrarios los buques de vapor; ni opuestas corrientes en los rios: ellos parecen unos kioscos, ó palacios flotantes de dos ó tres pisos, desde cuyas galerias se admiran los mas famosos cuadros de la naturaleza en las selvas del Nuevo-Mundo. Caminos cómodos facilitan la subida á la cumbre de los montes, y abren las puertas á unos desiertos que eran inaccesibles hace poco: acaban de reunirse cuarenta mil viajeros como en un dia de campo en la catarata del Niágara. Los pesados carromatos del

comercio se deslizan rápidamente sobre caminos de hierro; y si la Francia, la Alemania y la Rusia se conviniesen en establecer una línea telegráfica hasta la muralla de la China, podriamos escribir á algun chino amigo, y recibir su contestacion en el espacio de nueve á diez horas. Un hombre que diese principio á su peregrinacion á los 18 años y la acabase á los 60, suponiendo que solo caminase cuatro leguas por dia, daria en este tiempo vuelta á nuestro miserable planeta cerca de siete veces. El génio del hombre á la verdad, es sobrado grande para tan escasa habitacion: de aqui nace la consecuencia indispensable de que está destinado á poseer una morada mas alta.

Ahora bien: es conveniente que las comunicaciones entre los hombres se hayan facilitado tanto? ¿No se conservaria mejor el carácter particular de las naciones, si estas no se conociesen unas á otras, y conservasen con fidelidad religiosa los hábitos y las tradiciones de sus padres? Recuerdo que en mi juventud he oido murmurar á algunos ancianos bretones contra los caminos que se proyectaban abrir en sus bosques, siendo asi que aquellos caminos debian dar mas valor á las ribereriegas propiedades.

Bien se yo que puede emplearse este sistema de declamaciones tiernas, porque sin duda alguna, poseen su mérito particular las costumbres y los hechos de los antiguos tiempos; pero no debe perderse de vista que un estado político no es mejor porque sea rutinario ó caduco; pues en otro caso tendriamos que convenir en que el despotismo de la China y de la India, donde en tres mil años no se ha cambiado nada, es la cosa mas perfecta

que existe; y á la verdad no puede concebirse que pueda ser tan grato encerrarse durante cuarenta siglos con unos pueblos que se hallan en la infancia, y unos tiranos que están en la decrepitud.

La admiracion y el gusto de los estacionarios provienen de los falsos juicios que forman sobre la verdad de los hechos y sobre la naturaleza del hombre· sobre la verdad de los hechos, porque suponen que las costumbres antiguas eran mas puras que las modernas, lo cual es un error craso; y sobre la naturaleza del hombre porque se empeñan en no comprender que es capaz de perfeccion el entendimiento humano.

Aquellos gobiernos que atajan y entorpecen los vuelos del genio, se asemejan á los pajareros que cortan al águila sus alas para impedir que se remonte hasta lo mas elevado del espacio.

Finalmente, solo se declama contra los progresos de la civilizacion por un efecto de las preocupaciones: aun se miran los pueblos como se les miraba en otro tiempo; esto es, aislados y sin tener en sus destinos nada que sea general. Pero si se considera á la especie humana como una gran familia que camina á un objeto comun; si se desecha la idea de que todo está dispuesto en este mundo para que una pequeña provincia y un corto reino permanezcan en su eterna ignorancia, en su pobreza y en sus instituciones políticas, tales como las han producido la barbarie, el tiempo y el acaso; entonces este desarrollo de la industria, de las ciencias y de las artes, parecerá lo que es efectivamente, una cosa legítima y natural. En este universal movimiento se reconocerá el de la sociedad, que

acabando su historia particular, comienza su general historia.

En los tiempos remotos era un objeto de curiosidad el hombre que, como Ulises, abandonaba su hogar. En los presentes, esceptuadas seis personas que se hallan fuera de toda comparacion, por su mérito individual ¿quién es el que nos puede interesar con la narraccion de sus viajes? Yo me coloco entre la multitud de oscuros viajeros que tan solo han podido ver lo que han visto todos, que no han conseguido obtener dato ni conocimiento alguno que redunde en beneficio y progreso de las ciencias; y que nada absolutamente han añadido al tesoro de los conocimientos humanos. Pero me presento como historiador de los pueblos de la tierra de Colon, de aquellos pueblos cuya raza tardará poco tiempo en desaparecer: quiero decir algunas palabras sobre los futuros destinos de la América; sobre otros pueblos herederos naturales de aquellos indios infortunados: mi única pretension se reduce á espresar sus esperanzas y sus padecimientos.

acabando su historia particular, comienza su general historia.

En los tiempos remotos era un objeto de curiosidad el hombre que, como Ulises, abandonaba su hogar. En los presentes, escepticadas sus personas que se hallan fuera de toda comparacion, por su merito individual, quien es el que nos puede interesar con la narracion de sus viajes? Yo no conozco entre la multitud de nuestros viajeros que tan solo han podido ver, lo que han visto todos, que no han conseguido ahuyentar tan al concepto alguno que reduzcan en bandeja y presen de los ciencias; y que nada absolutamente tenan añadido al tesoro de los conocimientos humanos. Pero, no presento como historiador de los pueblos de la tierra de Colon, de aquella pueblos cuya raza tardara poco tiempo en desaparecer quiero decir algunas palabras sobre los autores destinos de la America, sobre otros pueblos hermanos naturales de aquellos indios infortunados, en tanta perdicion se reduce a espresar sus esperanzas y sus padecimientos.

INTRODUCCION.

En una nota del *Ensayo historico* (1) escrita en 1794, he referido detalladamente cuales eran mis miras al pasar á América: de estas propias miras he hablado muchas veces en otras de mis obras con especialidad en la *Atala*. Yo pretendia descubrir la comunicacion al NOE. de la América, volviendo á encontrar el mar Polar visto por Hearne en 1772, divisado mas hácia el OE. por Mackenzie en 1789, reconocido por el capitan Parry que se aproximó á él en 1819, atravesando el estrecho de Lancastre; y en 1821 á la estremidad del estrecho de la *Hécla* y de la *Furi* (2); y en fin, por el capitan Francklin, que despues de haber ba-

(1) Ensayo histórico sobre las revoluciones; parte II, cap. XXIII.

(2) Este marino intrêpido volvió á partir para el Espitzberg con ánimo de llegar en un Trineo hasta el polo; y permaneció sesenta y un dias sobre el hielo sin poder pasar de los 82° 45 m. lat. N.

jado sucesivamente el rio de Hearne en 1821, y el de Mackenzie en 1826, acaba de reconocer las costas de este Océano, que se halla rodeado de una zona de nieve y que hasta ahora ha rechazado el paso de todos los buques.

Debe notarse una cosa muy particular que pertenece á la Francia. La mayor parte de los viajeros de esta nacion han sido unos hombres aislados, abandonados á sus propias fuerzas, y á su propio genio: rara vez han sido empleados ó socorridos por el gobierno ni por compañia alguna particular: de aqui ha resultado que algunas otras naciones mas avisadas hayan hecho por un concurso de voluntades nacionales lo que no han podido concluir los individuos franceses. La Francia posee el valor, y el valor es digno del buen éxito; empero no basta siempre para obtenerle.

Cuando lanzo una mirada sobre lo pasado ahora que toco el fin de mi carrera, no puedo menos de pensar cuanto esta carrera hubiera valido para mí si hubiese llegado á realizar el objeto de mi primer viaje. Perdido en aquellos salvages mares, caminando por aquellas hiperbólicas playas no holladas todavia por la humana planta, hubieran pasado en silencio para mí los años de discordia que hundieron tantas generaciones. El mundo hubiera cambiado durante mi ausencia. Entonces es probable que no me hubiera ocurrido jamás la desgracia de escribir: hubiera continuado desconocido mi nombre, ó tal vez se hubiera grangeado una de esas pacíficas celebridades que no despiertan la envidia, y que anuncian menos gloria que felicidad. ¿Quién sabe si hubiera vuelto á pasar el Atlántico si me hubiera fijado en aquellas

soledades que descubrí como un conquistador? Verdad es que entonces no me hubiera sentado en el congreso de Verona, ni me hubieran llamado *monseñor* en la hospederia de Negocios Estrangeros, calle de Capuchinos en Paris.

Al término de la carrera es bien indiferente todo esto. Cualesquiera que sea la diversidad de caminos que se sigan, todos conducen á un mismo punto; y los viajeros llegan al lugar señalado para la reunion general: todos llegan á él igualmente fatigados; porque en el mundo desde el principio hasta el fin de la jornada, nadie se sienta para descansar ni una sola vez; y á imitacion de los judios en la comida de la Pascua, asisten todos de paso al banquete de la vida, y están todos de pie con los lomos ceñidos por una cuerda, puestas las sandalias de viaje, y con el bordon en la mano.

Inútil parece repetir cual era el objeto de su empresa, puesto que mil veces lo he dicho en mis obras. Bastará, pues, hacer observar al lector que este primer viaje podria ser el último si hubiese logrado conseguir desde luego los recursos necesarios para tan gran descubrimiento; pero si algunos obstáculos imprevistos hubiesen entorpecido mis pasos, este primer viaje solo debia ser el preludio de otro; en una palabra, una especie de reconocimiento del desierto terreno.

A fin de esplicar el rumbo que se me verá seguir, es indispensable recodar el plan que me habia trazado; plan bosquejado rápidamente en la nota del *Ensayo histórico* que dejo indicada ya. El lector, podrá ver en ella que en lugar de subir al septentrion me proponia dirijirme al OE. de mo-

do que pudiese arribar á la costa occidental de la América, y algo mas arriba del golfo de California. Desde allí, siguiendo el perfil del continente, siempre á vista de la mar, trataba de dirigirme al N. hasta el estrecho de Behring, doblar el último cabo de la América, bajar el E. por la costa del mar Polar, y volver á los Estados Unidos por la bahia de Hudson, el Labrador y el Canadá.

Determinábame á recorrer tan larga costa del Océano Pacífico el poco conocimiento que de ella se tenia. Despues de los trabajos de Vancouver, quedaban dudas todavia, á cerca de la existencia de una comunicacion entre los 40 y los 60º de lat. septentrional: ni el rio de Colombia, ni la situacion del nuevo Cornonailles, ni el estrecho de Chleckhoff, ni las regiones Alencienas, ni el golfo de Bristol ó de Kook, ni las tierras de los indios Tchoukotches, habian sido esplorados por Kotzebue, ni por los demas navegantes rusos ó americanos. En el dia el capitan Francklin, evitando un rodeo de muchos millares de leguas, se ha ahorrado el trabajo de buscar en occidente lo que tan solo existia y podia encontrarse en el septentrion.

En este punto vuelvo nuevamente á suplicar al lector que acoja con su memoria el recuerdo de los parages diversos de la advertencia general estampada á la cabeza de mis *obras completas*, y del *Ensayo histórico*, donde he referido algunas particularidades de mi vida. Habiéndome destinado mi padre á la marina; mi madre al estado esclesiástico, y mi eleccion al servicio de la tierra, habia sido presentado á Luis XVI. Para obtener los honores de la corte y *subir á las carrozas*, segun el lenguaje de la época, era necesario tener, á lo menos, la con-

sideracion de capitan de caballeria: yo era de derecho capitan de caballeria; y de hecho teniente de infanteria en el regimiento de Navarra. Los soldados de este, cuyo coronel era el marqués de Mortemar se insurreccionaron como los demas á fines de 1790; y á consecuencia de esto quedé yo libre de todo compromiso. Cuando á la entrada de 1791 dejé la Francia, la revolucion caminaba á pasos de gigante. Aquella proclamaba mis propios principios; pero yo detestaba las violencias que la habian deshonrado: por eso partí gustoso en busca de una independencia mas análoga á mis inclinaciones y mas adecuada á mi carácter.

La emigracion se aumentaba estraordinariamente por aquella época; pero como los partidos no habian llegado aun á las manos, ningun sentimiento de honor me obligaba á tomar parte contra mi conviccion en los proyectos de Coblenza. Hacia las riberas de Ohio se dirigia otra emigracion mas racional: allí una tierra de libertad ofrecia su asilo á los que huian de la libertad de su pátria. Nada hay que pruebe mejor el alto precio de las instituciones liberales que este voluntario destierro de los partidarios del poder absoluto en un mundo republicano.

Despedime de mi digna y respetable madre en la primavera de 1791, y me embarqué en Saint-Maló. Llevaba para el general Washington una carta de recomendacion del marqués de Ronaire, que habia hecho en América la guerra de la independencia, y que no tardó en hacerse célebre por la conspiracion realista á que dió su nombre. Iban en mi compañia algunos jóvenes seminaristas de San Sulpicio, á quienes un superior, hombre de

mérito, conducia á Baltimore. Nos dimos á la vela; y al cabo de 48 horas perdimos de vista la tierra, y entramos en el Atlántico.

Los que no han navegado aun, es dificil que puedan formarse idea de los sentimientos que esperimenta aquel que desde la cubierta de un buque solo distingue el mar y el espacio: yo he procurado trazar estos sentimientos en el *Génio del Cristianismo*, y su capítulo titulado *Dos perspectivas de la naturaleza*; asi como tambien en los *Natchez*, atribuyendo á Chactas mis propias inspiraciones. El *ensayo histórico*, y el *itinerario* están asi bien, llenos de recuerdos é imágenes de lo que puede llamarse desierto del Océano. Encontrarme en medio del mar era no haber abandonado á mi patria: por decirlo asi, era tanto como si mi nodriza en mis primeros años, siendo la confidenta de mis primeros placeres, me condujera á aquella fantástica region. Para que pueda penetrarse con mas facilidad el espíritu de la relacion que va á seguir citaré algunas páginas de mis inéditas memorias: nuestro modo de ver y de sentir se resiente casi siempre de las reminiscencias de la juventud.

Pueden aplicárseme aquellos dísticos de Lucrecio:

Tum porro puer ut sævis proyectus ad undis
Navita. . . . . .

Plugo al cielo colocar en mi cuna la imágen de mi porvenir.

«Mecido como compañero de los vientos y de las olas, estas olas y estos vientos.... esta soledad

que fueron mis primeros maestros, se adaptan, quizá, mucho mas á la naturaleza de mi espíritu y á la independencia de mi carácter: á esta educacion salvage debo tal vez alguna virtud que no hubiera llegado á conocer. Lo cierto es que no hay un sistema de educacion que en sí mismo sea preferible á otro. Dios hace bien todo lo que hace: su providencia nos dirige cuando somos llamados por él á representar algun papel en el gran teatro del mundo.»

Despues de las minuciosas circunstancias de mi infancia, siguen las de mis estudios. Habiendo dejado muy temprano el lecho paternal, digo la impresion que me ha causado Paris, la corte y el mundo: pinto la sociedad de aquella época, los hombres que vi en ella, y los principales movimientos de la revolucion; la rigorosa cronología de las fechas me conduce al tiempo de mi partida para los Estados-Unidos. Al dirigirme al puerto visité la tierra en que habia pasado parte de mi niñez; pero dejemos hablar á mis *Memorias*.

«Solo tres veces volví á ver á Comburgo: cuando murió mi padre se reunió toda la familia en el castillo para despedirse en él: dos años despues fui acompañando á mi madre que queria amueblar el antiguo solar de la familia, á donde mi hermano trataba de llevar á su esposa; pero mi hermano no vino á Bretaña: subió muy pronto al cadalso con la jóven (1) para quien mi madre habia preparado el lecho nupcial. En fin, la última vez

(1) Madama de Rosambo, nieta de Mr. de Malesherbes, guillotinada con su esposo el mismo dia que lo fue su ilustre abuelo.

que vi á Comburgo, fue al llegar al puerto cuando decidí pasar á América.

»Despues de una ausencia de 16 años, pronto ya á abandonar el suelo natal por las ruinas de la Grecia, quise ir á abrazar en medio de los llanos de la Bretaña lo que me quedaba de mi familia; pero me faltó valor para emprender aquel viaje á los paternos campos. Allí entre los espesos matorrales de Comburgo he llegado a ser yo lo poco que soy: he visto reunirse y dispersarse allí á mi familia: de diez hermanos que eramos quedamos cuatro solamente. Murió mi madre de pesar: las cenizas de mi padre fueron arrojadas por el viento y esparcidas por él....

»Si mis obras me sobreviven; si está decretado que yo deje algun nombre en la posteridad, llegará tal vez un dia en que guiado el viajero por estas memorias, se detenga un instante en los lugares que he descrito. Entonces podria reconocer el castillo; pero en vano buscará la alameda ni el gran bosque: todo ha sido talado: todo ha sido destruido: la cuna de mis ilusiones ha desaparecido con estas desgracias. El antiguo torreon, solo y en pié sobre la roca, parece que derrama lágrimas, echando menos las encinas que le rodeaban protegiéndole contra las tormentas. Yo tambien aislado como él, he visto caer en derredor mio la familia que embellecia mis dias y me proporcionaba su abrigo!... Pero loado sea Dios!... mi vida no se halla edificada sobre la tierra con tanta solidez como las torres en que pasé mi juventud!....»

El lector conoce ahora el viajero con quien ha de entenderse en la narracion de sus primeras aventuras.

VIAJE Á AMÉRICA.

Embarquéme, como queda dicho, en Saint-Malo: nos dimos á la vela, y descubrimos á las ocho de la mañana del 6 de mayo de 1791 el pico de la isla del Pico, que es una de las Azores: despues de pocas horas fondeamos en una mala rada sobre un fondo de rocas frente á la isla Graciosa, cuya descripcion puede leerse en el *Ensayo histórico*. Ignórase la época en que se verificó el descubrimiento de esta isla.

Tal fue la primer tierra estrangera que hollaron mis pies: por esta causa conservo de ella un recuerdo que agita y vivifica en mi alma el sello de la viveza y de la juventud. Por esto me plugo

conducir á Chactas á las Azores, y le mostré la estátua famosa que los primeros navegantes pretenden haber encontrado en aquellas playas.

Despues de las Azores, arrojados por el viento sobre el banco de Terra-Nova, nos vimos precisados á tocar por segunda vez en la isla de San Pedro. «T. y yo (digo en el *Ensayo histórico*), recorríamos los escarpados montes de aquella isla, y soliamos perdernos entre las nieblas de que siempre estaba cubierta, vagando por medio de las nubes y las bocanadas de viento, sin oir mas que los bramidos de un mar que no descubriamos, estraviados entre espesos matorrales á la orilla de un riachuelo que se precipitaba entre las rocas. T. creia ser el bardo de Cona, y como es semiescoces, declamaba algunos pasages de Osian acompañándolos con tonadas salvages que improvisaba.»

Los valles están sembrados en diversas partes de una especie de pino cuyos tiernos tallos sirven para hacer cierta clase de cerveza amarga. La isla está cercada de muchos escollos entre los que es notable el llamado del *Palomar*, porque las aves marinas hacen allí sus nidos en la primavera. En el *Genio del Cristianismo* he dado su descripcion.

La isla de San Pedro no está separada de la de Terra-Nova, sino por un estrecho harto peligroso: desde sus melancólicas riberas se descubren las costas mas sombrías aun de Terra-Nova. Las playas de aquellas islas se hallan durante el verano cubiertas de peces que se ponen á secar al sol; y en invierno de osos blancos que se alimentan con los restos que los pescadores dejan abandonados.

Cuando arribé á S. Pedro, consistia esta capital de la isla, segun recuerdo, en una calle bastante larga, situada á la orilla del mar: sus habitantes, muy hospitalarios, llegaron á ofrecernos su casa y su mesa. Hallábase el gobernador alojado á un estremo de la ciudad. Yo comí con él tres ó cuatro veces; al fin de cada comida solia enseñarme el *jardin* situado en uno de los fosos del puente, donde cultivaba algunas legumbres de Europa. Despues sosteníamos un rato de conversacion al pie del asta de bandera plantada en la fortaleza. El pabellon francés flotaba sobre nuestras cabezas mientras que nosotros contemplábamos el mar salvage y las sombrías costas de Terra-Nova, siempre hablando de la patria.

Despues de haber descansado quince dias, abandonamos la isla de S. Pedro, y el buque dirigiendo su rumbo hacia el Mediodia, arribó á la altura de las costas del Maryland y de la Virginia, donde fuimos detenidos por las calmas. Gozábamos allí del mas hermoso cielo: eran admirables las salidas y puestas del sol. En el capítulo *Dos perspectivas de la naturaleza*, que he citado arriba, he recordado una de aquellas pompas nocturnas, y el aspecto sorprendente del ponerse el sol. «El globo inmenso del sol á punto de sumergirse entre las ondas, se descubria por entre la jarcia del navio en medio del espacio inmenso, etc».

En poco estuvo que un accidente terminase todos mis proyectos.

Nos ahogaba el calor: el buque en medio de una calma absoluta, sin velas, y cargado sobradamente con su arboladura, estaba agitado por los vaivenes. Hallábame abrasado sobre cubierta: fa-

tigado de aquel movimiento monótono, resolví bañarme, y aun cuando no habia chalupa alguna en el agua me arrojé al mar desde el bauprés. Todo iba bien al principio, y mi ejemplo fue seguido por muchos pasageros. Yo nadaba sin mirar el buque, pero al volver la cabeza noté que habia sido arrastrado por la corriente lejos de mí. Toda la tripulacion se habia reunido sobre cubierta y se veia estendida una cuerda á que estaban asidos varios nadadores: descubríanse en las mismas aguas del buque algunos tiburones; y para ahuyentarlos dispararon algunos tiros. Era tan terrible la marejada, que retardaba mi vuelta, y agotaba mis fuerzas; yo me encontraba sobre un abismo, y me hallaba en peligro muy eminente de que un tiburon me arrebatase un brazo ó una pierna. En el buque se esforzaban á echar un bote al agua, mas para esto era preciso armar un aparejo, cuya operacion exigia un tiempo considerable.

Por fortuna sobrevino una brisa casi insensible: el buque pudo gobernar un poco, y se aproesimó á mí. Entonces ya pude coger el cabo de la cuerda; pero como se habian asido á ella tambien los compañeros de mi temeridad, cuando nos izaron al costado del vastimento, hallándome yo al estremo de la hilera, cargaban sobre mí aquellos con todo el peso de su cuerpo. Fuéronnos sacando uno á uno, operacion muy larga: y como continuaban los balances, nos sumergiamos á cada uno de ellos, diez ó doce pies dentro del agua, ó nos quedábamos colgando en el aire á igual número de pies, á guisa de peces al cabo de un sedal. A la postrera inmersion, conocí que iba á perder el sentido: con un balance mas se hubie-

ran concluido mis viajes. Pero al fin me izaron á bordo medio muerto: si me hubiera ahogado, la pérdida, á la verdad, no hubiera sido grande.

Algunos dias despues de este suceso descubrimos la tierra que de antemano nos habian designado las copas de algunos árboles que al parecer salian del seno de las aguas: mas adelante las palmeras de la embocadura del Nilo me descubrieron las riberas del Egipto. Un piloto vino á bordo de nuestro buque, entramos en la bahia de Chesapeake, y aquella misma tarde enviamos una chalupa á buscar agua y víveres frescos. Yo me reuní con los que bajaban á tierra, y á la media hora de haber bajado del buque puse los pies en el americano suelo.

Por espacio de algun tiempo permanecí con los brazos cruzados, dirigiendo miradas en derredor de mí, poseido de una mezcla de sentimientos é ideas que entonces no podia poner en claro, ni ahora me es posible pintar. Aquel continente, ignorado del resto del mundo por toda la antigüedad, y durante el espacio de muchos siglos en los tiempos modernos: los primeros destinos salvages de aquel pais; y sus destinos posteriores despues de la llegada de Colon: la dominacion de las monarquias de la conmovida Europa en aquel nuevo mundo: la antigua sociedad espirante en la jóven América: una república de un género desconocido hasta entonces, anunciando un cambio en el espíritu humano y en el órden político: la parte que mi pátria habia tenido en algunos acontecimientos: aquellos mares y costas que en parte debian su independencia al pabellon y á la sangre francesa: un hombre grande que se alzaba á un tiempo de

en medio de las discordias y de los desiertos; Washington que habitaba una ciudad floreciente en el mismo sitio en que Guillermo Penn, un siglo antes, habia comprado á algunos indios un pedazo de tierra; los Estados-Unidos que al través del Océano restituian á la Francia la revolucion, y la libertad que la Francia habia contenido con sus armas; mis propios principios en fin; los descubrimientos que me proponia hacer en aquellas primitivas soledades, cuyo vasto reino se estendia todavia á espaldas del imperio reducido de una civilizacion estrangera.... he aqui las cosas que confusamente ocupaban mi imaginacion.

Dirigímonos á una habitacion bastante apartada para comprar en ella algunas cosas que nos quisieran vender: atravesamos aquellos bosquecillos de balsamíferos y cedros de Virginia que con sus aromas embalsamaban el ambiente, y por donde revoloteaban los pájaros burlones y los cardenales, cuyo canto y hermosos colores me anunciaron un nuevo clima. Una negra de catorce á quince años, de belleza estraordinaria, nos abrió la barrera de una casa que á la vez parecia propiedad de algun inglés, y habitacion de un colono. Pacian algunas manadas de vacas, por los artificiales prados, rodeados de empalizadas: allí correteaban multitud de ardillas pardas, negras y listadas: unos negros estaban serrando piezas de madera, mientras cultivaban otros plantacion de tabaco. Compramos algunas tortas de maiz, gallinas, huevos y leche, y nos volvimos á nuestro buque fondeado en la bahia.

Levamos áncora para ganar la rada, y luego el puerto de Baltimore; pero fue muy pausado el

tránsito en razon de que nos faltaba viento. Al aproximarnos á Baltimore fueron estrechándose las aguas, que estaban en la calma mas completa; parecia que surgiamos un rio cuyas orillas estuviesen guarnecidas de largas calles de árboles. Baltimore apareció delante de nuestros ojos como en el fondo de un lago: enfrente de la ciudad se elevaba una colina cubierta de arboledas, al pie de la cual edificaban á la sazon, algunas casas. Atracamos en el muelle del puente: yo me quedé á bordo: al dia siguiente salté en tierra, y me alojé en una posada donde llevaron mi equipage. Los seminaristas, con su superior, se retiraron al establecimiento que se les habia preparado, desde el cual poco despues fueron dispersándose por América.

Baltimore como las demas metrópolis de los Estados-Unidos, no tenia entonces la estension que ha adquirido despues, pero era una ciudad linda, limpia y animada. Satisfice mi pasage al capitan, y por despedida le convidé á comer en una fonda escelente que habia junto al puerto. Tomé un asiento en la dilijencia que se dirigia á Filadelfia tres veces á la semana: subí en el carruaje á las cuatro de la mañana, y heme ya rodando sobre los escelentes caminos del Nuevo Mundo, donde ni conocia, ni era conocido de nadie. Mis compañeros de viaje no me habian visto jamas y yo tampoco debia volver á verlos despues de nuestra llegada á la capital de Pensilvania.

Hallábase delineado, pero no concluido el camino que seguiamos: era muy árido aquel pais; pero bastante llano: veiánse pocas aves, pocos árboles, algunas casas esparcidas, y ninguna pobla-

cion: tal era el aspecto que presentaba la campiña, lo cual me causó una impresion bien desagradable.

Al aproximarnos á Filadelfia hallamos algunos paisanos que iban al mercado en muy elegantes carruajes públicos. Filadelfia me parecio una hermosa ciudad: sus anchas calles, plantadas algunas de árboles, se cortan en ángulo recto bajo un órden regular de N. á S. y de E. á OE. El Delaware que corre paralelo á la calle que sigue su orilla occidental, es un rio que seria muy considerable en Europa; pero del que no se hace mérito en América. Sus riberas son bajas, y poco pintorescas.

En 1791, época de mi viaje; Filadelfia no se estendia aun hasta el Schuylkill, sino que su terreno, avanzando hácia este afluente, estaba dividido en lotes, sobre los cuales se construian algunas aisladas casas.

Frio y monótono es el aspecto de Filadelfia: en general lo que falta á los Estados-Unidos, son los monumentos; y sobre todo monumentos antiguos.

El protestantismo que no esclaviza la imaginacion y que es nuevo en si mismo, no ha elevado aquellas torres, ni construido aquellas cúpulas de que la Europa antigua ha sido coronada por la religion católica. En Filadelfia, New-York, ni en Boston aparece casi ningun objeto que descuelle sobre la masa de los muros y de los techos: este nivel entristece la vista.

Los Estados-Unidos dan antes la idea de una colonia que de una madre nacion: alli existen mas bien usos que costumbres. Conócese que los habitantes no son oriundos del pais: aquella sociedad

tan bella en el presente, carece de pasado: las ciudades son nuevas, los sepulcros de ayer: esto me hizo decir en los Natchez. «Los europeos no tenian aun sepulcros en América, y ya poseian calabozos:» tales eran los únicos monumentos que adornaban aquella sociedad sin abuelos ni recuerdos.

En América solo son antiguos los bosques, porque ellos son hijos de la tierra; y la libertad, madre de toda sociedad humana; pero esto suple bien la falta de ancianos y de monumentos.

Un hombre que como yo desembarcaba en los Estados-Unidos, lleno de entusiasmo por los antiguos: un Caton que buscaba por todas partes la rigidez de las antiguas costumbres romanas, debia á la verdad escandalizarse al encontrar por doquiera la elegancia de trages, el lujo de los carruages, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de juego, y el bullicio de los salones de baile y de los teatros. En Filadelfia hubiera yo podido creerme instalado en una ciudad inglesa: alli nada anunciaba que hubiese pasado de una monarquia á una república.

En el *Ensayo histórico*, puede verse que en aquella época de mi vida admiraba yo las repúblicas mucho mas. Sin embargo, yo no las creia posibles en la edad del mundo á que habiamos llegado; porque solo reconocia la libertad á semejanza de los antiguos; esto es, la libertad hija de las costumbres en una sociedad naciente: yo ignoraba que hubiese otra libertad hija de las luces y de una civilizacion antigua; libertad, cuya realidad ha probado la república representativa.

El triste desengaño que habia sufrido en pólílica, me comunicó, sin duda, el humor que me hizo escribir la nota satírica contra los cuákeros, y un poco contra los americanos, que se puede ver en el *Ensayo histórico*. Por lo demas, el esterior del pueblo en las calles de la capital de la Pensilvania, era muy agradable: presentábanse los hombres vestidos con el mayor aseo; y las mujeres, (las cuákeras sobre todo) parecian muy lindas con sus informes sombreros.

Hallé muchos colonos de Santo Domingo y algunos franceses emigrados. Yo estaba impaciente por empezar mi viaje al desierto, y todos opinaron que me dirigiese á Albany, donde estando mas inmediato á los desmontes y á las naciones indianas, me seria fácil encontrar guias y adquirir noticias.

Cuando llegué á Filadelfia no se encontraba alli el gran Washington, y me fue preciso esperarle por espacio de quince dias. Regresó al fin y le ví al pasar en una carroza que tiraban con rapidez cuatro briosos caballos enjaezados lujosamente. Segun las ideas que yo tenia en aquella época, el célebre Washington debia ser necesariamente un Cincinato, y Cincinato en carroza desconcertaba á la verdad mi república del año 296 de Roma. ¿El dictador Washington podia ser mas que un rústico que estimulaba á sus bueyes y empuñaba la esteva de su arado? Pero cuando fui á presentar á este grande hombre mi carta de recomendacion, volví á encontrar en él la sencillez del antiguo romano.

Una casita al estilo inglés, parecida en su forma á las inmediatas, era el palacio del presiden-

te de los Estados-Unidos: ni guardias ni aun criados se veian alli. Llamé y salió á recibirme una sirvienta. La pregunté si estaba en casa el general, y habiéndome respondido que sí, la manifesté que deseaba entregarle una carta. La criada quiso saber mi nombre, que no pudo retener por ser muy dificil de pronunciar en inglés, y me dijo con afabilidad: *Walk in, sir.* Entre usted caballero; y empezando á andar delante de mí por uno de aquellos corredores largos y angostos que sirven de vestíbulo á las casas inglesas, me introdujo en un gabinete, rogándome que aguardase en él al general.

Yo me encontraba tranquilo, porque ni la grandeza del alma ni la de la fortuna, han doblegado nunca mi carácter, admiro la primera sin abatirme y pienso con mas compasion que respeto en la segunda. Jamás podrá turbarme el semblante de un hombre.

Habian transcurrido pocos minutos cuando se me presentó el general: era éste un sugeto de buena estatura, y de fisonomia séria y reposada mas bien que noble, cuyas facciones están marcadas con exactitud en las estampas que circulan. Puse en sus manos la carta sin hablar palabra, la abrió, miró á la firma y la leyó en alta voz: «El coronel Armand!» Asi habia firmado el marques de la Rouaire.

Tomamos asiento y le espliqué como pude el objeto de mi viaje. El general me contestaba con monosílabos en francés ó en inglés, y me escuchaba con cierta admiracion. Yo lo advertí y le dije conviveza: «Pero mas fácil es descubrir el paso del Norueste, que crear un pueblo, como vos habeis hecho.» *Well; well yong man!* esclamó tendiéndome

la mano. Me invitó despues á comer con él al siguiente dia, y nos separamos.

Fuí exacto en concurrir á la cita: éramos cinco ó seis en la mesa, y la conversacion giró casi enteramente sobre la revolucion de mi pais. El general nos enseñó una de aquellas llaves de la Bastilla, juguetes harto necios, que se distribuian entonces en ambos mundos. Si Washington hubiese visto como yo á los *vencedores de la Bastilla* en los arroyos de las calles de Paris, es indudable que hubiese tenido menos fe en su reliquia: la fuerza y la gravedad de la revolucion no residian en aquellas orgias sangrientas. Cuando la revocacion del edicto de Nantes en 1685, el mismo populacho del arrabal de San Antonio demolió el templo protestante de Charenton, con tanto celo como devastó la iglesia de San Dionisio en 1793.

A las diez de la noche me despedí del general, y ya no volví á verle. El se fue al campo al siguiente dia, y yo continué mi viaje.

Tal fue mi entrevista con aquel hombre que dió la libertad á todo un mundo. Washington bajó al sepulcro antes que acompañase á mi persona un poco de celebridad: pasé pues á su lado como el ser mas desconocido, cuando él se hallaba en lo mas elevado de su esplendor, y yo en lo mas profundo de mi oscuridad. Mi nombre no permaneció acaso un solo dia en su memoria; pero esto no obstante me considero feliz, puesto que me dirigió algunas miradas: miradas que me han reanimado el resto de mi vida, porque tienen mucha virtud las miradas de un hombre grande. Despues ví á Bonaparte, y la providencia me mostró de este modo los dos personages á quienes

quiso poner á la cabeza de los destinos de su siglo.

Si se compara á Washington y á Bonaparte de hombre á hombre, el genio del primero parece menos elevado que el del segundo. Washington no pertenece como Bonaparte á la raza de los Alejandros y de los Césares, que sobrepuja á la estatura comun de la especie humana. Nada de admirable va unido á su persona; ni se halla colocado en un vasto teatro, ni ha venido á las manos con los capitanes mas hábiles y con los mas poderosos monarcas de su tiempo; ni atraviesa los mares; ni corre de Menfis á Viena, y de Cádiz á Moscou: se defiende con un puñado de ciudadanos en una tierra sin recuerdos ni celebridad, en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No da aquellos combates que renuevan los triunfos sangrientos de Arbelas y de Farsalia; no derriba los tronos para reconstruir otros con sus ruinas; *no pone el pie sobre la cerviz de los reyes*, ni les hace decir en los vestíbulos de sus palacios:

Que tardan mucho y se fastidia Atila.

Las acciones de Washington se hallan envueltas en una especie de velo silencioso: obra con lentitud, parece que se reconoce único mandatario de la libertad del porvenir y que teme comprometerla. No es seguramente su destino el que ocupa á este héroe de nueva especie, es el destino de su pais; he aqui porque no se permite arriesgar lo que no le pertenece. Pero cuán bellos son los rayos de luz que brotan de aquella misma oscuridad! Buscad los bosques desconocidos en don-

de se desnudó la espada de Washington; ¿encontrareis en ellos sepulcros?...no; encontrareis un mundo, porque Washington ha dejado los Estados-Unidos como trofeo en su campo de batalla.

Bonaparte no tiene ningun rasgo de aquel grave americano; pelea en una tierra antigua, rodeada de esplendor y de ruido; no anhela crear otra cosa que su celebridad; parece que está solo encargado de su propia suerte, y que conociendo que su mision será corta, se apresura á gozar y abusar de su gloria como de una juventud fugitiva. A la manera de los dioses de Homero, quiere llegar en cuatro pasos al cabo del mundo: aparece en todas las costas, inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos; arroja al paso coronas á su familia y á sus soldados, y precipita sus monumentos, sus leyes y sus victorias. Asomado al mundo, con una mano derriba los reyes, y con la otra abate el gigante revolucionario; mas al aniquilar la anarquia ahoga la libertad, y acaba al fin perdiendo la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado segun sus obras. Washington eleva una nacion a la independencia; y magistrado retirado, se duerme pacíficamente bajo su lecho paternal, entre las lágrimas de sus compatriotas y la veneracion de todos los pueblos.

Bonaparte arrebata á una nacion su independencia: emperador destronado se ve lanzado en el destierro, en donde el mundo estremecido no le cree aun bastante seguro bajo la custodia del Océano; y mientras débil y encadenado sobre una roca lucha contra la muerte, la Europa no se atreve á dejar las armas. Espira y esta noticia publicada á

las puertas del palacio, delante del cual habia hecho proclamar el conquistador tantos funerales, no detiene ni admira al pasagero: ¿pero qué es lo que tenian que llorar los ciudadanos?...

La república de Washington subsiste: el imperio de Bonaparte ha sido destruido: ha pasado entre el primero y el segundo viaje de un francés que ha encontrado una nacion reconocida en el mismo sitio en que habia peleado por la causa de algunos colonos oprimidos.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república: hijos ambos de la libertad, el primero fue siempre fiel á ella; el segundo la vendió. Su suerte, pues, en consecuencia de su eleccion, será distinta en lo venidero.

El nombre de Washington vivirá con la libertad de siglo en siglo, y marcará el principio de una nueva era para el género humano.

El nombre de Bonaparte tambien será repetido por las generaciones futuras, pero no irá unido á ninguna bendicion, y servirá con frecuencia de autoridad á los opresores grandes y pequeños.

Washington ha sido en todo el representante de las necesidades, de las ideas, de las luces y de las opiniones de su época: en vez de contrariar el movimiento de los espíritus, lo ha favorecido; ha querido lo que debia querer, aquello mismo á que estaba llamado, y de ahí la coherencia y perpetuidad de su obra. Este hombre, que hace poca impresion porque es natural y de justas proporciones, ha confundido su existencia con la de su pais, su gloria es el patrimonio comun de la civilizacion progresiva; su celebridad se eleva como

uno de esos santuarios, en donde mana para el pueblo una inagotable fuente.

Bonaparte pudo tambien enriquecer el patrimonio público porque obraba sobre la nacion mas civilizada, mas inteligente, mas valerosa y mas brillante de la tierra. Cuál seria el rango que ocuparia en el universo, si hubiese reunido la magnanimidad á lo que tenia de heróico; si, Washington y Bonaparte á la vez, hubiesen nombrado á la libertad heredera de su gloria!

Mas este gigante desmesurado no enlazaba completamente sus destinos á los de sus contemporáneos: su genio pertenecia á la edad moderna; su ambicion era propia de la pasada época, y no supo echar de ver que los prodigios de su vida escedian mucho al valor de una diadema y que le sentaria muy mal este ornamento gótico. Tan pronto avanzaba un paso con el siglo, como retrocedia hácia lo pasado; y sea que se opusiese ó siguiera el curso del tiempo, su fuerza prodigiosa arrastraba ó repelia las olas. Los hombres no fueron jamas á sus ojos mas que un medio de poder; ninguna simpatía se estableció nunca entre su felicidad y la de aquellos. Habia prometido libertarlos, y los encadenó: se aistó de ellos y los hombres se alejaron de él. Los reyes de Egipto no colocaban sus pirámides entre florecientes campiñas, sino en medio de arenales estériles: aquellos grandes sepulcros se elevan como la eternidad en el desierto: Bonaparte ha edificado á su semejanza el monumento de su celebridad.

Los que como yo han visto al conquistador de la Europa y al legislador de la América, apartan ya los ojos de la escena del mundo: porque algu-

nos *histriones* que hacen *llorar ó reir*, no merecen que uno se tome el trabajo de dirigirles ni una sola mirada.

Un carruaje semejante al que me habia llevado de Baltimore á Filadelfia, me condujo desde Filadelfia á New-Yorck, ciudad alegre, poblada y comerciante, pero que sin embargo, distaba todavia mucho de lo que es actualmente. Desde alli marché peregrinando á Boston para saludar al primer campo de la libertad americana. « Vi los campos de Lexington, y me paré silencioso como el viajero en las Termópilas para contemplar la tumba de aquellos guerreros de ambos mundos, primeros que arrostraron la muerte por obedecer las leyes de la patria. Al sentar mis plantas sobre aquella tierra filosófica cuya elocuencia muda me enseñaba de qué modo se alzan y sucumben los imperios, conocí la nada de mi ser ante los designios de la providencia, y humillé y escondí mi frente entre el polvo (1).»

Vuelto á New-Yorck me embarqué en el paquebote que se daba á la vela para Albany subiendo el rio de Hudson, llamado por otro nombre *rio del Norte*.

En una nota del *Ensayo histórico* he descrito parte de mi navegacion por este rio, á cuya orilla desaparece hoy entre los republicanos de Washington uno de los reyes de Bonaparte; algo mas: uno de sus hermanos. En esta misma nota habló del mayor André, de aquel desventurado jóven sobre cuya suerte un amigo, á quien no cesaré de llorar, dejó escapar tiernas y atrevidas palabras

(1) Ensayo histórico, parte I, cap. XXXIII.

cuando Bonaparte se preparaba á subir al trono en que se habia sentado Maria Antonieta (1).

Al llegar á Albany me dirigí á visitar á un tal Mr. Swift para quien me habian dado una carta en Filadelfia. Aquel americano comerciaba en peleteria con las tribus indianas establecidas en el territorio cedido por la Inglaterra á los Estados-Unidos: porque las naciones civilizadas se reparten buenamente en América tierras que están lejos de pertenecerlas. Despues que escuchó el comerciante de pieles, hizo algunas objecciones muy fundadas á cerca de mi propósito. Me dijo que un viaje de tal importancia no debia yo emprenderle tan de repente, solo, sin ausilio, sin apoyo, ni recomendacion para los apostaderos ingleses, americanos y españoles, por donde precisamente debia pasar: que aun cuando tuviese la fortuna de atravesar tantos desiertos sin sufrir ningun contratiempo, llegaria á unas regiones heladas donde me acabaria el hambre ó el frio. Aconsejóme pues que comenzase por aclimatarme, haciendo una incursion ligera por el interior de la América; que aprendiese el sioux, el iroques y el esquimal, y que viviese durante algun tiempo entre los corredores de los bosques del Canadá y los agentes de la compañia de la bahia de Hudson. Despues de estas preliminares preparaciones, y con el ausilio del gobierno francés, que podria emprender mi empresa.

Aquellos consejos cuya prudencia estaba manifiesta, no me hicieron fuerza alguna, si hubiera seguido mi propia inspiracion desde luego me hu-

(1) Mr. de Fontanes, *Elogio de Washington.*

biera puesto en marcha dirigiéndome al polo directamente, con la misma impasibilidad é indiferencia con que uno se dirige de Paris á Saint-Cloud. Pero disimulé mis deseos á M. Swift rogándole al mismo tiempo que me proporcionase un guia y caballos que me condujesen á la catarata del Niágara, y desde alli á Pittsbourg, desde donde podriamos bajar el Ohio. Yo no podia quitar de mi mente el primer plan de viaje que me habia formado.

Mr. Swift ajustó para mi servicio un holandés que hablaba muchos dialectos indianos: yo compré dos caballos, y me apresuré á salir de Albany.

Hallábase cultivado y habitado todo el pais que se estiende entre el territorio de esta ciudad y el de Niágara: y está cruzado por el famoso canal de New-Yorck, pero en aquella época permanecia desierta gran parte de aquella tierra.

No pude menos de caer en una especie de embriaguez despues de haber pasado el Mohawk, hallándome entre unos bosques que no habian sido cortados jamas: esta sensacion está consignada en el *Ensayo histórico* con estas palabras: «Pasaba de uno á otro árbol, sin cuidarme de caminar, á derecha é izquierda, porque me decia á mí mismo: aqui no hay caminos que seguir, ni ciudades, ni edificios, ni presidentes, ni reyes, ni repúblicas.....; y para esperimentar si en efecto me hallaba resarcido de mis originarios derechos, ejecutaba mil actos de voluntad que hacian desesperar al holandés que me servia de guia, el cual interiormente me creia loco.» (1)

(1) *Ensayo histórico*, parte II, cap. LVII.

Penetramos en los antiguos cantones de las seis naciones iroquesas. El primer salvaje que encontramos fue un jóven que caminaba delante de un caballo, sobre el cual estaba sentada una indiana, adornada segun el uso de su tribu. Mi guia los saludó al pasar.

En la frontera de la soledad tuve la fortuna de ser recibido por un compatriota mio; era Mr. Violet, maestro de baile de los salvajes, quienes premiaban sus lecciones con pieles de castor y perniles de oso. «En el centro de una selva se veia una especie de granja, donde se encontraban como veinte salvajes de ambos sexos, pintorreados como si fueran brujos, medio desnudos, con las orejas recortadas, adornadas las cabezas con plumas de cuervo, y las narices con sortijas. Un francés de corta estatura, rizado y empolvado á la antigua, vestido con una casaca color verde manzana, chupa de droqueta, puños y guirindola de muselina, aserraba un violin de faltriquera, haciendo bailar á aquellos iroqueses el Madelon Triquet. El músico era Violet. Cuando este me hablaba de los indios, me decia siempre: *Estos caballeros salvajes: estas damas salvajesas.* Estaba muy satisfecho de la agilidad de sus discípulos; y con efecto, yo no he visto jamas dar tales brincos, ni hacer tan soberbias cabriolas. M. Violet, colocando su violin entre la barba y el pecho, templaba su instrumento endiablado, y decia en iroques: ¡En baile!.... A esta voz se ponia á saltar toda la compañia como si fuera una bandada de demonios. (1)»

Ciertamente era cosa bien estraña para un

(1) Itinerario, tomo II.

discípulo de Rousseau, aquella introduccion á la vida salvaje por medio de un baile que daba á unos iroqueses un antiguo marmiton del general Rochambeau. Nosotros continuamos nuestra marcha; pero ahora dejaré hablar al manuscrito, el cual trasladaré aqui tal como se encuentra, ya en forma de *narracion*, tal vez en la de *diario*; y algunas veces en la de *cartas* ó de simples *notas*.

LOS ONONDAGAS.

Llegamos á la orilla del lago á que ha dado su nombre la poblacion iroquesa de los ononda gas. Nuestros caballos necesitaban descansar, y mi holandés y yo buscamos el sitio que creimos mas á propósito para acampar, el cual fue la garganta de un valle, en el punto en que salia del lago un rio, que despues de correr en línea recta hácia el N. unas cien toesas, vuelve al O., y surge paralelo á la orilla del lago, fuera de las rocas de que se halla este circundado.

Armamos, pues, nuestra tienda en el recodo formado por el rio: clavamos en el suelo dos altos piquetes, colocamos horizontalmente sobre sus hor-

quillas una larga percha, y apoyando unas cortezas de abedul, un estremo en el suelo, y el otro en la varilla transversal, tuvimos formado un lecho digno de nuestro palacio; inmediatamente encendimos la hoguera para guisar la cena y ahuyentar los mosquitos, las sillas nos servian de almohadas y las capas de sobrecama.

Despues de haber colgado una campanilla en el cuello de cada uno de los caballos, los abandonamos en los bosques. Estos animales, por un instinto admirable, no se separan jamas hasta el punto de perder de vista las hogueras encendidas por sus dueños, para ahuyentar los mosquitos y defenderse de las serpientes.

Pintoresca era la vista que gozábamos desde nnestra choza. El lago se estendia ante nosotros: estaba rodeado de rocas y florestas: el rio cuyas límpidas aguas corrian por nuestra peninsulita barria impetuosamente sus riberas.

Eran apenas las cuatro de la tarde cuando quedó establecida nuestra vivienda. Tomé entonces un fusil, y me fuí á recorrer las inmediaciones. En todo caso seguí la corriente del rio: pero no fueron muy felices mis escursiones botánicas, pues encontré poca variedad de plantas: solo observé numerosas familias de *plantago virginica*, y algunas otras bellezas de los prados: pero harto comunes todas ellas. Abandoné las orillas del rio y me dirijí á las costas del lago; pero no fuí entonces mas afortunado. A escepcion de una especie de redondendro nada encontré que mereciese la pena de detenerme. Las flores de este arbusto, de un vivísimo color de rosa; producian un maravilloso efecto reflejadas por el agua azulada del lago, y el cos-

tado oscuro de la roca, donde sus raices penetraban.

Escasas eran las aves que habia en aquellos sitios: yo solo descubrí una solitaria pareja que revoloteaba delante de mí, pareciendo complacerse en derramar movimiento y amor sobre la inmovilidad fria de aquellos sitios. El color del macho me hizo reconocer el *pájaro blanco* de los ornitologistas. Tambien oí la voz de aquella especie de osifraga que se ha caracterizado con tanta propiedad con la definicion de *strix exclamator*. Esta ave es inquieta como todos los tiranos; y yo me fatigué en vano por querer descubrirla siguiendo su canto.

El vuelo de la osifraga me condujo á traves de los bosques hasta un valle ceñido por áridas y pedregosas colinas. En aquel sitio, estremadamente retirado, se veia una mísera cabaña de salvaje edificada entre las rocas; y poco mas abajo yacía en un prado una vaca muy flaca.

Siempre me han cautivado esta especie de guaridas: el animal asustado se agazapó en un rincon, porque pertenecia á aquella casta que teme comunicar por su parte posterior unos sentimientos que repugna el hombre. Sentéme fatigado de mi paseo en lo alto de la colina que recorria frente á la choza indiana que estaba en la opuesta loma. Tendí á mi lado la escopeta, y me entregué á aquellas meditaciones que me han enagenado con tanta frecuencia.

Habian transcurrido apenas algunos minutos, cuando oí voces en lo mas profundo del valle, y descubrí tres hombres que apacentaban cinco ó seis vacas muy gruesas. Despues de haberlas echado á pacer en los prados, se dirigieron hácia la

vaca flaca y la hicieron huir á fuerza de palos.

La aparicion de aquellos europeos en tan desierto lugar, me fue desagradable en estremo: su violencia me los hizo considerar aun con menos simpatias. Arrojaban entre las rocas al pobre animal, y se reian á carcajadas al propio tiempo que la esponian á romperse las piernas. Una mujer salvaje, tan miserable, al parecer, como la vaca, salió de la cabaña aislada, y dirigiéndose al espantado animal, le llamó con cariño, presentándole alguna cosa que comer. La vaca corre entonces hácia la mujer alargando el cuello, y manifestando su alegria con un mugido blando. Al mismo tiempo los colonos amenazaban desde lejos á la pobre indiana que vólvió á introducirse en su choza. Siguióla la pobre vaca, deteniéndose á la puerta, donde la acariciaba la anciana con la mano, mientras el animal reconocido la lamia con agradecimiento. Los colonos se habian retirado.

Levantéme entonces, descendí por la colina, cruzé el valle, y subiendo la opuesta ladera llegué á la choza, resuelto á reparar, en cuanto pendiese de mí, la brutalidad de aquellos hombres blancos. Cuando me vió la vaca hizo ademan de huir: yo fui acercándome con precaucion, y sin que huyese el animal, llegué á la habitacion de su dueña.

La indiana se habia metido en su choza: yo pronuncié la palabra Siegoh! ¡*He venido*! que es la salutacion que me habian enseñado; y la anciana en vez de contestarme con la repeticion de costumbre: ¡*Habeis venido*! no dijo una palabra. Yo juzgué que la era importuna una visita que conceptuaba de uno de sus tiranos: y para tranquilizarla comencé á acariciar la vaca. La indiana se manifestó admirada,

y en su palidez y sombrío semblante aparecieron signos de ternura... casi de gratitud. Aquellas misteriosas relaciones del infortunio arrasaron de lágrimas mis ojos ¡Cuán dulce es llorar por aquellos males que no ha llorado nadie!

Durante algunos minutos la salvaje me miró con un resto de desconfianza dudosa, como si temiese que yo tratase de engañarla: dió luego algunos pasos, y dirigiéndose á la vaca pasó la mano por la frente á aquella compañera de su soledad y de su infortunio.

Animado yo con esta muestra de confianza, y agotado ya todo lo que sabia de indiano, la dige en inglés:—«Está muy flaca.» La indiana replicó al momento en mal inglés:—«Come muy poco». *She catsberi little.*—La han arrojado del prado con muy poco miramiento:» repliqué. La mujer me contestó:—«Ambas (*both*) estamos acostumbradas á sufrir ese trato.»—Pero no es vuestro ese prado? Ella me satisfizo diciéndome:— Era de mi esposo que murió; y como no tengo hijos, los blancos se apoderan de él y me lo usurpan.»

Nada tenia yo que ofrecer á aquella pobre mujer; mi deseo hubiera sido reclamar la justicia en su favor, pero ¿á quién podria dirigirme en un pais en donde la mezcla de indianos y europeos tenia confundidas las autoridades, donde el derecho de la fuerza privaba de la independencia al salvage, y donde el hombre civilizado, ya medio salvage, habia sacudido el yugo de la autoridad civil?

La indiana y yo nos despedimos despues de habernos estrechado las manos con afecto: ella me dijo muchas cosas que no comprendí, y que eran

sin duda deseos de felicidad para el estrangero. Si no los ha oido el cielo no habrá sido ciertamente por falta de la pureza de la virtud y del ardiente deseo de la que rogaba, sino por la pequeñez del que era objeto del ruego: no todas las almas estan preparadas para disfrutar la felicidad, asi como tampoco las tierras no producen iguales cosechas.

Volví á mi *ajoupa* donde cené con harta brevedad. La noche era bellísima, ni una ola rizaba las aguas del lago: el rio bañaba murmurando nuestra península decorada con abenuces que no habian producido flores todavia: el *cuclillo de las Carolinas* repetia su monótono canto que oiamos mas cerca ó mas lejos segun el ave cambiaba de lugar para exhalar sus amorosos acentos.

Al dia siguiente fui con mi guia á visitar el primer sachem de los onondagas, cuyo pueblo no estaba distante. Llegamos á las diez de la mañana, y al momento me rodeó una multitud de jóvenes salvajes que me hablaban en su lengua, mezclando con ella frases inglesas y francesas algunas veces: hacian mucho ruido, y se mostraban muy alegres. Aquellas tribus indianas enclavadas en los desmontes de los blancos, han tomado algo de nuestras costumbres: tienen caballos y ganados, y sus cabañas estan llenas de muebles y utensilios comprados, parte en Québec, Montréal, Niágara y el Estrecho, y parte en las ciudades de los Estados-Unidos.

El sachem de los onondagas era un viejo iroqués: su persona conservaba el recuerdo de los antiguos usos y tiempos del desierto: orejas grandes y recortadas, perla pendiente de la nariz, rostro abigarrado de diferentes colores, pequeño co-

pete de cabello en la coronilla de la cabeza, túnica azul, manto de piel, ceñidor de cuero con su cuchillo y macana, brazos pintorreados, mocasines en los pies y en la mano un rosario ó collar de porcelana.

Recibióme con afecto, y me mandó sentar sobre su estera. Los jóvenes se apoderaron de mi escopeta, desmontaron el rastrillo con un sorprendente desembarazo, y volvieron á colocar las piezas con igual destreza. Era una escopeta de dos cañones.

Hablaba el inglés el sachem, y entendia el francés, y como mi intérprete sabia el iroqués, fue muy fácil la conversacion. Entre otras cosas me dijo el anciano que aun cuando su nacion habia estado en guerra perenne con la mia, no por eso habia dejado de estimarla, y me aseguró que los salvajes lloraban aun en la ausencia de los franceses. Quejábase de los americanos que dentro de poco no dejarán á los pueblos, cuyos antepasados los habian recibido, bastante tierra para cubrir sus huesos.

Hablé al sachem de la infelicidad de la viuda indiana, y me contestó que en efecto era muy perseguida; que él se habia interesado por ella varias veces con los comisarios americanos; pero que no habia podido conseguir que la hiciesen justicia: los iroqueses, añadió, se la hubieran hecho.

Sirviéronnos un refresco las mujeres indianas: la hospitalidad es la última virtud que los indios han conservado en medio de los vicios de la civilizacion importada de Europa. Sabido es cual era en otros tiempos esta hospitalidad: el que habia sido recibido en una cabaña, se hacia inviolable; el

hogar era para él un altar que le hacia sagrado, el dueño de aquel hogar se hubiera dejado matar antes que permitir que nadie tocase el pelo de la ropa al mas insignificante de un huésped.

Cuando una tribu lanzada de sus bosques ó un hombre pedia hospitalidad, el estrangero comenzaba lo que se llamaba la danza del suplicante, que se ejecutaba de este modo:

Avanzaba algunos pasos el pretendiente: despues se detenia mirando á la persona á quien dirijia la súplica: en seguida se volvia á su primera posicion. Entonces los huéspedes entonaban el canto del estrangero, «Hé aqui el estrangero, he aqui el enviado del Grande Espíritu.» Despues se dirigia un niño al estrangero y le tomaba por la mano para conducirlo á la cabaña. Cuando el niño tocaba con su planta el umbral de la puerta, decia: «Hé aqui el estrangero.» El gefe de la cabaña respondia: «Niño, introduce al estrangero en mi cabaña.» El agraciado entraba bajo la proteccion del niño, y se dirijia como entre los griegos, á sentarse sobre la ceniza del hogar. Presentábanle la pipa de paz: fumaba tres veces, y las mujeres entonaban en seguida el canto de consuelo diciendo: «El estrangero ha encontrado una madre y una esposa: el sol se pondrá y saldrá para él como antes.»

Llenaban de agua de arce una copa consagrada, formada por una calabaza ó un vaso de piedra que ordinariamente reposaba en un ángulo de la chimenea, y sobre el cual se ponia una corona de flores. El estrangero bebia la mitad del agua, y pasaba la copa á su huésped para que la apurase.

Al dia siguiente de mi visita al gefe de los onondagas, proseguí mi viaje. El viejo sachem se habia encontrado en la toma de Québec, y asistido á la muerte del general Wolf: yo que salia de la cabaña del salvage hacia muy poco que habia huido del palacio de Versalles, y acababa de sentarme á la mesa con Washington.

A medida que nos acercábamos á Niágara el camino haciéndose mas penoso cada vez, se conocia apenas por la tala de los árboles: los troncos de estos servian de puentes sobre los arroyos ó de faginas en las honduras. La poblacion americana tenia entonces mucha aficion á los establecimientos del Jeneso que los gobiernos de los Estados-Unidos vendian mas ó menos caros, segun la bondad del terreno, la calidad de los árboles, el curso y la abundancia de las aguas.

Los desmontes ofrecian una mezcla irregular del estado de la naturaleza y de la civilizacion. En un rincon del bosque donde ni los gritos del salvage habian resonado jamás, ni los rugidos de la fiera habian llenado el espacio solitario, se veia una tierra cultivada, y á un mismo punto se descubria la cabaña de un indio y la habitacion de un plantador. Algunas de estas habitaciones concluidas ya, recordaban la limpieza y el aseo de las granjas inglesas y holandesas: otras no estaban concluidas aun, y no tenian mas techo que las copas de los árboles silvestres.

Yo solia entrar en aquellas habitaciones de un dia, donde muchas veces encontraba una interesante familia, con todo el atractivo y elegancia europea. Muebles de caoba, piano, tapices, espejos, y todo á cuatro pasos de la cabaña de un

iroqués. Por la tarde cuando los criados volvian de los bosques ó de los campos con la hazada ó el arado, se abrian las ventanas, y las hijas de mi huésped cantaban al piano la música de Paesiello y Cimarona, á la vista del desierto, y muchas veces al lejano murmullo de una catarata.

Las poblaciones se hallan establecidas en los mejores terrenos: no es posible formarse una idea del sentimiento y placer que se esperimenta al descubrir la veleta de un nuevo campanario que se alza de en medio de un antiguo bosque americano. Como en pos de los ingleses marchan siempre sus costumbres, despues de haber atravesado algunos paises donde no se encontraba ninguna señal de que fuesen habitados, descubria la muestra de alguna venta que pendia de una rama á la orilla del camino, mecida por el viento de la soledad. En aquellas posadas se encontraban cazadores, plantadores é indianos; pero la vez primera que yo descansé en uno de ellos, juré firmemente que seria la última.

Penetrando una tarde en una de aquellas hosterias singulares, quedé sorprendido al ver una cama inmensa dispuesta al rededor de un poste: cada viajero se iba colocando en aquella, apoyando los pies en el poste que se alzaba del centro, y la cabeza en la circunferencia del círculo; de modo que los durmientes describian simétricamente como los rayos de una rueda ó las varillas de nu abanico. Despues de vacilar un poco, me introduje como pude en aquella máquina: Comenzaba á dormirme, cuando sentí la pierna de un hombre que se introducia entre las mias. Era la de mi maldito holandés que se acostaba á mi lado. En mi

vida he esperimentado mas disgusto. Salté inmediatamente fuera de aquella esportilla, hospitalaria maldiciendo de todo corazon los escelentes usos de nuestros buenos abuelos, y me fuí á dormir envuelto en mi capa á la claridad de la luna: esta compañera del viajero era muy pura, fresca y agradable.

En esta parte se halla truncado el manuscrito; ó por mejor decir, su contenido se halla inserto en varias de mis obras.

Despues de muchos dias de camino, llegué al rio Jeneso, en cuya márgen opuesta presencié la maravilla causada por una flauta que atraia con su modulacion una serpiente de cascabel: (1) mas lejos encontré una familia salvage, y pasé la noche en su compañia á alguna distancia del salto del Niágara. La historia de este encuentro y la descripcion de esta noche, se hallan en el *Ensayo histórico*, y en el *Genio del cristianismo*.

Los salvages habitantes cerca del salto del Niágara, dependientes de los ingleses, estaban encargados de defender por aquel lado la frontera del alto Canadá; en este concepto nos salieron al paso armados de arcos y flechas, haciéndonos suspender nuestros pasos.

Tuve precision de enviar al holandés al fuerte del Niágara á pedir al comandante una autorizacion para penetrar en las tierras del dominio británico, demanda que me repugnaba sobre manera, recordando que los franceses habian dominado aquel pais. El guia volvió con el permiso, que

(1) *Genio del cristianismo.*

aun conservo, firmado por el capitan *Gordon*; y es singular la coincidencia que media en haber yo encontrado este mismo nombre inglés escrito en Jerusalen sobre la puerta de mi celda (1).

Permanecí dos dias en el pueblo de los salvages y en este lugar presenta el manuscrito la minuta de una carta que yo escribia á un amigo de Francia concebida en estos términos.

Carta escrita entre los salvages del Niágara.

»No puedo menos de referiros lo que pasó ayer por la mañana en la habitacion de mis huéspedes. Aun se hallaba la yerba cubierta de rocio: el viento salia de las selvas impregnado de olores balsámicos; las hojas de la morera silvestre estaban cargadas de capullos de una especie de gusanos de seda; y los algodoneros del pais volviendo sus abiertas cápsulas, se asemejaban á los rosales blancos.

»Las indianas sentadas alrededor de una haya corpulenta se entretenian en diversas labores: los niños mas pequeños se hallaban colocados en unas redes, suspendidos á las ramas del árbol: la brisa de los bosques mecia aquellas aéreas cunas con un movimiento casi insensible. De cuando en cuando se levantaban las madres para ver si dormian sus hijos, ó si los habia despertado la multitud de pajaritos que cantaban y revoloteaban alrededor. Era verdaderamente encantadora esta escena.

»El intérpetre y yo nos habiamos sentado algo separados, en compañia de los guerreros, que eran

(1) *Itinerario*

siete; todos estábamos fumando en grandes pipas. Dos ó tres de aquellos indios hablaban el inglés.

Algunos muchachos jugueteaban á corta distancia; pero en medio de sus juegos, saltando, corriendo, y lanzando pelotas, no hablaban una palabra. Allí no se escuchaba la griteria atolondrada de los niños europeos. Brincaban como si fueran corzos, algunos jóvenes salvages y como ellos eran mudos. Uno bastante grande ya, de siete á ocho años, separándose de la cuadrilla algunas veces llegaba á apoyar sus labios en el pezon del pecho de su madre, mamaba, y volvia á jugar con sus compañeros.

»En aquel pais no son destetados por fuerza los niños; de aqui nace que despues de haber comido otros alimentos agotan el seno de su madre, como la última copa que se agota al fin de un banquete. Cuando la nacion entera perece de hambre todavia encuentran los niños una fuente de vida en el seno maternal; acaso sea esta una de las causas que impiden que las tribus americanas se multipliquen tanto como las familias europeas.

»Habiendo notado que hablaban los padres á los hijos, y que contestaban estos, hice que me enterase mi holandés de aquel coloquio, y he aqui de lo que trataban.

»Un salvage que tendria unos 30 años llamó á su hijo, y le amonestó á que no saltase tan alto: el niño respondió: *Asi lo haré.* Pero sin obedecer á su padre volvió á jugar como antes.

»Entonces fue llamado por su abuelo y le dijo: *Haz lo que ha dicho tu padre.* El muchacho obedeció entonces; de modo que no hizo caso del padre que le rogaba, y ejecutó las órdenes de un

abuelo que le mandaba. El padre no es casi nada para el hijo en aquellas regiones.

»Aquel no impone jamas á este ningun castigo, pues solo reconoce la autoridad de su madre, y el peso de los años. La desobediencia á una madre está reputada entre los indios como un crímen espantoso. Cuando la madre envejece, el hijo tiene obligacion de sostenerla.

»El padre, mientras es jóven, no es respetado por su hijo, pero cuando va entrando en edad le honra, no como padre, sino como anciano; es decir como hombre de buen consejo y de esperiencia.

»Semejante método de educacion para los hijos dejándolos en toda su independencia, debia hacerlos caprichosos; sin embargo, tan lejos de eso los niños de los salvages, ni tienen caprichos ni mal humor: solo desean lo que saben que pueden alcanzar. Cuando llora un niño por tener una cosa que su madre no posée, le dice esta que vaya á tomarla á donde la ha visto; y como conoce entonces su debilidad é impotencia, desiste y olvida el objeto de sus deseos. Si el niño salvage no obedece á su madre nadie tampoco le obedece á él: tal es el secreto de su alegria ó de su razon.

»Los niños indianos ni se acusan, ni se pegan: no son bulliciosos, ni ariscos, ni enredadores: en su porte hay cierta cosa grave como la felicidad, y noble como la independencia.

»Nosotros no podríamos criar de este modo nuestra juventud: para esto deberiamos comenzar por deshacernos de nuestros propios vicios; pero lo que hacemos, es ocultarlos en el fondo del corazon de nuestros hijos, cuidando tan solo de que no se muestren en el esterior.

»Cuando el jóven indiano se siente predispuesto á la pesca, á la caza, á la política ó á la guerra, estudia é imita las artes que ve practicar á su padre: entonces aprende á coser una canoa, tejer una red, manejar el arco, el fusil, la mácana y el hacha; á cortar un árbol, edificar una choza y esplicar los *Collares*. Lo que constituye una diversion para el hijo, forma la autoridad de su padre: el derecho de la fuerza y de la inteligencia de éste es reconocido; y este derecho le conduce poco á poco al poder del sachem.

»Las niñas gozan de la propia libertad que los muchachos. Con corta diferencia hacen todo lo que desean; pero permanecen mas tiempo al lado de sus madres que las instruyen en los quehaceres domésticos. Cuando ha obrado mal una jóven indiana, su madre no hace mas que echarle sobre el rostro algunas gotas de agua diciéndola: «*Me estas afrentando.*» Esta reconvencion rara vez deja de producir su efecto.

»Estuvimos hasta mediodia delante de la puerta de la cabaña: á esta hora despedia el sol un intolerante calor. Uno de nuestros huéspedes dirigiéndose hácia los muchachos les dijo: *Marchad á dormir, niños, porque el calor os abrasará la cabeza.*—*Es cierto*, dijeron todos; y por toda señal de obediencia continuaron jugando despues de haber convenido en que el sol les abrasaria la cabeza.

»Pero entonces se pusieron en pie las mujeres mostrando una la samaquita en una vasija de madera, otra la fruta de preferencia, y otra tendiendo una estera para acostarse; y en seguida comenzaron á llamar á la obstinada familia, uniendo á cada nombre una palabra tierna y cariñosa. Apresurá-

ronse entonces los niños á correr hácia sus madres como si fuera una nidada de pajaritos. Ellas los tomaron en sus brazos, y con harto trabajo se llevó cada uno el suyo en su regazo, donde comian lo que se les acababa de dar.

«Adios: ignoro si esta carta escrita en medio de los bosques llegará algun dia á vuestras manos.»

Desde aquel pueblo de indios me trasladé á la Catarata del Niágara. La descripcion de este portento colocada al fin de la *Atala*, es sobrado conocida para que sea necesario reproducirla: ademas forma parte de una nota sobre el *Ensayo histórico*. Sin embargo, en esta nota hay algunos detalles enlazados tan estrechamente con la historia de mi viaje, que creo estar en el caso de reproducirlos. Hélos aqui.

«Habiéndose roto la escalera indiana que existia en otro tiempo en la Catarata del Niágara, á despecho de las justas y prudentes reflexiones de mi guia, me empeñé en bajar hasta el pie del salto por una roca perpendicular de mas de doscientos pies de elevacion. A pesar del espantoso bramido de la Catarata y del horrible abismo sobre que estaba suspendida mi planta, conservé mi serenidad, y llegué hasta unos cuarenta pies del fondo; pero en aquel punto la roca pelada y vertical ya no presentaba ni raices ni hendiduras en que poder apoyar las manos ó estribar los pies. Permanecí suspendido á plomo de las manos: sentia que los dedos se me abrian poco á poco á fuerza del cansancio y relajacion que les imprimia el peso de mi cuerpo, y yo consideraba la muerte como cosa in-

evitable: pocos hombres habrán pasado durante su vida dos minutos tan espantosos como los que yo pasé suspendido sobre el abismo del Niagara. Por último se abrieron mis manos, y caí: mas por una inaudita fortuna me encontré sobre la peña viva donde debiera haberme estrellado: sin embargo, conocí que no me habia hecho un daño de consideracion: estaba á media pulgada del abismo, y no habia caido en él. Pero eché de ver que no habia salido tan bien librado: al sentir la penetracion del frio del agua sufrí un dolor agudo é insoportable en el brazo izquierdo, el cual se habia roto por encima del codo. Mi guia que me observaba desde lo alto, y á quien yo llamaba por señas, corrió en busca de algunos salvajes, quienes con sumo trabajo me subieron por medio de unas cuerdas de abedul, y me llevaron á su cabaña.

«Y no fue este el único riesgo que corrí en el Niágara. El dia que llegué, fuí inmediatamente á ver el salto terrible, y enrollando en el brazo la brida del caballo me ladeé para mirar hácia abajo. En esto se movió en las vecinas matas una serpiente de cascabel: asómbrase el caballo, encabrítase y retrocede, acercándose al abismo: yo no podia desenredar el brazo de las riendas, y el caballo, espantado mas y mas, me arrastraba en pos de sí. Ya no tocaba la tierra con las manos, y puesto al borde del abismo, solo se sostenia por la fuerza de las ancas. No me quedaba remedio, cuando el animal aterrado por el nuevo peligro, hizo el último esfuerzo, y frenético, y fuera de sí se lanzó de un salto á diez pies de distancia de la orilla.»

Solo tenia una lijera fractura en el brazo, por consiguiente bastaron para mi curacion dos tabli-

tas, un cabestrillo y un vendage. El holandés no quiso pasar mas adelante: paguele pues, se volvió á su casa, y yo hice un nuevo ajuste con unos canadienses del Niágara que tenian parte de su familia en San Luis de los Hineses sobre el Misisipi.»

El manuscrito presenta aqui una idea general de los lagos del Canadá

LAGOS DEL CANADA.

«Despues que las aguas sobrantes del lago Erié forman la Catarata del Niágara, se precipitan en el lago de Ontario. A las orillas de este hallan los indios el bálsamo blanco en el abeto, el azúcar en el arce, el nogal y el cerezo de monte, el tinte rojo en la corteza de la perma, el techo para sus cabañas en la del álamo blanco, el vinagre en los racimos rojos del vinagrero, el algodon y la miel en las flores del espárrago silvestre, en el girasol el aceite para los cabellos, y panacea para las heridas en la *planta universal.* Estos dones de la naturaleza han sido reemplazados por los europeos con las producciones del arte.

«El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia. Las naciones que poblaban sus orillas fueron esterminadas por los iroqueses hace dos siglos, y en seguida infestaron aquellos sitios algunas hordas errantes que no se atrevian á permanecer en ellos.

«Causa un espanto profundo ver á los indios engolfarse en unas navecillas formadas de corteza de árboles en aquel lago inmenso en que tan terribles son las tormentas. Ellos suspenden sus

manitús á las popas, de las canoas, y por medio de torbellinos de nieve, se lanzan entre las alborotadas olas, que elevadas al nivel del orificio de las canoas, ó pasando sobre ellas, parece que pretenden tragárselas. Los perros de los cazadores apoyando las patas sobre los costados, lanzan aullidos lamentables, al paso que sus amos permaneciendo en profundo silencio, baten con los canaletes las olas á compás. Las canoas avanzan formando una fila: á la proa de la primera se halla de pié un gefe que repite de cuando en cuando el monosílabo OAH: la primera vocal sobre una nota aguda y breve; la segunda en un punto largo y grave. En la última canoa va otro gefe que maneja un gran remo á guisa de timon: los demas guerreros permanecen sentados con las piernas cruzadas en el fondo de las canoas. A través de la niebla, de la nieve y de las olas, solo se descubren las plumas que adornan las cabezas de aquellos indios, el cuello prolongado de los perros que ahullan, y los hombros de los dos sachems, piloto y agorero que se asemejan á dioses de las aguas.

«Las serpientes hacen muy famoso tambien al lago Erié. A su OE. desde las islas de las culebras hasta las costas del continente, en un espacio de mas de veinte millas, se estienden unos anchos nenúfaros, cuyas hojas en verano estan cubiertas de serpientes entrelazadas unas con otras. Cuando empiezan á moverse aquellos reptiles heridos por los rayos del sol, se ven girar sus anillos de oro, azúl, púrpura y ébano; y en aquellos horribles nudos formados doble y triplemente, solo se distinguen centellantes ojos, harpadas lenguas, bocas de fuego, colas armadas de aguijones,

ó cascabeles que se agitan en el aire como látigos. Un silbido contínuo, y un ruido semejante al que forma la hojarasca seca de una selva, sale contínuamente de aquel cócito impuro.

«El estrecho por que se comunican los lagos Erié y Huron, es célebre por sus prados umbrosos. El lago Huron abunda en pesca: cógese en él el artikamego, y truchas que pesan doscientas libras. La isla de Manticulia era famosa, y contenia los restos de la nacion de los ontawais, que segun los indios descendian de Castor. Se ha notado que el agua del lago Huron, y de la Michihau suben durante siete meses, y bajan en la misma proporcion durante otros siete: todos aquellos lagos tienen un flujo y reflujo mas ó menos sensible.

«El lago superior ocupa un espacio de mas de cuatro grados, entre los 46 y los 50º lat. N. y de 8º entre los 87 y 95 de lat. O. meridional de Paris: es decir, que este mar interior tiene cien leguas de ancho, y de largo cerca de doscientas, con unas seiscientas leguas de circunferencia.

«Cuarenta rios depositan sus aguas en aquel receptáculo inmenso: entre ellos son muy considerables el Allinipigon y el Michipicroton: el último nace en las inmediaciones de la bahia de Hudson.

«Algunas islas adornan el lago; y entre otras la de Maurepas en la costa septentrional, la de Pontchartrain en la oriental, la Minong hácia la meridional, y la del Grande Espíritu y de las Almas al occidente: esta bastaria para formar el territorio de un estado en Europa; porque tiene treinta y cinco leguas de largo por veinte de ancho.

«Los cabos mas notables de este lago con la punta de Kioucounan, especie de istmo que se introduce dos leguas entre las olas; el cabo Minabeajou que parece un faro; el cabo Tonnerre inmediato á la casa del mismo nombre, y el cabo Rohedebout que se levanta perpendicularmente sobre la playa como un obelisco truncado.

«Baja, arenosa y desabrigada es la costa meridional del lago superior: las septentrionales y orientales son por el contrario montañosas, y presentan una sucesion de rocas cortadas á pico. El mismo lago está abierto en la roca; y á través de sus verdosas y transparentes aguas, se descubren á treinta y cuarenta pies de profundidad masas de granito de diferentes formas, algunas de las cuales parece que ha acabado de cortarlas la mano del cantero. Cuando el viajero dejando derribar su cama, mira asomado sobre la banda la cresta de las montañas submarinas, no puede gozar largo tiempo de aquel espectáculo, porque sus ojos se traban y se siente desvanecer.

»La imaginacion asombrada de ver aquel gran espectáculo de aguas, se engrandece en el espacio. Los indios guiados por el instinto comun de todos los hombres, atribuyen la formacion de aquel inmenso depósito á la misma potestad que redondeó la bóveda del firmamento, con lo cual añaden á la admiracion que inspira la vista del lago superior, la solemnidad de las ideas religiosas.

»Aquellos salvajes han llegado á hacer de este lago el principal objeto de su culto por el aire de misterio que la naturaleza ha querido comunicar á una de sus obras mas grandes. El lago superior tiene un flujo y reflujo irregular; sus aguas en los

mas grandes calores del verano estan frias como la nieve á medio pie de la superficie, y estas mismas aguas se hielan raras veces en los rigorosos inviernos de aquellos climas aun cuando estan helados los mares.

«Las producciones de la tierra son muy variadas alrededor del lago, segun la diferencia de terrenos: solo se ven sobre la costa oriental sus selvas, de arces raquíticos y encorvados que crecen casi horizontalmente en la arena: al N. y donde quiera que la peña viva deja algun espacio á la vejetacion de la ladera de algun valle, se descubren matorrales de groselleras sin espinas, y guirnaldas de una especie de vid que da un fruto semejante á la frambuesa, pero de un color rosado mas pálido: á trechos se levantan algunos pinos aislados.

«Entre muchos sitios pintorescos que estas soledades presentan, hay dos que merecen particularmente la atencion.

»Penetrando en el lago superior por el estrecho de Santa Maria, se ven á la izquierda unas islas que forman semicírculo, y que plantadas todas de árboles floridos, se asemejan á unos ramilletes puestos en el agua: á la derecha penetran entre las olas los cabos del continente: los unos estan cubiertos de una especie de musgo, cuya verdura forma un bello contraste con el hermoso azul del cielo y de las ondas: los otros, formados de una arena roja y blanca, parecen en el azulado fondo del lago á los anaqueles de una obra de taracea. Entre aquellos largos y pelados cabos, se mezclan grandes promontorios poblados de árboles que se reflejan invertidos en el cristal del fondo. Vense tambien á trechos algunos árboles unidos que forman una cor-

tina sobre la costa, y otros aislados aqui y acullá, como una especie de alamedas, cuyos árboles separados ofrecen unos puntos de óptica maravillosos. Las plantas, las rocas y los colores disminuyen de proporcion ó cambian de matiz á medida que el paisage se aparta ó aproxima.

«Aquellos promontorios hácia el Oriente, y aquellas islas hácia el Mediodia, inclinándose unos á otros por el Occidente, forman y abrazan una vasta rada, cuyas aguas permanecen tranquilas cuando la tempestad conmueve las demas regiones del lago. Alli juguetean millones de peces y aves acuáticas: el ánade negra del labrador se posa en la punta de un escollo, y las olas rodean con festones de blanca espuma aquel enlutado solitario: los cuervos marinos ora se sumergen, ora vuelven á aparecer de pronto para tornar ó sumergirse despues en la superficie de las aguas: el ave de los lagos se cierne sobre sus olas, y el mastin-pescador agita con rapidez sus alas de azul, para fascinar su presa.

«La vista alcanza á descubrir las fluidas é inmensas orillas del lago, mas allá de los promontorios y de las islas que cierran esta rada en la desembocadura del estrecho de Santa Maria. La superficie inmoble de aquellas llanuras se pierde elevándose gradualmente en el espacio; y los cambiantes que forma pasan del verde esmeralda al azul bajo; despues al ultramar, y finalmente al cerrado turquí. Cada una de estas tintas se confunde con las que la siguen, y la última termina al horizonte donde se une al cielo por medio de una zona azul.

«Aquel sitio que se estiende sobre el lago es

propiamente un paisaje de verano, y debe ser encantador gozarlo cuando la naturaleza está risueña y tranquila; por el contrario, el segundo es un pais de invierno, y para su hermosura exige una estacion desnuda y borrascosa.

«Elévase cerca del rio Allinipigon una roca enorme y aislada que domina el lago. Despliégase al Occidente una cadena de rocas, tendidas unas, y plantadas las otras en el suelo: estas hendiendo el aire con sus áridos picos; y aquellas con sus redondas cúspides. Sus laderas verdes, rojas y negras, retienen la nieve en sus grietas, mezclando asi la blancura del alabastro, al color de los pórfidos y de los granitos.

«De este modo crecen algunos de estos árboles de forma piramidal, que mezcla la naturaleza en sus magníficos edificios y en sus vastas ruinas como las columnas de sus monumentos. Levántase el pino sobre los plintos de las rocas, y de sus cornisas se desprenden tristemente algunas plantas erizadas de témpanos de hielo; de modo que parece que está uno viendo las ruinas de una ciudad en los desiertos del Asia: pomposos monumentos que habiendo dominado los bosques antes de su caida, llevan ahora otros bosques sobre sus cúpulas desplomadas.

«Detrás de la cadena que acabo de describir, se abre como un surco un valle estrecho, por cuyo centro pasa el rio del Sepulcro. Este valle solo ofrece en verano un musgo flojo y amarillento, y algunos surcos de hongos de diversos colores que designan los intersticios de las rocas. Durante el invierno no puede el cazador descubrir en esta soledad cubierta de nieve las aves y cuadrúpedos

pintados con el blanco color de las escarchas, sino por los colorados picos de las primeras, y los hocicos negros y sanguinolentos ojos de los segundos. Al cabo del valle y á gran distancia se descubre la cima de los montes hiperbóreos, donde ha colocado Dios el orígen de los cuatro rios mas grandes de la América septentrional. Nacidos en una misma cuna, siguen un curso de 1,200 leguas, marchando hasta depositar sus aguas en cuatro Océanos, en los cuatro puntos cardinales que limitan el mundo. El Misisipi se pierde al Mediodia en el golfo mejicano: el San Lorenzo se precipita al levante en el Atlántico: los mares del Polo hácia el N. reciben el desagüe del Ontawais, y el océano de Nontauka en el poniente obtiene el tributo de las ondas del rio del Oeste.» (1).

Despues de esta idea de los lagos sigue un principio de diario que solo contiene la indicacion de las horas.

DIARIO SIN FECHA.

«Brilla el mas puro cielo sobre mi cabeza, y el agua mas límpida sirve de lecho á mi canoa que huye al impulso de una brisa ligera. Levántanse á mi izquierda unas colinas que parecen cortadas á pico, flanqueadas de rocas de dónde penden con vólvulos de flores blancas y azules, guirnaldas de bignonias, largas gramíneas, y plantas saxótiles de todos los colores: vastas praderas se estienden

(1) Tal es la errónea geografia de aquel tiempo: la del dia es muy diversa.

á mi derecha. A medida que avanza la canoa, se abren nuevas escenas y aparecen nuevos puntos de vista: ya se descubren valles solitarios y risueños, ya peladas colinas: aqui se descubren los pórticos sombrios de una selva de cipreses; y acullá un bosque lijero de arces por donde juguetean los rayos del sol como á través de un delicado encaje.

«¡Te he hallado al fin primitiva libertad! Como ese pájaro que vuela delante de mí, que en nada se ocupa mas que en la eleccion de las ramas, vago yo en estas inmensas soledades. Heme aquí, libertad, asi cual me produjo el Omnipotente: soberano de la naturaleza llevado en triunfo sobre las aguas, mientras que acompañan mi carrera los habitantes de estos rios, mientras que cantan á mi paso himnos de alegria los pueblos del espacio, en tanto que me saludan las bestias de la tierra, y las selvas inclinan sus cúpulas á mi tránsito. El sello inmortal de nuestro orígen se halla grabado por ventura sobre la frente del hombre de la sociedad ó está inscrito sobre la mia? Corred... corred!... encerraos en vuestras ciudades... marchad á someteros y oprimiros con vuestras mezquinas leyes: ganad vuestro sustento con el sudor de vuestras frentes; ó devorad el pan del pordiosero!... haceos degollar por una palabra, ó como esclavos defendiendo á un amo ingrato!... dudad de la existencia de Dios, ó adoradle si os place bajo supersticiosas formas: ¿qué me importa?... Yo prefiero vagar por estas soledades donde no será oprimido ni un solo latido de mi corazon; ni encadenado uno solo de mis pensamientos!... Seré libre como la naturaleza. ¿lo ois?... Sere libre, y no reconoceré mas sobe-

rano que aquel que encendió la llama de los soles, haciendo girar todos los mundos con un leve impulso de su mano! (1)

Siete de la tarde.

»Despues de haber atravesado el rio, hemos seguido el brazo del S. buscando á lo largo del canal una ansa en que poder desembarcar. Hemos entrado en un ancon que se mete bajo un promontorio sobre el cual se vé un bosquecillo de tulipanes. Despues de haber sacado á tierra la canoa unos se han ido á buscar leña para encender lumbre, y otros se han puesto á armar la choza: por mi parte he tomado la escopeta y me he internado en el mas inmediato bosque.

«No bien habia dado cien pasos cuando descubri una manada de pavos que comian bayas de helecho y frutos de espino. Estas aves son muy diferentes de las de su raza que se han naturalizado en Europa: son mas grandes que ellas: su plumage es de color de pizarra con cambiantes en la espalda y el cuello, y cobrizo rojo en los estremos de las alas. Estos colores suelen brillar como oro bruñido segun se reflejen en ellos los rayos de la luz. Semejantes pavos silvestres se reunen con frecuencia en grandes manadas, pósanse por la noche en las copas de los árboles mas elevados, desde donde hacen resonar por la mañana sus gritos repetidos: sus clamores cesan poco despues de salir el sol, y entonces bajan á las selvas.

(1) Creo que se me perdonará haber conservado estas cosas propias de la juventud.

«Hemos madrugado mucho para partir con la frescura de la madrugada: se han vuelto á embarcar los bagajes y hemos dado á la vela. Por ambos lados limitaban nuestras aguas elevadas tierras, formando dos selvas interminables: su follage presentaba los mas encantadores matices. La rojiza escarlata; el amarillo sobre fondo de oro brillante; el negro sobre fondo óscuro; el verde; el blanco y el azul, difundidos y modificados con infinitos y diversos contrastes, resaltados con mil tintas mas ó menos vigorosas á par que brillantes todo aparecia ante nuestros admirados ojos: delante de ellos se estendia toda la variedad del prisma: y a lo lejos en las sinuosidades del valle perdianse mezclados los colores sobre un fondo de terciopelo. Los árboles guardaban una armonia perfecta con sus caprichosas formas: unos se desplegaban como abanicos, mientras que se elevaban otros en figura de cono; estos se asemejaban á anchurosas esferas, y aquellos se alzaban en forma de obelisco: pero semejante espectáculo no puede describirse: basta gozar al comtemplarlo.

Diez de la mañana.

«Andamos muy poco: ha cesado la brisa de soplar: el canal comienza á estrecharse: la atmósfera se cubre de nubes.

Mediodia.

»Es imposible ir mas adelante con una canoa: ahora vamos á viajar de otro modo: sacaremos á tierra nuestro bastimento, tomaremos de ella pro-

visiones, armas y pieles para abrigarnos de noche y nos internaremos en los bosques.

Tres de la tarde.

«¡Qué sensacion esperimento al entrar en estas selvas tan antiguas como el mundo!.... Ellas bastan por si solas á darnos una idea de Dios! Desplomándose los rayos del sol á través de un follage espeso, esparce por el centro de los bosques una luz templada, trémula y diversa, que comunica á los objetos una magnitud fantástica. Encuéntranse árboles derribados por do quiera: sobre ellos se elevan otras generaciones de árboles diversos. Busco en vano una salida entre estas soledades; á veces engañado por una luz mas viva, avanzó á traves de las yerbas, de las ortigas, de los musgos, de las lianas y del mantillo espeso compuesto de despojos de los vejetales: pero solo encuentro un espacio formado por algunos pinos que han caido. La selva se hace pronto mucho mas sombria, la vista no descubre sino troncos de encinas y de nogales, que se suceden mutuamente, y que parece se estrechan mas y mas al paso que se alejan: la idea de lo infinito se desarrolla con fuerza delante de mi imaginacion.

A las seis

«Yo habia percibido nuevamente cierta claridad, y, me habia dirigido á ella. Ya estoy en el punto en que penetra la luz: es un espacio melancólico y sombreado por la selva que le circunda: este campo es un antiguo cementerio indiano.

Plegue al cielo que pueda yo descansar un instante en esta doble soledad de la naturaleza y de la muerte: ¿en que mejor asilo podia yo dormir para siempre?

A las siete.

«No habiendo podido salir de estos bosques nos hemos acampado en ellos: estiéndese á lo lejos la reverberacion de nuestra hoguera: el follage iluminado por el rojizo resplandor presenta una ensangrentada apariencia; elévanse los troncos de los inmediatos árboles como columnas rojas de granito: los mas distantes, apenas bañados por la luz, se asemejan en los retirados bosques á fantasmas pálidos, colocados circularmente á la orilla de una noche de tinieblas.

Media noche.

«Comienza á apagarse el fuego: disminúyese el círculo escrito por su luz. Estoy escuchando..... Pesa sobre estas selvas la calma mas formidable: parece que un silencio sucede á otro silencio: trato en vano de oir algun rumor que descubra la vida en este sepulcro universal... Oigo un suspiro!... ¿De donde nace? Ah!... es de uno de mis compañeros: gime aunque sueña. El vive sin duda; puesto que padece: ¡hé aquí el hombre!

Las doce y media de la noche.

«Continua la calma, pero se desgaja y cae en el suelo el árbol secular. Braman las selvas: alzan-

se mil voces: amortíguanse pronto los rumores, y mueren á unas distancias casi imaginarias: el silencio vuelve á invadir el desierto.

Una de la mañana.

«Levántase viento, corre sobre la copa de los árboles, y al pasar los sacude sobre mi cabeza. Ahora se asemeja á la ola del mar que se estrella tristemente sobre la costa.

«Los rumores han despertado otros rumores: es armonia toda la selva. ¿Serán tal vez los graves sonidos del órgano los que escucho, al paso que otros sonidos mas ligeros se agitan entre las bóvedas de verdura? Sucede un corto silencio; la música aerea vuelve á comenzar de nuevo: dulcísimas quejas se escuchan por do quiera.... murmullos que encierran otros susurros en si mismos; cada hoja habla una lengua diferente, cada yerbecilla entona una nota particular.

«Resuena una voz estraordinaria: es la de una rana que imita los bramidos del toro. Los murciélagos colgados de las ramas hacen oir su monotono chillido por todos los ángulos de la selva: parece un continuo clamoreo ó la vibracion funeral de una campana. Todo nos conduce á alguna idea de la muerte; porque esta idea se halla en el fondo de la vida.

Diez de la mañana.

«Hemos continuado nuestra marcha: habiendo bajado á un valle inundado, unas ramas de roble tendidas de una á otra ribera nos han servido de

puente para atravesar los marjales. Estamos preparando la comida al pie de una colina cubierta de maleza, que no tardaremos en escalar para buscar al rio que buscamos.

Una de la tarde.

«Volvimos á proseguir nuestro camino: las ortegas, nos prometen una buena cena para esta noche.

«El camino va haciéndose escarpado; y muy raros los árboles; unos matorrales selvadizos cubren la ladera del norte.

A las seis.

«Ya estamos en la cumbre del monte; bajo nosotros solo descubrimos las copas de los árboles. Algunas rocas aisladas salen de entre aquel mar de verdura como los escollos que se elevan desde la superficie de las aguas. El esqueleto de un perro colgado á una rama de abeto, anuncia el sacrificio indiano ofrecido al Génio de este desierto. Precipitase un torrente á nuestros pies, y vá á perderse en un riachuelo.

Cuatro de la mañana.

«Hemos pasado una apacible noche: nos hemos decidido á volver á nuestra canoa: no tenemos esperanza de hallar ningun camino entre estos bosques.

Nueve de la mañana.

«Acabamos de almozar bajo un antiguo sáuce cubierto de convólvulos y setas. A no ser por los mosquitos seria muy delicioso este sitio: nos hemos visto obligados á hacer una gran humareda con leña verde para ahuyentar á estos enemigos. Los guias han anunciado la visita de algunos viajeros que podrian estar como á dos horas del camino en que nos hallábamos. Es prodijiosa esta finura de oido. Hay indio que puesto el oido en el suelo oye el ruido de los pasos de otro á cuatro ó cinco leguas de distancia. En efecto; al cabo de dos horas hemos visto llegar una familia de salvajes, la cual nos ha dirijido el grito salutativo de costumbre; á él hemos contestado con alegria.

Al mediodia.

«Nuestros huéspedes nos han manifestado que hacia dos dias que nos oian; que sabian que éramos *carnes blancas*, porque el ruido que haciamos al andar era mas considerable que el que hacen las *carnes rojas*. Yo pregunté la causa de esta diferencia, y me contestaron que consistia en el modo de romper las ramas para abrirse camino. Los blancos revelan tambien su raza por la pesadez de sus pasos: el ruido que producen no se aumenta progresivamente: el europeo gira por los bosques; el indio camina en línea recta.

«La familia indiana constaba de dos mujeres; un niño y tres hombres. Habiéndonos dirigido juntos á la canoa, hemos encendido una gran hogue-

ra en la orilla del rio. Reina entre todos nosotros una benevolencia recíproca: las mujeres han dispuesto la cena, compuesta de truchas asalmonadas y una gruesa pava. Nosotros los *guerreros* fumamos y platicamos juntos. Mañana nos ayudarán nuestros huéspedes á trasportar la canoa á un rio que dista solamente cinco millas del parage en que nos encontramos.»

Aquí da fin el diario. Una página suelta que se halla á continuacion nos trasporta en medio de los Apalaches. He aqui esta página.

«Estos montes no son, como los Alpes y los Pirineos, montañas hacinadas unas sobre otras con regularidad, y cuyas cumbres, cubiertas de nieve, penetran en las nubes. Al OE. y al N. se asemejan á unos muros perpendiculares de algunos miles de pies de elevacion, desde lo alto de los cuales se precipitan los rios que caen en el Ohio, y el Misisipi. En esta especie de gran fractura se descubren algunos senderos que serpentean en medio de los precipicios á guisa de torrentes. Estos senderos y torrentes están adornados con una especie de pino, cuya copa es de color verde-mar y el tronco, casi de lila, está sembrado de oscuras manchas, producidas por un musgo raso y negro.

«Mas hácia el lago del S. y del E. los Apalaches casi no pueden llamarse montes; porque sus cimas van descendiendo gradualmente hasta la ribera del Atlántico, en cuyo terreno vierten otros rios que fecundan unas selvas de encina, arces, nogales, moreras, castaños, pinos, abetos, magnolias y otras mil especies de arbustos de flores.»

Despues de este corto fragmento continua un trozo bastante estenso sobre el curso del Ohio y del Misisipi, desde Pitsburgo hasta los Natchez. Esta narracion comienza por la descripcion de los monumentos del Ohio. En el *Genio del Cristianismo* se encuentra un pasage y una nota sobre estos monumentos; pero lo que yo he escrito en aquel pasage y en aquella nota difiere en muchos puntos de lo que digo aquí. (1)

El lector debe representarse unos restos de fortificacion ó monumentos que ocupan una inmensa estension, en los cuales se notan cuatro especies de obras: bastiones cuadrados, lunas, medias lunas y *túmuli*. Los bastiones, lunas y medias lunas son de forma regular, anchos y profundos

(1) Despues de haber escrito esta disertacion algunos sábios y varias sociedades americanas arqueológicas, han publicado *Memorias sobre las ruinas de Ohio*, cuyos escritos son curiosos bajo dos aspectos:—1º. Recuerdan las tradiciones de las tribus indianas: dichas tribus dicen todas que vinieron del OE. á las riberas del Atlántico, uno ó dos siglos (á lo que puede juzgarse) antes del descubrimiento de la América por los europeos; que en sus largas marchas tuvieron que pelear con muchos pueblos, particularmente en las riberas del Ohio, etc.—2º. Las memorias de los sábios americanos mencionan el descubrimiento de algunos ídolos encontrados en los sepulcros, y de carácter puramente asiático. Es indudable que un pueblo mucho mas civilizado que los salvages actuales de la América floreció en los valles del Ohio y del Misisipi. Pero cuando y como dejó de existir? Esto es lo que tal vez se ignorará siempre. Las memorias de que hablo son poco conocidas á pesar de que merecen serlo. Hállanse en el periódico titulado *Nuevos anales de los viajes*.

los fosos, los atrincheramientos estan hechos de tierra con parapetos en un plano inclinado; pero los ángulos de los glacis corresponden á los de los fosos, y no se inscriben en el polígono como paralelógramo.

Los túmuli son unos sepulcros de forma circular: habiéndose abierto algunos de ellos, se ha encontrado en el interior un ataud formado con cuatro piedras donde se conservan huesos humanos. Sobre aquel primer ataud descansaba otro que contenia tambien un esqueleto, y asi sucesivamente hasta lo alto del obelisco que tendria unos treinta pies de elevacion.

Semejantes construcciones no pueden ser obra de las actuales naciones americanas: los pueblos que la elevaron debian tener un conocimiento de las artes, superior al de los mismos mejicanos y peruanos.

¿Debemos atribuir estas obras á los modernos europeos? Entre ellos solo recuerdo á Fernando de Soto que ha penetrado antiguamente en las Floridas: y aun este no llegó nunca mas allá de un pueblo de Chicasas situado en uno de los brazos del Mobile; y por otra parte con un puñado de españoles ¿cómo y con que objeto hubiera podido remover toda aquella tierra?

¿Habran sido tal vez los cartagineses ó los fenicios cuando comerciaban al rededor del Africa y de las islas Casitérides, arrojados á las regiones americanas? Pero antes de internarse mas hácia el OE. debieron haberse establecido sobre las costas de Atlántico; y entonces como no se encuentra la menor huella de su tránsito por la Virginia las Georgias y las Floridas? Ademas, ni los cartagi-

neses ni los fenicios enterraban sus muertos así como lo estan los de las fortificaciones del Ohio Los egipcios lo hacian de un modo semejante; pero las momias estaban embalsamadas y las de las tumbas americanas no lo estan; y no hay que decir que carecerian de los ingredientes necesarios, porque las gomas, las sales, la resina y el alcanfor se encuentran aquí por todas partes.

¿Habrá existido acaso la Atlántida de Platon? Estaria el Africa unida con la América en siglos desconocidos? Cómo quiera que sea no puede dudarse que ha existido en aquellos desiertos una ignorada nacion, superior á las generaciones indianas existentes en la actualidad. ¿Mas cuál era esta nacion? ¿qué revolucion la destruyó? ¿cuando se verificó semejante acontecimiento? Cuestiones son estas que nos lanzan en la inmensidad de lo pasado donde los siglos se abisman como sueños.

Las obras de que hablo se encuentran á la embocadura del gran Miamis, en la de Muskingum, en el *Ancon del Sepulcro*, y en uno de los brazos de Scioto. Las que rodean la orilla de este rio ocupan un espacio de mas de dos horas de camino bajando hácia el Ohio. En el Kentucky á lo largo del Teneso, y en el pais de los siminoles, apenas puede darse un paso sin descubrir algunos restos de estos monumentos.

Todos los indios convienen en que cuando sus padres vinieron del OE. hallaron las obras del Ohio en el mismo estado en que hoy se ven. Pero la época de esta emigracion de los indios del Occidente á Oriente, varia segun las naciones. Los chicasas, por ejemplo, llegaron á los fuertes que cubren las fortificaciones hace solo

dos siglos: emplearon siete años en su viaje, marchando únicamente una vez cada año, y llevándose algunos caballos que habian robado á los españoles de los cuales huian.

Hay otra tradiccion que pretende que las obras de Ohio han sido levantadas por los indios *blancos*. Estos, segun los indios *rojos*, debieron venir de Oriente; y cuando dejaron el lago sin riberas (el mar), iban vestidos como los actuales *carnes blancas*.

Sobre esta tradiccion confusa se cuenta que Ogan príncipe del pais de Gales, ó su hijo Madoc se embarcó en 1170 en compañia de un gran número de vasallos suyos (1) y que aportó á unos paises desconocidos, hácia el Occidente. Pero ¿cómo puede imaginarse que los descendientes de aquellos galos hubiesen querido construir las obras del Ohio, y que al mismo tiempo, habiendo perdido todas las artes, se viesen reducidos á un puñado de guerreros errantes por los bosques como los demas indios?

Tambien se ha pretendido que en las fuentes del Misouri existen unos pueblos numerosos y civilizados; que viven en recintos militares semejantes á los de las orillas del Ohio; que estos pueblos se sirven de caballos y de otros animales domésticos; que tienen ciudades y caminos públicos, y que son gobernados por reyes (2).

(1.) Alteracion de las tradicciones islandesas y de las poéticas historias de las Sagas.

(2.) Actualmente son conocidas las fuentes del Misouri, y en aquellas regiones solo se han encontrado salvages. Tambien debe desterrarse del pais de las

La tradiccion religiosa de los indios sobre los monumentos de sus desiertos, no se conforma con su tradiccion histórica. En medio de estos edificios, dicen ellos, existe una caverna, que es la del Grande Espíritu, el cual crió en ella á los chicasas. El pais estaba entonces cubierto de agua; y habiéndolo notado el Grande Espíritu, alzó unas murallas de tierra para poner á secar encima á los chicasas.

Vamos á describir el curso del Ohio. Este rio se forma por la reunion del Monongahela y el Alleghany: el primero de estos rios nace al S. en los montes Azules ó Apalaches: el segundo en otra cadena de estos montes al N., entre los lagos Erie y Ontario, comunicándose con el primero por medio de un pequeño brazo. Ambos rios se reunen mas abajo del fuerte llamado en otro tiempo de Duquesne, y hoy fuerte Pitt, ó Pittsburgo: su confluente está al pié de una elevada colina de carbon de piedra; confundidas sus aguas pierden sus nombres, y ya no son conocidos sino con el de Ohio, que significa, y le cuadra mucho, *rio hermoso.*

Mas de sesenta arroyos acrecen este rio con sus aguas: los que bajan del E. y del M. nacen en las alturas que dividen las aguas tributarias

fábulas aquella historia de un templo, donde se encontró la biblia que solo podian leer unos indios blancos que poseian el templo y habian perdido el uso de la escritura. Por lo demas la colonizacion de los rusos al NOE. de la América, pudo muy bien dar origen á estas ideas de un pueblo blanco establecido cerca de las fuentes del Misouri.

del Atlántico, de las que bajan al Ohio y al Misisipi: las que nacen al OE. y al N. se precipitan de las colinas, cuyas dobles vertientes alimentan los lagos del Canadá y los rios Misisipi y el Ohio.

El espacio que recorre este último ofrece en su conjunto un ancho valle rodeado de colinas de igual altura; pero en sus pormenores y cuando se viaja siguiendo el curso de las aguas, presenta diferente aspecto.

Nada hay mas fértil que las tierras regadas por el Ohio: ellas producen en ambas riberas selvas de pinos, mirtos, laureles, arces de azúcar, y encinas de cuatro especies: los valles producen nogales, fresnos y mustacos; en los marjales crece el abedul, el povo, el chopo y el cipres. Los indios hacen telas de la corteza del chopo, y se comen la segunda corteza del povo: emplean la savia de la frángula para curar la calentura y ahuyentar las serpientes: la encina les proporciona flechas, y el fresno canoas.

Las yerbas y las plantas son muy variadas: pero las que cubren todos los campos son las yerbas del búfalo de siete á ocho pies de alto, el trebol, la ballueca ó arroz silvestre: y el añil.

Bajo una fértil superficie, á cinco y seis pies de profundidad, se encuentra generalmente un lecho de piedra blanca, base de un escelente mantillo; y sin embargo, al aproximarse al Misisipi se encuentra primero en la superficie del suelo una tierra fuerte y negra, luego una capa de greda de diversos colores, y en segida bosques enteros de cipreses en el fango.

A las orillas del Chanon á doscientos pies bajo el agua se han visto, segun dicen, algunos caracte-

res trazados en las paredes de un precipicio; y de aqui se ha sacado en consecuencia, que en otro tiempo corria el agua á aquel nivel, y que unas naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el rio.

Una súbita transicion de temperatura y de clima se nota en el Ohio. En las inmediaciones del Canaway no se ven ya cipreses ni salsafras: multiplícanse las selvas de olmos y de encina. Todo toma un color diferente: son mas subidos los verdes, y mas pálidos sus matices.

No hay en los límites de este rio mas que dos estaciones: las hojas caen de repente en el mes de noviembre: siguen á esto las nieves, comienza á soplar el NOE. y reina el invierno. Un frio seco sucede con un cielo puro hasta el mes de marzo: entonces se vuelve el viento del NE. y en menos de quince dias aparecen llenos de flores los árboles que están cubiertos de escarcha: el verano se confunde con la primavera.

Es muy abundante la caza. Los ánades, las pardillas azules, los cardenales, y los gilgeros de color de púrpura, ostentan sus matices entre la verdura de los árboles: el pájaro wheb-shaw, imita el ruido de la tierra: mahulla el pájaro-gato, y los loros que aprenden algunas palabras al rededor de las habitaciones, las repiten en los bosques. Muchas de estas aves viven de insectos; la oruga verde del tabaco; el gusano de una especie de moral blanco, las moscas brillantes y las tejederas les sirven de principal alimento: pero los loros reuniéndose en grandes bandadas, desvastan los sembrados; de modo que por cada cabeza de estas aves, se da un premio igual al señalado por las cabezas de ardilla.

En el Ohio se cogen con corta diferencia los mismos peces que en el Misisipi. Es muy comun pescar truchas de treinta y treinta y cinco libras, y una especie de sollo cuya cabeza se asemeja á la pala de un canalete.

Siguiendo el curso del Ohio se pasa un riachuelo llamado el *Lic de los grandes huesos*. Llaman *lic* en América á unos bancos de tierra blanca y gredosa que los búfalos lamen con mucho placer surcándolos con la lengua. Los escrementos de aquellos animales están tan impregnados de la tierra del lic, que parecen pedazos de cal. Los búfalos buscan el lic á causa de las sales que contiene, las cuales curan á los animales rumiantes de los retortijones que les causan las yerbas no maduras aun. No por eso son saladas las tierras del valle del Ohio: por el contrario, son muy insípidas.

El lic del rio del Lic es uno de los mayores que se conocen: los vastos caminos que han abierto los búfalos á través de las yerbas para dirigirse á él serian temibles sino se supiese que estos toros silvestres son los mas pacíficos de todos los animales. En este lic se ha descubierto una parte del esqueleto de un mamouth: el hueso de la pierna pesaba setenta libras, las costillas tenian seis pies de curbatura, y tres pies de largo la cabeza: los dientes molares eran de cinco pulgadas de ancho, y ocho de largo; y los colmillos de catorce pulgadas desde la raiz hasta el estremo.

Iguales despojos se han mostrado tambien en Rusia y Chile. Los tártaros pretenden que el mamouth existe aun en su pais en la embocadura de los rios; y se asegura tambien que unos cazadores le persiguieron al OE. del Misisipi. Si ha pe-

recido la raza de estos animales como parece probable ¿cuándo se ha verificado esta destruccion en paises tan diversos, y tan diferentes climas? Nada sabemos: sin embargo pedimos á Dios cada dia cuenta de sus obras!

El lic de los grandes huesos se halla á distancia de cerca de treinta millas del rio de Kentucky, y á ciento ocho de los saltos del Ohio. Las orillas de Kentucky están cortadas á pico como si fueran muros. Nótase en este parage un camino practicado para los búfalos que baja de lo alto de la colina, fuentes de betun que pueden arder como el aceite, grutas adornadas de columnas naturales, y un lago subterráneo que se estiende hasta desconocidas distancias.

En las confluencias del Kentucky y del Ohio, despliega el paisage una estraordinaria pompa: alli se ven manadas de corzos que encaramados en la punta de una roca, observan al viajero que pasa por los rios: aqui se proyectan horizontalmente por las aguas bosquecillos de pinos seculares; llanuras risueñas se estienden hasta perderse de vista, al paso que las selvas velan como vastas cortinas, la falda de algunos montes, cuya cumbre se descubre á lo lejos.

Tan magnífico pais se llama sin embargo el Kentucky, del nombre de su rio que significa *rio de sangre*; nombre funesto que debe á su misma belleza: por espacio de mas de dos siglos las naciones del partido de los cheroqueses y los iroqueses, se disputaron la caza de las riberas de este rio, y ninguna tribu indiana osaba fijarse en este campo de batalla: los sawonoes, los miamisses, los piankiciawoes, los wayoes, los kaskasias, los dela-

wares, y los ilineses, venian á pelear alternativamente, y hasta el año 1752 no comenzaron los europeos á saber algo de positivo á cerca de los valles situados al OE. de los montes Alleghany, llamados en un principio *montes Endles* (sin fin) ó *Kitaniny* ó *montes Azules*. Pero Charlevois habia hablado ya en 1720 del curso del Ohio; y el fuerte de Duquesne, en el dia fuerte Pit (Pitts Burgh) habia sido trazado en el punto de la confluencia de los dos rios que forman el Ohio. Luis Evant publicó en 1752 un mapa del pais situado á las orillas del Ohio y del Kentucky. Jacobo Macbrive hizo una incursion por aquel desierto en 1754, Jones Finley, penetró en él en 1757, y el coronel Boones le acabó de descubrir completamente en 1769, estableçiéndose alli con su familia en 1775. Preténdese que el doctor Wood y Simon Kenton fueron los primeros europeos que bajaron por el Ohio en 1773, desde el fuerte de Pitt hasta el Misisipi. El orgullo nacional de los americanos los conduce á atribuirse la gloria de haber hecho la mayor parte de los descubrimientos al occidente de los Estados-Unidos; pero no debe olvidarse que los franceses del Canadá y de la Luisiana llegando por el N. y M. recorrieron estas regiones mucho antes que los americanos que venian del OE. y á quienes molestaba en su camino la confederacion de los Creeks y los españoles de la Florida.

Este pais comenzó á poblarse (1791) con las colonias de la Pensilvania, Virginia y Carolina; y por algunos desgraciados compatriotas mios que huian de las borrascas primeras de la revolucion.

Pero las generaciones europeas ¿serán mas virtuosas en aquellas riberas que las americanas ge-

neraciones que han esterminado? ¿No se veran esclavos cultivando la tierra bajo el látigo de sus amos, en aquellos desiertos en que ostentaba el hombre su independencia? ¿No reemplazarán los calabozos y las horcas á la cabaña abierta y á la elevada encina donde solo se ven los nidos de las aves? La riqueza del suelo ¿no dará ocasion á nuevas guerras? Dejará de ser el Kentucky la *tierra de la sangre*, y los edificios de los hombres embellecerán mejor que los monumentos de la naturaleza las orillas del Ohio?

Cuéntanse cerca de ochenta millas desde el Kentucky hasta las cascadas ó saltos del Ohio. Estas cascadas estan formadas por una roca que se estiende por bajo del agua en el lecho del rio, pero su pendiente no es dificil ni peligrosa, pues el declive medio no es mas que de cuatro ó cinco pies en el espacio de un tercio de legua. El rio se divide en dos canales por unas islas agrupadas en medio de las cascadas. Abandonándose á la corriente no hay necesidad de alijar las canoas; pero no es posible remontarlas sin disminuir el cargamento.

En el punto de los saltos tiene el rio una milla de ancho. Deslizándose sobre el magnífico canal se detiene la vista á alguna distancia del salto para fijarse en un bosque de olmos adornados de guirnaldas, de lianas, y de parras.

Descúbrense al N. las colinas del Aracon de Plata; la primera de estas colinas se sumerge perpendicularmente en el Ohio, y su escarpe cortado á grandes facetas rojas, está decorado de plantas; otras colinas paralelas, coronadas de selvas, se levantan detras de la primera, y parece que huyen subiendo mas y mas hacia el cielo, hasta que ba-

ñada su cumbre por la luz, adquiere el color del cielo y se desvanecen.

Al M. estan las sábanas sembradas de arboledas, y cubiertas de búfalos, unos tendidos, otros errantes, otros paciendo, y otros colocados en grupo cabeza con cabeza. En medio de este cuadro las cascadas, segun están heridas por los rayos del sol, azotados por el viento ó sombreados por las nubes, se levantan en borbotones de oro, forman una nube de blanquísima espuma, ó dejan correr sus apacibles y cristalinas aguas.

Mas abajo de las cascadas se halla un islote donde los cuerpos se petrifican. Este islote se halla cubierto de agua en el tiempo de las inundaciones y dicen que la virtud petrificante confinada en este pequeño rincon de la tierra, no se estiende á la costa vecina.

Desde las cascadas hasta la embocadura de Wabash se cuentan trescientas diez y seis millas. Este rio, por medio de un trasporte de nueve millas, se comunica con el Miamis del lago que desemboca en el Erie. Las orillas del Wabash son muy elevadas, y se ha descubierto en ellas una mina de plata.

A noventa y cuatro millas mas abajo de la embocadura del Wabash empieza un bosque de cipreses. De este á los bancos Amarillos, bajando siempre el Ohio, hay cincuenta milllas, y se dejan á la izquierda las embocaduras de dos rios que se hallan á diez y ocho millas uno de otro.

Llámase el primero el Cheroqués ó el Teneso y sale de los montes que separan las Carolinas; y las Georgias, de lo que se llaman las tierras del OE.: al principio corre de Oriente á Occidente

al pie de los montes, y en esta primera parte de su curso es rápido y tumultuoso. Luego se vuelve súbitamente al N., y engruesado con muchos afluentes, derrama y retiene sus aguas como para descansar de una fuga precipitada de cuatrocientas leguas. En la desembocadura tiene seiscientas toesas de ancho, y un pasage llamado el Gran-Desvio, presenta una cascada de una legua de estension.

El segundo rio, el Shanawon, ó el Cumberland, es el compañero de Cheroqués ó Teneso. Pasa con él su infancia en los mismos montes y desciende con el á las llanuras. Hacia la mitad de su carrera precisado á apartarse del Teneso recorre unos parages desiertos; y los dos gemelos vuelven á reunirse al término de su vida, espirando á poca distancia en el Ohio que los reune.

El pais regado por estos rios se halla generalmente cruzado por colinas y valles que refrescan una multitud de arroyuelos; pero á las orillas del Cumberland hay algunas llanuras cubiertas de cañas y muchos bosques de cipreses. Los corzos y los búfalos abundan en aquel pais, habitado tambien por naciones salvages, particularmente por los Cheroqueses. Hallánse con frecuencia cementerios indianos, tristísima prueba de la antigua poblacion de algunos desiertos.

Queda ya dicho que desde el gran bosque de cipreses del Ohio hasta los bancos Amarillos hay un camino cuya longitud se considera en unas cincuenta y seis millas. Los bancos Amarillos se llaman asi por razon de su color: colocados en la ribera septentrional del Ohio, se pasa muy cerca de ellos, por que en aquel lado el agua es muy

profunda. El Ohio tiene en casi toda su estension costas dobles, la una para la estacion de las inundaciones, y la otra para los tiempos de sequia.

Desde los bancos Amarillos hasta la desembocadura del Ohio en el Misisipi por los 36 á los 51° lat., se cuentan en corta diferencia treinta y cinco millas. Para juzgar con exactitud de la confluencia de estos dos rios, ha de suponerse que se parte de una isleta que se halla á la orilla oriental del Misisipi, y se trata de entrar en el Ohio: en este caso se descubre á la izquierda el Misisipi que en este parage corre casi directamente de E. á OE. y presenta un gran espacio de agua adulterada y tumultuosa: mas claro que el cristal y mas sereno que el aire, baja mansamente de N. á S. el Ohio á la derecha; y describe una curva en las estaciones medias: uno y otro tienen como dos millas de ancho en el momento de su encuentro. Casi es igual el volúmen de su fluido: ambos rios, oponiendo una resistencia igual, amainan la rápidez de su curso, y por espacio de algunas leguas parece que duermen juntos en el lecho comun.

La punta en que mezclan sus aguas se eleva veinte pies sobre su nivel: este *cabo* pantanoso, compuesto de lodo y arena, se cubre de vides y cáñamos silvestres que se arrastran por el suelo, ó se enredan por los tallos de la yerba de bufalo: las encinas crecen tambien sobre esta lengua de tierra, que desaparece en las grandes inundaciones, y los rios desbordados reunidos, parecen entonces un vasto lago.

La reunion del Misouri y del Misisipi, presenta algo de mas estraordinario: el Misouri es un rio impetuoso de aguas blancas y cenagosas, que

se precipita con violencia en el tranquilo y puro Misisipi: en la primavera desgaja de sus riberas vastos trozos de tierra, y estas islas flotantes, bajando por la corriente del Misouri con sus árboles, cubiertos de hojas ó de flores, medio caidos unos y otros medio de pie, ofrecen un maravilloso espectáculo.

Desde la embocadura del Ohio hasta las minas de hierro sobre la costa del Misisipi, solo se cuentan quince millas; y de las minas de hierro á la embocadura del rio Chicasas, se marcan sesenta y siete. Es preciso andar ciento y cuatro millas para llegar á las colinas del Margete, regadas por el riachuelo que lleva este nombre: este parage es muy abundante en caza.

¿Por qué se hallaran tantas satisfacciones y atractivos en la isla salvage? ¿En qué pende que el hombre mas acostumbrado á ejercitar el pensamiento se embebe con alegria entre el tumulto de una cazeria? Comer por los bosques, perseguir las fieras, armar una choza, encender lumbre y disponer uno mismo su comida cerca de un manantial es ciertamente un gran placer. Mis europeos han conocido esta dicha, y la han preferido á todas: el indiano moriria de tedio si le encerraran en las ciudades. ¿Qué es lo que esto prueba? Que el hombre es mas bien un ser activo que un contemplativo ser; que su condicion natural tiene muy pocas necesidades y que la simplicidad del alma es una inagotable fuente de felicidad.

Desde el rio Margete hasta el de San Francisco median setenta millas. El rio de San Francisco recibió su nombre de los franceses: todavia les sirve de punto de caza.

Desde este rio hasta los Akansas ó Arkansas, hay ciento ocho millas. Los Akansas no son muy aficionados á los franceses; pero de todos los europeos, mis compatriotas son los mas apreciados de los indios; lo cual consiste en la puerilidad de los franceses, en su bizarría, en su aficion á la caza y aun á la vida salvage, como si la mas adelantada civilizacion se aproximase al estado de la naturaleza. Del rio de los Akansas al de los Yarous median ciento cincuenta millas. Este último rio tiene en su desembocadura cien toesas de ancho. En la estacion de las lluvias pueden subir los botes grandes á mas de ochenta millas, y solo se necesita un transporte por razon de una pequeña catarata. Los Yarous formaban un solo pueblo con los Natchez.

La distancia que separa á los Natchez de los Yarous, por medio del rio se divide de este modo. Desde las costas de los Yarous ó Bayouk-Noir hay treinta y nueve millas: desde el Bayouk-Noir, hasta el rio de las Piedras, treinta millas; y hasta los Natchez desde el rio de las Piedras, diez millas.

Desde las costas de los Yarous hasta el Bayouk-Noir se halla lleno de islas el Misisipi, haciendo grandes rodeos al mismo tiempo: su ancho en aquella parte es como de dos millas: su profundidad de ocho á diez brazas. Facil seria disminuir las distancias cortando algunas puntas. La distancia de Nueva-Orleans hasta la embocadura del Ohio que no pasa de cuatrocientas millas por linea recta, es de ochocientas cuarenta y seis caminando por el rio. Cuando menos podria acortarse esta diferencia de doscientas cincuenta millas.

Algunas canteras hay entre el Bayouk-Noir y

el rio de las Piedras: aquellas son las primeras que se encuentran desde la desembocadura del Misisipi hasta el pequeño rio á que ha dado su nombre.

El Misisipi está sujeto á dos inundaciones periódicas, la una en la primavera, y la otra en el otoño: la primera, que es la mas considerable, comienza en mayo y acaba en junio. Entonces la celeridad del rio es de cinco millas por hora, y la ascension de las contra-corrientes tienen la misma velocidad con corta diferencia. Admirable prevision de la naturaleza!... Sin estas contra corrientes casi seria imposible que los barcos pudiesen remontar el rio (1). En esta situacion se eleva el agua á gran altura, inunda sus riberas, y no vuelve al rio de que ha salido como las aguas del Nilo, sino que queda sobre la tierra ó se filtra á través del suelo en que deja un fertil sedimento.

Las lluvias de octubre causan la segunda crecida, pero no es tan considerable como la de la primavera. El Misisipi arrastra, durante estas inundaciones, enormes montones de madera, bramando furiosamente. La ordinaria celeridad del curso de este rio es de dos millas por hora.

Las tierras un poco elevadas que forman la costa del Misisipi desde Nueva Orleans hasta el Ohio, estan casi á la orilla izquierda; pero estas tierras se apartan ó aproximan mas ó menos al cáuce, dejando algunas veces entre ellas y el rio sábanas del ancho de muchas millas. No siempre

(1) Los buques de vapor han hecho desaparecer las dificultades que habia en retroceder contra las corrientes.

las colinas corren paralelas á las riberas, sino que ya siguen radios diferentes á grandes distancias, presentando en las perspectitvas, valles plantados de árboles de toda especie, ó ya se convergen sobre el rio, formando multitud de cabos que se reflejan en sus aguas. La derecha orilla del Misisipi es llana por lo general, pantanosa y uniforme: en medio de las altas cañas verdes ó doradas que la decoran, se ven triscar búfalos, ó brillar las aguas de una multitud de estanques llenos de acuáticas aves.

Los pezes mas notables del Misisipi, son el sollo y el esturion: tambien se pescan en él los mas enormes cangrejos.

El terreno inmediato al rio produce el ruibarbo, algodon, añil, azafran, árbol de la cera, el salsafras y el lino silvestre: allí se cria tambien un gusano que hila una seda bastante fuerte; y con la draga (1) se sacan en algunos riachuelos grandes ostras de perlas, aunque no de muy buen oriente. Conócese una mina de mercurio, otra de lapis-lázuli y algunas de hierro.

La continuacion del manuscrito contiene la descripcion del pais de los Natchez y la del curso del Misisipi hasta la Nueva-Orleans. Estas descripciones se hallan trasladadas completamente en la *Atala* y en los *Natchez*.

Inmediatamente despues de la descripcion de la Luisiana siguen en el manuscrito algunos estractos de los viajes de Bartram que yo habia traducido con bastante cuidado. A estos estractos van uni-

(1) Instrumento para pescar ostras.

das algunas rectificaciones, observaciones y adiciones mias, á manera de las notas que escribió Mr. Ramond á su traduccion del *Viaje de Coxe por Suiza*. Pero mi trabajo en conjunto está mucho mas enlazado, en términos, que es casi imposible separar, ni aun á veces distinguir, lo mio de lo de Bartram. Presento pues el pasage á que me refiero tal cual está bajo esta inscripcion:

NOTICIA DESCRIPTIVA

de algunos sitios en el interior de las Floridas.

Nuestro buque corria impelido por un viento fresco, y el rio desembocaba en un lago que se abria delante de nosotros formando un estanque de cerca de nueve leguas en circunferencia. En el centro del lago se elevaban tres islas y nosotros dirigimos el rumbo hácia la orilla de un llano de forma circular: pusimos nuestra canoa al abrigo de un grupo de castaños que crecian casi dentro del agua, y armamos nuestra choza sobre una escasa eminencia. La brisa soplaba del E. y refrescaba las selvas y los lagos. Nos desayunamos con galletas de maiz; y nos dispersamos

por la isla, unos á cazar, y los demas á pescar y herborizar.

Hallamos una especie de hibisco: esta yerba enorme que crece en los sitios bajos y húmedos, sube mas de diez ó doce pies, y termina en un cono muy agudo: sus hojas lisas, ligeramente listadas, forman un bello contraste con las hermosas flores carmesies que desde lejos se distinguen. El agave vivípero se eleva todavia mas alto en los ancones salados, y presenta una selva de yerbas de treinta pies de elevacion. La semilla ya madura de esta yerba, germina algunas veces sobre la misma planta; por manera que el tierno planton cae á tierra formado ya. Como el agave vivípero crece muchas veces á orillas de las aguas corrientes, sus semillas desnudas, arrastradas por las aguas, quedarian espuestas á perderse; pero la naturaleza se encarga de desarrollarlas, á fin de precaver esta contrariedad, sobre la planta madre, á fin de que al dejar su seno puedan fijarse por sus raicillas.

La juncia de América era comun en esta isla. Su tallo se parece al de un junco nudoso, y sus hojas á las del puerro. Los salvages la llaman apoya-matsi, y las jóvenes indianas de mala vida, machacan esta planta entre dos piedras, y con ella se frotan el pecho y los brazos.

Nosotros atravesamos una pradera sembrada de jacobea de flores amarillas, alceas con penachos de color de rosa, y obelias de garzotas purpúreas: un ligero vientecillo que corria sobre las cimas de estas plantas, ora rizaba sus olas de oro, de rosa y púrpura, ora abria largos surcos en la verdura.

La potigala, abundante en los terrenos pantanosos, se parecia por el color y la forma á una especie de vástagos roj s de mimbre; y al paso que se arrastraban por el suelo algunas ramas, se levantaban otras por el aire: esta planta tiene un sabor amargo y aromático. El convólvulo de las carolinas crecia cerca de ella: su hoja es semejante á la punta de una flecha. Estas dos plantas se hallan por do quiera que se encuentran las serpientes de cascabel: la primera cura su mordedura, y la segunda es tan eficaz, que los salvajes despues de haberse frotado las manos con ella, manejan impunemente aquellos formidables reptiles. Los indios cuentan que compadecido el Crande-Espíritu de los gûerreros de la Carne-Roja de *piernas desnudas* sembró él mismo aquellas yerbas salutíferas á pesar de la reclamacion hecha por las almas de las serpientes.

Sobre las raices de los grandes árboles pudimos reconocer la serpentaria, asi como tambien el árbol para el dolor de muelas, cuyo tronco y ramas espinosas están cargadas de protuberancias del tamaño de huevos de pichon: la cañaheja cuyas cerezas rojas crecen entre el musgo y curan el flujo epático: la frángula, cuya notable propiedad de ahuyentar las culebras la hace notable, brotaba con fuerza entre las estancadas aguas cubiertas de lamas.

Nuestras miradas fueron conmovidas por un espectáculo inesperado: descubrimos unas ruinas indianas situadas sobre un montecillo á la orilla del lago: á la izquierda percibiase un cono de tierra de cuarenta y cinco pies de alto, del cual partia un camino antiguo, trazado al través de un

hermoso bosquecillo de magnolias y de encinas que terminaba en una sábana. Algunos fragmentos de vasos y utensilios diversos se veian dispersos á derecha é izquierda, aglomerados entre fosiles, mariscos, y petrificaciones de plantas y huesos de animales.

El contraste formado por aquellas ruinas con la juventud de la naturaleza, aquellos monumentos de los hombres en un desierto en que nosotros creiamos haber penetrado los primeros, causaban una estraordinaria sorpresa en el corazon y en el espíritu. ¿Qué pueblo habia habitado aquella isla? Su nombre, su raza, el tiempo en que existió, todo nos es desconocido: acaso vivia cuando el mundo que le ocultaba en su seno era aun desconocido de las partes restantes del globo. El silencio de este pueblo es acaso contemporáneo del ruido causado en el mundo por las grandes naciones europeas que á su turno han caido tambien en el silencio, y que solo han dejado escombros.

Nosotros examinamos las ruinas: en las fragosidades arenosas del túmulo salia una especie de adormidera de color de rosa que se inclinaba al estremo de un tallo de color verde pálido. Los indios sacan de las raices de esta adormidera una soporífera bebida: el tallo y la flor exhalan un olor agradable que queda en la mano que los toca. Esta planta era sin duda la mas á propósito para adornar la tumba de un salvage: sus raices hacen conciliar el sueño; y el aroma de su flor que sobrevive á esta, es una dulce imágen del recuerdo que deja en la soledad una vida inocente.

Prosiguiendo nuestra incursion, y observando los musgos, las gramíneas colgantes, los variados

arbustos y todo ese cortejo de plantas de aspecto sombrío, que se complace en decorar las ruinas, observamos una especie de *Ænothero* piramidal de siete ú ocho pies de alto, de hojas oblongas dentadas de verde oscuro y flor amarilla. Esta flor comienza á entreabrirse por la tarde, acaba de abrirse durante la noche, y la aurora la encuentra en todo su esplendor: marchítase á mitad de la mañana, y cae al Mediodia: solo vive, pues, algunas horas; pero ¿qué le importa la brevedad de su vida si la ha pasado bajo un cielo sereno?

A poca distancia se estendia una zona de mimosas ó sensitivas: en las canciones de los salvages el alma de una jóven se compara con frecuencia á esta planta. (1)

De vuelta á nuestro campamento atravesamos un riachuelo, cuyas márgenes estaban vestidas de dioneas; una multitud de efiustras susurraban en rededor y tambien habia en aquellos cuadros tres especies de mariposas: una blanca como el alabastro, otra negra como el azabache, con las alas cruzadas de líneas amarillas, y la tercera de cola en forma de horquilla y cuatro alas listadas de azul, y sembradas de motitas purpurinas. Atraidos estos insectos por las dioneas, se posan sobre ellas; pero en el momento en que tocan sus hojas, se cierran estas y envuelven su presa.

Cuando regresamos á nuestra choza, para

(1) Todos estos pasages son mios; pero en obsequio de la verdad histórica, debo decir, que si ahora viese aquellas ruinas indianas de Alabana, rebajaria mucho su antigüedad.

consolarnos del poco éxito de la caza, nos fuimos á pescar. Embarcados en la canoa, provistos de redes y sondalesas, costeamos la parte oriental de la isla, navegando junto las algas, y á lo largo de los sombreados cabos hallamos unas truchas tan voraces, que las cogiamos con anzuelos sin cebo, y tambien se encontraba en abundancia el pez llamado *pez de oro*. No puede verse cosa mas hermosa que este pequeño rey de las aguas: su largo es casi de cinco pulgadas, su cabeza es de color azul de ultramar, los lomos y el vientre brillan como el fuego: una raya oscura longitudinal atraviesa sus costados, y el iris de sus rasgados ojos brilla como oro bruñido. Este pez es carnívoro.

A corta distancia de las riberas á la sombra proyectada por un cipres, advertimos unas pequeñas pirámides cenagosas que se levantaban bajo el agua, y subian hasta la superficie. Una legion de peces de oro hacian en silencio los valuartes de aquellas ciudades. Hervia el agua de pronto, y los peces de oro echaban á huir; esto consistia en que unos cangrejos armados con sus naturales tenazas salian de la insultada plaza y arrollaban á sus brillantes enemigos. Pero volvian las dispersas falanges á la carga, con prontitud: los sitiados retrocedian á su turno, volviendo la denodada, pero lenta guarnicion á reponerse en su fortaleza.

El cocodrilo flotante sobre las olas como el tronco de un árbol, la trucha, el sollo, la brema, el pez tambor, y el pez de oro, todos enemigos mortales unos de otros, nadaban confundidos en el lago, y parecia que hubiesen hecho una tregua

para gozar en comun de aquella tarde hermosa. Todos sus colores se reflejaban en el azulado fluido que los cercaba; y el agua era tan pura, que parecia que pudieran tocarse con la mano los actores de aquella escena, que jugueteaban en su gruta de cristal á veinte pies de profundidad.

Para volver de nuevo á la ensenada, en donde teniamos nuestro establecimiento, nos fue preciso dejarnos llevar al amor del agua y de las brisas. Acercábase el sol á su ocaso, y el primer término de la isla se veia cubierto de encinas, cuyas horizontales ramas formaban el parasol, y de azaleas que brillaban como si fueran redes de coral.

Detrás de este primer plano se elevaban los mas hermosos de todos los árboles, las papayas: un tronco negro, pardusco y como labrado a torno, tiene de veinte á veinticinco pies de elevacion, y sostiene una copa de largas hojas que se encorvan como la graciosa S de un vaso antiguo. Los frutos en forma de pera están colocados al rededor del tallo, y parecen unos vasos de cristal, asi como el árbol entero se asemeja á una columna de plata cincelada, coronada por una urna corintia.

Por último, en el tercer plano se elevaban gradualmente en el aire las magnolias y las liquidambares.

El sol desapareció detras de la cortina de árboles de la llanura: á medida que bajaba, los movimientos de luz y de la sombra comunicaban al cuadro un aspecto mágico: allá penetraba un rayo á través de la espesa arboleda, brillando como un carbunclo engastado entre el sombrio follage: aqui divergia la luz entre los troncos y las ramas,

y proyectaba sobre los céspedes crecientes columnas, y movibles enrejados: al mismo tiempo se veian en los cielos nubes de todos colores, fijas unas como grandes promontorios, y antiguas torres colocadas á la orilla de un torrente, y otras flotando como una humareda de color de rosa, ó como copos de blanca seda. Bastaba un momento para cambiar la aérea escena; y entonces se veian como unas bocas de horno que vomitaban llamas, montones de ascuas, torrentes de lava y encendidos paisages. Repetíanse las mismas tintas sin confundirse; destacábase el fuego en el fuego, el amarillo en el amarillo, y en el morado el morado: brillaba todo: todo estaba envuelto, penetrado, saturado de luz.

Empero la naturaleza se burla del humano pincel: cuando se cree que ha llegado á su mayor belleza, se sonrie y se embellece todavia mas.

A nuestra derecha aparecian las ruinas indianas: á la izquierda el campo de los cazadores: la isla desplegaba sus paisages ante nuestra vista, grabados ó modelados en las aguas. La luna hácia el Oriente, tocando el horizonte, parecia reposar inmóvil sobre lejanas costas: al Occidente la bóveda del cielo parecia como fundida en un mar de diamantes y de záfiros, donde el sol medio sumergido, parecia sumergirse.

Los animales, irracionales contemplaban lo mismo que nosotros aquel espectáculo magnífico: el cocodrilo vuelto hacia el astro del dia, arrojaba de su enorme boca el agua del lago, formando graciosos castillos de colores: posado el pelicano sobre una antigua rama, tributaba á su modo alabanzas al autor supremo de la naturaleza, al paso

que volaba la cigüeña por lo alto de las nubes para bendecirle.

Oh... Señor... tambien te bendeciremos á ti, artífice supremo... á ti que prodigas tantas maravillas!.. La voz de un hombre se elevará como la voz del desierto!.. tú distinguirás los acentos del débil hijo de la mujer débil, en medio del estruendo que forma el giro de las esferas impulsadas por tu mano, y á través de los bramidos del abismo cuyas puertas has sellado tú, gran Dios!..

Cuando volvimos á la isla disfrutamos de una opípara comida: truchas frescas sazonadas con tallos de caña-heja, eran un manjar digno de la mesa de un rey; y ciertamente yo era mas que rey. Si me hubiese colocado la suerte sobre un trono, y una revolucion me hubiese precipitado de él, en lugar de arrastrar mi miseria como Cárlos y Jacobo, hubiera dicho á los apasionados al poder: «Os agrada mi empleo? Pues ocupadle; probad mi oficio, y mientras que os persuadis de que no es tan apetecible como pensais, y mientras que yo gozo entre las selvas de la América de la libertad que me habeis restituido, degollaos, degollaos por mi raido y gastado manto de púrpura!!..»

Habia un vecino en el lugar de nuestra cena: un agujero semejante á la guarida de un tejon era la habitacion de una tortuga: salió de su gruta la solitaria, y comenzó á caminar gravemente hácia la orilla del agua. Estas tortugas difieren poco de las tortugas del mar: solo tienen un poco mayor el cuello. No quisimos matar á la pacífica reina de aquella isla.

Despues que acabamos de cenar me senté separado de todos, en la ribera: allí no se oia mas ruido

que el formado por el flujo y reflujo del lago que se prolongaba á lo largo de las playas: brillaban las luciérnagas entre la sombra, y se eclipsaban cuando pasaban por los sitios que bañaban los rayos de la luna. Yo habia caido en aquella especie de enagenamiento conocido de todos los viajeros: ningun recuerdo distinto conservaba de mi mismo: sentiame vivir como parte del gran todo, y vejetar con los árboles y las flores. Esta es tal vez la mas dulce disposicion para el hombre, porque aun en los momentos en que es dichoso, hay en sus placeres cierto fondo de amargura: un no se que que pudiera llamarse la tristeza de la felicidad. Las ilusiones del viajero son una especie de plenitud de corazon y vacio de cabeza, que le deja gozar del reposo de su existencia; porque quien turba la felicidad que Dios nos da, es el pensamiento: el alma es pacífica, el espíritu es inquieto.

Refieren los salvages de la Florida que en medio del lago hay una isla donde habitan las mujeres mas hermosas del mundo. Los muscogulgos han intentado muchas veces la conquista de esta mágica isla; pero aquellos retiros eliseos han huido delante de sus canoas, y se han desvanecido finalmente: natural imágen del tiempo que perdemos divagando en pos de nuestras ilusiones. En aquel pais habia tambien una fuente de Juvencio ¿y quién querria rejuvenecer?

Al dia siguiente antes de salir el sol habiamos dejado ya la isla, atravesado el lago, y entrado de nuevo en el rio por donde habiamos bajado. Este se halla atestado de caimanes. Semejantes animales solo son peligrosos cuando estan dentro del agua; sobre todo en el momento de un desembarque:

en tierra puede un niño fácilmente dejarlos atras, caminando á un paso regular. Para evitar sus emboscadas se prende fuego á las yerbas y á las cañas: entonces forma una vista curiosa ver unos grandes espacios coronados por una cabellera de llamas.

Cuando el cocodrilo de aquellas regiones acaba de crecer tiene desde la cabeza hasta la cola de veinte á veinte y cuatro pies: su cuerpo es tan grueso como el de un caballo. La forma de este reptil seria exactamente como la del lagarto comun si su cola no estuviese comprimida en ambos costados como la un pez. A escepcion de la cabeza, y las puntas de las patas está todo su cuerpo cubierto de escamas que hacen retroceder á las balas. La cabeza es de cerca de tres piés de largo: sus narices son anchas; solo puede mover la mandíbula superior que se abre en ángulo recto sobre la inferior Debajo de la primera estan colocados dos gruesos dientes semejantes á los colmillos de un jabali, lo cual comunica al monstruo un aspecto terrible.

La hembra del caiman pone en tierra unos huevos blanquecinos, los cuales cubre con yerba y fango. Estos huevos que ascienden al número de ciento algunas veces, forman con el fango de que estan cubiertos unas pequeñas pilas de cuatro pies de alto y cinco de diámetro en su base; y el sol y la fermentacion de la arcilla los empollan. Una hembra no puede distinguir sus propios huevos de los de otra, y toma bajo su cuidado todas las polladas del sol. ¿No es cosa singular hallar entre los caimanes los hijos comunes de la república de Platon?

Nos ahogaba el calor: navegábamos en medio de los pantanos; y nuestras canoas hacian agua

porque el sol derretia todo el bordage. Con mucha frecuencia sobrevenian del norte abrasados ventarrones: nuestros guias anunciaban una tempestad, porque el raton subia y bajaba sin cesar por las ramas de las encinas: los mosquitos nos atormentaban, y en los lugares bajos se descubrian muchos fuegos errantes.

Hemos pasado una noche muy incómoda, careciendo de choza, y en una península formada por unos marjales. La luna y todos los objetos estaban como sumergidos en una niebla roja. Esta mañana ha faltado la brisa, y nos hemos reembarcado para llegar á un pueblo indio que se hallaba á algunas millas de distancia; pero nos ha sido imposible bogar largo tiempo agua arriba, y nos hemos visto precisados á desembarcar en la punta de un cabo cubierto de árboles, desde donde dominamos un espacio inmenso. Grupos de nubes suben de cuando en cuando sobre el horizonte del NOE. y se esparcen poco á poco por el cielo: nosotros disponemos una guarida formada con ramas, segun podamos mejor.

Se cubre el sol: óyense los primeros retumbos del trueno: responden los cocodrilos con un sordo rugido; asi como un trueno halla eco en otro trueno que le sustituye. Estiéndese hácia el NE. y SE. una inmensa columna de nubes; el resto del cielo aparece de color sucio de cobre, medio amenazador y trasparente. El desierto iluminado por una luz vacilante, la tempestad pendiente sobre nuestras cabezas, y pronta ya á estallar, presentan un cuadro sublime.

La tempestad!.... la tempestad!.... Figuraos una lluvia de fuego sin viento y sin agua: el aire está impregnado de olor de azufre: la luz que domina la naturaleza es semejante al resplandor causado por un incendio.

Abrense las cataratas del abismo: las gotas de agua caen unidas formando torrentes: un velo de agua liga la tierra con el espacio.

Los indios dicen que el retumbo de los truenos es causado por unos inmensos pájaros que pelean en los aires, y por los esfuerzos que hace un viejo para bomitar una culebra de fuego. Como prueba de su aserto, muestran algunos árboles en que el fuego ha trazado la imágen de la serpiente. Muchas veces los rayos prenden fuego á las selvas, las cuales continuan ardiendo hasta que apagado el incendio por algun rio, se convierten las selvas abrasadas en lagos y pantanos.

La voz del chorlito que oimos en las nubes en medio de la tempestad, nos anuncia el término del huracan. Rasga el viento las nubes: sus fragmentos se cruzan por la atmósfera, seguidos de los truenos y de los relámpagos. El aire es frio y sonoro: del diluvio, ya no quedan mas que algunas gotas de agua que como si fueran perlas, caen de las hojas de los árboles. Nuestras redes y provisiones de viaje flotan en las canoas, llenas de agua hasta las escotaduras de los remos.

Es encantador el pais habitado por los creeks, confederacion de los muscogulgos, de los siminoles y de los cheroqueses. De trecho en trecho está

taladrado el terreno por estanques mas ó menos anchos y profundos, que se llaman *pozos* y se comunican por conductos subterráneos con los lagos, rios y pantanos. Todos estos pozos están colocados en el centro de una montañuela plantada de los árboles mas hermosos, y cuyos huecos costados son semejantes á las paredes de un vaso lleno de agua pura. Nadan brillantes peces en medio de esta agua.

En la estacion de las lluvias se convierten las cabañas en una especie de lagos, sobre los cuales se elevan una especie de islas formadas por los montecillos de que acabamos de hablar.

El pueblo siminol de Cuscuilla está situado sobre una cadena de colinas areow á cuatrocientas toesas de un lago: los abetos, apartados unos de otros, aunque tocándose por la cima, separan del lago la poblacion; y por entre sus troncos, como entre columnas, se descubren algunas cabañas, el lago y sus riberas, que por un lado confinan por las selvas, y por el otro con los prados: asi dicen que se descubren al traves de las columnas aisladas del templo de Júpiter Ohnípico, el mar la llanura, y las minas de Atenas (1).

Seria dificil imaginar unos sitios tan hermosos como las cercanias de Apalachucla, y la ciudad de la Paz. Partiendo del rio Chata-Vche, se eleva el terreno retirándose hácia el ocaso, no por una subida uniforme, sino por una especie de bancales puestos unos sobre otros.

A medida que vamos subiendo, cambian los árboles segun su elevacion de el suelo: crecen á

(1) Las he visitado despues.

la orilla del rio los laureles y las magnolias: mas arriba los salsafras y los plátanos: siguen los olmos y los nogales: y por fin, el último bancal está plantado de una selva de encinas, entre las cuales se nota la especie que se cubre de musgo largo y blanco. Esta roca está coronada de desnudas y quebradas rocas.

De estas bajan serpenteando algunos arroyuelos que discurren entre las flores y la verdura, ó se precipitan formando hermosas cascadas. Cuando colocado uno á la parte opuesta del rio Chata-Vche, se descubren aquellas vastas graderias coronadas por la arquitectura de los montes, parece que vé el templo de la naturaleza y el magnífico perístilo que conduce á dicho monumento.

Al pié de este anfiteatro hay una llanura en que pacen manadas de toros europeos, y escuadrones de caballos de raza española, hordas de gamos y ciervos; batallones de grullas y de pavos, que jaspean de blanco y negro el fondo verde de la sábana. Esta asociacion de animales, domésticos y salvages, y las chozas siminoles donde se notan los progresos de la civilizacion á traves de la ignorancia indiana, acaban de dar á este cuadro un carácter que no se encuentra en ninguna otra parte.

Propiamente hablando concluye aqui el *Itinerario* ó memorias de los lugares recorridos; pero en las diversas partes del manuscrito quedan multitud de pormenores sobre los usos y costumbres de los indios. Estos detalles los he reunido en capítulos comunes despues de haberlos revisado cuidadosamente, llevando mi narracion hasta la época actual. Los 36 años transcurridos despues

de mi viaje han derramado mucha luz, y cambiado muchas cosas en el Antiguo y Nuevo Mundo, para que dejasen de ser modificadas las ideas, y rectificados los juicios del escritor. Antes de tratar de las costumbres de los salvages, espondré al lector algunos rasgos de la *historia natural* de la América del Norte.

HISTORIA NATURAL.

CASTOR.

Es imposible dejar de admirar y glorificar con entusiasmo al autor de la naturaleza, cuando se ven las obras de los castores: aquel alto ser instruye á una mísera bestezuela en el arte de los arquitectos de Babilonia; y con mucha frecuencia envia á su escuela al hombre tan pagado de su propio ingenio.

Tan pronto como encuentran un valle estas admirables criaturas, en el cual surge un rio, atajan su curso por medio de una calzada: por este medio sube el agua, y muy pronto llena el intérvalo que se encuentra entre las dos colinas. En este estanque edifican los castores su ciudad. Espliquemos la construccion de la calzada.

Por los opuestos lados de las colinas que forman el valle, empieza un órden de empalizadas entrelazadas de ramos y revestidas de mostero. Este primer órden se fortifica con otro colocado á quince pies de distancia detras del primero; y el espacio que queda entre ambas empalizadas se llena de tierra.

El arrecife continúa aproximándose asi al centro desde los dos costados del valle, hasta quedar solo en medio una abertura de unos veinte pies; mas como en este centro obra con toda su energia la accion de la corriente, nuestros ingenieros emplean allí otros materiales, refuerzan el centro de sus obras hidráulicas con troncos amontonados unos sobre otros, y enlazados por medio de un cimiento semejante al de las empalizadas. Algunas veces el dique tiene en su totalidad 100 pies de largo, 15 de alto y 12 de ancho en su base, disminuyendo su espesor en proporcion matemática á medida que se va levantando; de modo que en el plano horizontal que la termina, solo tiene tres pies de superficie.

El lado de la calzada, opuesto á la corriente baja gradualmente en declive; al paso que al lado esterior guarda un perfecto aplomo.

Todo está prevenido: el castor sabe por la elevacion de la calzada los pisos que deberá tener su futura habitacion: sabe tambien que en llegando á cierto número de pies ya no debe temerse inundacion alguna, porque entonces el agua pasará sobre el dique; y por consecuencia una pieza mas alta que este dique, le proporciona una guarida para las grandes avenidas. Algunas veces fabrica en la calzada una esclusa de seguridad que abre y cierra cuando le acomoda.

El método con que los castores derriban los árboles es curiosísimo: siempre eligen los que estan á la orilla del rio. Un número de trabajadores proporcionado á la obra que ha de hacerse, comienza inmediatamente á roer las raices y no lo hacen por la parte del árbol que corresponde á la tierra, sino por la que da al costado del agua, á fin de que caiga sobre la corriente. Un castor colocado á cierta distancia avisa con el silbido á los leñadores cuando ve que va inclinándose el árbol atacado, á fin de que se guarden de la caida. Despues que el tronco se halla por tierra es remolcado por los obreros hasta sus ciudades, asi como los egipcios para hermosear sus metrópolis hacian bajar por el Nilo los obeliscos cortados en las canteras de Elefantina.

Los palacios de la Venecia de la soledad, construidos en el lago artificial, tienen dos, tres, cuatro ó cinco pisos, segun la profundidad del lago. El edificio fundado sobre estacas sale fuera del agua los dos tercios de su elevacion: las estacas que son seis sostienen el primer piso hecho de vástagos de abedul entretegidos. Sobre este suelo se eleva el vestíbulo del monumento, cuyas paredes se encorvan y redondean en forma de bóveda, revestidas de una greda pulimentada que parece estuco. En el piso del pórtico se abre un escotillon, por el cual bajan los castores al baño, y van á buscar las ramas de álamo blanco de que se alimentan: estas ramas están amontonadas bajo el agua en un almacen comun entre las estacas de las diversas habitaciones. Sobre el piso primero del palacio, se elevan otros tres contenidos del mismo modo; pero divididos en tantos departamentos como castores deben habi-

tarlos. El número de estos es por lo general de diez ó doce, divididos en tres familias, las cuales se reunen en el vestíbulo que queda descrito donde comen en comunidad. Notable es la limpieza que reina por todas partes: ademas de la salida al baño hay otras diversas segun las diferentes necesidades de los habitantes: todas las piezas están entapizadas de abeto, y en ellas no se consiente la menor inmundicia. Cuando los propietarios se van á sus casas de campo, edificadas á la orilla del lago, y construidas como la de la ciudad, nadie ocupa su puesto: su departamento permanece vacio hasta su vuelta. Cuando se derriten las nieves los ciudadanos se retiran á los bosques.

Asi como hay una esclusa para la mayor creciente de las aguas, hay tambien un camino secreto para la evacuacion de la ciudad; tal aconteciа en los castillos góticos, bajo cuyas torres habia un subterráneo que se comunicaba con el campo.

Ellos tienen tambien su enfermeria: y todas estas obras y cálculos se realizan por un animal débil é informe.

Los castores celebran en el mes de julio un consejo general, en él examinan si convendrá reparar la antigua ciudad y calzada, ó si será mas útil construir otra nueva con su nuevo dique. Si en aquel parage faltan los víveres, si las aguas y los cazadores han hecho demasiado daño en los edificios, se resuelve formar otro establecimiento; pero si por el contrario juzgan que puede subsistir el primero, se reparan las antiguas habitaciones, y se trata de hacer acopio de provisiones de invierno.

El gobierno de los castores es regular: entre sí eligen sus ediles para cuidar de la policia de la república. Mientras dura el trabajo comun colocan en puntos convenientes, centinelas encargados de precaver toda sorpresa. Si algun ciudadano rehusa sobrellevar el cargo que le corresponde y la república le confia, es desterrado, y se ve reducido á vivir solo, vergonzosamente en algun agujero; los indios dicen que en muestra de la infamia que sobrelleva aquel perezoso desterrado, está flaco, estenuado, y tiene pelada la espalda.

Pero de que sirve tanta inteligencia á estos sabios animales? El hombre permite vivir á las fieras, y estermina á los castores; del mismo modo que tolera á los tiranos y persigue al genio y á la inocencia!

Desgraciadamente los castores no desconocen la guerra. Entre ellos se levantan algunas veces civiles discordias, ademas de las lidias que sostienen con las ratas de almizcle. Los indios cuentan que si un castor es sorprendido merodeando en una tribu estraña, es conducido ante el gefe, y se le impone un castigo correccional. Si reincide se le corta aquella cola tan útil que es á la vez su carro y su planeta. Asi mutilado se vuelve al lugar de sus hermanos, quienes se reunen para vengar aquella injuria. Algunas veces se orilla la diferencia por medio de un duelo entre los dos gefes de ambas tribus, ó por un combate singular de tres contra tres, ó treinta contra treinta, como el combate de los Curiacios y los Horacios ó de los treinta bretones contra los treinta ingleses. Las batallas generales suelen ser muy sangrien-

tas: los salvages que acuden para despojar á los muertos, han encontrado quince, y muchas veces aun mas, tendidos en el campo del honor. Los vencedores se apoderan del pueblo de los vencidos, y segun las circunstancias establecen en él una colonia, ó ponen una guarnicion.

La hembra del castor pare dos, tres, y hasta cuatro hijuelos, y los alimenta é instruye por espacio de un año. Cuando la poblacion es sobrado numerosa, los castores jóvenes se marchan á formar en otra parte un nuevo establecimiento, así como un enjambre de abejas que se escapa de las colmenas. El castor vive castamente con una sola hembra: es celoso: algunas veces mata á su compañera por causa ó sospecha de infidelidad.

La longitud general del castor es de dos y medio á tres pies: su ancho de uno á otro costado de unas catorce pulgadas: pesará sobre cuarenta y cinco libras. Su cabeza se asemeja á la del raton: sus ojos son pequeños, cortas sus orejas, peladas por dentro y vellosas por el esterior: los brazuelos ó pies delanteros solo tienen unas tres pulgadas de largo: hállanse armados de uñas agudas y corvas: las patas posteriores, son palmeadas como las del cisne, y le sirven para nadar: la cola es aplastada, de una pulgada de grueso, cubierta de escamas exágonas, dispuestas á manera de tejas como la de los pescados: de esta cola usa como de paleta y carreton. Sus quijadas, estremadamente fuertes, se cruzan como las hojas de unas tijeras: cada una de ellas, está armada con diez dientes; incisivos, dos de ellos, de dos pulgadas de largo: este es el instrumento de que se vale para

cortar los árboles, cuadrar los troncos, arrancar la corteza, y machacar las maderas tiernas de que se alimentan.

Es negro el castor: los blancos ó pardos son muy raros: tienen dos especies de pelo; el primero es largo, raro y lustroso: el segundo, especie de vello que nace bajo el primero es el único que se emplea en el fieltro. El castor vive veinte años: la hembra es mayor que el macho, su pelo del bajo vientre se acerca mucho al gris. Es falso que el castor se mutile cuando cae vivo entre las manos de los cazadores, con el objeto de libertar de la esclavitud á su posteridad.

La carne de los castores no vale nada, cualquiera que sea el guiso con que se prepare. Sin embargo, los salvages la conservan curada al humo, y la comen cuando no tienen otra cosa.

La piel del castor es muy fria, pero poco abrigada: de ahi es que la caza del castor tenia en otro tiempo muy poca celebridad entre los indios, al paso que era muy honrosa la del oso, en la cual se encontraba utilidad y peligro. Contentábanse, pues, con matar algunos castores para adornarse con sus pieles; pero no inmolaban á tribus enteras. El precio que los europeos han dado á estos despojos, ha sido la causa única que ha producido en el Canadá el esterminio de los cuadrúpedos que por su instinto ocupan el primer lugar entre los animales. Para encontrar castores en el dia se necesita ir muy lejos, hacia la bahia de Hudson: alli ya no muestran la misma industria, en razon á que el clima es mas frio: disminuidos en número, han perdido tambien la inteligencia: ya no despliegan las facultades que nacen de la

asociacion (1). Estas repúblicas contaban en otro tiempo 100 y 150 ciudadanos; y aun se hallaban algunas mas populosas.

Cerca de Quebec se veia un estanque formado por los castores, que bastaba para mover un molino con su corriente. Los depósitos de estos anfibios solian ser muy útiles, suministrando agua á las piraguas que subian por los rios durante el verano; de modo que los castores hacian para los salvages en la nueva Francia, lo que un genio industrioso, un gran rey y un gran ministro, han hecho en la antigua para unos hombres civilizados.

OSO.

Tres son las especies de oso que hay en América: el pardo ó amarillo, el negro y blanco. El pardo es pequeño y frugivoro, y trepa á los árboles.

El negro es mayor y se alimenta de carne, de peces y de frutas. Tiene particular destreza para pescar: sentado á la orilla de un rio, con la pata derecha coge en el agua el pez que ve pasar, y le

(1) Se han encontrado castores entre el Missouri y el Misisipi; y sobre todo eran muy numerosos mas allá de los Montes-Roqueños, en los brazos de Colombia; pero habiendo penetrado los europeos en aquellas regiones, no tardaron en esterminarlos. En el año último (1826) se vendieron en S. Luis, sobre el Misisipi; 100 paquetes de pieles de castor: cada paquete pesaba cien libras; y cada libra de esta preciosa mercaderia se vendia á 25 francos.

echa fuera. Si despues de haber satisfecho el hambre le sobra algo de su comida, la esconde. Duerme una parte del invierno en las cuevas ó en los huecos de los árboles, donde se retira. Cuando en los primeros dias de marzo sale de su entorpecimiento, su primer cuidado es purgarse con algunos simples:

Régimen guarda, y á sus horas come.

El oso blanco, ó marino, frecuenta las costas de la América septentrional, desde las aguas de Terra-Nova hasta el centro de la bahia de Baffin: él es guarda feroz de aquellos desiertos helados.

CIERVO.

El del Canadá es una especie de reno que se puede domesticar: la hembra carece de cuernos: es muy bonita, y si tuviese las orejas mas cortas, se asemejaria á una hermosa yegua inglesa.

ALCE.

El alce ó danta del Canadá tiene el hocico del camello, las cuernas llanas del paleto, y las piernas del ciervo. Su pelo está mezclado de gris, blanco, rojo y negro: su carrera es muy rápida.

Los alces segun el testimonio de los salvages, tienen un rey llamado el *gran alce*: sus vasallos

le tributan toda clase de respetos. Este gran aloe tiene las piernas muy largas: ocho pies de nieve no le causan el menor embarazo en su camino. La piel es invulnerable: en la espalda le nace un brazo del que se sirve del mismo modo que los hombres de los suyos.

Los charlatanes pretenden que el alce tiene un huesecillo en el corazon, el cual reducido á polvo calma los dolores de los partos: dicen tambien que el casco del pie izquierdo de este cuadrúpedo aplicado al corazon de los epilépticos, los cura radicalmente. Añaden que el mismo alce está sujeto á la epilepsia, y que cuando se siente próximo á sufrir el ataque, con el casco del pie izquierdo se saca sangre de la oreja del mismo lado, y se siente aliviado.

BISONTE.

El bisonte tiene los cuernos negros y cortos, larga barba de crin, y un copete igual pende á guisa de melenas entre los dos cuernos, cayéndole hasta los ojos. El pecho ancho, las ancas delgadas, la cola corta y rolliza, y las piernas gruesas y encorvadas hacia fuera: sobre sus espaldas se levanta una giba de pelo rojizo y largo, semejante á la primera joroba del dromedario. El resto del cuerpo está cubierto de una lana negra, que hilan los indios para hacer sacos y mantas de cama. El aspecto de este animal es muy fiero; y sin embargo es muy manso.

Conócense varias clases de bisontes: los mayores son los que se hallan entre el Misouri y el Misi-

sipi, cuyo tamaño se aproxima al de un elefante mediano. Este animal se asemeja al leon por la melena, al camello por la joroba; al hipopótamo ó al rinoceronte por la cola y la piel del cuarto trasero y al toro por los cuernos y las piernas.

En esta especie, el número de las hembras, es mucho mayor que el de los machos: estos las obsequian galopando en su rededor, mientras que inmóviles aquellas en el centro del círculo, despiden un blando mugido. Los salvages imitan en sus juegos propiciatorios este paso llamado *danza del bisonte.*

Este animal tiene sus épocas regulares de emigracion: se ignora con certeza á donde va; pero al parecer, en verano sube mucho hácia el N.: pocos suelen encontrarse á las orillas del lago Esclavo, y hasta en las islas del mar Polar. Acaso llegará tambien á los valles de los montes Roqueños por el O., y á las llanuras del nuevo Mégico el M. Los bisontes son tan numerosos en los por frondosos pasos del Misouri, que cuando emigran suelen gastar sus manadas muchos dias en desfilar como un inmenso ejército: sus pasos se oyen á muchas millas de distancia, y se siente temblar la tierra bajo su planta.

Los indios saben curtir perfectamente la piel del bisonte con la corteza del abedul: el hueso de la espalda de este animal les sirve de raspador.

La carne del bisonte, cortada en anchas y delgadas lonjas y curada al humo ó al sol, es muy sabrosa, y se conserva muchos años como el jamon: las jorobas y las lenguas de las vacas son las partes mas delicadas para comerse frescas. El escremento del bisonte produce una ascua muy

ardiente, y es un gran recurso en las cabañas donde se carece de leña; de modo que este útil animal suministra á un tiempo los manjares y el fuego del convite. Los sioux hallan lecho y vestido en sus despojos. El bisonte y el salvage colocados sobre el mismo suelo, son el toro y el hombre en el estado de naturaleza: parece que solo esperan ambos un surco para domesticarse el uno, y civilizarse el otro.

FUINA.

La fuina americana tiene cerca de la vejiga una bolsita llena de un licor rojizo: cuando se vé perseguido este animal, al mismo tiempo que huye va derramando dicha agua, cuyo olor es de tal naturaleza que hace á los cazadores y hasta á los mismos perros abandonar su presa, pues se adhiere á los vestidos y hace perder la vista. Semejante olor es una especie de almizcle penetrante, que causa vértigos: los salvages pretenden que es escelente específico para el dolor de cabeza.

ZORRA.

La zorra del Canadá es de una especie comun, á escepcion de tener la estremidad del pelo de un negro muy lustroso. Pública es la astucia de que se vale para coger las aves acuáticas. La Fontaine, que es el primer naturalista, no ha olvidado esta circunstancia en sus inmortales cuadros.

La zorra del Canadá comienza dando brincos y cabriolas á la orilla de un lago ó de un rio. Los gansos y los anades, embelesados con aquella vista se acercan para mejor considerarla. Entonces se asienta sobre el cuarto posterior, y menea la cola blandamente. Las aves confiadas mas y mas, se acercan á la orilla, y se dirigen contoneándose hácia el astuto cuadrúpedo, que afecta entonces la misma estupidez de aquellas. Con esto se atreven á acercarse mas hasta picotearle la cola que se menea: el taimado animal se lanza entonces sobre una presa y la devora.

LOBO.

Diversos son en América las especies de este cuadrúpedo: el lobo llamado *cerval* va por la noche á aullar alrededor de las casas. Solo aulla una vez en un mismo punto; y es tal la velocidad de su carrera, que en pocos minutos puede percibirse su voz á una distancia prodigiosa del paraje en que se oyó anteriormente.

RATON DE ALMIZCLE.

El raton de almizcle en la primavera, vive de los renuevos de los arbolillos; y en verano de fresas y frambuesas. Come en otoño bayas de los matorrales, y en invierno se alimenta de raices de ortigas. Edifica y trabaja como el castor. Cuando

los salvages han muerto uno de estos ratones se muestran muy tristes: fuman alrededor de su cuerpo, y le rodean de maniteis, lamentándose del *parricidio* que han cometido; por que es cosa averiguada que la hembra del raton de almizcle es la madre del género humano.

CARCAJU.

Es una especie de tigre ó gato grande, muy célebre por la astucia de que él y las zorras sus aliadas se valen para cazar el alce. El carcajú se sube á un árbol, tiéndese encima en una rama baja, y se envuelve en su poblada cola, con la cual se da tres vueltas en derredor del cuerpo. Pronto se oyen lejanos sonidos, y se ve venir un alce, ojeado por tres zorras que maniobran de modo que le conducen á la emboscada en que se halla el carcajú. En el momento en que la bestia perseguida pasa por debajo del árbol fatal, se arroja sobre ella el carcajú, le oprime el cuello con la cola, y trata de destrozarle á bocados la vena jugular. El alce salta, azota el aire con sus cuernos, desmenuza la nieve con sus pies: arrástrase sobre las rodillas, huye en línea recta, retrocede, se encoge, camina á saltos, sacude la cabeza, hasta que al fin se agotan sus fuerzas, palpita, corre la sangre de su cuello, y sus piernas se doblan, tiemblan y desfallecen. Llegan entonces las zorras: el carcajú tirano equitativo, divide por igual la presa entre él y sus satélites. Los salvages no atacan nunca en aquel momento ni á las zorras ni al carcajú, por

que dicen que seria una injusticia arrebatar á estos cazadores el fruto de su trabajo.

AVES.

Son mas diversas y variadas las aves en América, que lo que se habia creido en un principio: lo mismo ha sucedido en Africa y Asia. Los primeros viajeros tan pronto como llegaron fijaron únicamente su atencion en aquellos grandes y brillantes pájaros semejantes á las flores sobre los árboles: despues se han descubierto multitud de avecillas cantoras, cuyos trinos son tan dulces como los de nuestros mas sonoros pajarillos.

PECES.

Los del lago del Canadá, y sobre todo los de la Florida, son de un brillo y de una hermosura admirable.

SERPIENTES.

Puede decirse que la América es la patria de las serpientes. La serpiente de agua es semejante á la de cascabel; pero carece de cascabel y veneno: hállasela por todas partes.

He hablado en mis obras, muchas veces, de

la serpiente de cascabel. Sábese que los dientes, por medio de los cuales derrama su veneno, no son los mismos de que se sirve para comer. Los primeros pueden arrancársele: en este estado ya no es mas que una serpiente hermosa, llena de inteligencia, y que ama la música apasionadamente. En las horas abrasadas del M., en el silencio mas profundo de las selvas, hace sonar el cascabel para llamar á la hembra: esta señal de amor es el único ruido que llega entonces á los oidos del viajero.

La hembra suele parir veinte hijuelos, los cuales cuando se ven perseguidos, se retiran á la boca de su madre, en la cual se introducen como si de nuevo penetraran en su seno.

Las serpientes en general; principalmente la de cascabel, son muy veneradas entre los indígenas de América, que las atribuyen un espíritu divino, domesticándolas hasta el punto de hacerlas ir en invierno á acostarse en unas casitas colocadas en el fogon de una cabaña. Estos singulares penates salen en la primavera de sus habitáculos para tornar á los bosques.

Una serpiente negra, con un anillo amarillo en el cuello, es muy maligna: hay otra toda negra tambien; pero sin veneno; esta se sube á los árboles y persigue á las aves y á las ardillas, entorpeciendo á las aves con sus miradas; es decir, aterrándolas, pues tal es su efecto; este efecto del miedo que ha querido negarse está puesto hoy fuera de toda duda: el miedo que ata las piernas al hombre ¿por qué no inutilizará las alas del pájaro?

La serpiente cinta, la verde y la mosqueada reciben sus nombres de los colores y de los dibu-

jos de su piel: todas estas son absolutamente inocentes, y muy notables por su hermosura.

La mas admirable de todas es la llamada de *vidrio* por la fragilidad de su cuerpo que se rompe al menor contacto. Este reptil es casi transparente, y en él se reflejan todos los colores como en un prisma: vive de insectos, y no hace daño alguno: su longitud es como la de una pequeña culebra.

La espinosa serpiente es corta y rolliza: tiene un aguijon en la cola: su herida es mortal.

La serpiente de dos cabezas es poco comun esta es muy semejante á la víbora; sin embargo sus cabezas no están comprimidas.

La serpiente silbadora abunda mucho en la Georgia y en las Floridas: tiene diez y ocho pulgadas de largo: su piel está salpicada de negro sobre fondo verde. Cuando alguno se la acerca se aplasta, toma diferentes colores, abre la boca y silba. Debe ponerse gran cuidado en no entrar en el círculo atmosférico que la rodea, porque tiene la propiedad de descomponer el aire; y si se comete la imprudencia de respirar este aire descompuesto va decayendo poco á poco la persona atacada, vícianse sus pulmones, y muere por consuncion al cabo de algunos meses: por lo menos asi lo dicen aquellos naturales.

ARBOLES Y PLANTAS.

Los árboles, arbustos, plantas y flores transportadas á nuestros bosques, y á nuestros campos y jardines, anuncian la variedad y riqueza del

reino vegetal en América. ¿Quién no conoce hoy el laurel coronado de rosas llamado magnolia, el castaño que ostenta un verdadero jacinto, el catalpa que reproduce la flor de azár, el tulipan que toma el nombre de su flor, el arce de azúcar, la haya purpúrea, el salsafras, y entre los árboles verdes y resinosos el pino de lord Weymont, el cedro de la Virginia, el balsamífero abeto de Gilead, y ese cipres de la Luisania, de raices nudosas y tronco enorme, cuyas hojas parecen un encage de musgo? Las lilas, las azaleas, y las pompaduras han enriquecido nuestras primaveras: las aristoloquias, las cesterias, las decumurias y las celustias, han mezclado sus flores, sus frutos y sus perfumes á la verdura de nuestras hiedras.

Las plantas de flor son innumerables: la efimera de Vrginia, el helonias, el lirio del Canadá, el lirio llamado *soberbio*, la tigridia matizada, la aquilea rosa, la dalia, la helenia de otoño, las polemonias de todas clases, en fin, se confunden hoy con nuestras nativas flores.

Por último, nosotros hemos casi esterminado en todas partes la poblacion salvage, y la América nos ha dado la patata que liberta para siempre del hambre á los pueblos que han destruido á los americanos.

ABEJAS.

Los vejetales de que hemos hablado alimentan todos, enjambres de insectos brillantes. Estos han recibido entre sus tribus á nuestras abejas que fue-

ron tambien al descubrimiento de aquellas tierras y de aquellas aromosas selvas de que se contaban tantas maravillas. Se ha observado que en los bosques del Kentucky y del Teneso, los colonos, comunmente, son precedidos por las abejas, que como vanguardia de los labradores, son el símbolo de la industria y de la civilizacion que anuncian. Estrangeros en América, llegados en seguimiento de las velas de Colon, estos conquistadores pacíficos, solo han arrebatado á un nuevo mundo de flores, unos tesoros, cuyo uso ignoraban los naturales: y solo se han servido de estos tesoros para enriquecer el suelo de donde los habian sacado. Cuán dichosos seriamos si todas las invasiones y todas las conquistas fuesen semejantes á las de estas hijas de cielo!.

Las abejas tuvieron que combatir con legiones de músticos y de cínifes que atacaban sus enjambres en los troncos de los árboles: su genio triunfó de aquellos envidiosos feos y perversos enemigos. Las abejas fueron recoconidas por reinas del desierto: su monarquia administrativa se estableció en los bosques al lado de la república del gran Washington.

ron tambien al descubrimiento de aquellas tierras y de aquellas aromosas selvas de que se contaban tantas maravillas. Se ha observado que en los bosques del Kentuck y del Tenesso, los colonos, comunmente, son precedidos por las abejas, que comienzan la industria y de la civilizacion que anuncian. Trabajadores en America llegados en seguimiento de las velas de Colon, estos conquistadores pacíficos, solo han arrebatado a un nuevo mundo de flores, unos tesoros, cuyo uso ignoraban los naturales; y solo se han servido de estos tesoros para enriquecer el suelo de donde los habian sacado. Cuan dichosos serianos si todas las invasiones y todas las conquistas fuesen semejantes a las de estas abejas del cielo!

Las abejas tuvieron que combatir con legiones de insectos y de bestias que atacaban sus enjambres en los tronco de los arboles: su genio triunfo de aquellos envidiosos Dios y perversos enemigos. Las abejas fueron reconocidas por reinas del desierto: su monarquia administrativa se establecio en los bosques al lado de la republica del gran Washington.

COSTUMBRES DE LOS SALVAGES.

Los habitantes salvages de la América pueden pintarse de dos diversas formas, igualmente esactas é inesactas. Con la primera solo puede hablarse de sus leyes y de sus costumbres sin entrar en pormenores á cerca de sus estravagantes usos, ni dar sus hábitos, muchas veces repugnantes para los hombres civilizados. En este caso solo veremos en ellos griegos y romanos, porque las leyes de los indios son graves, é interesantes muchas de sus costumbres.

Con la segunda forma tendriamos que representar solamente los hábitos y usos de los salvages, sin mencionar sus leyes ni costumbres; entonces ya no veremos mas que cabañas ahumadas é infectas, donde se guarecen una especie de monos que tienen la facultad de hablar. Sidonio Apolinar se queja de verse obligado á *oir el áspero len-*

guage del germano, y de tratar al borgoñon que se frotaba los cabellos con manteca.

Ignoro si la casita del viejo Caton en el pais de los sabinos estaria mucho mas limpia que la cabaña del iroques. El malicioso Horacio pudiera dejarnos alguna duda sobre este punto.

Por otra parte si con los mismos rasgos se pintasen todos los salvages de la América septentrional, es indudable que se alteraria la semejanza; porque los de la Luisiana y la Florida difieren bajo muchos aspectos de los del Canadá. Ahora bien; yo sin proponerme escribir la historia particular de cada tribu, he reunido todo lo que he podido averiguar á cerca de los indios, bajo los siguientes títulos.

Casamientos, hijos y funerales:--Cosechas, fiestas, bailes y juegos:-- Año, division, régimen del tiempo, calendario rural:--Medicina:--Lenguas indianas:-- Casa:-- Guerra--Religion:-- Gobiernos.

Una conclusion general pone ante la vista la América tál como en el dia se presenta.

CASAMIENTOS, HIJOS Y FUNERALES.

Distínguense entre los salvages dos especies de casamientos. El primero se realiza por medio de la simple conformidad del hombre y de la mujer: la obligacion se contrae por un tiempo mas ó menos largo, segun convienen en fijarlo los contrayentes: cuando espira, se separan ambos esposos Tal con corta diferencia era el concubinato legal admitido en Europa por los siglos VIII y IX.

El segundo casamiento se consuma igualmente en virtud del mútuo consentimiento de hombre y mujer; pero en este intervienen los padres de los contrayentes; y aunque, asi como el primero, no se limita á cierto número de años, puede ser disuelto á voluntad. Se ha observado entre los indios, que el segundo casamiento, es decir, el legítimo, es preferido por las jóvenes y los viejos: mientras que el primero place mas á las viejas y á los jóvenes.

Cuando un salvage ha determinado contraer matrimonio legal, se dirige en compañia de su padre á proponerlo á los padres de la novia. El padre estrena un trage para este acto: adorna su cabeza con plumas nuevas, lávase la antigua pintura del rostro para volver de nuevo á embadurnarla, y cambia el anillo que pende de sus orejas ó nariz; toma en la mano derecha una pipa de braserillo blanco y cañon azul revestido de colas de pájaro, y en la izquierda empuña su arco que lleva tendido á manera de baston. Su hijo le sigue, yendo cargado de pieles de oso, castor y alce; lleva ademas dos collares de porcelana de cuatro rastras y una tórtola viva en una jaula.

Ambos pretendientes se dirigen primeramente al pariente mas anciano de la jóven: penetran en su cabaña, siéntanse delante de él sobre una estera, y el padre del jóven tomando la palabra esclama:

«Aqui teneis pieles: los dos collares, la pipa azul y la tórtola viva piden á su hija en matrimonio.»

Si se admiten los presentes, queda concluido el

matrimonio, porque el consentimiento del abuelo ó del mas anciano sachem de la familia prevalece sobre la voluntad del padre. La edad es el orígen de la autoridad entre los indios: cuanto mas viejo es un hombre, mas imperio ejerce sobre los demas. Aquellos pueblos hacen deribar el poder divino de la eternidad del Grande Espíritu.

Algunas veces el pariente anciano, á la vez que admite los presentes, pone alguna restriccion á su consentimiento; restriccion que se conoce si despues de haber aspirado tres veces al humo de la pipa deja el fumador escapar la primer bocanada en lugar de tragársela cuando es absoluto el consentimiento.

Desde la cabaña del viejo se dirigen al lugar en que reside la madre de la jóven: esta queda poseida de terror si ha tenido sueños infaustos. Para que sean favorables los sueños, no deben haber representado los espíritus, ni los abuelos ni la pátria, sino que deben haber mostrado cunas, aves, y ciervos blancos. Pero hay un medio infalible para conjurar los sueños funestos: este consiste en suspender un collar del cuello de un muñeco de madera de encina: tambien entre los hombres civilizados tiene la esperanza sus collares colorados, con sus correspondientes muñecos.

Despues de haber hecho esta primera peticion, se deja todo olvidado al parecer; pues transcurre largo tiempo hasta la comunicacion del matrimonio. La predilecta virtud del salvage es la paciencia: en los mas inminentes peligros no debe alterarse en nada la marcha ordinaria de las cosas: el guerrero que cuando el enemigo se halla á las puertas dejáse de fumar tranquilamente,

sentado al sol con las piernas cruzadas, sería reputado por una vieja mujerzuela.

El jóven por mas apasionado que se halle, debe afectar una indiferencia suma, y esperar las órdenes de su familia. Con arreglo á la costumbre recibida los dos esposos deben permanecer al principio en la cabaña del pariente mas anciano; pero muchas veces algunas disposiciones, particulares alteran la observancia de esta costumbre. Entonces levanta el futuro marido su cabaña, y casi siempre la situa en algun valle solitario, cerca de un riachuelo ó de una fuente, y bajo algunos árboles que puedan ocultarla con sus ramas. Todos los salvages son como los héroes de Homero, cocineros, carpinteros y médicos. Para construir la choza matrimonial clavan ante todo en el suelo cuatro postes de un pie de circunferencia y doce de alto, los cuales están destinados á cuarcar los cuatro ángulos de un paralelógramo de veinte pies de largo y diez y ocho de ancho. Unas muescas abiertas en estos postes reciben unos travesaños que llenos de barro, sin intérvalos, forman las cuatro paredes de la cabaña.

En las dos paredes longitudinales se practican dos aberturas: la una da entrada á todo el edificio; y la otra sirve para pasar á una pieza semejante á la primera, aunque mas pequeña.

El novio coloca por sí solo los cimientos de su vivienda: despues le ayudan sus compañeros en la elevacion del edificio. Estos compañeros llegan cantando y bailando, y llevan instrumentos de albañileria hechos de madera: él omoplato de algun cuadrúpedo les sirve de paleta. Golpean la mano de su amigo, le saltan sobre los hombros

chanceánse sobre su boda, y acaban la cabaña. Subiéndose sobre los postes y las paredes comenzadas, levantan el lecho con cortezas de abedul ó cañas de maiz, mezclando pelos de animales y paja de ballueca amasada con arcilla roja: con esta masa revisten por dentro y fuera las paredes del edificio. En el centro, ó bien á una de las estremidades de la sala mayor, plantan los obreros cinco largas pertígas, y las rodean de yerba seca y de mortero: esta especie de cono sirve despues de chimenea, y da salida al humo por una abertura que se practica en el techo al efecto. Todo este trabajo se egecuta ensayando las pullas y los cantos satíricos, groseros por lo general, á pesar de que no faltan algunos que tienen cierta gracia: he aqui una muestra de estos últimos:

«La luna esconde su frente bajo una nube; está vergonzosa y afrentada porque sale del lecho del sol: asi tambien se ruborizará tu esposa al otro dia de sus bodas: entonces la diremos nosotros:—Deja que veamos tus ojos!..»

Los golpes del martillo, el rumor de las paletas, el crujir de las ramas que se rompen, las risotadas, los gritos y las canciones, se oyen desde muy lejos: todas las familias dejan los pueblos para tomar parte en la diversion general.

Concluida por fuera la cabaña, la rebocan por dentro con yeso, en caso de que lo produzca el pais, y á falta de yeso con tierra greda. Se arrancan las yerbas que han quedado en el interior del edificio: los obreros igualan aquel húmedo piso bailando sobre él: de este modo llega á conso-

lidarse prontamente. Despues cubren con esteras de caña aquella área, asi como las paredes; y en pocas horas queda concluida una cabaña que bajo un techo de cortezas suele ocultar mas felicidad que las elevadas cúpulas de un palacio.

Al dia siguiente se llena la nueva habitacion con todos aquellos muebles y comestibles del propietario: esteras, banquillos, vasijas de tierra y de madera, calderas, cubos, perniles de oso, y alce, tortas secas, haces ó gavillas de maiz para alimento ó remedios: estos diversos objetos se cuelgan en las paredes, ó se esponen á la vista sobre tablas: en un hoyo revestido de cañas machacadas, se echa el maiz y la ballueca. Los instrumentos de pesca, caza, guerra y agricultura, el cayado de labranza, lazos, redes tegidas con la médula interior de la palma silvestre; los anzuelos formados de dientes de castor, arcos, flechas, macanas, hachas, cuchillos, armas de fuego, cuernos para llevar pólvora, chichikones, tamboriles, pifanos, pipas, hilo de nervios de corzo, tela de morera ó abedul, plumas, perlas, collares; colores negro, azul y bermellon para adornarse, y en fin, una multitud de pieles curtidas sin pelo y con él; tales son los tesoros que enriquecen el rústico edificio.

La joven se retira ocho dias antes á la cabaña de las purificaciones; lugar separado en que penetran las mujeres, permaneciendo en él cuatro dias mensualmente y punto á que van á parir. Durante estos dias el joven guerrero comprometido, se emplea en la caza, y deja las piezas en el mismo punto en que las mata. Las mujeres las recojen, y las llevan á la cabaña de los padres para que sirvan en el banquete de la boda. Si la caza ha si-

do buena, se saca de ella un favorable augurio.

El gran dia llega en fin: los agoreros y los principales sachems, son convidados á la ceremonia. Una tropa de jóvenes guerreros va á buscar al novio á su cabaña: una cuadrilla de muchachas se dirije á la de la novia con igual objeto. Ambos jóvenes van adornados con gran lujo de plumas, collares, pieles y colores.

Las dos comitivas por opuestos caminos llegan á un mismo tiempo á la choza del mas anciano pariente en la cual se ha practicado de antemano una segunda puerta enfrente de la ordinaria. Rodeado el esposo de todos sus compañeros se presenta á una de dichas puertas al propio tiempo que la esposa aparece por la otra en union de sus compañeras. Todos los sachems de la fiesta están sentados dentro de la cabaña con la pipa en la boca y la nuera y el yerno se colocan sobre unos rollos de piel á uno de los estremos.

Entonces comienza por la parte esterior de la cabaña el baile nupcial entre los dos coros que se han quedado á la puerta. Las jóvenes armadas de una especie de cayado, imitan las diversas faenas del cultivo: los guerreros jóvenes hacen la guardia al rededor armados del arco y de las flechas. De pronto sale de la selva una falange enemiga, y acomete á las mujeres que intenta arrebatar: estas arrojan el cayado y echan á huir; sus guardadores vuelan á socorrerlas· trábase un simulado combate, y los raptores son rechazados.

A esta pantomina suceden otras escenas ejecutadas con una vivacidad natural: tales son la pintura de la vida doméstica, el cuidado de la casa, el sostenimiento de la cabaña, los trabajos y pla-

ceres del hogar y las tiernas ocupaciones de una madre de familia. Este espectáculo da fin por una rueda en que las jóvenes se vuelven hacia el lado opuesto al curso del sol; y los guerreros hacia el ocaso del astro rey.

Sucede la comida á todo esto: compónese de sopas, caza, tortas de maiz, cañahejas, especie de legumbres, carnes y aves asadas. Bébese en grandes calabazas zumo de arze ó de zumaque, y en tacitas de haya una preparacion de *casina*, bebida caliente que sustituye al café. La magnificencia del convite consiste en la profusion de los manjares.

Concluido el banquete se retira la multitud, y solo quedan en la cabaña del pariente anciano doce individuos, seis sachems de la familia del marido, y seis matronas de la de la mujer. Estas doce personas sentadas en el suelo forman dos círculos concéntricos: en el interior figuran las mujeres, y los hombres en el esterior. Los novios se colocan en el centro de ambos círculos, y entre los dos, cada uno por una punta, sostienen horizontalmente una caña de seis pies de largo. El novio tiene en la mano derecha un pie de corzo: la esposa eleva en la zquierda una gavilla de maiz. La caña está pintada con geroglíficos que marcan la edad de los esposos y la luna en que se ha realizado el casamiento. A los pies de la esposa figuran los presentes del marido y de la familia, que consisten en un trage completo, el jubon de cortezas de morera, un corsé igual, un manto de plumas ó de pieles de marta, los mocasines bordados de pelo de puerco-espin, los brazaletes de mariscos, y los anillos ó las perlas para la nariz y las orejas.

Añádese á estos trages una cuna de juncos, un

pedazo de agárico, piedras de chispa para encender lumbre, el collar de cuero para llevar fardos, y el tronco para el hogar. El corazon de la vírgen esposa palpita á vista de la cuna, y no la asusta el collar y la caldera, porque mira con sumision aquellos distintivos de la obediencia y esclavitud doméstica.

El marido no queda sin lecciones. Una macana, un arco y un remo le anuncian que sus deberes son pelear, cazar y navegar. En algunas tribus un lagarto verde de aquella especie cuyos movimientos son tan rápidos que la vista puede seguirlos apenas; y algunas hojas secas dentro de una cesta, enseñan al nuevo esposo que el tiempo huye y el hombre cae. Aquellos pueblos enseñan con emblemas la moral de la vida, y recuerdan la parte de cuidados que la naturaleza ha repartido á cada uno de sus hijos.

Cuando los esposos que se hallan encerrados en el doble círculo de los doce parientes han declarado que quieren unirse, el mas anciano de aquellos toma la caña de seis pies, y dividiéndola en doce pedazos, los distribuye entre los doce testigos, cada uno de los cuales está obligado á presentar su porcion de caña para que sea reducida á cenizas si llega un dia en que los esposos quieran divorciarse.

Las jóvenes que han conducido á la esposa á la cabaña del mas anciano pariente, la acompañan cantando á la choza nupcial: los jóvenes por su parte acompañan al esposo. Vuélvense á sus casas los convidados á la boda, los cuales ofrecen en sacrificio á los manitús algunos pedazos de sus ropas que echan en los rios, y queman una parte de su alimento.

En Europa suelen casarse los jóvenes por libertarse de las leyes de la milicia: en América septentrional, al contrario, nadie podria casarse sino despues de haber peleado por la patria, porque no es diputado ningun hombre digno de ser padre, sino cuando ha probado que sabe defender sus hijos. Por consecuencia de esta noble costumbre, un guerrero solo empieza á gozar de la consideracion pública desde el dia en que se casa.

En este pais es permitida la pluralidad de mujeres: un abuso contrario entrega muchas veces una mujer á muchos maridos: algunas hordas mas groseras ofrecen á los estrangeros sus hijas y sus esposas. Empero no procede esto de depravacion, sino de un profundo sentimiento que conduce á los indios á alguna especie de infamia, persuadidos de que harán mas dichosa á su familia con los cambios de la paterna sangre.

Los salvages de NO., quisieron participar de la raza del primer negro que descubrieron: habíanle tomado por un genio del mal, y se prometieron que naturalizándolo entre ellos se procurarian protectores y relaciones entre los genios negros.

El adulterio en la mujer era castigado entre los hurones con la mutilacion de la nariz á fin de que el delito permaneciese grabado siempre en el rostro.

En caso de divorcio los hijos son adjudicados á la madre; porque entre los animales, dicen los salvages, la hembra alimenta á sus hijuelos.

La mujer que se hace embarazada en el primer año de matrimonio, es acusada de inconti-

nencia: esta razon las hace tomar el zumo de una especie de ruda que destruye el fruto sobrado precoz de sus entrañas. Sin embargo, por una consecuencia muy natural en los hombres, la mujer solo es estimada desde el momento en que es madre. Como tal es llamada á las deliberaciones públicas; y cuantos mas hijos tiene, varones principalmente, tanto es mas respetada.

El marido que enviuda se casa con la hermana de su esposa difunta, en caso de que la tenga: la mujer que pierde á su marido se casa, asi bien con el hermano de este: tal, con corta diferencia era la ley que sobre este punto, regia entre los atenienses: una viuda cargada de hijos es estraordinariamente solicitada.

Tan pronto como aparecen los síntomas primeros de embarazo, cesa toda relacion entre ambos esposos: hácia el fin del mes noveno, se retira la mujer á la cabaña de las purificaciones, donde es asistida por las matronas. Ningun hombre, sin esceptuar el marido, puede introducirse en aquella cabaña. En ella permanece la mujer por espacio de treinta ó cuarenta dias despues del parto, segun el género de sexo del feto que de á luz.

Cuando el padre recibe la noticia del nacimiento de su hijo, toma una pipa de paz, cuyo tubo cubre de pámpanos de dulcamara, y corre á anunciar tan fausta nueva á los diversos miembros de que la familia consta. Dirijese ante todo á los parientes paternos, porque el hijo pertenece esclusivamente á la madre: aproxímase al mas anciano sachem, despues de haber fumado hácia los cuatro vientos cardinales, le presenta la pipa diciéndole:

—Mi esposa es madre.

El sachem toma la pipa, fuma tambien á su turno, y quitándose la pipa de la boca, contesta á su turno:

—¿Es un gerrero?

Si la contestacion es afirmativa, el sachem fuma tres veces con direccion al sol: si negativa, solo fuma una vez.

El padre es despedido ceremoniosamente hasta mas ó menos lejos, segun el sexo de la criatura recien nacida. Un salvage que llega á ser padre, adquiere una consideracion muy distinta entre los suyos: su dignidad de hombre comienza con la paternidad.

Pasados ya los treinta ó cuarenta dias de purificacion se dispone la parida á restituirse á su cabaña: donde sus parientes se reunen para imponer el nombre al recien nacido. Apagan el fuego, y arrojando al viento las antiguas cenizas del fogon, preparan una hoguera compuesta de maderas olorosas: el sacerdote ó agorero, provisto en la mano con una mecha, se dispone á encender el fuego nuevo: purifícanse en fin todos los sitios de las cercanias, rociándolos con agua de la fuente.

No tarda en llegar la madre, la cual lleva vestido un trage nuevo, porque nada debe llevar que haya puesto otras veces. Tiene descubierto el pecho izquierdo y suspendido de él á su hijo desnudo completamente: en esta disposicion pone el pié sobre el umbral de la puerta.

El sacerdote prende entonces fuego á la hoguera; y presentándose el marido, recibe á su hijo de manos de su mujer, declarando en alta voz que es suyo. En algunas tribus solo los pa-

rientes del mismo sexo que el recien nacido, son los que asisten á esta ceremonia. Despues de haber besado los labios de su hijo, el padre lo entrega al mas anciano sachem; y el recien nacido va pasando de esta suerte á los brazos de su familia, y recibe la bendicion del sacerdote con las plegarias y votos de las matronas.

Inmediatamente se trata de la eleccion de su nombre: la madre entre tanto permanece en el umbral de la cabaña. Cada familia tiene igualmente tres ó cuatro nombres que se usan por turno; pero nunca se trata mas que de los nombres de la línea materna. Segun opinan los salvages el padre cria el alma del niño, mientras que la madre solo enjendra su cuerpo (1); por lo mismo se halla justo que provenga de la madre el nombre del cuerpo.

Cuando quiere hacerse al niño un gran honor se le confiere el mas antiguo nombre de la familia el de la abuela, por ejemplo: desde aquel instante ocupa el niño el lugar de la mujer cuyo nombre ha adquirido, por lo cual cuando se le dirige la palabra, es tratado segun el grado de parentesco que hace revivir su nombre. De aqui se sigue que un tio suele saludar á su sobrino con el título de *abuela*, costumbre que haria reir sino fuese tan tierna en su esencia. Ella, por decirlo asi, vuelve á la vida á los abuelos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de la vejez: aproxima hasta enlazarlas ambas estremidades de la vida; el principio y el fin de la familia: comunica una especie de inmortalidad á

(1). Los Natchez.

los antepasados, suponiéndolos presentes en medio de su posteridad: aumenta el cuidado que la madre tiene de la infancia, con el recuerdo del que tuvieron de la suya: de este modo, la ternura filial aumenta el amor materno.

Realizada ya la imposicion del nombre entra la madre en la cabaña y se la hace entrega del hijo que solo á ella pertenece. Colócale luego en una cuna formada por una tablita de madera muy ligera, sobre la que ha dispuesto un lecho de musgo ó de algodon silvestre: puesto ya el niño enteramente desnudo sobre este lecho pequeñito, le sujetan previniendo su caida con dos fajas de una piel blanca y suave, aunque sin impedirle sus movimientos. Sobre la cabeza del recien nacido se coloca un arco, encima del cual se estiende un velo que sirve para ahuyentar los insectos, y comunicar frescor y sombra á la criatura.

Ya he hablado en otros lugares (1) de la madre indiana, refiriendo como lleva á sus hijos, de que modo los suspende de las ramas de los árboles cantándoles, adornándoles, adurmiéndoles y dispertándoles: he marcado tambien sus lloros cuando perecen, y he dicho que derraman su leche maternal sobre el musgo que forma su tumba, recogiendo su alma sobre las flores. (2).

Despues del matrimonio y el nacimiento, seria oportuno hablar de la muerte que termina las escenas de esta vida; pero en mis obras he descrito tantas veces los funerales de los salva-

(1) Atala: Genio del Cristianismo: los Natchez; etc.
(2). Por lo que toca á la educacion de los hijos, V. la carta que queda insertada.

ges, que casi está agotada la materia por esta parte.

No quiero repetir, pues, lo que he dicho en la *Atala* y los *Natchez* á cerca del modo con que se amortaja el difunto, pintándole, hablando con él etc.; añadiré tan solo que en todas las tribus se acostumbra arruinarse por los muertos. La familia distribuye cuanto posee entre los convidados al banquete funerario: es menester comer y beberse cuanto se encuentra en la cabaña. Al salir el sol se lanzan grandes alaridos alrededor del ataud en que reposa el cadáver: los alaridos comienzan de nuevo al ponerse el sol. Esto dura tres dias; y al término de ellos entierran al difunto, colocan la cubierta sobre su sepulcro, y si fue un célebre guerrero, se erige un poste pintado de rojo que indique el punto en que está sepultado.

Entre muchas de las tribus salvages, los parientes del difunto se hacen heridas en brazos y piernas. Los gritos al salir y ponerse el sol continuan por espacio de un mes; y durante el de muchos años se celebra con los mismos alaridos el aniversario de un fallecimiento.

Cuando muere un salvage en el invierno, durante la caza, se conserva su cuerpo sobre las ramas de los árboles: solo se le hacen los últimos honores cuando han regresado los guerreros al pueblo de su tribu: los moscovitas lo practicaban asi en otro tiempo.

Los salvages tienen oraciones y ceremonias diversas que dirigir á los muertos, segun el grado de parentesco que con ellos les unan, asi como la dignididad, la edad y el sexo del difunto: ademas tienen épocas para la pública exhumacion y para la conmemoracion general.

¿En qué consiste que los salvages de la América son los pueblos que veneran mas á los difuntos? En las calamidades nacionales, lo primero de que se trata es de salvar los tesoros de la tumba: la propiedad legal solo se reconoce en el punto en donde estan enterrados los antepasados: cuando los indios defendian sus derechos de posesion siempre se valian de este argumento que creian irreplicable:

«Diremos á los huesos de nuestros padres:—Levantaos y seguidnos á una tierra estrangera».

Y viendo que no era escuchada su proposicion se llevaban consigo los huesos que no podian acompañarlos.

Las causas de esta aficion estraordinaria á tan caras reliquias, fáciles son de conocer: los pueblos civilizados pueden conservar los recuerdos de su patria por los monumentos, las artes y las letras: tienen ciudades, palacios, torres, obeliscos y columnas: la huella de su arado existe en los campos que han cultivado: sus nombres figuran grabados sobre mármoles y bronce; y las crónicas dan testimonio de sus acciones. Pero los salvages nada de esto poseen: sus nombres estan escritos sobre los árboles de sus bosques: sus chozas, edificadas en pocas horas, perecen en pocos instantes: el sencillo cayado de labranza que apenas remueve la tierra, no ha podido practicar un surco: desvanécense sus cantos tradicionales con la postrer memoria que los retiene, y con la última voz que los repite. Para las tribus del Nuevo-Mundo solo hay un monumento.... la tumba. Despojad á los salvages de los huesos de sus padres, y les despojareis de su historia, les despojareis de sus leyes; y hasta les

privareis de sus dioses: en semejante hipótesis vendreis á arrebatar á aquellos hombres la única prueba que pueden presentar á la posteridad de su existencia y de su nada.

COSECHAS, FIESTAS,

recoleccion del azúcar de arce, pescas, bailes y juegos.

COSECHAS.

Se ha creido que los salvages no sacaban partido de la tierra; pero es un error. Aunque sea cierto que su principal educacion consiste en la caza, todos se dedican á algun género de cultivo, y saben emplear las plantas y los árboles para satisfacer las necesidades de la vida. Los que habitan el hermoso pais que hoy constituye los estados de la Georgia, Teneso, Alabamá y Misisipi, se hallaban en esta parte mas civilizados que los naturales del Canadá.

Entre los salvages todos los trabajos públicos son otras tantas fiestas: cuando pasan los frios las

mujeres siminoles, chicasesas y natchez, se arman de un cayado de nogal, poniéndose en la cabeza una cesta con divisiones llenas de semillas de maiz, pepitas de sandia, habichuelas y girasoles. Dirígense asi al campo comun colocado ordinariamente en una posicion fácil de defender; por ejemplo, en una lengua de tierra situada entre dos rios, ó rodeada de colinas.

Fórmanse las mujeres en fila á uno de los estremos del campo, y comienzan á remover la tierra con los cayados, caminando hácia atras al mismo tiempo.

Mientras que estas mujeres renuevan asi el antiguo cultivo, sin formar surcos, las siguen otras indias, sembrando el espacio preparado ya por sus compañeras. Las habichuelas y los granos de maiz se echan juntos en el barbecho, porque las mazorcas de maiz están destinadas á servir de apoyo á la legumbre enredadera.

Otras indias se ocupan en preparar algunas capas de tierra negra y lavada, y derraman sobre ella las simientes de la coloquintida y girasol: alrededor de estas capas de tierra se encienden fogatas de leña verde para acelerar la germinacion por medio del humo.

Los sachems y los agoreros presiden el trabajo: los jóvenes corren alrededor del campo comun y ahuyentan las aves con sus gritos.

FIESTAS.

La fiesta del grano verde llega por el mes de

junio: cógese cierta cantidad de maiz cuando el grano está en leche todavia: de este grano, escelente entonces, se amasa el *taso manony*, especie de torta que sirve de provision de caza y guerra.

Las mazorcas del maiz puestas á hervir en agua corriente se sacan cuando se hallan á medio cocer, y se esponen á la accion de un fuego manso. Cuando han adquirido un color tostado las desgranan en un *putagan* ó mortero de madera, machácase el grano humedeciéndolo, y esta masa cortada en rebanadas y secada al sol, se conserva mucho tiempo. Cuando se quiere usarla, basta remojarla en agua, leche de nueces ó zumo de arce: asi preparada ofrece un alimento sano y agradable.

La fiesta principal de los natchez era la del *fuego nuevo*, especie de jubileo en honor del sol, en la época de la gran cosecha: era el sol la principal divinidad de todos los pueblos vecinos al imperio mejicano.

Un pregonero público anunciando la ceremonia al son del mujido del caracol, pronunciaba estas palabras:

«Prepare cada familia vasos vírgenes y vestidos que no hayan sido usados nunca: lávense las cabañas: en medio de cada pueblo, y en un fuego comun arrójense y quémense los granos viejos, los trages y los utensilios antiguos. Vuelvan los malhechores á su hogar porque los sachems olvidan sus delitos.»

Esta amnistia de hombres concedida á otros hombres en el tiempo en que la tierra les prodiga sus tesoros: este general llamamiento de los desgraciados y de los dichosos, de los inocentes, y de los cul-

pables, á disfrutar del gran banquete de la naturaleza, es un tierno resto de la sencillez primitiva del género humano.

El pregonero tornaba á presentarse en público el segundo dia, y prescribia un ayuno de setenta y dos horas, y una absoluta abstinencia de todo placer, ordenando al mismo tiempo la *medicina de las purificaciones*. Todos los natchez tomaban en el instante algunas gotas de cierta raiz llamada *raiz de sangre*, la cual pertenece á una planta que destila un licor rojo, que es un violento emético. Durante los tres dias de abstinencia y oraciones, guardan todos un profundo silencio, y se esfuerzan en desprenderse de las cosas terrenas para ocuparse solo de aquel ser que madura el fruto en el árbol, y el grano de trigo entre la espiga.

Cuando termina el dia tercero, proclama el pregonero la abertura de la fiesta fijada para el siguiente.

Al rayar la aurora se ven llegar por los caminos aljofarados de rocio, las jóvenes, los guerreros, las matronas y los sachems. El templo del sol que es una gran cabaña, la cual únicamente recibia luz por dos puertas practicadas á oriente y occidente era el centro de reunion. Abriase la puerta oriental del templo, cuyo techo y paredes, revestidas de finísimas esteras estaban pintadas y adornadas con diferentes geroglíficos. En cestas colocadas en órden en el santuario se hallan los huesos de los mas antiguos gefes de la nacion, á la manera que están situados los sepulcros en nuestras iglesias góticas.

Sobre un altar colocado en frente de la puerta oriental y en disposicion de recibir los primeros

rayos del sol de oriente se eleva un ídolo que representa un chouchonacha. Este animal del tamaño de un cochinillo de leche tiene el pelo de tejon, la cola de raton y las patas de mono: la hembra tiene una bolsa bajo el vientre: en ella alimenta sus hijuelos. A la derecha de la imágen del chouchonacha se eleva la figura de una serpiente de cascabel; y á la izquierda un mamarracho groseramente esculpido. Delante de estos símbolos se conserva en una piedra un fuego de corteza de encina, que no se deja apagar nunca, á escepcion del dia de la fiesta del fuego nuevo, de la cosecha: las primicias de los frutos estan suspendidas al rededor del altar, y los asistentes se hallan colocados en el templo por el órden siguiente.

A la derecha del altar el Gran-Gefe, ó el *Sol*: á la izquierda la Mujer-Gefe única de su sexo que tiene derecho á penetrar en el santuario: á las inmediaciones del sol se colocan sucesivamente los gefes de guerra, los dos oficiales interventores de los tratados, y los principales sachems: al lado de la Mujer-Gefe se colocaba el Edil ó inspector de los trabajos públicos, los cuatro heraldos de los convites, y en seguida los jóvenes guerreros. En el suelo, y frente al altar unos trozos de cañas secas tendidas oblicuamente una sobre otra, hasta la altura de diez y ocho pulgadas, trazaban unos círculos concéntricos, cuyas diversas revoluciones formaban desviándose del centro un diámetro de doce ó trece pies.

El gran sacerdote se coloca de pié en el umbral del templo con los ojos fijos en Oriente: antes de presidir la fiesta se baña tres veces en el Misisipi. Cúbrele de pies á cabeza una ropa blan-

ca formada de cortezas de abedul, ceñida por la cintura con una piel de serpiente: el antiguo buho henchido de paja que llevaba sobre la cabeza, cede su puesto á un pájaro jóven de igual especie. El sacerdote frota juntamente uno con otro dos trozos secos de madera, y pronuncia en voz baja algunas mágicas palabras. Dos acólitos colocados á su lado, sostienen por las asas dos copas llenas de una especie de sorbete negro. Todas las mujeres vueltas de espaldas hácia el Oriente, apoyada una mano sobre el báculo de la labor: y teniendo con la otra á sus hijuelos, describian un gran círculo á la puerta del templo.

Tiene algo de augusto esta ceremonia: el verdadero Dios se hace sentir hasta en las falsas religiones: el hombre que ora es respetable porque la oracion que dirige á la Divinidad es por su naturaleza tan santa que en cierto modo hace sagrado al que la pronuncia inocente, culpable ó desgraciado. Es en verdad muy tierno el espectáculo de una nacion reunida en la época de la cosecha para dar gracias al Omnipotente por sus beneficios, para cantar al criador que perpetua el recuerdo de la creacion, mandando al sol cada mañana que se eleve y derrame sus rayos sobre el mundo.

La fiesta que yo he presenciado estuvo imponente: reinaba entre la multitud un profundo silencio: el gran sacerdote observaba con la mayor atencion las variaciones del espacio; y cuando los colores de la aurora pasando á la púrpura desde la rosa, se hacian vivos y perceptibles mas y mas, acelerada la colision de los dos trozos de madera seca. Una mecha de médula de sahuco azufrada

estaba dispuesta para recibir la primera chispa: los dos maestros de ceremonias se dirigian con gravedad el uno hácia el Gran-Gefe, y el otro hácia la Mujer-Gefe. Inclinábanse de cuando en cuando, y deteniéndose por último delante de aquellos, permanecian completamente inmóviles.

Torrentes de luz surgian del Oriente, y aparecia sobre el horizonte la porcion superior del disco del sol. El gran sacerdote pronuncia en aquel instante el *oah* sagrado, salta el fuego de la madera inflamada por la frotacion, enciéndese la azufrada mecha, vuélvense súbitamente las mujeres que se hallan á la parte esterior del templo, y todas á la vez dirigen al astro del dia sus hijos recien nacidos, y el báculo de la labranza.

El Gran-Gefe y la Mujer-Gefe beben el negro sorbete que les presentan los maestros de ceremonias: el agorero comunica el fuego á los círculos de caña, y la llama serpentea siguiendo su espiral. Enciéndense sobre el altar las cortezas de encina, y este fuego nuevo se comunica inmediatamente á los apagados hogares de las cabañas. El Gran-Gefe entona entonces el himno al sol.

Despues de haberse consumido los circulos de caña, y acabado el cántico, sale del templo la Mujer-Gefe, colocada á la cabeza de las mujeres, quienes formadas en fila se dirigen al campo comun de la cosecha, sin que sea permitido á los hombres seguirlas. Ellas van á correr las primeras cañas de maiz para ofrecerlas al templo y con el sobrante amasan los panes acimos para el banquete de la noche.

Llegados á los campos cultivados arrancaban en el cuadro destinado á su familia cierto núme-

ro de las mas bellas plantas de maiz; plantas soberbias, cuyas cañas de siete pies de elevacion rodeadas de hojas verdes, y coronadas por una mazorca de granos dorados asemejan á aquellas ruecas adornadas de cintas que nuestras labradoras presentan en las iglesias del lugar. Millares de tordos azules, palomas pequeñas de tamaño de un mirlo, aves de arrozal con el plumaje gris, manchado de pardo, huyen cuando las americanas cosecheras se les acercan, rodeadas y ocultas enteramente entre las elevadas cañas. Las zorras negras suelen hacer grandes destrozos en estos campos.

Vuélvense las mujeres al templo llevando sobre la cabeza la gavilla de las primicias: el Gran-Sacerdote recibia la ofrenda, depositándola sobre el altar, y ellas abriendo la puerta occidental, cerraban la oriental del santuario.

Reunida la multitud á esta última puerta, á la cual iba á cerrar y despedir el dia, describia en aquel punto una media luna cuyos dos estremos miraban el disco del sol: los circunstantes alzaban el brazo derecho, y presentaban los panes acimos al astro de luz. Canta el agorero el himno de la tarde, que es el elogio del sol cuando se halla en su ocaso: sus lucientes rayos habian hecho crecer el maiz, y los moribundos rayos santificaban las tortas amasadas con el grano de la cosecha.

Cuando sobreviene la noche se encienden fuegos y se asan osos tiernos, algunos de los cuales cevados con uvas silvestres ofrecen en aquella época del año un delicado manjar. Asanse tambien pavos, perdices negras, y cierta especie de faisanes mayores que los de Europa. Preparadas

asi estas aves son llamadas *alimento de los hombres blancos*. Servíanse en aquellos banquetes aguas de zarzaparrillas, arce, plátano, y nogal blanco, y se comian nueces y otras frutas. Brillaba la llanura con el resplandor de las nogueras: oíanse por todos lados los sonidos del chichikoue del tamboril y del pífano, mezclado con las voces de los bailarines, y los aplausos de la multitud.

En semejantes fiestas si algun desgraciado retirado hácia un ricon dirigia sus miradas á los juegos de la llanura, iba á buscarle un sachem, informábase de la causa de su tristeza, remediaba sus males en el caso que no era imposible, ó cuando menos le consolaba si sus pesares eran de tal naturaleza que fuese inacsequible calmarlos.

El maiz se cosecha arrancando las cañas ó cortándolas á dos pies del suelo: consérvase el grano en pellejos, ó en unos hoyos revestidos de cañas: consérvanse tambien cañas enteras que se desgranan á medida que se ha menester su producto. Para reducir á harina el maiz le muelen en un mortero, ó le machacan entre dos piedras. Usan tambien los salvages de morteros de mano comprados á los europeos.

La cosecha de maiz es seguida inmediatamente por la de la ballueca ó arroz silvestre; pero ya he hablado de esto en otro lugar (1).

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE.

Verifícase la recoleccion del zumo de arce entre los salvages dos veces cada año. Es la pri-

(1) Los Natchez.

mera á fines de febrero, marzo ó abril, segun la latitud del pais: el agua recogida despues de las ligeras escarchas de la noche, conviértese en azúcar haciéndola hervir á un gran fuego. La cantidad de azúcar obtenida por semejante operacion, varia segun la calidad del agua. Este azúcar de fácil digestion tiene el color verdoso: su gusto es agradable, aunque con un poco de áccido.

La otra cosecha se realiza cuando la savia del árbol carece de consistencia suficiente para convertirse en zumo. Esta savia condensada, forma una especie de melaza, la cual desleida en agua de manantial, proporciona una bebida fresca y agradable, durante el calor del verano.

Los salvages conservan con sumo cuidado la madera del arce, cuando pertenece á la especie de roja y blanca: ellos han creido observar en estos accidentes que son causados por el tordo negro y de cabeza roja que picotea en los árboles mas abundosos de savia: por tal razon respetan á este pájaro como una ave inteligente y representante de un génio del bien.

A cosa de cuatro pies de tierra abren en el tronco del arce dos agujeros de las tres cuartas partes de pulgada de profundidad: estos se practican verticalmente para facilitar el curso y derrame de la savia.

Ambas primeras incisiones se realizan de frente al M. despues se practican otras dos á la parte del N. Estos cuatro cortes se van abriendo luego poco á poco hasta la profundidad de dos pulgadas y media, á medida que el árbol se va desprendiendo de la savia.

Colocánse á ambos lados del árbol dos arteso-

nes de madera para recoger su líquido; y para dirigir este hacia ellos, se introducen unos tubos en las hendiduras: son de sahuco estos conductos.

En cada 24 horas se separa el zumo destilado, y se conduce á unos cobertizos en que se le hace hervir dentro de una vasija de piedra; de ella se separa la espuma que produce. Cuando ha llegado á reducirse á la mitad por medio de la accion de un fuego lento, se le traslada á otra vasija: allí prosigue hirviendo hasta que toma la consistencia de un jarabe. Sepárase entonces del fuego, y reposa por espacio de doce horas: al término de estas se vierte por decantacion en otra tercer vasija teniendo gran cuidado en no remover el sedimento arremolinado en el fondo.

Tambien esta vasija postrera es colocada á su turno sobre unos carbones á medio encender, y sin llama. Para impedir que rebose el jarabe por los bordes de la vasija, se le añade un poco de grasa y cuando comienza á hacer hebra, es preciso trasladarle pronto á otra cuarta y última vasija de madera llamada *refrigerante*. Una mujer robusta la remueve en rededor con un palo de cedro, sin descansar hasta que toma la consistencia del azúcar: entonces se vierte sobre unos moldes de corteza que dan al coagulado fluido, la forma de unos pequeños panes cónicos, con lo cual queda terminada la operacion.

Cuando se trabaja solo en melote aquella concluye con el segundo hervor.

Quince dias dura la fusion de los arces: ellos son una continua festividad. Los indios se dirigen todas las mañanas al bosque de arces, regado ordinariamente por algun arroyo: dispérsanse en gru-

pos de ambos sexos al pie de los árboles: bailan los jóvenes, y juegan á diversiones diferentes: los niños se bañan ante la vista de los Sachems. Cuando se contempla la jovialidad de aquellos salvages, con su desnudez, con la vivacidad de sus bailes, las luchas no menos bulliciosas y esforzadas de los que se bañan, la movilidad, frescura y trasparencia de las aguas; y la antigüedad de aquellas selvas umbrias, parece que uno asiste á aquellas escenas de faunos y driadas descritas por los poetas latinos.

Tum vero in numerum Faunosque ferasque videres Ludere.

PESQUERIAS.

No son menos diestros en la pesca que son duchos en la caza los americanos salvages. Cogen los peces con sedas y anzuelos, y saben tambien agotar los viveros: Ellos tienen grandes pesquerias públicas: la mas célebre de entre ellas es la del esturion, verificada en el Misisipi y en sus afluentes.

Daba esta principio por el matrimonio de la red. Seis guerreros y seis matronas se dirigian llevando la red á la plaza pública, llena de espectadores, y pedian en matrimonio para su hijo, la red, á dos muchachas que designaban.

Prestaban su consentimiento los padres de las jóvenes: y estas y la red eran casadas por el agorero usando las ceremonias de costumbre: el dux de Venecia se casaba con el mar!

Este matrimonio era sustituido por algunos bailes de carácter. Realizado aquel se dirigian todos á la orilla del rio en que estaban reunidas las piraguas y canoas. Las nuevas esposas envueltas en la red, marchaban á la cabeza de la comitiva y se embarcaban despues de haberse provisto de teas y piedras de chispa. La red, sus esposas, el agorero, el Gran-Gefe, cuatro sachems y ocho guerreros para manejar sus remos, montaban una gran piragua que se colocaba delante de la flota.

Esta buscaba alguna bahia frecuentada por el esturion, y al paso iban pescando toda clase de peces; la trucha con el esparavel, el pez armado con el anzuelo. El pez herido huye llevando la canoa tras de sí; pero va disminuyéndose poco á poco la celeridad de su fuga, espirando sobre la superficie del agua. Las actitudes diversas de los pescadores, el juego de los remos, el movimiento de las velas, y la posicion de las piraguas agrupadas ó dispersas, mostrando el costado, la popa ó la proa, todo esto forma un espectáculo sumamente pintoresco, cuyo movible ó cuadro termina los inmóviles paisages de la tierra.

A boca noche encendian en las piraguas unas teas, cuyo resplandor se reflejaba en la superficie de las aguas. Las canoas apiñadas, proyectaban masas de sombra sobre las enrojecidas olas; de modo que los pescadores indianos que se agitaban en aquellas embarcaciones, podrian tomarse por manitus; es decir, por aquellos seres fantásticos, pastos de la supersticion y de los sueños salvages.

El agorero daba á media noche la señal declarando que la red queria retirarse con sus dos esposas. Formábanse entonces las piraguas en dos

líneas, y entre cada uno de sus remeros se colocaba simétricamente una antorcha: estas luces paralelas á la superficie del rio aparecian y desaparecian alternativamente por el balance de las olas, asemejándose á remos inflamados que fuesen sumergidos en las olas para hacer bogar las canoas. Entonces cantaban el epitalamio de la red: esta en toda la gloria de un nuevo esposo era declarada vencedor del esturion cuya corona es de doce pies de largo. Pintábase la derrota de todo el ejército de los peces: el lancorneto cuyas barbas sirven para enredar á su enemigo: el pisaron provisto de una lanza dentada, hueca y hendida por el estremo: el artimego que despliega una bandera blanca; los cangrejos que preceden y abren camino á los peces guerreros, todos eran vencidos por la red.

A esto se sucedian algunas estrofas que pintaban el dolor de las viudas de los peces, semejantes ó parecidas á esta.

«En vano aprenden á nadar estas viudas; ya no volverán á ver á aquellos con quienes les agradaba tanto errar por las selvas bajo las aguas: ya no reposarán con ellos sobre lechos de musgo cubiertos por una cristalina y trasparente bóveda.»

Despues de tantas hazañas se invita á la red á dormir entre los brazos de sus dos esposas.

BAILES.

Entre los salvages, asi como entre los antiguos griegos, y en la mayor parte de los nacientes pueblos, se mezcla el baile con todas las acciones de la vida. Báilase en las bodas, y las mujeres forman parte de este baile: báilase cuando se recibe un huésped para fumar una pipa; se baila en las cosechas, asi como en el nacimiento de un hijo; y sobre todo se baila en obsequio de los difuntos. Cada casa tiene su baile particular: consiste en la imitacion de los movimientos, costumbres y voz del animal que se persigue: los indios trepan á los árboles como los osos; edifican como los castores; galopan en círculo como el bisonte; brincan como el corzo, aullan como el lobo, y gruñen como la zorra.

En el baile de los bravos ó de los guerreros, los campeones armados completamente se forman en dos líneas: frente á ellos marcha un indio que lleva en la mano un chichikoue: este niño se llama *inocente de los sueños*: niño que ha *soñado* bajo la inspiracion de los manitús del bien ó del mal. En pos de los guerreros sigue el agorero, profeta ó intérprete que resuelve y esclarece los sueños del niño.

Forman los bailarines un doble círculo, al mismo tiempo, mujen á los oidos del niño, colocado al centro de este concéntrico círculo: el inocente pronuncia con los ojos bajos algunas palabras ininteligibles. Cuando levanta el niño la ca-

beza, saltan y mugen con mas vigor los guerreros, y se consagran al manitu de la venganza y del odio, llamado Athaensic. Un corifeo lleva el compás hiriendo un tamboril. A veces los bailarines se atan á los pies varias campanillas adquiridas de los europeos.

Cuando está próximo el momento de partir á una espedicion, un gefe ocupa el lugar del niño. arenga á los guerreros y con una macana da de golpes sobre la imágen de un hombre ó sobre la del manitú del enemigo dibujadas groseramente en el suelo. Vuelven entonces los guerreros á comenzar el baile, acometen tambien á la imágen, imitan las actitudes de los combatientes, esgrimen las macanas ó las hachas, manejan los mosquetes, los arcos, y agitan los cuchillos, acompañándolo todo con convulsiones y aullidos.

Aun es mas espantoso el baile de la guerra cuando la vuelta de la espedicion: cabezas, corazones, mutilados miembros, cráneos con sus cabelleras ensangrentadas, aparecen suspendidos á unos postes clavados en el suelo. Todos bailan en rededor de estos trofeos: los prisioneros que deben ser quemados, asisten al espectáculo de estas horribles diversiones. Cuando trate de la guerra hablaré de otros bailes de este género.

JUEGOS.

El juego es cosa comun entre todos los hombres: el juego parte de tres orígenes: á saber: la naturaleza, las pasiones y la sociedad. De esta division proceden tres especies diversas de juegos: los de la infancia, los de la ociosidad ó las pasiones, y los de la virilidad.

Los juegos de la infancia inventados por los mismos niños se distinguen en todo el mundo: yo he visto al niño salvage, al beduino, al negro, al francés, al aleman, al italiano y al español; al griego oprimido, y al turco opresor, jugar á la pelota y hacer rodar el arco: ¿quién ha enseñado á estos niños tan diversos por sus lenguas, tan diferentes por sus razas, costumbres y paises.... quien, digo, les ha enseñado estos mismos juegos? El rey de todos los hombres; el padre de la grande y universal familia: este es el gran maestro que ha instruido de estas diversiones á la inocencia: ellas sirven para desarrollar las fuerzas: ellas son una de las necesidades de la naturaleza.

La segunda especie de juegos es aquella que sirviendo para aprender un arte es una necesidad social. Deben colocarse en esta clase, los juegos gimnásticos, las carreras en carros y á caballo, la naumaquia entre los antiguos: las justas, las escaramuzas, los pasos de armas, los torneos de la edad

media; la pelota, la esgrima, y los modernos juegos de destreza. El teatro con sus pompas debe considerarse á parte, porque esta diversion solo es reclamada por el genio. Lo propio acontece con algunas otras ingeniosas combinacioues, como el ajédrez y el juego de damas.

La tercera y última especie, son los juegos de azar, en ellos espone el hombre su fortuna; y algunas veces su vida y su libertad, haciéndolo con un interes que llega á furor, y que algunas veces raya en delirio: esta es una necesidad de las pasiones. Los dados entre los antiguos, los naipes entre los modernos, y las tabas entre los salvajes de la América septentrional, pertenecen á la especie de estas recreaciones funestas.

Entre los indios se encuentran tambien las tres especies de juegos de que acabo de hablar.

Los juegos de sus niños son semejantes á los de los nuestros: conocen la pelota, las corridas y el tiro del arco para la juventud: conocen ademas el juego de las plumas que recuerda una antigua diversion caballeresca.

Guerreros y muchachas bailan en derredor de cuatro postes; sobre estos se hallan atadas algunas plumas de distintos colores; de cuando en cuando sale un joven de las cuadrillas y quita una pluma del color que lleva su amante, colócasela entre los cabellos, y torna á introducirse entre el corro de los bailarines. Por la disposicion de la pluma y la forma de los pasos adivina la indiana el sitio para la cual la cita su amante. Algunos guerreros hay que toman plumas de un color de que no está adornada ninguna bailarina; esto significa que aquel guerrero no ama ó que no es amado.

Las mujeres casadas solo como espectadoras tienen cabida en este juego.

Entre los juegos de la tercera clase ó sean de la ociosidad ó de las pasiones, describiré tan solo el de las tabas.

En este juego apuestan los salvages sus mujeres, sus hijos y hasta su libertad; y cuando han jugado y perdido sobre su palabra, guardan la fe de su promesa. Cosa estraña!.. El hombre que con tanta frecuencia falta á los mas sagrados juramentos, que se burla de las leyes, que engaña sin escrúpulo á su vecino, y á veces á su amigo: el hombre que decanta como un mérito la artería y la doblez, cifra su honor en cumplir los compromisos de sus pasiones, en guardar su palabra al crímen, en ser sincero con los autores de su ruina, culpables por lo comun; asi como con los cómplices de su depravacion.

En el juego de la taba, llamado tambien del *plato*, solo dos jugadores le dirigen: los demas *apuntan* en pró y en contra. Cada jugador tiene su marcador: la partida se juega sobre una mesa, ó sobre el césped.

Los directores del juego se hallan provistos de seis ú ocho tabas ó dados, semejantes á huesos de albaricoque, cortados en seis caras desiguales, de las cuales las dos mas anchas se hallan pintadas una de blanco, y la otra de negro.

Puestas las tabas en un plato cóncavo de madera son mezcladas y revueltas en él por el jugador; y dando luego un golpe sobre la mesa ó el césped, las hace saltar en el aire.

Si al caer las tabas presentan todas el mismo color, gana cinco puntos el que las ha tirado: si de

las seis ú ocho salen cinco de un color, solo gana el jugador un punto por primera vez; pero si se repite la propia suerte manejada por el mismo, gana la partida que consta de cuarenta puntos. A medida que uno gana puntos va perdiéndolos su antagonista: el que gana continua manejando el juego, y el que pierde cede su puesto á uno de los que apuntan en su favor, que designa por su marcador. Los mercaderes son los personages que principalmente entran en este juego: elígense con grandes precauciones, y se prefieren principalmente aquellos cuyo manitú se crée mas habil y vigoroso.

Son violentos los debates que ocasiona la eleccion de los marcadores: si un partido ha nombrado un marcador, cuyo manitú (*fortuna*) se crée temible, se opone otro partido á este nombramiento: algunas veces se forma una sobresaliente idea del poder del manitú de una persona á quien se odia. En estos casos superando el interés á la pasion se admite por marcador á un hombre que se halla en este caso.

El marcador tiene una tablita en la mano: allí va apuntando las suertes con greda roja: los salvages se agolpan al rededor de los jugadores: fíjanse todas las miradas en el plato y en las tabas; y todos hacen votos y promesas por los buenos genios. Son inmensos algunas veces los valores empeñados, por los indios: los unos juegan su cabaña, otros se despojan de sus vestidos, apostándolos contra los apuntes del partido opuesto; otros en fin, habiendo perdido cuanto poseen, juegan su libertad contra una débil puesta, y se comprometen á servir al que los gane, durante cierto número de meses ó de años.

Los jugadores se preparan á arruinarse por medio de algunas prácticas religiosas: ayunan, observan vigilias, y rezan: los mozos se apartan de sus queridas, los hombres casados se separan de sus esposas, y los sueños se observan con el mayor cuidado. Los interesados se proveen de una bolsita: en ella meten todos los objetos que han soñado; pedacitos de madera, hojas de árboles, dientes de peces, y otros mil manitús que se suponen propicios. Hállase la ansiedad pintada en los semblantes durante la partida: la reunion no se manifestaria tan conmovida si se tratase de la suerte del pais. Apiñánse en rededor del marcador, procuran tocarle y colocarle bajo su influencia: lo que alli acontece es un verdadero delirio: cada suerte es precedida de un profundo silencio, y seguida de una prolongada aclamacion. Los que ganan prodigan sus aplausos á los marcadores; y algunos individuos, por lo general honestos y comedidos, vomitan contra ellos cuando pierden, ultrages tan groseros y de una atrocidad tan increible como los apóstrofes de los mas inconsiderados y frenéticos. Cuando es decisiva la suerte que se tira suelen detenerse antes de jugarla: los interesados en uno y otro partido declaran que el momento es fatal y que aun no deben hacerse saltar las tabas. Un jugador apostrofa á estas, befándolas por su malignidad, y amenazándolas con el fuego: otro no quiere que se decida el negocio hasta que haya echado al rio un pedazo de tabaco de hoja. Muchos claman á voz en grito el salto de las tabas; pero este permanece suspenso hasta que no haya una sola voz que se oponga á ello. Cuando se cree llegado el instante decisivo, suele gritar uno de los asistentes

—Deteneos!... Deteneos!... Los muebles de mi cabaña son los que tienen la culpa de que yo vaya perdiendo!...

Corre entonces á su cabaña, hace pedazos los muebles y arroja fuera sus trozos: despues vuelve y esclama:

— Jugad ahora!... jugad!

Con frecuencia acontece que uno de los apuntes se persuade de que tal ó cual persona le perjudica: entonces es indispensable que se retire del juego la persona aludida, en caso de que no esté interesada en su resultado. Tambien sucede que se encuentre alli otro individuo cuyo manitú, á juicio del que apunta, puede vencer al de la persona que le perjudica.

No faltaron ocasiones en que algunos comandantes franceses del Canadá, testigos de tan deplorables escenas se vieron obligados á retirarse para condescender con los caprichos de un indio. Y no se crea que estos caprichos se tratan ni se pueden tratar con ligereza, pues toda la nacion se pondria de parte del jugador si fuese contrariado; intervendria la religion en el negócio, y llegaria á correr sangre.

Por último, cuando se descarga el golpe decisivo pocos indios tienen valor para soportar su vista: en su mayor parte se precipitan en el suelo, cierran los ojos, se tapan los oidos, y aguardan el decreto de la fortuna, como podrian esperar la sentencia de su muerte ó el perdon de su vida!....

AÑO.

Division, régimen del tiempo, y calendario natural.

AÑO.

Consta el año de los salvajes, de doce lunas, patente division entre todos los hombres; porque la luna apareciendo y desapareciendo doce veces, corta visiblemente el año en doce partes; al paso que el solar, verdadero año, no está indicado por clase alguna de variaciones observadas en el disco del sol.

DIVISION DEL TIEMPO.

Estas doce lunas toman su nombre de las labores, de los bienes y de los males de los salvages,

:

asi como de los dones y accidentes de la naturaleza: por consecuencia, estos nombres varían segun el país y los usos de los diferentes pueblos. Charlevoix cita un gran número, y Beltramí, viajero moderno, presenta en estos términos la nomenclatura de los meses, de los sioux y de los cipoveses.

MESES DE LOS SIOUX.		LENGUA SIOUSA.
Marzo. . .	Luna de mal de ojos.	Wisthociasia-oni.
Abril. . . .	de la caza.	Mograhoandi-oni.
Mayo. . . .	de los nidos.	Mograhochanda-oni.
Junio. . . .	de las fresas.	Wojusticiascia-oni.
Julio. . . .	de las cerezas.	Campascia-oni.
Agosto. . .	de los búfalos.	Tantankakiocu-oni.
Setiembre.	de la ballueca.	Wasipi-oni.
Octubre. .	del fin de la ballueca. . .	Siciwostapi-oni.
Noviembre.	del corzo.	Takiouka- n .
Diciembre.	de id. cuando apuntan sus cuernos.	Ah esciakionska-oni
Enero. . .	de valor.	Onwikari-oni.
Febrero. .	de los gatos silvestres. . .	Owiciata-oni.

MESES DE LOS CIPAWOIS.		LENGUA ALGONQUINA.
Junio. . . .	Luna de las fresas.	Hode i min-quisis.
Julio. . . .	de los frutos abrasados. .	Mikin-quisis.
Agosto. . .	de las hojas amarillas. . .	Watebaqui-quisis.
Setiembre.	de las hojas que caen. . .	Juaqui-quisis.
Octubre. .	de la caza de paso.	Bina-hamo-quisis.
Noviembre.	de la nieve.	Kaskadino-quisis.
Diciembre.	del Pequeño-Espiritu. . .	Manito-quisis.
Enero. . .	del Gran-Espiritu.	Kitici-manito-quisis.
Febrero. .	de las águilas que llegan.	Wamebinni-quisis.
Marzo. . .	de la nieve endurecida. .	Onabanni-quisis.
Abril. . . .	de las abarcas.	Pokaodaquimi-quisis
Mayo. . . .	de las flores.	Wabigon-quisis.

Los años se cuentan por nieves ó por flores: de esta suerte el anciano y la jóven hallan simbolizada su edad en el nombre que lleven sus años.

CALENDARIO NATURAL.

Los salvages, en la ciencia astronómica solo conocen la estrella polar llamada *estrella inmovil*, y les sirve de guia durante la noche. Los osages han observado algunas constelaciones, y las han puesto varios nombres. Los salvages no han menester de brújula durante el dia: el objeto que les indica el septentrion ó el M., es la punta de la yerba que entre las sábanas se inclina hácia el S.; y en las selvas el musgo que se adhiere hácia la parte del N. en el tronco de los árboles. Saben tambien dibujar sobre ciertas cortezas, cartas geográficas: en estas designan las distancias segun el número de las noches de marcha.

Los límites diversos de sus territorios están demarcados por rios ó montañas: tal vez por una roca sobre la cual se haya concluido un tratado; ó por un sepulcro á la orilla de una selva, ó en un valle por una grieta del Grande-Espíritu.

Las aves, cuadrúpedos y peces, sirven de barómetro, de termómetro y calendario á los indios: estos certifican que el castór les ha enseñado á edificar y á gobernarse; el carcajú á cazar con perros, asi como este animal caza con lobos; y el gavilan acuático á pescar, usando un aceite que atrae á los peces.

Los palomos, cuyas crias son innumerables, y las vécadas americanas de pico de marfil predicen el

otoño á los indios: los loros y los pico-verdes les anuncian la lluvia con sus temblorosos silbidos. Cuando una especie de codorniz llamada maukauz canta por el mes de abril desde que amanece hasta que se pone el sol, el salvage siminol tiene por cosa segura que han pasado los frios: las mujeres siembran entonces los granos de verano; en pero cuando el maukawis se posa por la noche sobre la cabaña del salvage, su habitante se prepara á morir.

Cuando el pájaro blanco revolotea en lo alto del espacio, anuncia tempestad; cuando por la tarde vuela delante del viajero, cerniéndose ya hácia un lado ó ya hácia otro, como dominado de espanto, anuncia peligros.

En los grandes acontecimientos de la patria, los agoreros afirman que aparece sobre las nubes llevado por el Walkon, su pájaro favorito el Riuchi-manitú. El Walkon es una especie de ave del paraiso: sus alas son pardas: su cola está adornada con cuatro largas plumas encarnadas y verdes.

En una palabra, las sementeras, juegos, bailes, y reuniones de sachems, ceremonias de matrimonio, natividad y fallecimiento, se arregla todo conforme á ciertas observaciones sacadas de la historia de la naturaleza. ¡Cuánto interés y poesia comunican estas costumbres al lenguage ordinario de aquellos pueblos vírgenes! Los nuestros se regocijan en la primavera, trepan á lo alto de la cucaña, siegan á mediados de agosto, plantan cebollas en determinadas épocas, y se casan en señalados dias.

MEDICINA.

Entre los salvages, consiste la ciencia de curar en una especie de iniciacion, á que se llama *gran medicina*: los afiliados en ella constituyen cierta masoneria con sus dogmas, sus secretos y sus ritos.

Con tal de que los indios pudiesen desterrar las costumbres supersticiosas y las charlatanerias sacedotales del tratamiento de las enfermedades, podrian comprender todo lo esencial al arte de curar: entonces podria tal vez decirse que este arte casi está tan adelantado entre ellos, como entre los pueblos civilizados.

Distinguen multitud de simples á propósito para curar heridas, usan el *garentognen* que llaman *abasontchenza*, á causa de su forma; esta planta es el *ginsengo* de los chinos. Con la segunda corteza de *salsafras* cortan las fiebres intermitentes, las raices del licnis de hoja de yedra, les sirven para

destruir las inflamaciones de vientre, y contra la gangrena usan el *bellis* del Canadá, que tiene seis pies de alto y cuyas hojas son acanaladas y rollizas: esta planta machacada ó reducida á polvo limpia completamente las úlceras. Igual virtud tiene el *hedisaron* de tres hojas, cuyas flores rojas están dispuestas en forma de espiga.

Segun los indios la forma de las plantas tiene cierta analogia y semejanza con las diversas partes del cuerpo humano á cuya curacion están destinadas, ó con los nocivos animales cuyo veneno neutralizan. Bien merecia seguirse esta observacion: los pueblos sencillos que en medio de su candidez desdeñan menos que nosotros las indicaciones de la providencia estan mucho menos espuestos á equivocarse en su interpretacion.

Los baños de vapor son el remedio mas grande que emplean los salvages para destruir muchas enfermedades. Con este objeto alzan una cabaña que llaman *mansion del sudor*, la cual es construida con ramas fijadas en círculo, reunidas y atadas en la cúspide de modo que formen un cono: cúbrenlas por fuera con pieles de diversos animales, y practican á la raiz del suelo una pequeña abertura que sirve para entrar á gatas en la cabaña. En el centro de esta estufa hay un baño lleno de agua, la cual hierve á fuerza de arrojar dentro guijarros enrojecidos: el vapor elevado de este baño produce tan estraordinario calor, que el enfermo se inunda en pocos momentos de un sudor copioso.

Entre los salvages no está la cirujia tan adelantada ni con mucho como la medicina; sin embargo, han llegado á suplir nuestros instrumentos

con ingeniosas invenciones. Comprenden perfectamente los vendajes aplicables á las fracturas simples, tienen unos huesos tan agudos como lancetas para sangrar y sacrificar los miembros atacados de reumatismo: chupan la sangre por medio de un cuerno, y sacan de la vena la cantidad que se prescribe. Unas calabazas silvestres llenas de materias combustibles á las que prenden fuego, suelen servirles de ventosas: cauterizan con nervios de corzo, y hacen sifones con las vejigas de diversos animales.

Los principios de la caja fumigatoria empleada hace algun tiempo en Europa, para hacer volver á la vida á los ahogados, son muy conocidos de los indios: estos se sirven al afecto de un largo intestino cerrado por una de sus estremidades, y abierto en la otra por un pequeño tubo de madera: esta tripa se llena de humo, y se introduce en el intestino del ahogado

Consérvase en cada familia lo que se llama *saco de medicinas*, que es un talego lleno de diversos simples de gran virtud. Este talego es llevado por los guerreros al combate. en el campo de batalla, está considerado como un paladin, y en las cabañas como un dios penate.

Cuando llega la época del parto las mujeres se retiran, como dejo dicho, á la cabaña de las purificaciones: allí son asistidas por las matronas. Estas poseen los conocimientos precisos para facilitar los partos ordinarios; pero carecen de instrumentos en favor de los difíciles. Si el feto se presenta de un modo inconveniente, no pudiendo ellas volverle, sofocan á la madre: ésta luchando con las ansias de la muerte, da á luz su fruto á

impulso del esfuerzo de su convulsion postrera. Empero antes de recurrir á este medio lo participan á la parturienta, que jamas vacila en sacrificarse por su hijo. A veces no es completa esta sofocacion, y á la vez se salvan el hijo y su heróica madre.

En casos desesperados tambien se acostumbra á causar un terrible susto á la paciente: aproximanse en silencio á la cabaña de purificacion una cuadrilla de jóvenes: de repente lanzan su grito de guerra; empero estos remedios son infructuosos cuando se trata de mujeres de valor, de las cuales hay muchas.

Cuando enferma un salvage se trasladan á su cabaña todos sus parientes: la palabra de muerte no se pronuncia nunca delante de ningun amigo enfermo: el mas cruel ultrage que puede hacerse á un hombre es decirle:—»Tu padre ha muerto.»

Examinada ya la parte seria de la medicina de los salvages la consideraré por la parte ridícula que hubiera dibujado victoriosamente un Moliere indiano, si lo que recuerda las enfermedades físicas y morales de nuestra naturaleza no conservase siempre cierto aspecto melancólico.

Si sufre desmayos el enfermo, sentados sus deudos con arreglo al grado de parentesco que con él les unan en su rededor, en los intérvalos en que puede suponérsele muerto lanzan unos aullidos que bien podrian oirse desde media legua. cuando el moribundo recobra sus sentidos, cesan estos clamores para volver á comenzarlos á la primera crisis. Entretanto llega el agorero: el enfermo le pregunta si volverá á la vida: á esta pregunta, jamas deja aquel de contes-

tarle que solo él puede tornarle la salud. El doliente que entonces se cree próximo á espirar arenga á sus parientes, los consuela, y los invita á desterrar la tristeza, y á comer bien.

Los parientes del enfermo le cubren con yerbas, raices y trozos de corteza: soplan con un tubo de pipa sobre las partes de su cuerpo en que se cree que reside el mal: y el agorero le habla dentro de la boca para conjurar si es tiempo aun el espíritu infernal.

El enfermo dispone por si mismo el banquete funeral: deben consumirse cuantos víveres existan en la cabaña: lo primero que se hace es degollar todos los perros á fin de que vayan á avisar al Grande-Espíritu la próxima llegada de su amo. Pero á traves de estas puerilidades, la sencilles con que un salvage llena el deber postrero de la vida, no carece de sublimidad.

Cuando se declara que el enfermo va á morir, el agorero coloca su ciencia fuera del alcanze de los acontecimientos, y si el enfermo recobra la salud, hace admirar su poder y habilidad.

Si conoce que ha pasado el peligro, lo oculta, y comienza sus exorcismos:

Antes de todo pronuncia palabras que no entiende nadie: despues esclama:

—«Yo descubriré el maleficio: yo violentaré á Kitchi-Manitú á huir delante de mi.»

Despues sale de la choza seguido de los parientes del enfermo, y corre á la *cabaña del sudor* para recibir en ella la inspiracion divina.

Los parientes poseidos de un mudo terror, colocados en torno de la estufa, aguardan al sacerdote que aulla, grita y canta, acompañándose con

su chichikoue. Pero no tarda en salir completamente desnudo por el respiradero de la choza, arrojando espuma por la boca y haciendo varias evoluciones y aspavientos con los ojos. Bañado en sudor se sumerge en agua fria, revuélcase por el suelo, finge el muerto, resucita y torna á su cabaña, mandando á los parientes que marchen á esperarle á la del enfermo.

No tarda en volver con un carbon á medio encender en la boca, y con una serpiente en la mano.

Despues de hacer nuevas contorsiones y aspavientos, deja caer el carbon y esclama:

—«Despierta!... yo te prometo la vida, porque el Grande-Espíritu me hace conocer el genio que causaba tu muerte!»

Arrójase el insensato en los brazos del paciente, le acomete á bocados, y sacándose de la boca un huesecillo oculto en ella prorumpe:

—«He aquí el maleficio que acabo de arrancar de tu carne!»

Entonces el sacerdote pide un corzo y algunas truchas para disponer una comida: sin ella el enfermo no podria recobrar la salud: los parientes están obligados á marcharse en el momento á cazar y pescar.

El médico se regala con los manjares dispuestos; pero no basta esto para salvar al doliente: este se halla amenazado de una recaida si dentro de una hora no se obtiene el manto de un gefe cuya residencia se halla á dos ó tres jornadas de distancia. El charlatan sabe esto; pero como á la vez que establece la regla, pronuncia la dispensa, da por satisfechos á los parientes del manto sa-

grado que exige, el cielo mediante una retribucion de cuatro ó cinco mantos profanos que se le entregan para su uso.

Los caprichos del enfermo que vuelve naturalmente á la vida, aumentan la estravagancia de esta curacion: el enfermo se escapa de la cama, y se va á gatas por detras de los muebles de la cabaña. En vano le interrogan: sigue su carrera dando espantosos gritos: apodéranse de él, le hacen volver á su lecho de estera, y le créen atacado de un acceso de la enfermedad que padece. Permanece un momento tranquilo, levántase despues nuevamente, y de improviso, marcha á sumergirse en un vivero. Sácanle de él trabajosamente, y le presentan un brebage.

—«Dádsele á ese alce.»

Contesta señalándolo á uno de sus parientes.

El médico trata de penetrar la causa del nuevo delirio del enfermo.

—«Me he dormido, responde este gravemente: he soñado que tenia un bisonte en el estómago.»

La familia se manifiesta consternada, pero de repente prorumpen los concurrentes en esclamaciones, con las cuales manifiestan que están poseidos tambien de un animal: el uno imita entonces el grito del carribú: el otro el ladrido del perro; y aquel, en fin, el aullido del lobo. El enfermo á su turno imita los mujidos del bisonte, y entonces se arma la mas espantosa algazara. Hacen traspirar al soñador por medio de una infusion de salvia y ramas de abeto; curada ya su imaginacion por efecto de la condescendencia de sus amigos, declara que el bisonte le ha salido ya del cuerpo.

Estas locuras mencionadas ya por Charleroix, se renuevan entre los indios todos los dias.

Ahora bien, ¿cómo se concibe que el mismo hombre elevado á tan alto en el momento en que creia morir, se precipite á un estremo tan bajo cuando ha adquirido la seguridad de vivir? ¿En qué pende que ancianos sabios, jóvenes prudentes, y mujeres sensatas se sometan á los caprichos de un desordenado entendimiento? Estos son los misterios del hombre: esta es una prueba de su grandeza y de su miseria.

LENGUAS INDIANAS.

Las lenguas de la América septentrional se dividen en cuatro principales: el algonquin, y el huron al N. y O.; el sioux al O., y el chicases al M.: los dialectos que parten de estas bases difieren de tribu á tribu. Los actuales creeks hablan el chicases mezclado con el algonquin.

El antiguo natche no era otra cosa que un dialecto mas suave del chicases.

El natche, asi como el huron y algonquin solo conocia dos géneros, masculino y femenino, y desechaba el neutro. Esto es natural en unos pueblos que atribuyen sentidos á todo, que oyen voces en todos los murmullos, que suponen ódios y amores en las plantas, deseos en las olas, espíritus inmortales en los animales, y almas en las rocas. En el natche no se declinan los nombres: únicamente se toma en el plural la letra *k*, ó en el monoílabo *ki* cuando el nombre acaba en consonante.

Distínguense los verbos por la caracteristica, la terminacion y el aumento : asi lo nathez dicen *T-ija*, yo ando; *ni Ti-ja-ban* yo andaba. *ni-ga-Tija*, yo andaré; *nikiTija*, yo anduve ó he andado.

Tienen los nathez tántos verbos como sustantivos sometidos á la misma accion: de este modo *comer* maiz es un verbo distinto al de *comer* corzo: *pasearse* por un bosque se dice de forma diversa que *pasearse* por una selva: *amar á su amigo*, está espresado por medio del verbo *vapitilina*, que quiere decir , *yo estimo: amar á su querida*, por el verbo *misikia*, que puede traducirse por *yo soy feliz*. En las lenguas de los pueblos inmediatos al estado de la naturaleza, ó son muy multiplicados los verbos, ó sobrado poco numerosos; empero estan siempre sobrecargados con una multitud de letras que varian las significaciones: el padre, la madre, el hijo, la esposa y el marido para espresar sus sentimientos diversos, han buscado, asi bien, espresiones diferentes, modificando con arreglo á las pasiones humanas la palabra primitiva que Dios dió al hombre con la existencia. El verbo era uno solo, y lo comprendia todo: el hombre le ha hecho producir las lenguas con sus variantes y riquezas; en estas lenguas se hallan siempre algunas palabras radicales que han quedado como tipo ó prueba de un orígen comun.

El chicases, raiz del natche, carece de la letra *r*, fuera de las palabras deribadas del algonquin como *arrego*, *yo hago la guerra*, que se pronuncia con cierto rompimiento de sonido. El chicasés usa frecuentes aspiraciones para el lenguage de las pasiones violentas, tales como el odio, la có-

lera y los celos: en los sentimientos tiernos y en las descripciones de la naturaleza, sus espresiones están llenas de encanto y de pompa.

Los sioux que segun tradiccion vinieron de Mégico al alto Misisipi, han estendido el imperio de su lengua por el O. hasta los montes Roqueños y por el E. hasta el rio Rojo donde se hallan los cipoveses, que hablan un dialecto algonquin, y son enemigos de los sioux.

La lengua siouxa silba de un modo muy desagradable al oido: ella es la que ha puesto nombres á casi todos los rios y todos los lugares situados al O. del Canadá: el Misisipi, el Misouri, el Osage etc, pero aun no se sabe casi nada de su gramática.

El algonquin y el huron son las lenguas madres de todos los pueblos de la parte de la América septentrional, comprendida entre las fuentes del Misisipi, la bahia de Hudson y el Atlántico, hasta la costa de Carolina. Un viajero que supiese estas dos lenguas, podria recorrer sin intérprete mas de mil ochocientas leguas de pais, y hacerse entender de mas de un centenar de pueblos.

La lengua algonquina empezaba en la Acadia y en el golfo de San Lorenzo: y volviendo del N.E. por el N. hasta el S.E., abrazaba una estension de mil doscientas leguas. Los indígenas de la Virginia la hablaban; y mas allá, en las Carolinas al M., dominaba la lengua chicasesa. El idioma algonquin por la parte del N. terminaba en los cipoveses. Mas lejos aun aparece en el septentrion la lengua de los esquimales, al O. la algonquina tocaba la ribera izquierda del Misisipi, en cuya orilla derecha reina la lengua siouxa.

El algonquin tiene menos energía que el huron, pero es mas dulce, mas elegante y mas claro. Emplease ordinariamente en los tratados, y está reputado por la lengua clásica del desierto.

El huron lo hablaba el pueblo que le comunicó su nombre, y los iroqueses que eran una colonia del mismo.

Esta es una lengua completa que tiene sus verbos, nombres, adverbios y pronombres: los verdaderos simples tienen dos conjugaciones, una absoluta y otra recíproca: las terceras personas sirven los dos géneros, y los números y los tiempos siguen el mecanismo de la lengua griega. Los verbos activos se multiplican hasta lo infinito, así como sucede en la lengua chicasesa.

El huron carece de labiales; háblase con la garganta, casi todas las sílabas son aspiradas. El diptongo *ou* forma un sonido estraordinario que se espresa sin hacer los labios ningun movimiento; los misioneros no sabiendo como indicarle le denotaban por medio de esta cifra 8.

La índole de esta noble lengua consiste sobre todo en personificar la accion: esto es, en verter el pasivo por el activo. El P. Rasle la esplica así con este ejemplo:

«Si preguntais á un europeo con que objeto le ha criado Dios, os contestará: para conocerle, amarle y servirle en esta vida, y gozarle en la eterna. Un salvage en lengua hurona diria: el Gran Espíritu ha pensado en nosotros, diciendo: que me conozcan, que me amen y que me sirvan: entonces hace que los hombres sean partícipes de su felicidad suprema».

La lengua hurona ó iroquesa consta de cinco dialectos principales.

Solo tiene cuatro vocales; á saber: *a*, *e*, *i*, *o*, y el diptongo 8, que participa un poco de la consonante y del valor de la w, inglesa: sus consonantes son seis: *h*, *k*, *n*, *r*, *s*, *t*.

En el huron los nombres son casi todos verbos: esta lengua no tiene infinitivo: la raiz del verbo es la primera persona del presente de indicativo. Tiene tres tiempos primitivos: con ellos se forman todos los demas: el presente de indicativo, el pretérito indefinido, y el futuro simple afirmativo. Casi no se conocen en ella los sustantivos abstractos; y si se encuentran algunos, evidentemente se han formado despues de conocido el verbo concreto, modificando alguna de sus personas.

Esta lengua tiene un dual como el griego y dos primeras personas plurales y duales. Carece de auxiliares para conjugar los verbos, de participios y de verbos pasivos que se vierten por activa. Para espresar *Yo soy amado*, debe decirse: *Me aman*, etc. Tampoco tiene pronombres para espresar las relaciones de los verbos, que se conocen únicamente por la inicial del verbo: el cual se modifica diferentes veces y de tan diversas maneras, como relaciones posibles esciten entre las muchas y diferentes personas de los tres números: de aqui se sigue que estas relaciones son la llave de la lengua: cuando llegan á comprenderse, para lo cual existen reglas fijas, está vencida toda la dificultad.

En los verbos debe observarse la particularidad de que los imperativos tienen primera persona.

Todas las voces de la lengua hurona pueden componerse entre sí, y fuera de contadas escepciones es muy general que el objeto del verbo, cuando no es un nombre propio, se incluya en el mismo verbo, sin formar mas que una sola palabra; empero entonces el verbo toma la conjugacion del nombre, porque todos los nombres pertenecen á una de las cinco conjugaciones.

Esta lengua tiene un gran número de partículas espletivas, que sin significar nada por sí solas, comunican al discurso gran fuerza y claridad. Estas partículas, por otra parte, no son las mismas para los hombres que para las mujeres; cada género tiene las suyas propias.

Conócense dos géneros; el noble para los hombres, y el innoble para las mujeres, así como para los animales machos y hembras. Cuando de un cobarde se dice que es una mujer se masculiniza la voz de *mujer*: y si se dice de una mujer que es *hombre*, se femeniza la voz *hombre*.

Los signos de los géneros noble é innoble del singular, dual y plural, son los mismos en los nombres que en los verbos; todos estos tienen en cada tiempo y en cada número dos terceras personas, noble é innoble.

Cada conjugacion es absoluta, refleja, recíproca, y relativa: lo esplicaré por medio de la pauta siguiente.

CONJUGACION ABSOLUTA.

SINGULAR PRESENTE DEL INDICATIVO.

Yks8ens.—Yo aborrezco, etc.

DUAL.

Tenis8ens.—Tu y yo, etc.

PLURAL.

Te8as8ens.—Vosotros y nosotros, etc.

CONJUGACION REFLEJA.

SINGULAR.

Katats8ens.—Yo me aborrezco, etc.

DUAL.

Titats8ens.—Nosotros nos, etc.

PLURAL.

Te8atats8ens.—Vosotros y nosotros, etc.

Para la conjugacion recíproca se añade *te* á la conjugacion refleja, cambiando la *r* en *h* en las terceras personas del singular y plural.

Resulta pues:

Tekatats8ens.—Yo me aborezco, *mútuo*, con alguno.

CONJUGACION RELATIVA DE ESTE VERBO CON EL PROPIO TIEMPO.

SINGULAR.

Relacion de la primera persona á las otras.

K ons8ens. — *Ego te odi, etc.*

Relacion de la segunda persona á las otras.

Taks8ens. — *Ille me.*

Relacion de la tercera á las demas.

8aks8ens. — *Illa me, etc.*

Relacion de la tercera indefinida, se.

Jonks8ens. — Me aborrecen.

DUAL.

La relacion del dual al dual y plural, se convierte en plural; por consiguiente pondré solo la relacion que tiene el dual con el singular.

Relacion del dual con las demas personas.

Kenis8ens. — *Nosotros 2 te, etc.*

Las terceras personas duales son respecto á las otras lo mismo que las plurales.

PLURAL.

Relacion de la primera plural á las otras.

K8as8eus. — *Nos te, etc.*

Relacion de la segunda idem idem.

Tak8as8eus. — *Vos me.*

Relacion de la tercera masculina á idem.

Ronks8eus. — *Illi me.*

Relacion de la tercera femenina plural á idem.

Yonks8eus. — *Illæ me.*

CONJUGACION DE UN NOMBRE.

SINGULAR.

Hieronke. — Mi cuerpo.
Tsieronke. — Tu cuerpo.
Raieronke. — Su — á él.
Kaieronke. — Su — á ella.
Hronke. — El cuerpo de alguno.

DUAL.

Tenïeronke. — Nuestro (*meum et tuum*).
Yakeiieronke. — Nuestro (*meum et illum*).
Seniieronke. — Vuestro 2.
Nieronke. — Su 2 de ellos.
Kaniironke. — Su 2 de ellas.

PLURAL.

Ye8aieronke.—Nuestro (*nost. es vest*).
Yak8aieronke.—Nuestro (*nost. et illor*).

Y asi sucesívamente de todos los nombres. Comparando la conjugacion de este nombre con la conjugacion absoluta del verbo *iks8ens*, yo aborrezco, se vé que las modificaciones de los tres números son las mismas absolutamente: *k* para la primera persona, *s* para la segunda, *r* para la tercera noble, *k* para la tercera innoble, *ni* para el dual. Para el plural se dobla *te8a*, *se8a*, *rati*, *konti*, mudando la *k* en *te8a*, la *s* en *se8a*, *ra* en *rati*, *ka* en *konti*, etc.

La relacion en los grados de parentesco es siempre del mayor al menor. Por ejemplo:

Mi padre, *rakenika*, el que me tiene por hijo. (Relacion de la tercera persona á la primera).
Mi hijo, *rienha*, el que tengo por hijo. (Relacion de la primera á la tercera persona).
Mi tio, *rakenchaa*; *rak*, (Relacion de la tercera persona á la primera).
Mi sobrino, *rion8atenha*, *ri*. (Relacion de la primera á la tercera persona, como en el verbo precedente).

El verbo *querer* no puede traducirse en iroques: se suple por *ikire*, *pensar*: de este modo:

Yo quiero ir allá.
Ikere etho iake.
Yo pienso ir allá.

Los verbos que espresan una cosa que no existe en el momento en que se habla, no tienen perfecto, como *ronnhek8e*, imperfecto, ha vivido, ya no vive. Por analogia de esta regla, si *yo he amado* á alguno, y si *todavia le amo*, me serviré del perfecto *kenon8ehon*. Si ya no le amo me serviré del imperfecto *kenon8esk8e*: *yo le amaba*, pero *ya no le amo*. Esto en cuanto á los tiempos.

Por lo que respeta á las personas, los verbos que espresan una cosa que no se hace voluntariamente, no tienen primeras personas, sino una tercera relativa á las otras. Asi *yo estornudo*, *te8akitsionh8a*, relacion de la tercera á la primera: *esto me hace estornudar*.

Yo bostezo, *te8akskara8ata*, la misma relacion de la tercera no noble con la primera *8ak*, *esto me abre la boca*. La segunda persona *tu bostezas*, *tú estornudas*, será la relacion de la misma tercera persona innoble con la segunda *tesatsionk8a*, *tesaskara8ata*, etc.

Por lo que toca á los términos de los verbos, ó á los regímenes indirectos, hay en los finales una variedad suficiente de modificaciones que los espresan con claridad, y estas modificaciones están sujetas á reglas fijas.

Kninous, yo compro. *Kehninouse*, yo compro para alguno. *Kehninou*, yo compro de alguno.— *Katennietha*, yo envio. *Kelmieta*, yo envio por alguno. *Keiatennietennis*, yo envio á alguno.

Con solo el exámen de estas lenguas, resulta que los pueblos, á que damos el nombre de *salvages*, se hallaban muy adelantados en aquella civilizacion, que proviene de la combinacion de las ideas; verdad que se confirmará por los pormenores de su gobierno. (1).

(1) La mayor parte de las curiosas noticias que acabo de dar sobre la lengua hurona, las he tomado de una pequeña gramática iroquesa manuscrita que ha tenido la bondad de enviarme Mr. Marcoux, misionero del Salto de S. Luis, distrito de Moutreal, en el bajo Canadá. Por lo demas, los jesuitas dejaron algunos trabajos importantes sobre las lenguas salvages del Canadá. El P. Chaumont, que habia pasado cincuenta años entre los hurones, compuso una gramática de la lengua, y tambien debemos preciosos documentos al P. Rasle, que vivió diez años en un pueblo de Abenakis. Un diccionario francés-iroqués que se halla concluido, será un nuevo tesoro para los filólogos. Tambien existe el manuscrito de un diccionario iroqués é inglés; empero desgraciadamente se ha perdido el primer volúmen, que comprendia desde la letra A hasta la L.

CAZA.

Cuando deciden los ancianos que se verifique la caza del oso ó del castor, va de puerta en puerta un guerrero por todos los pueblos, diciendo:

—«Los gefes van á partir: los que quieran seguirles píntense de negro, y ayunen para saber del Espíritu de los sueños en qué parage se encuentran este año los osos y los castores.»

Dado este aviso, todos los guerreros se embadurnan con negro-humo, desleido con aceite de oso: el ayuno dura ocho noches, y es tan rigoroso, que no se puede tragar ni una gota de agua: los guerreros deben cantar incesantemente á fin de tener sueños de buen agüero.

Cumplido el ayuno, se bañan los guerreros, y se les sirve un gran banquete, durante el cual cada indio, refiere los sueños que ha tenido: si el número mayor de estos sueños designa un mismo punto para la caza, queda resuelto á dirigirse á aquel sitio demarcado.

Se ofrece un sacrificio espiatorio por los espíritus de los osos muertos en las cacerias precedentes, y se les conjura que sean favorables á los nuevos cazadores; es decir, que se ruega á los osos difuntos que dejen matar á los osos vivos. Cada guerrero canta sus antiguas hazañas contra las fieras.

Concluidas las canciones parten á comenzar la empresa, completamente armados. Cuando llegan á la orilla de un rio, los guerreros con un canalete en la mano, se sientan de dos en dos en el fondo de las canoas, y se colocan en fila á una señal del gefe: el que marcha á la cabeza rompe el esfuerzo del agua cuando se navega contra la corriente. A estas espediciones llevan traillas, lazos y abarcas para marchar sobre la nieve. Llegados al punto convenido, se sacan las canoas á tierra, y alli las rodean de una empalizada revestida de cesped. El gefe divide los indios en compañias compuestas de igual número de individuos. Asi divididos los cazadores se procede á repartir el pais de la caza, y cada compañia levanta una choza en el centro del terreno que le ha correspondido.

Se separa la nieve, se clavan en el suelo unos piquetes, y se arriman á ellos cortezas de abedul. Estas forman las paredes de la choza, y sobre ellas se colocan otras inclinadas una sobre otra, que forma el techo del edificio: un agugero practicado en el centro, sirve de chimenea. La nieve tapa por fuera los vacios de la obra, y las sirve de enlucido ó enjalbado. Encienden un brasero en medio de la cabaña: cúbrense de pieles el piso; los perros duermen á los pies de sus amos, y lejos de sentirse frio, se esperimenta un calor sofocante. El humo lo

llena todo, y los cazadores, sentados ó acostados, procuran colocarse al abrigo de este humo.

Para dar principio á la caza del castor, se aguardan las nevadas, y que el viento de NE. serenando el cielo, haya traido un frio seco. Pero durante los dias que preceden á este viento, se ocupan en otras cazas menores, como por ejemplo las de las nutrias, zorras y ratones de almizcle.

Las trampas que se emplean contra estos animales, son unas tablas mas ó menos gruesas y anchas. Se abre un hoyo en la nieve. Se coloca una punta de la tabla en el suelo, y la otra sobre tres pedazos de madera, armados en forma del guarismo 4. El cebo se pone en uno de los palos sobredichos, y el animal que quiera cogerse, se introduce debajo de la tabla, tira del cebo, hace caer á esta y queda cogido.

Los cebos difieren segun los animales á que se destinan: para el castor sirve un pedazo de madera de povo: para la zorra y el lobo un trozo de carne, y para el raton de almizcle, nueces y frutas secas.

Los armadijos para coger los lobos se colocan á la entrada de los pasos, y á la salida de una maleza; á las zorras en la pendiente de las colinas á cierta distancia de los conejares, á las ratas de almizcle en los sotos de fresnos, y á las nutrias en las hondonadas de las praderas, y en los juncares de los estanques.

Por la mañana se visitan las trampas y al efecto parten de la choza dos horas antes de amanecer.

Los cazadores caminan sobre la nieve con unas abarcas de diez y ocho pulgadas de largo por ocho de ancho: su forma es oval por delante y puntiaguda por detras: la curbatura de la elip-

se es de madera de abedul doblada y endurecida al fuego, y las cuerdas transversales y longitudinales, son unas correas de cuero, de seis líneas en todos sentidos, reforzados con vástagos de mimbre: este calzado se sujeta á los pies por medio de tres correas: sin estas ingeniosas máquinas sería imposible en invierno dar un paso por aquellos climas; pero al principio incomodan y fatigan mucho, porque precisan á volver las rodillas hácia dentro, y separar las piernas.

Cuando se procede á visitar y recoger los cepos en los meses de noviembre y diciembre ordinariamente en medio de los remolinos de nieve, granizo y viento; el cazador apenas distingue medio pié delante de sí. Marchan en silencio; empero los perros que perciben el olór de la pieza, lo manifiestan con aullidos. Es indispensable toda la sagacidad del salvage para encontrar las trampas sepultadas con las sendas bajo los hielos.

A distancia de un tiro de pieza de los lazos, se detiene el cazador para aguardar la salida del sol; permanece en pie inmóvil en medio de la tempestad, la espalda vuelta al viento, y los dedos en la boca: en cada pelo de las pieles en que va envuelto, se forma una aguja de escarcha, y el copete de cabello que corona su cabeza se convierte en un penacho de hielo.

Cuando raya el alba y se descubren las trampas que han caido, corren á dar fin de la bestia cogida. Un lobo ó una zorra, con los lomos medio magullados, muestra al cazador su negra boca, y sus afilados dientes; pero los perros los concluyen con mucha brevedad.

Sepárase la nueva nieve y se torna á armar la

máquina, en la que se pone un cebo fresco, que se cuida de colocar en la direccion del viento. Algunas veces sucede que los cepos se sueltan sin coger la caza: este accidente es efecto de la astucia de las zorras, las cuales sacan el cebo adelantando la pata por el lado de la tabla, en lugar de meterse bajo la trampa; por cuyo medio hacen el pillage libres de todo riesgo.

Si la primer recoleccion de lazos ha sido copiosa, los cazadores regresan triunfantes á la cabaña, con estraordinaria algazara: refieren los lances de la madrugada; invocan á los manitús, gritan sin entenderse; desatinan de alegria; y hasta los mismos perros los acompañan con sus ladridos. Del éxito del dia primero se sacan los presagios mas favorables para lo venidero.

Cuando las nieves acaban de caer, y el sol resplandece sobre su endurecida superficie, se publica la caza del castor. Ante todo se hace una oracion solemne al Gran-Castor, presentándole una ofrenda de tabaco de hoja. Cada indio se arma de una gran maza para romper el hielo, y de una red para coger la presa; mas por grande que sea el rigor de la estacion del invierno, ciertos pequeños lagos del alto Canadá, no se hielan jamás. Este fenómeno pende ó de la abundancia de fuentes calientes que aumentan sus aguas, ó de la esposicion particular del terreno.

Estos depósitos de agua no congelable, están formados por lo general por los mismos castores, segun queda dicho en el artículo de historia natural, correspondiente á estos inteligentes animales: he aquí como se destruyen las pacíficas criaturas de Dios.

En la caza del estanque en que habitan los castores, se practica una abertura bastante ancha para que el agua pueda derramarse, y quede en seco la maravillosa ciudad. Puestos los cazadores sobre la calzada, con una macana en la mano y los perros detras, miran con la mayor atencion como van quedando á descubierto las habitaciones, al paso que el agua va bajando. Alarmado el anfibio pueblo á vista de tan rápido derrame, y juzgando, aunque sin conocer la causa, que se ha abierto alguna brecha en la calzada, tratan de cerrarla inmediatamente: nadan todos á porfia: los unos marchan á examinar la naturaleza del daño, los otros acuden á la orilla para buscar, al efecto, materiales, y los demas corren á las casas de campo para avisar á sus conciudadanos; vense pues cercados los infortunados habitantes anfibios: sobre la macana el indio deja tendido al obrero que se esfuerza en reparar la averia: el castor que se halla refugiado en su casa de campo no está ya seguro: el cazador le arroja á los ojos un polvo que le ciega, al paso que le ahogan los perros. Los gritos de los vencedores resuenan por los bosques, agótase el agua, y se marcha al asalto de la ciudad.

Para coger los castores en los estanques helados, se usa otro método diferente. Comiénzase por practicar en el hielo algunas aberturas: los castores aprisionados bajo aquel cielo de cristal, corren á aquellos agujeros para respirar. Los cazadores procuran tapar con hojas de caña el lugar horadado; porque sin esta precaucion los castores descubririan la emboscada que les oculta el meollo de junco dispersado sobre el agua. Aproxímanse como queda dicho, al respiradero; y los vende la

ondulacion que forman al nadar. El cazador mete el brazo por el agujero, coje por una pata al descuidado animal, y lo arroja sobre el hielo, donde le rodea un círculo de asesinos, hombres y perros. Colgado en un árbol al instante, le desuella, medio vivo, un salvage, á fin de que su pelo pueda ir mas allá de sus mares á abrigar la cabeza de los habitantes de Lóndres ó Paris.

Concluida la espedicion contra los castores, regresan á la cabaña de la caza, cantando himnos al Gran-Castor, al ruido del tambor y del chichikue.

La operacion de desollar las reses se hace en comun. Plántanse los postes; cuelgánse en cada uno de ellos dos castores por las patas, y colocado un castor á cada lado, á una voz del gefe es abierto el vientre de los animales muertos, y son desollados. Cuando entre las víctimas se encuentra una hembra produce esto una consternacion universal; porque matar las hembras del castor, ademas de ser un crímen religioso, es un delito político tambien; una causa de guerra entre las tribus. Sin embargo, el interés, la aficion á los licores espirituosos, y la necesidad de armas de fuego, se han sobrepuesto á la fuerza de la supersticion, y al derecho establecido; un gran número de hembras han sido ojeadas y muertas, lo cual tarde ó temprano producirá la estincion de su raza.

Termina esta caza con una comida compuesta de la carne de los castores: en ella pronuncia un orador el elogio de los difuntos, como si él no hubiese coadyuvado á su muerte. Despues de referir todo lo que yo he escrito en el artículo citado de historia natural, á cerca de sus costumbres, y ponderar su talento y sagacidad, concluye diciendo:

«Ya no volvereis á escuchar la voz de los gefes que os mandaban, y que habias elegido para que os diesen leyes entre todos los guerreros castores: vuestro lenguaje que nuestros agoreros comprenden perfectamente, dejará de hablarse en el fondo de este lago: ya no presentareis ni dareis mas batallas á las nutrias vuestras enemigas naturales!.. No, castores desgraciados, no!.. Empero el producto de vuestras pieles servirán para que compremos armas: nosotros llevaremos á nuestros hijos vuestros jamones curados al humo, y no permitiremos que los perros se atrevan á quebrantar vuestros huesos!..»

Todos los discursos y canciones de los indios, manifiestan que estos se asocian á los animales, suponiéndoles cierto carácter y lenguage; son mirados como institutores, y como seres dotados de un espíritu inteligente. La escritura ofrece muchas veces á los hombres el ejemplo del instinto de los animales.

La caza del oso es la mas importante caza entre los salvages. Verificase en invierno y comienza por largos ayunos, sagradas purgaciones y banquetes delicados. Los cazadores siguen unos caminos espantosos á orilla de los lagos, y entre montañas cuyos precipicios oculta la nieve. En los desfiladeros peligrosos, ofrecen el sacrificio que se reputa mas acepto al genio del desierto, cual es el de suspender un perro vivo á las ramas de un árbol y dejarle morir en él rabiando. Algunas chozas dispuestas de pronto en cada noche, proporcionan un mísero abrigo; los salvages estan en ellas helados por un lado y abrasados por otro: para defenderse contra el humo no hay mas re-

curso que el de acostarse boca abajo, cubriéndose el rostro con pieles. Los perros hambrientos aullan, pasando y volviendo á pasar repetidas veces sobre el cuerpo de sus amos; y cuando creen estos que van á tomar un pobre refrigerio, se lo tragan sus perros que han estado mas alerta.

Despues de inauditas fatigas llegan á unas llanuras, cubiertas de bosques de pinos que son la ordinaria guarida de los osos. Allí se olvidan las incomodidades y peligros, y la accion da principio.

Los cazadores se dividen, y situándose á cierta distancia unos de otros, abrazan un gran espacio circular. Colocados en los diferentes puntos del círculo, marchan á la hora convenida sobre su radio que se dirige al centro, examinando cuidadosamente todos los árboles antiguos en que suelen esconderse los osos: muchas veces el animal es descubierto por la señal que deja su aliento sobre la nieve.

Cuando el indio ha llegado á descubrir las huellas que busca, llama á sus compañeros, trepa á un pino, y á diez ó doce pies del suelo, encuentra el agujero por donde el solitario se ha retirado á su celdillo: si está dormido el oso, le hacen pedazos la cabeza, y subiendo luego al árbol otros dos cazadores, ayudan al primero á sacar al muerto de su escondrijo, y precipitarlo en tierra.

El guerrero esplorador y vencedor baja entonces, enciende su pipa, la coloca en la boca del oso, y soplando en el braserillo, llena de humo la garganta del cuadrúpedo. Inmediatamente dirige algunas palabras al alma del difunto, rogándola que le perdone su muerte, y que no le sea

contrario en las cacerias. Acabada esta arenga, corta al oso el frenillo de la lengua para quemarla en el pueblo, á fin de descubrir segun el modo con que cruja ó chisporrotee entre el fuego, si están ó no aplacados los manes del oso.

Este no siempre está encerrado en el tronco de un pino: con mucha frecuencia habita en una guarida cuya entrada tapa. El buen ermitaño suele estar tan repleto, que apenas puede andar, sin embargo de haber estado sin comer una parte del invierno.

Los guerreros que parten desde diversos puntos, van á dirigirse al punto céntrico del círculo, como otros tantos radios de él: alli se encuentran en fin, llevando arrastrando ú ojeando su presa. A veces se ven llegar jóvenes salvages que provistos de una varita hostigan á un enorme oso que trota pesadamente sobre la nieve. Cuando estan cansados ya de semejante juego, clavan un cuchillo en el corazon del animal.

La caza del oso, asi como las demas cazas concluyen por un convite sagrado, en el cual se tiene por costumbre usar un oso entero y servirle á los convidados que se hallan sentados en rededor de la nieve, al abrigo de los pinos, cuyas ramas se hallan tambien cubiertas de nieve. Alli se ve en la punta de un poste la cabeza de la víctima, pintada de azul y rojo: algunos oradores le dirigen la palabra prodigando alabanzas al difunto, mientras que devoran sus carnes.

«Con qué ligereza trepabas por las copas y los troncos de los árboles!... esclaman: ¡Con qué fuerza acometias!... con qué constancia llevabas á cabo tus empresas! Cuanta sobriedad existia en

tus ayunos! Oh! guerrero de la vestidura vellosa!... las jóvenes osas se abrasaban de amor por tí durante la primavera!... Ahora no existes ya; empero tus despojos constituyen aun las delicias del afortunado que los posée!»

Muchas veces sentados en compañia de los salvages, se encuentran algunos perros en estos convites, osos y nutrias domesticadas.

Los indios contraen durante estas cazas algunos compromisos, que con dificultad pueden cumplir: por ejemplo, jurar no comer hasta haber llevado á su madre ó á su esposa una pata del primer oso que maten; y eso que su esposa ó su madre, se encuentra tal vez á una distancia de la bestia muerta, de tres ó cuatrocientas millas. En estos casos se consulta al agorero, el cual, mediante una retribucion arregla facilmente el negocio. Los imprudentes que hacen estos votos, quedan libres de ellos quemando en honor de la Gran-Liebre la parte del animal que habian dedicado á alguno de sus parientes.

La caza del oso da fin hácia últimos de febrero: en esta época comienza la del alze. Estos animales se encuentran en grandes manadas en los semilleros de los abetos.

Para cogerlos, se cierra un terreno considerable en dos triángulos de estension desigual, formados con estacas altas muy unidas. Ambos triángulos se comunican por medio de sus ángulos, á cuya inmediacion se colocan les lazos. La base del triángulo mayor permanece abierta: los guerreros se colocan en ella en una sola fila. Desde aquel punto comienzan á avanzar dando grandes gritos y batiendo una especie de tambor: los alces co-

mienzan á huir por el cercado que forman las estacas buscando en vano una salida; y cuando llegan al estrecho fatal, quedan cogidos en los lazos: los que se salvan de este peligro, se precipitan en el triángulo pepueño: allí son asaetados con mucha facilidad.

Verifícase la caza del bisonte en tiempo de verano en las sábanas de agua que rodean el Misouri ó sus afluentes; los indios recorriendo la llanura, hacen huir las manadas hacia el rio. Cuando rehusan huir, se prende fuego á las yerbas, y los bisontes se encuentran estrechados entre el rio y el incendio. Algunos millares de estos pesados animales, bramando, atravesando aguas y llamas, y cayendo alcanzados por una bala, ó heridos por una estaca, ofrecen un admirable espectáculo.

Hay otros medios ademas que emplean los indios para la caza de los bisontes: unas veces se disfrazan de lobos, á fin de poder aproximarse mas á aquellos; otros atraen á las hembras imitando los mujidos del macho. Hácia fin de otoño cuando los rios apenas estan helados, reunidas dos ó tres tribus, dirigen los ganados, hácia estos rios. Un sioux revestido con la piel de un bisonte, pasa el rio sobre el quebradizo hielo: engañados los bisontes le siguen, pero el frágil puente se rompe bajo el peso de las enormes reses que perecen en medio de aquellas ruinas flotantes. En estas ocasiones se sirven los cazadores de la flecha: el golpe mudo de esta arma no espanta la caza; y el cazador recoje la saeta luego que tiene rendido el animal. El mosquete no tiene esta ventaja, porque en el uso del plomo y de la pólvora hay pérdida y ruido.

Se procura cojer á los bisontes contra el vien-

to, porque estos animales ventean á los hombres á gran distancia. Los machos heridos se vuelven contra el que los ha herido, defienden á la hembra, y mueren muchas veces por ella.

Los sioux que vagan por las sábanas á orilla derecha del Misisipi, desde este rio hasta el salto de S. Antonio, adiestran caballos de raza española, con los cuales persiguen á los bisontes.

Algunas veces tienen en esta caza muy singulares compañeros, cuales son los lobos. Estos se reunen á los indios, á fin de aprovecharse de lo que dejan: en la confusion suelen llevarse los becerros que se estravian.

Los lobos cazan tambien muchas veces por su cuenta: tres ó cuatro de ellos divierten á una vaca con sus juegos; y mientras ella observa atentamente los juegos de aquellos traidores, un lobo oculto en la yerba la coge por las tetas: el animal vuelve la cabeza para sacudirse; y entonces le asaltan el cuello los tres cómplices de aquel malvado.

En el teatro en que se verifica esta caza se ejecuta algunos meses despues otra no menos cruel, aunque mas pacífica, cual es la de las palomas: las cogen por la noche á la luz de una antorcha sobre los árboles aislados en que reposan durante su emigracion del N. al M.

El retorno de los guerreros en la primavera cuando la caza ha sido buena, es una gran fiesta Vuelven á buscar sus canoas, reparánlas con grasa de oso y resína de terebinto: las peleterias, las carnes curadas al humo, y los equipages, se embarcan y se abandonan á la corriente de los rios, cuyos saltos y cataratas han desaparecido con el crecimiento de las aguas.

Cuando se acerca á los pueblos la comitiva, un indio salta en tierra, y corre á avisar á la nacion. Entonces, niños, mujeres y ancianos que han quedado en las cabañas corren todos al rio, y saludan á la flota con un grito que es contestado con otro igual. Marchan en seguida las piraguas rompiendo en fila, y se colocan costado con costado presentando la proa. Saltan los cazadores á la orilla, entran en los pueblos con el mismo órden que se observó en la partida, y canta cada cual sus propias alabanzas.

«Es necesario ser un gigante, esclaman, para atacar á los osos asi como lo he hecho yo!... Es preciso ser un coloso para traer las pieles y los víveres que yo traigo en tanta abundancia.»

Las tribus aplauden, mientras que las mujeres descargan el producto de la caza.

Repártense en las plazas públicas las pieles y las carnes, enciéndese el fuego del regreso; y en él se arrojan frenillos de lenguas de oso: si son carnosos y chisporrotean bien, es muy buen agüero; empero estando secos si se queman sin hacer ruido, es prueba de que la nacion se halla amenazada de alguna gran desgracia.

Despues de la danza de la pipa, se sirve la última comida de la caza: consiste esta en un oso que se ha traido vivo de la selva: todo lo ponen á cocer entero sin quitarle ni la piel ni las entrañas dentro de una caldera enorme. Es necesario no dejar de comer nada del animal: es de rigor asi mismo no quebrantar ninguno de sus huesos asi como beber hasta la última gota del agua en que ha sido cocido: para hacer los honores á este banquete el salvage cuyo estómago rehusa semejante

manjar, llama en su ausilio á sus compañeros. La comida dura ocho ó diez horas: los concurrentes salen de ella en un horrible estado: algunos pagan con la vida el terrorífico placer que la supersticion los impone. Un sachem cierra la ceremonia pronunciando estas palabras:

«Guerreros: la Gran-Liebre ha mirado nuestras flechas: habeis mostrado la sagacidad del castor, la prudencia del oso, la fuerza del bisonte, y la celeridad del alce!... Retiraos, pues, y pasad la luna de fuego en la pesca y en los juegos.»

Este discurso da fin con el grito religioso ¡OAH! repetido por tres veces.

Los animales que proveen á los salvages de peleteria son el tejon, la zorra gris, roja y amarilla el pecano, el gofero, la liebre gris y blanca, el armiño, el castor, la marta, el raton de almizcle, el gato, el tigre ó carcajú, la nutria, el lobo cerval la ardilla negra listada ó gris, el oso y el lobo de otras muchas especies.

Las pieles de alce, dante, oveja montés, corzo, gamo, ciervo y bisonte, se destinan á la curticion.

LA GUERRA.

Todos los salvages van armados, hombres, mujeres y niños; pero el cuerpo de los combatientes consta por lo general de la quinta parte de la tribu.

La edad legal para el servicio militar comienza á los quince años: la guerra es el gran negocio de los salvages; y todo el fondo de su política: su guerra es algo mas legítima que la guerra que se hace entre los pueblos civilizados; porque se declara casi siempre por conservar y afirmar en su libertad el pueblo que la emprende: su objeto es el de no perder los paises de caza, ó los terrenos propios para el cultivo. Por lo mismo que el indio solo se aplica para vivir al arte que le da la muerte, resultan de ello implacables furores entre las tribus. Dispútase el alimento de

la familia: el odio se hace individual; y como son poco numerosos los ejércitos y conoce el enemigo el nombre y semblante del enemigo pelean tambien con encarnizamiento, por antipatias de carácter, y por resentimientos particulares: aquellos hijos de un mismo desierto, llevan á sus querellas con los estrangeros la animosidad propia de las discordias civiles.

A esta primera y general causa entre los salvages, se agregan otras razones de alzamientos, nacidas de cualquier motivo superticioso, de una disension doméstica, ó de algun interés procedente del comercio con los europeos. Asi es que al matar algunas hembras de castores se presenta un motivo legítimo de guerra entre las hordas del Norte-América.

La forma con que se declara la guerra es terrible y estraordinaria. Cuatro guerreros pintados de negro de pies á cabeza, se introducen á favor de la noche en el amenazado pueblo. Cuando llegan á la puerta de las cabañas arrojan al fogon una macana pintada de rojo, al pie de la cual se ven marcados con caracteres que comprenden los sachems, las causas de las hostilidades. Los primitivos romanos arojaban una jabalina en el territorio enemigo. Estos reyes de armas indianos desaparecen al momento como fantasmas, lanzando el famoso grito ó *woop* de guerra, el cual se forma apoyando una mano sobre la boca, de suerte que el sonido que sale temblando, ya mas sordo, ó ya mas agudo, termina por una especie de rujido, de lo cual no es posible dar una idea.

Publicada ya la guerra, cuando el enemigo es sobrado, débil para contenerla, huye; pero si

se considera fuerte la acepta: los preparativos comienzan entonces y las ceremonias de costumbre.

Enciéndese un gran fuego en el centro de la plaza pública, y la caldera de la guerra semejante á la marmita del gomiaro, se coloca en ella. Cada combatiente introduce en la ancha vasija alguna cosa de las que le pertenecen: plántanse tambien en la plaza dos postes, de los cuales se cuelgan flechas, macanas y plumas, todo pintado de rojo. Dichos postes se colocan al septentrion, al Oriente, al Mediodia, ó al Occidente de la plaza pública, segun el punto geográfico de donde la batalla debe proceder.

Hecho esto se presenta á los guerreros la *medicina* de la guerra, violento vomitivo desleido en una azumbre de agua, que debe beberse de un tiron. Los jóvenes se dispersan por las inmediaciones, aunque sin separarse mucho; y el gefe que debe mandarlos, despues de haberse frotado el cuello y el rostro con grasa de oso y carbon molido, se retira á la estufa en donde permanece sudando dias enteros, ayunando y observando sus sueños. Durante estos dos dias está prohibido á las mujeres acercarse á los guerreros; pero pueden hablar con el gefe de la espedicion, al cual visitan para obtener una parte del botin que se haga; porque los salvages no dudan jamás del buen éxito de sus empresas.

Estas mujeres llevan varios presentes que depositan á los pies del gefe: este anota con granos ó conchas la pretension de cada una. Una hermana reclama un prisionero que haga con ella las veces del hermano que murió peleando: una matrona

exige algunas cabelleras que la consuelen de la pérdida de sus parientes; una viuda requiere un cautivo por esposo, ó por esclava, una viuda estrangera: una madre solicita un huérfano para reemplazar al hijo que ha perdido.

Transcurridos los dos dias de retiro, dirígense los jóvenes guerreros, á su turno, ante el gefe de la guerra, y le declaran su designio de tomar parte en la espedicion, pues aunque el consejo haya resuelto hacer la guerra, esta determinacion no liga á nadie: el empeño es voluntario pura y esclusivamente.

Embadúrnanse de negro y colorado todos los viajeros de la manera que les parece mas adecuada para aterrar al enemigo. Unos se hacen barras transversales ó longitudinales en los carrillos: estos figuras redondas ó triangulares: aquellos se pintan serpientes. El pecho descubierto, y los brazos desnudos de un guerrero, ofrecen la historia de sus hazañas: algunas cifras particulares espresan el número de cabelleras que ha arrancado, los combates y encuentros en que se ha hallado, y los peligros que ha corrido. Estos geroglíficos impresos en el cutis con puntos azules no pueden borrarse nunca: son unas picaduras muy finas quemadas con resina de pino.

Los combatientes, completamente desnudos, ó vestida una túnica sin mangas, adornan de plumas el único copete de cabello que conservan en el vértice de la cabeza. En su cinturon de cuero llevan ceñido el cuchillo para recortar el cráneo; y la macana pende tambien del mismo cinturon. en la mano derecha llevan un arco, ó una carabina; y sobre el hombro izquierdo la aljaba pro-

vista de flechas ó el frasco de cuerno lleno de balas y de pólvora. Los cimbrios, los teutones y los francos, procuraban asi hacerse formidables ante los ojos de los romanos.

El gefe de la guerra sale de la estufa con un collar de porcelana rojo en la mano, y dirige á sus hermanos de armas el siguiente ó parecido discurso.

«El Grande Espíritu abre mi boca: la sangre de nuestros parientes muertos en la última guerra no se ha secado aun: sus cuerpos no han sido cubiertos: es indispensable que marchemos á defenderlos de las agresoras moscas. Por tanto, he resuelto marchar por la senda de la guerra: he visto osos en mis sueños: los manitús del bien me han prometido su asistencia, y los manitús del mal no me serán contrarios: marcharé pues á comerme á los enemigos, á beber su sangre y hacer prisioneros. Si yo perezco, ó si algunos de los que quieren seguirme pierden la vida, serán nuestras almas recibidas en la region de los espíritus, mientras que nuestros cuerpos sin quedar tendidos en el polvo, descansarán en paz, porque está asegurado el precio del sepulturero por medio de este collar rojo con que se premiará su obra.»

Dichas estas palabras arroja el collar en el suelo: los mas célebres guerreros se precipitan á cogerle. Los que no han combatido aun ó que solo disfrutan de una celebridad comun, no se atreven á disputar el collar. El guerrero que le levanta queda hecho lugarteniente del gefe, y le reemplaza en el mando si perece en la espedicion.

El guerrero que se apodera del collar pronuncia otro discurso. Despues traen una vasija con

agua caliente: los jóvenes lavan al gefe de la guerra, quitándole el color negro de que esta cubierto, píntanle los carrillos acto contínuo, lo mismo que el pecho y la frente, usando para ello, gredas y arcillas de colores diversos. Ultimamente le revisten con su trage mas precioso.

Mientras dura esta ovacion canta el gefe á media voz aquella famosa cancion de muerte que entona el que va á sufrir el suplicio del fuego.

«Yo soy intrépido y valiente, y no temo morir: me rio de los tormentos. Que cobardes me parecen los que tiemblan!. Ellos son unas mujerzuelas! menos todavia son!... Que la rabia ahogue á mis enemigos. Plegue al cielo que pueda yo devorarlos, y beber hasta la última gota de su sangre!...»

Acabada la cancion de muerte por el gefe, comienza su lugar-teniente el himno de guerra.

«Yo pelearé por la patria: yo arrancaré los cabellos á mis enemigos!... Yo beberé su sangre en su propio cráneo.»

Cada uno de los guerreros añade á este himno, segun su carácter algunos periódos y apóstrofes mas ó menos singulares y atroces.

Los unos gritan:

«Yo cortaré con los dientes los dedos de mis enemigos: yo les quemaré los pies y las piernas acto continuo.»

Otros esclaman:

«Yo haré que los gusanos se introduzcan en sus

corruptas llagas: yo arrancaré la piel de su cráneo.... y les arrancaré el corazon para metérsele en la boca y hacérselo morder y tragar!.»

Tan infernales himnos y canciones solo se entonaban entre aullidos por las hordas del norte. Las tribus del M. se contentaban con ahogar á sus prisioneros en el humo.

Despues que el guerrero repite su cancion de guerra, comienza á recitar la cancion de familia: esta consiste en el elogio de los abuelos. Los jóvenes que van á la guerra por la primer vez, permanecen silenciosos.

Concluidas estas primeras memorias, pasa el gefe al consejo de los sachem, que estan sentados en círculo con una pipa roja en la boca, y les preguntan si persisten en guerra levantar el hacha. La deliberacion comienza de nuevo, y se confirma casi siempre la primer resolucion. Entonces se vuelve el gefe de la guerra á la plaza pública, y anuncia á los jóvenes la decision de los ancianos, á lo cual contestan los jóvenes con una general aclamacion.

Desatan el sagrado perro que figura atado á un poste, y le ofrecen á Areskui, dios de la guerra: las naciones del Canadá degüellan este perro, que despues de haber hervido en una caldera es servido á los hombres que se encuentran reunidos; pero ninguna mujer puede asistir á este misterioso banquete. Concluido declara el gefe el dia en que se verificará la marcha, bien al amanecer, ó bien al poner del sol.

Oida esta solemne declaracion, la natural indolencia de los salvages es reemplazada instantáneamente por una estraordinaria actividad: el ar-

dor y la alegria marcial de los jóvenes, se comunican á la nacion; y se establecen en el momento una especie de talleres para la construccion de carretones y canoas.

Los carretones empleados en el transporte de bagages, de los enfermos y de los heridos, se forman con dos tablas muy delgadas de pie y medio de largo, y de siete pulgadas de ancho realzadas por delante. Tienen unos rebordes en los que se atan unas correas para sujetar los fardos: los salvages tiran de este carro sin ruedas por medio de una doble banda de cuero llamada *metump*, las bandas se pasan sobre el pecho, y sus estremos estan atados en la delantera del carreton.

Las canoas son de dos especies, unas mas grandes que otras: constrúyense de este modo: únense en primer lugar por las estremidades unas piezas curvas, de modo que formen un elipse de cerca de ocho pies y medio en su menor diámetro, y veinte en el mayor: sobre estas piezas maestras, se colocan unas delgadas costillas de madera de cedro rojo, reforzadas con un tejido de mimbres. Este esqueleto de la canoa, se reviste con cortezas arrancadas en invierno á los olmos y á los abedules, echando agua hirviendo sobre el tronco de estos árboles cuyas cortezas se unen con raices de abeto, que son estremadamente flexibles, y tardan mucho en secarse. La costura se cubre por dentro y fuera con un baño de resina, cuyo secreto conservan los salvages: concluida la canoa, y armada de sus canaletes de arce se asemeja bastante á una tejedera ó araña de agua, ligero y elegante insecto que marcha con rapidez sobre la superficie de los rios y de los lagos.

Cada combatiente debe llavar diez libras de maiz, ó de otro grano, su estera, su manitú, y *saco de medicina*.

El dia víspera de la partida, titulado el dia de la despedida, está consagrado á una ternísima ceremonia entre las naciones de las lenguas hurona y algonquina. Los guerreros que hasta entonces han permanecido acompañados en la plaza pública, ó en una especie de campo de armas, se dispersan por los pueblos, y van á despedirse de una en otra cabaña: en ellas son recibidos con las mas tiernas muestras de interés: todos quieren poseer alguna cosa que los pertenezca, y con este pensamiento les despojan del manto dándoles otro mejor; cambian con ellos una pipa, y en todas partes se ven precisados á comer ó apurar una copa de licor. Cada una de las chozas ofrece en su obsequio un voto particular; y es indispensable que contesten á sus huéspedes con un deseo semejante.

Cuando se despide el guerrero de su propia cabaña, se detiene primero en el umbral de la puerta: si tiene madre sale esta la primera, su hijo la besa los ojos pecho y boca. Preséntanse en seguida las hermanas, á quienes toca la frente: póstrase á los pies de su esposa, y la encomienda á los génios del bien. De todos sus hijos solo le son presentados los varones: sobre ellos estiende el hacha ó la macana. En fin, aparece su padre. El sachem despues de haberle dado un golpe en la espalda, le dirige un discurso exortándole á que honre á sus abuelos.

—«Yo estoy en pos de tí: le dice, asi como tú estas detras de tu hijo: si los enemigos llegan

hasta mi, harán caldo con la sustancia de mi carne para insultar tu memoria.»

Al dia siguiente del de la despedida, se realiza la partida, como dejamos insinuado. Al rayar el alba sale de su choza el gefe de guerra, y lanza el grito de muerte: si oscurece el cielo la menor nubecilla; si ocurre algun funesto sueño, si se ve algun pájaro ú otro animal considerado de mal agüero, se difiere el dia de la partida. El campo, despertado por el grito de muerte, se pone en pié y se arma.

Enarbolan los estandartes los gefes de las tribus: estos estandartes son unos trozos de cortezas de forma redonda, pendientes de la punta de una lanza, sobre los cuales se ven groseramente trazados algunos manitús, una tortuga, un oso, un castor, ó cosa por este estilo. Los gefes de las tribus son una especie de mariscales de campo á las órdenes del general y de su segundo. Ademas hay algunos capitanes, no reconocidos por el grueso del ejército: estos son partidarios á quienes los aventureros siguen.

Procédese al alistamiento del ejército: cada guerrero pasando por delante del gefe, le entrega un trocito de madera marcado con un signo particular. Hasta la entrega de su respectivo singno pueden retirarse los guerreros de la espedicion; pero dada esta prenda es declarado infame cualquiera que se atreve á retroceder.

Preséntase despues el sumo pontífice, seguido por el colegio de agoreros ó médicos, quienes llevan unas cestas de junco en forma de embudos y otras de piel llenas de raices y plantas. Los guerreros se sientan en el suelo con las piernas

cruzadas, formando círculo, en cuyo centro, y en pie se hallan los sacerdotes.

El primer agorero llama á los combatientes por sus propios nombres: el guerrero llamado se levanta y entrega su manitú al agorero, que le coloca en una de las cestas, cantando al mismo tiempo estas algonquinas voces: *Ajouh-oya-alluya.*

Los manitús son tan diferentes y tan infinitos como infinitas y diversas son las cosas de que consta este mundo: ellos representan los caprichos y los sueños de los salvages: pieles de raton henchidas de heno ó de algodon: gusanillos blancos, pájaros rellenos de paja, dientes de cuadrúpedos, trozos de tela encarnada, ramos de árbol: ciertos cachivaches de vidrio, ó cualquier adorno europeo; por último, todas las formas que se cree han tomado los genios del bien para mostrarse á los poseedores de estos manitús. ¡Bienaventurados ellos, pues que tan poco basta á tranquilizarlos, creyéndose á cubierto de los reveses de la fortuna, bajo la proteccion de cualquier bagatela! Bajo el régimen feudal se tomaba acta del derecho adquirido por el don de una varita, de una paja, de una sortija, de un cuchillo, etc.

Los manitús distribuidos en tres cestas, se confian á la custodia del gefe de la guerra y de los caudillos de las tribus.

De la recoleccion de los manitús se pasa á la bendicion de las plantas medicinales y de los instrumentos de cirugia. El gran agorero los saca de uno en uno de un saco de cuero ó de pelo de búfalo, los deja en el suelo, baila en su rededor con los demas agoreros, se descompone el semblante

aulla, pronuncia desconocidas voces, y termina declarando que ha comunicado á los simples una virtud sobrenatural, que tiene poder para hacer volver á la vida á los guerreros difuntos. Se hace en los labios incisiones con los dientes, aplica despues unos polvos sobre su herida, cuya sangre ha chupado con destreza, y súbitamente aparece curada. Preséntanle á veces un perro que se cree muerto; mas el perro se levanta con solo la aplicacion de un instrumento, y entonces se publica á voces el milagro. Los hombres que asi se dejan embaucar por tan groseros prestigios son unos hombres intrépidos!... El salvage no ve en la charlataneria de sus sacerdotes mas que la directa intervencion del Santo-Espíritu; y no se avergüenza de invocar en su auxilio al que ha hecho la llaga y puede curarla.

Entretando, las mujeres tienen preparado ya el banquete de la partida: esta comida postrera consta tambien de carne de perro como la primera. Antes de que sea presentado el sagrado manjar, dirígese, el gefe á los circunstantes y esclama:

HERMANOS.

«Bien se que aun no soy hombre: sin embargo saben todos que he visto algunas veces al enemigo. En la guerra última murieron muchos de nosotros: los huesos de nuestros compañeros de armas no han podido ser defendidos de las moscas. Indispensable es, pues, que marchemos á enterrarlos. ¿Cómo es posible que hayamos permaneci-

do durante tan largo espacio de tiempo, dominados de la mas ignominiosa indolencia, tendidos sobre nuestras esteras? El manitú de mi valor me manda vengar al hombre!.. Jóvenes esforzados!.. ánimo y valor!..»

El gefe entona el himno del manitú de los combates (1), cuyo estribillo repiten los jóvenes guerreros. Acabado el cantico, el gefe se retira sobre la cumbre de un monte, y se acuesta sobre una piel, teniendo en la mano una pipa roja, cuyo braserillo mira al pais enemigo. Ejecútanse las danzas y las guerreras pantomimas: el primero de aquellos se llama *baile de descubierta.*

Adelántase un indio solo y á paso lento en medio de los espectadores, y representa la partida de los guerreros: vésele marchar, y campar despues al declinar el dia. Descubre al enemigo, marcha á gatas para llegar á él, ataca, pelea, representa que cae uno prisionero, y que muere otro, finge una retirada precipitada ó prudentemente tranquila, ó una vuelta triunfante ó dolorosa.

El guerrero que ejecuta esta pantomima la termina con un himno en su honor, y gloria de su familia.

»Hace veinte meses, esclama, que yo hice doce prisioneros: hace diez nieves que he salvado al gefe. Mis antepasapos fueron valientes: su fama se estiende hasta hoy, y no morirá. Mi abuelo representaba la sabiduría de la tribu, y el bramar de la batalla: mi padre era tan robusto, tan er-

(1) V. Los Natchez.

guido y vigoroso como un pino. Fue mi visabuela madre de cinco guerreros, la prudencia de mi abuela equivalia á la de un consejo de sachems; finalmente, mi madre era una escelente sagamita. Empero yo soy mas fuerte y mas sagaz que todos mis antepasados.»

Semejante era el himno de los espartanos guerreros:

»Nosotros fuimos atrevidos, jóvenes y valientes en otro tiempo.»

Despues del primer guerrero se alzan otros, y cantan tambien sus hechos y proezas: cuantos mas elogios se prodigan, mas felicitados son. Nada hay mas bello y noble que ellos: ellos solos reunen todas las virtudes y todos los envidiables dotes. Aquel que en su necia presuncion se atrevia á colocarse sobre todo el mundo, aplaude frenéticamente al que declara sobrepujarle en mérito. Los hombres de Esparta tenian tambien esta costumbre, discurriendo que aquel que en público se prodigaba elogios y alabanzas contraia la obligacion de merecerlas.

Todos los guerreros dejan sus puestos poco á poco para tomar parte en los bailes: ejecútanse algunas marchas al son del tamboril, pífano y chichikue: aumentase el movimiento, imitánse los trabajos de un sitio, ó el ataque de una empalizada: los unos saltan fingiendo saltar un foso; otros parece que nadan, mientras que los demas presentan su apoyo á sus compañeros para ayudarles á verificar el asalto. Resuenan las macanas cho-

cadas entre sí: el chichikue precipita la marcha: los guerreros blanden puñales, comienzan á confundirse entre sí, al principio con lentitud, luego mas de prisa, y con tal rapidez por último, que desaparecen en el círculo que describen, en tanto que pueblan el espacio con sus gritos. El puñal que se dirigen al pecho aquellos hombres feroces con estremeciente destreza, su rostro abigarrado y negro; sus caprichosos trages, sus prolongados aullidos, todo este guerrero cuadro salvage, en fin, inspira el mayor terror.

Fatigados, jadeantes, inundados de sudor terminan el baile. Despues se pasa á la prueba de los jóvenes. Insultan á estos: diríjenles ultrages y reconvenciones terribles: cúbrenles de caliente ceniza los cabellos: les dan de latigazos, arrojánles ascuas ardiendo á la cabeza; y es preciso que sufran estos ultrajes con la mas perfecta impasibilidad: el que dejase escapar el menor grito ó manifestase el menor signo de impaciencia, seria declarado indigno de empuñar el hacha.

El tercero y último convite del perro sagrado corona estas ceremonias diversas. Debe durar media hora solamente: los guerreros comen en silencio, presididos por su gefe: este deja muy pronto el banquete; y á esta señal corren todos los guerreros á empuñar las armas. Los amigos y los parientes los rodean sin hablar palabra: sigue la madre al hijo con sus miradas, mientras que este se ocupa en cargar los fardos sobre los carretones y por sus mejillas surcan silenciosas y melancólicas lágrimas. Algunas familias estan sentadas en el suelo, otras permanecen en pie; pero todas observan atentamente los preliminares de la marcha:

en todos los semblantes parece leerse esta misma pregunta hecha interiormente por diversos cariños.

—Le volveré á ver?

Por último, el gefe de la espedicion sale de su cabaña armado completamente: formáse el ejército en órden militar: colócase el gran agorero á la cabeza de los manitús: marcha en su pos el gefe guerrero: marcha inmediatamente el porta-estandarte de la primera tribu, llevando desplegado al aire su lienzo, al cual siguen los hombres de esta tribu. Las demas desfilan despues de la primera, y tiran de los carretones cargados de calderas, esteras y sacos de maiz: algunos guerreros de cuatro en cuatro, ó de ocho en ocho, conducen en hombros las pequeñas y grandes canoas. Las *mozas pintadas* ó cortesanas siguen al ejército con sus hijos. Estas tiran tambien de los carretones; pero en vez de llevar el *metump* cruzado por el pecho, se lo apoyan á la frente. El lugar-teniente marcha solo en el flanco de la columna.

El gefe guerrero despues de haber andado algunos pasos, detiene á los guerreros, y les dice:

«Desterrad la tristeza!... el que va á morir debe estar contento!... obedeced mis órdenes con docilidad: el que se distraiga recibirá mucho metump. Mi estera la llevará N. poderoso guerrero. Si yo y mi lugarteniente somos puestos en la caldera, N. os mandará.»

Dichas estas palabras entrega el gefe un saco de maiz y su estera al guerrero que ha designado, la cual le da derecho á mandar la tropa con

tal de que perezca ó falte el gefe y su lugar-teniente.

La marcha vuelve á emprenderse: el ejército es ordinariamente acompañado por todos los habitantes de los pueblos hasta el rio ó lago en que deben botarse las canoas. Renuévase entonces la escena de despedida: desnúdanse los guerreros, y se reparten sus ropas entre los miembros de su familia. En este postrer momento se permite que cada cual esprese su dolor en alta voz: cada combatiente está rodeado de sus parientes; los cuales le prodigan millares de caricias. Estréchanle en sus brazos, danle todos los nombres mas tiernos que conocen; y en fin, sus demostraciones son de tal naturaleza, que arrancan el alma á las personas mas indiferentes de este drama. Antes de aléjarse tal vez para siempre; perdonánse recíprocamente los agravios: los que quedan ruegan á los manitús que abrevien el tiempo de la ausencia: los que parten conjuran al rocío á que descienda sobre la choza natal: en sus deseos de felicidad no olvidan á los animales domésticos, huéspedes del paterno hogar. Las mujeres que han permanecido en la orilla, hacen desde lejos las últimas señas de cariño á sus esposos, á sus padres y á sus hijos.

No siempre se sigue el camino recto para dirigirse al pais enemigo; algunas veces se toma el mas corto como el mas seguro. La marcha es arreglada por el agorero segun que los presagios sean malos ó buenos. Si ha observado algun buho se detiene. La flota completa entra en un ancon, salta á tierra, se arma una empalizada, y despues de esto, encendida la lumbre, se ponen al fuego las calderas. Acabada la cena el campo es declarado

en custodia de los espíritus; y el gefe recomienda á los guerreros que tengan la macana cerca de sí, y que no ronquen muy fuerte. Los manitús se suspenden de las empalizadas, y el agorero comienza la oracion en estos términos:

«Vigilad, oh manitús! abrid los ojos y las orejas! Si fuesen sorprendidos los guerreros, caerá el deshonor y el descrédito sobre vosotros! Os dirian los sachems: --Cómo!.... los manitús de nuestra nacion se han dejado vencer por los del enemigo? Ya veis que esto seria muy vergonzoso: nadie os daria de comer: los guerreros os abandonarian tratando de buscar otros manitús mas poderosos que vosotros. Ahora bien: vuestro interes es el de guardar el campo: si durante vuestro sueño nos arrancasen la cabellera, no seria á nosotros á quien se echase en rostro semejante indolencia, sino á vosotros.... lo ois?... á vosotros!»

Concluidos estos apóstrofes y consejos á los manitús, se retiran todos con la mas perfecta seguridad, íntimamente persuadidos de que nada hay que temer.

Algunos europeos que han acompañado á los salvages en la guerra, y peleado con ellos, admirados de tan estraña confianza, preguntaban á sus compañeros de armas, y de estera:

—No habeis sido sorprendidos alguna vez en vuestro campamento?

—Con mucha frecuencia, contestaban los indios.

—Y en ese caso, no seria mejor que co-

locaseis centinelas en convenientes posiciones?

—No faltaba mas!.. Respondian los salvages volviendo la espalda.

El indio hace constituir una virtud en su improvision, y en su pereza, colocándose únicamente bajo la proteccion celeste.

No hay hora fija ni para el movimiento, ni para el descanso: si á media noche esclama el agorero que ha visto una araña sobre la hoja de un sáuce, es indispensable partir.

Cuando el ejército atraviesa un pais en que abunda la caza, se dispersa la tropa; y bagages y conductores quedan á merced de la primera partida hostil que se presenta; pero dos horas antes de ponerse el sol, vuelven todos los cazadores al campo, con una precision y exactitud de que solo los indios son capaces.

Si se cae en la *senda blazed*, ó *senda del comercio*, es mayor todavia la dispersion de estos guerreros salvages: esta senda está marcada en los troncos de los árboles, señalados con una incision á la misma altura. Este es el camino que siguen las diferentes naciones rojas para traficar unas con otras, ó con las naciones blancas; y es de derecho público que este camino pertenezca neutro; por lo cual á nadie se molesta de los que transitan por él.

Esta misma neutralidad se observa en la *senda de la sangre;* la cual está trazada por el fuego que se ha prendido á los matorrales. Ninguna cabaña se edifica sobre aquel camino consagrado al tránsito de las tribus en sus espediciones remotas. Cuando se encuentran las mismas partidas enemigas en semejante punto, dejan de atacarse:

violar la *senda del comercio* ó de *la sangre*, es la inmediata causa de guerra contra la nacion que ha osado cometer tan horrible sacrilegio.

Si una tropa encuentra dormida á otra con la cual la unen tratados de alianza, permanece en pie fuera de las empalizadas del campo hasta que despiertan los guerreros: cuando estos salen de su sueño, se aproxima su gefe á la viajera tropa, preséntale algunas cabelleras destinadas para estas ocasiones, y les dice:

«*Aqui teneis golpe.*»

Lo cual significa: podreis pasar: sois nuestros hermanos: vuestro honor está á cubierto.

Los aliados responden:

«*Aqui tenemos golpe.*»

Y continuan su camino.

El que tomase por enemiga á una amiga tribu, y la despertase, se espondria á una reconvencion ó de cobardia ó de ignorancia.

Cuando ha de atravesarse el territorio de una nacion neutral, debe pedirse el paso: con este objeto se nombra una diputacion que se encamina provista de la pipa al pueblo principal de la nacion que se quiere atravesar. El orador manifiesta que el arbol de la paz fue plantado por los abuelos; que su nombre se estiende sobre los dos pueblos: que el hacha está enterrada al pie del árbol, y que es indispensable estrechar los lazos de la amistad, y fumar la sagrada pipa. Si el gefe de la nacion neutra recibe la pipa y fuma, está con-

cedido el paso: el embajador se vuelve bailando hácia los suyos.

Asi van aproximándose al pais al cual llevan la guerra, sin plan, ni precaucion, ni temor. Generalmente se deben á la casualidad las primeras noticias del enemigo: un cazador llega corriendo, y declara que ha visto huellas de hombre. En el instante se ordena que cese toda clase de trabajo, á fin de que no se oiga ruido: el gefe parte con los guerreros mas esperimentados para examinar las huellas. Los salvages que perciben los sonidos á inmensas distancias, reconocen las señales en las áridas malezas, y en las escarpadas y peladas rocas, donde ningun ojo humano mas que el suyo podria descubrir nada. No solo se descubren por ellos estos vestigios, sino que pueden decir qué tribu indiana ha pasado por alli, y la edad de los que hincaron sus plantas en el terreno. Si es considerable la disjuncion de uno y otro pie, los ilireses son quienes han pasado por alli: cuando la marca del talon es profunda, y ancha la impresion de los dedos, reconócese á los utchipueses: si el pie ha marchado de lado pertenecia de seguro á los pontonetamises: si solo se hallan dobladas las hojas superiores de la planta, y no las mas bajas, es la huella fugitiva de los hurones: si están los pasos vueltos hácia fuera, y caen á treinta y seis pulgadas el uno del otro, los europeos han dejado marcado su tránsito. Los indios marchan con la punta del pie hácia dentro, y ambos pies sobre una misma linea. Júzgase de la edad de los guerreros por la ligereza, lo corto ó lo largo de los pasos.

Cuando ni el musgo ni la yerba está húmeda

las huellas han sido practicadas la víspera: cuando los insectos corren ya por el musgo ó la yerba hollada cuentan cuatro ó cinco dias; y cuando se ha restablecido la fuerza vejetal del terreno apuntando nuevas hojas tienen las huellas de diez á doce dias: de forma que algunos insectos, algunas yerbas, y algunos dias borran los pasos y la gloria del hombre.

Reconocidas ya las huellas ponen los indios en el suelo sus oidos: y por la percepcion de un murmullo que el oido europeo no puede apreciar, juzgan la distancia á que el enemigo se encuentra.

Tornado el gefe al campo, hace apagar los fuegos, impone silencio, prohibe la caza y dispone que las canoas sean sacadas á tierra y escondidas entre los matorrales. Inmediatamente se sirve una gran comida, y se echan á dormir los guerreros.

La noche siguiente al primer descubrimiento del enemigo, se llama *noche de los sueños*. Todos los guerreros estan obligados á soñar y á referir al siguiente dia lo que han soñado, para que pueda juzgarse del éxito de la empresa.

El campo ofrece entonces un espectáculo singular: algunos salvages se levantan y caminan entre las tinieblas murmurando sus cánticos de muerte, á los cuales añaden algunas palabras semejantes á estas:

«Yo me tragaré cuatro serpientes blancas, y arrancaré las alas á una águila roja!»

Tal es, ó semejante, el sueño que ha tenido el guerrero, y que mezcla á su cancion. Sus compa-

ñeros estan obligados á adivinar la significacion de este sueño: si no lo consiguen, queda el soñador libre del servicio. En el que dejamos dicho las cuatro serpientes blancas pueden representar cuatro europeos que debe el soñador matar; y el águila roja un indio á quien arrancará la cabellera.

Hubo un guerrero, que en la *noche de los sueños*, aumentó su cántico de muerte con la historia de un perro cuyas orejas eran de fuego: y como no pudo obtener esplicacion de su ensueño, se volvió á su cabaña. Estas costumbres que participan del carácter infantil, podrian ser favorables á la cobardia entre los europeos; pero entre los salvages del Norte de América no tienen este inconveniente: alli no se vé en estos sueños mas que un acto de la voluntad libre y caprichosa de que el indio no se separa jamas, cualquiera que sea el hombre al cual se somete un instante por razon ó por capricho.

En la *noche de los sueños*, los jóvenes temen mucho que el agorero haya soñado mal: es decir, que haya tenido miedo: el agorero con solo un mal sueño, puede hacer retroceder al ejército, aun cuando lleve caminadas ya doscientas leguas. Si algun guerrero ha creido ver los espíritus de sus padres ó se ha figurado oir su voz obliga asimismo á que el campo retroceda: la absoluta independencia y la religion sin luces, gobierna las acciones de los salvages.

Si ningun sueño ha desconcertado la espedicion, el ejército continua su marcha: las *mujeres pintadas* se quedan detras con las canoas y envianse delante veinte guerreros de los que han

hecho el juramento de los amigos (1). El órden mas completo, y el silencio mas profundo reinan desde entonces en todo el ejército: los guerreros marchan á la desfilada, de modo que el que sigue pone el pie en el lugar en que ha puesto la planta el que le precede: con esto se evita la multiplicidad de las huellas: para mayor precaucion el guerrero que cierra la marcha va esparciendo, en pos de sí, polvo y hojas secas. El gefe ocupa la cabeza de la columna: guiado por los vestigios que ha dejado el enemigo recorre las sinuosidades, á traves de los matorrales semejante al mas astuto sabueso. De tiempo en tiempo hacen alto, y escuchan con la mayor atencion. Si entre los europeos la caza es la imágen de la guerra, entre los salvages la guerra es imágen de la caza: el indio persiguiendo á los hombres aprende á descubrir á los osos. El general mas hábil en el estado de la naturaleza, es el mas fuerte y vigoroso cazador: las cualidades intelectuales, las combinaciones sabias, el uso perfecto del juicio, forman los grandes capitanes en el estado social.

Los descubridores guerreros, traen algunas veces unos haces de cañas, cortadas recientemente los cuales son los carteles de desafio: cuéntanse las cañas: su número indica el de los enemigos. Si las tribus que en otros tiempos dirigian estos desafios eran conocidas por su franqueza militar, como la de los hurones, los haces de juncos decian exactamente la verdad: si por el contrario, eran célebres por su genio político, como la de los iroque-

(1) V. los *Natchez*.

ses, las cañas aumentaban ó disminuian la fuerza numérica de los combatientes.

Tan pronto como se ofrece ante la vista el sitio en que el enemigo ha estado acampado el dia anterior, le exaniman con el mas escrupuloso cuidado, y segun la construccion de las chozas, reconocen los gefes las diversas tribus de una misma nacion, y sus diversos aliados. Las chozas que solo tienen un poste á la entrada son de los ilíneses: la adicion de una sola pertiga, su mayor ó menor inclinacion es un indio. Las chozas redondas son de los utueses: los que tienen el techo llano y levantado, anuncia *carnes blancas*. A veces sucede que los enemigos, antes de haber sido encontrados por la nacion que los busca, han batido á una partida aliada de dicha nacion; y para intimidar á los que vienen en su segimiento, dejan en pos un monumento de su victoria. Un dia se encontró un corpulento abedul despojado de su corteza; sobre la blanca y desnuda carne estaba trazado un óvalo, en que se destacaban, pintados de negro y rojo, un oso, una hoja de abedul roida por una mariposa, diez círculos, cuatro esteras, una ave volando, una luna sobre gavillas de maiz, una canoa y tres chozas: un pie de hombre, y veinte cabañas: una lechuza y un sol en su ocaso: otra lechuza, tres círculos y un hombre acostado: una macana y treinta cabezas colocadas sobre una línea recta: dos hombres en pie sobre un pequeño círculo; y en fin, en un arco, tres líneas.

El óvalo y sus geroglíficos designaba un gefe ilines llamado Atabú, el cual era reconocido por aquellas señales, que eran las que tenia en el rostro: el oso era el manitú de aquel gefe: la hoja

de abedul roida por una mariposa, representaba el símbolo nacional de los ilineses: los diez círculos espresaban el número de mil guerreros, pues cada círculo significaba ciento: las cuatro esteras proclamaban cuatro ventajas obtenidas: el pájaro volando marcaba la partida de los ilineses: la luna sobre las gavillas del maiz, significaba que esta partida se habia verificado en la luna del trigo verde: la canoa y tres chozas, que los mil guerreros habian navegado tres dias: el pie de hombre, y las veinte cabañas denotaban veinte dias de marcha por tierra: la lectura constituia el símbolo de los chicasas: el sol en el ocaso señalaba que los ilineses habian llegado al O. del campo de los chicasas: la lechuza, los tres círculos, y el hombre acostado, equivalia á decir que durante la noche habian sido sorprendidos trescientos chicasas: la macana y las treinta cabezas colocadas sobre una línea recta declaraban que los ilineses habian muerto treinta chicasas. Los dos hombres en pie sobre un pequeño círculo manifestaban que habian hecho veinte prisioneros: las tres cabezas en el arco contaban tres muertos de parte de los ileneses; y en fin, las tres líneas anunciaban tres heridos.

Un gefe de guerra debe saber esplicar rápida y precisamente estos emblemas; y por los conocimientos que posee de la fuerza y de las alianzas del enemigo, debe juzgar de la mayor ó menor exactitud histórica de estos trofeos. Si toma el partido de avanzar, á pesar de las supuestas ó verdaderas victorias del enemigo, se prepara el combate.

Despáchanse nuevos esploradores, que avanzan agachándose por los matorrales: algunas veces

tienen que andar á gatas. Súbense á los mas altos árboles, y cuando descubren las hostiles chozas, vuélvense al campo inmediatamente para participar al gefe la presencia del enemigo. Si es fuerte la posicion que este ocupa, se encamina el medio de hacer una estratagema para hacérsela abandonar.

Una de las mas comunes es la de imitar las voces de los animales montaraces. Dispérsanse algunos jóvenes por los bosques, fingiendo el bramido de los venados, el mugido de los búfalos, ó el graznido de las zorras. Los salvages estan acostumbrados á esta treta; pero es tal su pasion por la caza, y tan perfecta la imitacion del acento animalesco, que rara vez dejan de caer en este lazo. Abandonan su campo, pues, y caen en la emboscada que se les prepara. En este caso procuran replegarse sobre un terreno defendido por algunos obstáculos naturales, tales como una calzada en algun terreno pantanoso, ó una lengua de tierra entre dos lagos.

Cercados estonces en este terreno, se les vé, en vez de abriese paso, dedicarse tranquilamente, á diferentes juegos, como si se hallasen en sus pueblos: dos ejércitos de indios solo en último estremo se determinan á emprender ó sostener un ataque sangriento; prefieren luchar con la fuerza de la astucia y de la paciencia; y como ni uno ni otro ejército tiene víveres, ó los que bloquean un desfiladero se ven obligados á retirarse, ó los que en él se han fortificado tienen que abrirse paso forzosamente.

La refriega es horrible: es un gran duelo semejante á los combates de los antiguos: el hom-

bre mira al hombre; y en la espresion del humano mirar, animada por la cólera, existe un no sé que de contagioso, y temible que se comunica. Los gritos de muerte, las cancionos guerreras, y los ultrajes mútuos hacen resonar el campo de batalla: los guerreros se insultan, asi como se insultaban los héroes de Homero: todos se conocen por sus nombres.

—¿No te acuerdas, se dicen, del dia en que deseabas que tus pies tuviesen la celeridad del viento para poder huir de mi flecha? Vieja cobarde! yo haré que traigas sagamita nueva y ardiente casina en el nudo de la caña.

—Gefe parlanchin y deslenguado, contestan los otros: bien se vé que estás acostumbrado á manejarte con mujeres!.... eres un cobarde!.... tu lengua se asemeja á la hoja del povo, que se está moviendo de contínuo.

Los guerreros se echan en cara tambien sus imperfecciones físicas; danse, pues, los epitetos de vizco, cojo, enano, etc. estas heridas que recibe el amor propio hacen estallar la rabia.

La terrible costumbre de *escalpar* al enemigo, aumenta la ferocidad del combate. El vencedor pone el pié sobre el cuello del vencido: con la mano izquierda afianza el copete del cabello que los indios se dejan en el vértice de la cabeza, y con un cuchillo estrecho de que va prevenido, en la mano derecha, traza un círculo en el cráneo al rededor de la cabellera. El guerrero vencedor arranca con tal destreza este trofeo que los sesos quedan en descubierto, sin que haya llegado á tocarles la punta del instrumento.

Cuando dos falanges enemigas entre sí, de fuer-

za desigual, se presentan en campaña rasa, los débiles abren unos hoyos en tierra, métense en ellos, y se baten asi: de la manera que en las plazas fuertes, las obras casi al nivel del suelo, presentan á las balas muy poca superficie. Empero entonces los sitiadores, arrojan sus flechas, á guisa de bombas, con tanto acierto que van á clavarse precisamente sobre las cabezas de sus enemigos sitiados.

Los honores militares son concedidos en mas profusion á aquellos que se han señalado mas, dando la muerte á muchos enemigos; y se les permite adornarse con plumas de Killou. A fin de evitar injusticias en esta adjudicacion de premios, las flechas de cada guerrero tienen una marca particular; por este medio, al sacarlas del cuerpo de la víctima, se conoce la mano que las ha disparado.

El arma de fuego no puede dar testimonio dé la gloria de su dueño: cuando se suelta con bala, hacha ó macana, se cuentan las hazañas por el número de cabelleras arrancadas.

Mientras dura el combate, es muy raro que sea obedecido el gefe, quien por otra parte tampoco procura hacer otra cosa mas que distinguirse personalmente. Rara vez los vencedores siguen el alcance de los vencidos: permanecen en el campo de batalla para desnudar á los muertos, amarrar á los prisioneros, y celebrar el triunfo con canciones y danzas. Lloran por los enemigos que han perecido, los cuerpos de éstos se esponen sobre las ramas de los árboles en medio de los mayores y mas dolorosos lamentos y clamores, los cadáveres de los enemigos permanecen tendidos en el suelo.

El campo destaca un guerrero que lleva á la

nacion la noticia de la victoria, y del regreso del ejército (1): reúnense entonces los ancianos; y el gefe de la espedicion hace al consejo el relato de las operaciones del ejército, y con arreglo á él se decide continuar la guerra ó negociar la paz.

Si se opta por este último estremo, se conservan los prisioneros como uno de los medios para vencer; pero si se determina la prosecucion de la guerra los prisioneros son entregados al suplicio. Remito á mis lectores á los episodios de *Atala* y de los *Natchez*, pues en ellos podrán familiarizarse con estos pormenores. Las mujeres, por lo general, se muestran muy crueles en estas venganzas: ellas despedazan á los prisioneros con las uñas, los hacen trozos con los instrumentos de los trabajos domésticos, y disponen la comida de su carne. Esta se come asada ó cocida: los antropófagos conocen perfectamente las mas suculentas partes de su víctima. Los que no devoran á sus enemigos, beben su sangre cuando menos, y con ella se pintorrean rostro y pecho.

Las mujeres tienen un filantrópico y caritatívo priyilegio: ellas pueden salvar los prisioneros adoptánd olos por hermanos ó esposos en el combate. Esta' adopcion confiere los derechos de la naturaleza y no hay ejemplo de que una vez adoptado un prisionero, haya hecho traicion á la familia de que ha venido á ser miembro, ni haya mostrado menos ardimiento que sus nuevos compatriotas, peleando contra su antigua nacion. De aqui suelen nacer las mas patéticas aventuras: muy á menudo se encuentra un padre frente á frente con su hijo:

(1) V. el libro 11 de los Natchez.

si el hijo derriba al padre en el suelo, le deja ir libre por la vez primera, diciéndole:

—Tú me has dado la vida: yo te la devuelvo: nada, pues, nos debemos. Por tanto, no te presentes delante de mí, pues en ese caso te arrancaré la cabellera.

A pesar de esto no es completa la libertad que gozan los adoptados: si ocurre que la tribu en que viven sufre algun contratiempo, son asesinados; y la mujer que se ha encargado de un niño le divide en dos partes con un golpe de hacha.

Los iroqueses tan célebres en otro tiempo por su crueldad con los prisioneros, tenian una costumbre que parecia habian tomado de los romanos: ella anunciaba el genio de un gran pueblo. Consistia esta en incorporar á la nacion vencida en su propia nacion, sin reducirla á esclavitud, y sin obligarla siquiera á adoptar sus leyes: sometíanla únicamente á sus costumbres.

No quemaban sus prisioneros todas las tribus: contentábanse algunas con hacerlos esclavos: los sachems, partidarios rígidos de las antiguas costumbres, deploraban esta humanidad, que segun ellos era una degeneracion de la virtud primitiva. El cristianismo estendiéndose entre los indios contribuyó mucho á suavizar aquellos indómitos caracteres. Los misioneros obtenian la abolicion de los sacrificios humanos, en nombre de un Dios sacrificado por los hombres: fijaban la cruz en el lugar que ocupaba el tronco del suplicio, y la sangre del prisionero era rescatada por la preciosa sangre de Jesucristo.

RELIGION.

Los europeos encontraron, al arribar á América, algunas religiosas creencias entre sus pobladores salvages, las cuales estan casi completamente olvidadas. Los pueblos de la Luisiana, asi como los de la Florida, por lo general, adoraban al Sol, asi como los peruanos y los megicanos. Tenian erigidos sus templos, poseian sus sacerdotes ó agoreros, y ejecutaban sus sacrificios; empero á este culto del M., unian el de alguna divinidad del N.

Verificábanse los públicos sacrificios á la orilla de los rios, y se hacian en ocasion de la paz ó de la guerra, asi como en los cambios de estacion. Los sacrificios particulares se verificaban en las mismas chozas: arrojábanse al viento las profanas cenizas, y se encendia un fuego nuevo. La ofrenda que él hacia á los buenos y á los malos

genios, consistia en pieles de animales, en utensilios domésticos, y en armas y collares, todo de escaso valor.

Pero todos los indios tenian una supersticion comun, que puede decirse es la única que han conservado: esta es la de los *manitús*. Cada salvage tiene su manitú, asi como cada negro tiene su fétiche: suele este ser un pájaro, un pez, un cuadrúpedo, un reptil, un guijarro, un trozo de madera, un giron de tela, un objeto de color, ó un adorno americano ó europeo. El cazador pone el mayor cuidado en no matar ni herir al animal que ha escogido por manitú: cuando sucede esta desgracia, hace todos los esfuerzos y diligencias imaginables para aplacar los manes del difunto dios; empero no queda tranquilo hasta tanto que sueño otra diverso manitú.

Grande es el papel que hacen los sueños en la religion del salvage; su interpretacion es una ciencia: sus ilusiones se miran como realidades. En los pueblos civilizados acaece comunmente todo lo contrario: las realidades son ilusiones.

Entre las indígenas naciones del Nuevo-Mundo, no está impreso distintamente el dogma de la inmortalidad del alma; pero todas tienen de él una idea confusa, como de ella dan testimonio sus usos, sus fábulas, sus fúnebres ceremonias, y su piedad para con los muertos. Los salvages lejos de negar la inmortalidad del alma, la multiplican de un modo prodigioso, al parecer la conceden á los espíritus de los irracionales, desde el insecto hasta el reptil, desde el pez hasta el ave, y hasta el mayor cuadrúpedo. Unos pueblos que creen y oyen espíritus por todas partes, es natural que supongan

que llevan en sí mismos alguno de aquellos: es natural que imaginen que los animados seres compañeros de su soledad, poseen tambien sus inteligencias divinas.

Entre las naciones del Canadá, existia un completo sistema de fábulas religiosas, en las cuales se observaban con admiracion, algunos vestigios de las ficciones griegas y de las verdades bíblicas.

La Gran-Liebre, reunió cierto dia sobre las aguas á toda su corte, compuesta del alce, el corzo, el oso, y los demas cuadrúpedos. Sacó del fondo de un gran lago un grano de arena, del cual formó la tierra, asi como los hombres de los cuerpos difuntos de diversos animales.

Hay otra tradiccion que hace de Areskui, ó Agresgue, dios de la guerra, el ser supremo, ó Grande-Espiritu.

La Gran-Liebre; fue contrariada en sus designios: Michabú, dios de las aguas llamado el Gran-Gato-Tigre, se opuso á la empresa de la Gran-Liebre: y teniendo esta que combatir á Michabú solo pudo crear seis hombres, uno de los cuales subió al cielo, y tuvo comercio con la hermosa Athaensic, diosa de las venganzas. La Gran-Liebre, echando de ver que Athaensic estaba en cinta, le dió una coz, y la precipitó en la tierra, en la cual cayó, precipitándose contra la espalda de la Tortuga.

Pretenden muchos guerreros que Athaensic tuvo dos hijos, uno de los cuales mató al otro; pero generalmente se cree que solo dió á luz una hija la cual fué madre de Talmet-Saron, y de Juskeka. Este mató á aquel.

Algunas veces se toma por la luna á Athaensic y á Juskeka por el sol. Entre los natchez Athaensic, diosa de la venganza era la *Mujer-Gefe* de los manitús del mal, asi como Juskeka de los del bien.

La raza de Juskeka, quedó casi estinguida á la tercera generacion; porque el Grande-Espíritu, envió un diluvio. Mesú, por otro nombre Saketchak, viendo aquella inundacion, envió un cuervo para que examinase el estado en que habian quedado las cosas, pero esta ave de rapiña desempeñó mal su cometido. Mesú envió entonces al raton de almizcle, quien le trajo un poco de limo. Entonces restableció Mesú la tierra en su primitivo estado disparó algunas flechas sobre los troncos de los árboles, que aun permanecian en pié, y aquellas flechas fueron convertidas en ramas. Movido de reconocimiento, se casó inmediatamente con la hembra del raton de almizcle, y de este matrimonio partieron todas las razas de hombres que hoy pueblan el mundo.

Estas fábulas tienen tambien sus variaciones: segun algunos, no fue Mesú quien hizo cesar la inundacion, sino la tortuga, sobre la cual cayó del cielo Athaensic: esta tortuga, nadando, separó las aguas con las patas y descubrió la tierra; por manera que es la venganza la madre de la nueva raza de los hombres.

Despues de la Gran-Liebre, es el Gran-Castor el mas poderoso de los manitús: él formó el lago Nipisinque, las cataratas que se hallan en el rio de los Ontaneses, que sale del Nisipinque, con los restos de las calzadas que para formar el lago habia construido el Gran-Castor, enterrado en la

cumbre del monte á que dió su propia forma: ninguna nacion pasa al pié de este sepulcro, sin fumar en su honor.

Michabú, Dios de las aguas, nació en Mechillinakinac, sobre el estrecho que une el lago Huron con el Michigan. De allí se trasladó al estrecho; puso un dique en el salto de Santa Maria, y deteniendo las aguas del lago Alimipigon, hizo el lago superior para coger á los castores. Michabú aprendió de la araña á tejer redes, y despues enseñó á los hombres el mismo arte.

Hay algunos sitios amados particularmente de los genios. Dos jornadas mas abajo del salto de San Antonio, se ve la grande Wakon-Teebe (caberna del Grande Espíritu), donde hay un lago subterráneo, cuya profundidad es desconocida; y cuando en él se arroja una gran piedra, lanza la Gran-Liebre un espantoso grito. En la piedra de la bóveda han grabado los espíritus algunos caracteres.

Al ocaso del lago superior existen unas montañas formadas de piedras, que brillan como en invierno el hielo de las cataratas. Detras de estas montañas se estiende un lago mucho mayor que el superior. Michabú siente hácia este lago y monte una particular predisposicion (1); pero el Grande-Espíritu, reside esencialmente en el lago superior, donde se le ve mecerse á la luz de la luna. Tambien le place coger el fruto de un grosellero

(1.) Esta tradicion antigua de una cadena de montes, y de un inmenso lago, situados al NO. del lago superior, indica suficientemente los montes Roqueños, y el Océano Pacífico.

que cumbrea la costa meridional de este lago. Sentado muchas veces en la punta de una roca, desencadena las tempestades. Habita una isla del lago que lleva su nombre, y alli van á disfrutar de los placeres de la caza las almas de los guerreros muertos en el campo de batalla.

En otro tiempo salia una montaña de cobre del centro del lago sagrado; pero fue arrebatada por el Grande-Espíritu, y trasladóla á otra parte hace largos siglos: el sacudimiento que en la montaña produjo este cambio, asi como el acto de su separacion, dejó sembradas aquellas riberas con piedras del mismo metal: ellas tienen la singular virtud de hacer invisibles á aquellos que en su compañia las llevan. La desgracia está en que el Grande-Espíritu ha prohibido que estas piedras sean tocadas por los hombres. Ciertos algonquines tuvieron en una ocasion la osadia de llevarse unas mas apenas tornaron á sus canoas, cuando saliendo de entre las selvas un manitú de mas de sesenta pies de alto, comenzó á perseguirles: apenas le llegaban las olas á la cintura, y los algonquines acosados de este modo, se vieron precisados á arrojar en el lago el tesoro que habian arrebatado.

El Grande-Espíritu, hizo cantar en las orillas del lago Huron á la Liebre Blanca, como si fuese un pájaro, y al pájaro azul le inspiró el acento del gato.

La *yerba de la pulga* fue plantada por Athaensic en las islas del lago Erie: si un guerrero se atreve á mirar esta yerba, es atacado por la fiebre inmediatamente: si la toca, se estiende un fuego sutil sobre sus pies. Athaensic plantó tambien á la

orilla del mismo lago, el cedro blanco, para destruir la raza de los hombres: el vapor de este árbol hace que muera el niño en el propio seno de su madre, asi como la lluvia destruye el racimo sobre la vid.

La Gran-Liebre comunicó gran sabiduria al buho del lago Erié. Esta ave nocturna, caza ratones en el verano; los mutila, y se los lleva vivos á su guarida: allí los engorda para disfrutarlos durante el invierno. No deja de asemejare el buho á los tiranos de los pueblos.

En la catarata del Niágara habia el genio formidable del iroques.

Cerca del Ontario los machos de las palomas torcaces se precipitan en el rio Jeneso al romper el dia: seguidos por la tarde de igual número de hembras, se van á buscar á la bella Eudaé, que fue sacada de la morada de las almas con el canto de su esposo.

La avecilla del lago Ontario hace la guerra á la serpiente negra: he aqui la ocasion que dió orígen á ella.

Hondiun, era un famoso caudillo de los iroqueses, constructores de cabañas: vió á la jóven Almilao, y quedó prendado de sus gracias. Bailó de cólera tres veces porque Almilao era hija de la nacion de los hurones, enemigos de los iroqueses. Sin embargo, volvióse á su choza, diciendo:

---No importa.

Pero el espíritu del guerrero no raciocinaba así.

Permaneció por espacio de dos soles tendido sobre la estera; pero sin poder dormir: el tercer sol cerró los ojos, y habiendo visto un oso durante su sueño, se preparó para morir.

Púsose en pié, tomó una arma, y atravesando las selvas, llegó á la choza de Almilao, que se hallaba en pais enemigo. Era de noche.

Almilao oye pasos dentro de su cabaña, y esclama:

---Akuesan: siéntate sobre mi estera.

Hondiun se sentó en la estera sin hablar palabra. Su corazon estaba henchido de Athaensic y de su cólera. Almilao estrechó sin reconocerlo al guerrero iroqués, y buscó con sus amorosos labios, los labios de aquel hombre. Hondiun, amo á Almilao como á la luna!...

Entre tanto Akuesan el abenaqui, aliado de los hurones, llega durante las tinieblas, y se aproxima á la estera. Dormian los amantes; Akuesan, sin echar de ver á Hondiun, se introdujo al lado de Almilao: Hondiun permanecia sobre la estera envuelto en las pieles que la cubrian, y embelesando lo niños de Almilao.

Hondiun se despierta: tiende la mano, y toca la cabellera de un guerrero. Su grito de guerra hizo estremecer la cabaña: acuden los sachems de los hurones; pero ya no existia el abenaqui Akuesan.

Hondiun, caudillo iroqués, es atado entonces al poste de los prisioneros, y entona su cántico de muerte. Llama á Almilao en medio del fuego, y convida á la jóven hurona á que le devore el corazon. Almilao lloraba y sonreia al mismo tiempo: sus labios espresaban la vida y la muerte.

La Gran-Liebre, hizo que el alma de Hondiun se introdujese en la serpiente negra; mientras que á la de Almilao señaló como estancia la avecilla del lago Ontario. Entonces la avecilla acometió á

la serpiente negra y la mató de un picotazo. Akuesan fue convertido en hombre marino.

La Gran-Liebre, hizo una gruta de mármol verde y negro en la tierra de los abenaquises, y plantó un árbol en el lago salado (el mar), á la entrada de la gruta. Todos los esfuerzos de las carnes blancas fueron inútiles para arrancar este árbol. Cuando las tempestades agitan el lago sin riberas, la Gran-Liebre baja de la roca azul, y va á llorar bajo el árbol á Hondiun, Almilao y Akuesan.

Hé aqui como las fábulas de los salvages conducen al viajero desde el centro de los lagos del Canadá hasta las costas del Atlántico. Moisés, Lucrecio y Ovidio, han legado al parecer á aquellos pueblos, el primero su tradicion, el segundo su física errónea, el último sus metamórfosis En todo esto hay bastante religion, bastante mentira, y poesía suficiente para instruirse, estraviarse ó consolarse.

GOBIERNO.

LOS NATCHEZ.

Despotismo en el estado de la naturaleza.

Se ha confundido casi siempre el estado de la naturaleza con el estado salvage: de este error ha nacido el figurarse que los salvages no tenian gobierno, y que cada familia era gobernada simplemente por su padre ó por su gefe: que una caceria ó una guerra, reunia ocasionalmente á las familias en un interes comun; pero que despues de satisfecho este, tornaban las familias á su aislamiento, é independencia.

Estos son manifiestos, errores. Entre los salvages se encuentra el tipo de todos los gobiernos conocidos en los pueblos civilizados, desde el despotimo hasta la república, pasando por la monarquia limitada, ó obsoluta, electiva ó hereditaria.

Los indios de la América septentrional conocen las monarquias y repúblicas representativas: el federalismo es una de las formas políticas mas comunmente adoptadas por ellos, porque la estension de sus desiertos habia hecho para la ciencia de sus gobiernos lo que el esceso de la poblacion ha producido para los nuestros.

El error en que se ha incurrido á cerca de la existencia política del gobierno salvage, es tanto mas estraño, cuanto que el conocimiento que tenemos de la historia griega y romana, debieran habernos ilustrado; pues dichos imperios tuvieron en su orígen instituciones muy complicadas.

Las leyes políticas nacen entre los hombres antes que las civiles, que á primera vista debian precederlas; pero es un hechó que el *poder* se establece y reglamenta antes que el *derecho*; porque los hombres necesitan defenderse contra la arbitrariedad, antes de fijar sus relaciones recíprocas.

Las leyes políticas nacen espontáneamente con el hombre, y se establecen sin antecedentes; por esta razon se encuentran en las mas bárbaras hordas. Las leyes civiles, por el contrario, nacen de las costumbres: lo que era una costumbre religiosa, con respecto al casamiento de una jóven y un mozo, el nacimiento de un hijo, ó la muerte de un padre de familia, se transforma en ley por el curso del tiempo. La propiedad particular desconocida por los pueblos cazadores, es otro orígen de leyes civiles que falta en el estado de la naturaleza: de aqui es que entre los indios de la América septentrional, no existia código de penas y delitos. Los crímenes contra cosas y personas se castigaban por las familias, y no por la ley: la venganza

era la justicia: el derecho natural perseguia entre los salvages lo que el derecho público alcanza entre los hombres civilizados.

Ante todo reunamos los rasgos comunes á todos los gobiernos de salvages, y entraremos despues en el pormenor de cada uno de ellos.

Las naciones indianas estan divididas en tribus, y cada una de estas tiene un gefe hereditario, diferente del gete militar, cuyo orígen se deriva de la eleccion, como sucedia entre los antiguos germanos.

Las tribus tienen nombre particular como la tribu del águila, del oso, del castor, etc. Los emblemas que sirven para distinguir las tribus, son sus estardartes en la guerra, y el sello con que autorizan sus tratados.

Los gefes de las tribus y de las divisiones de estas, toman nombres de algunas cualidades, ó de algun defecto de su entendimiento ó persona; asi como de cualquier circunstancia de su vida. Por esta regla llaman el uno, *Bisonte blanco, otro Pierna rota, ó Boca lisa, ó Dia sin sol, el Saetero, la Voz hermosa, el Matador de castores, el Corazon de fuego*, etc.

Lo mismo acontecia en Grecia. En Roma tomó Coclés su nombre de los ojos; y Ciceron de la berruga y de la industria de su abuelo. La historia moderna nombra sus reyes y guerreros; *el Galvo, el Tartamudo, el Rojo, el Cojo, Martel ó Martillo, Capeto, ó Cabeza gorda*, etc.

Los consejos de las naciones indianas se componen de los gefes de las tribus, de los caudillos militares, de las matronas, de los oradores, de los profetas ó agoreros, y de los médicos; pero estos con-

sejos varian segun la constitucion de los pueblos.

El espectáculo de un consejo de salvages es muy pintoresco. Cuando se ha determinado la ceremonia de la pipa, toma palabra un orador: los miembros del consejo estan sentados ó tendidos en el suelo en actitudes diversas: unos completamente desnudos, solo se hallan envueltos con una piel de búfalo: otros pintados de pies á cabeza, son semejantes á estátuas egipcias: otros agregan adornos europeos á los adornos salvages. Sus rostros se ven abigarrados, llenos de colores diversos, ó pintoreado de negro y blanco. Escuchan al orador con la mayor atencion; y á cada pausa de su discurso son acogidas las palabras que profiere con el grito de aprobacion *¡oah!... ¡oah!*

Naciones tan sencillas parece que no debieran tener nada que debatir en política, pero es un hecho que no admite réplica. En los parlamentos en los indios, ora se trata de enviar una embajada á una tribu para felicitarle por sus victorias, ó se discute un pacto de alianza que se ha de concluir ó renovar; ó una esplicacion que debe exigirse por la violacion de un territorio, ó una diputacion que ha de partir á llorar la muerte de un gefe, ó un voto que ha de darse á una dieta, una mediacion que ha de ofrecerse ó aceptarse para que ciertos pueblos depongan las armas; ó en fin, una balanza que ha de mantenerse para que tal ó cual nacion no se haga tan poderosa que pueda atacar ó amenazar la libertad de las demas. Todos estos negocios se dilucidan con órden, aduciéndose con claridad las razones en pro y contra. Se han conocido sachems que poseian á fondo todas estas materias, que hablan con una

profundidad de juicio y de provision á que pocos hombres de estado en Europa pueden alcanzar.

Las deliberaciones de este congreso se marcan en unos collares, archivos del estado, que contienen los pactos de guerra y los tratados de paz y de alianza, con todas sus cláusulas y condiciones. En otros collares se conservan las arengas pronunciadas en los diversos consejos; y ya dejo mencionado en otro lugar la artificial memoria de que usaban los iroqueses para retener un largo discurso. Dividíase el trabajo entre algunos guerreros: estos por medio de unos huesecillos aprendian de memoria, ó mas bien escribian en ella, la parte de discurso que estaban encargados de reproducir. (1)

Los decretos de los sachems suelen grabarse sobre los árboles con enigmáticos signos. El tiempo que roe nuestras antiguas crónicas, destruye tambien las de los salvages, pero de un modo diferente, que estiende una nueva corteza sobre el papies que contiene la historia del indio. Al cabo de pocos años desaparece el indio y su historia bajo la sombra del mismo árbol.

Tratemos ahora de las instituciones de los gobiernos indios, comenzando por el despotismo.

Debe observarse ante todo que do quiera que se halla establecido el despotismo existe una especie de civilizacion física, tal como la que se encuentra entre la mayor parte de los pueblos

(1) Véase en los Nathez la descripcion de un consejo de salvages, celebrado sobre la roca del lago, cuyos detalles son rigurosamente históricos.

del Asia, y como existia en Méjico, y en el Perú. El hombre que ya no puede intervenir en los negocios públicos, y que entrega su vida á un dueño como un bruto, ó como un niño, puede dedicar todo el tiempo á procurarse la felicidad material. En el sistema de la esclavitud que somete á este hombre otros brazos que los suyos, estas máquinas-aran su campo, hermosean su habitacion, fabrican sus vestidos, y preparan su comida. Pero esta civilizacion del despotismo cuando llega á cierto punto, permanece estacionaria; porque el tirano superior que consiente en tolerar algunas tiranias particulares se reserva siempre derecho de vida y muerte sobre sus vasallos; y estos procuran contenerse en una mediania que no escite ni la codicia, ni los celos del poder.

El lujo y la administracion, comienza pues, bajo el imperio, pero en una escala que impide desarrollar la industria, y que la luz haga que el genio del hombre llegue hasta su libertad.

Fernando de Soto halló en las Floridas algunos pueblos de esta clase, y fue á morir á la orilla del Misisipi. Sobre este gran rio se estendia la dominacion de los natchez, originarios de Méjico: ellos no abandonaron este pais hasta que cayó el trono de Motezuma. La época de la emigracion de los natchez coincide con la de los chicases, lanzados igualmente de su suelo natal por la invasion española.

Un gefe á quien llamaban Sol gobernaba á los natchez; aquel pretendia descender del astro del dia. La sucesion al trono se verificaba por la línea femenina; por manera que no era el mismo hijo del Sol el que le sucedia, sino el lujo de su herma-

na ó de su parienta mas próxima Esta que se llamaba muger-gefe tenia con el sol una guardia de jóvenes llamada Alueces.

Los dignatarios inferiores al Sol, eran los dos gefes de la guerra, los dos sacerdotes, los dos oficiales que entendian los tratados é inspector de obras y graneros públicos, hombre poderoso á quien llamaban Gefe de la harina; y los cuatro maestros de ceremonias.

Las cosechas que se hacian en comun y se hallaban bajo la salvaguardia del sol, fueron originariamente la causa principal del establecimiento de la tirania, porque siendo el monarca único depositario de la riqueza pública, se aprovechó de ella para hacerse partidarios: enriqueció á unos á costa de los demas, é inventó esa gerarquia de empleos que por la complicidad en su opresion interesa á una porcion de hombres en el sostenimiento del poder. El Sol se rodeó de sus satélites prontos á ejecutar sus órdenes; y al fin de algunas generaciones se formaron clases en el estado: aquellos que descendian de generales ú oficiales de los alueces, se consideraron nobles: su voto fue acatado, y entonces se inventaron multitud de leyes: cada individuo se vió obligado á entregar al sol una parte de su caza ó de su presa: si mandaba aquel cualquier trabajo estaban obligados todos á ejecutarle, sin recibir por ello ningun salario. Al imponer esta servidumbre se apoderó el sol del derecho de juzgar.

—Que me liberten de ese perro.

Esclamaba y obedecian sus guardias.

El despotismo del Sol, produjo el de la Mujer-Gefe, y el de los nobles despues: cuando una na-

cion cae en la esclavitud, se forma una cadena de tiranos, desde la primera hasta la última clase. El arbitrario poder de la Mujer-Gefe; tomó el carácter propio del sexo de esta soberana influyendo notablemente en las costumbres; la Mujer-Gefe se creyó autorizada para tener cuantos maridos y amantes quisiera; y en seguida hacia matar á los objetos de sus caprichos: no tardó en establecerse como principio que el jóven Sol en su advenimiento al trono podia hacer matar á su padre, si no era este noble.

La corrupcion de la madre del heredero del trono, se estendió á otras mujeres. Los nobles podian desflorar á las vírgenes, y aun á las esposas jóvenes en toda la nacion. El Sol habia llegado al estremo de prescribir una general prostitucion de mujeres asi cual se practicaba en ciertas iniciaciones babilónicas.

Y para que fuesen colmados tantos males, vino la supersticion que con todo su peso horrible oprimió á los Natchez. Los sacerdotes imaginaron como medio de dar fuerza á la tirania, degradar la razon del pueblo, y desde entonces fue un honor insigne, y una obra meritoria y heróica para el cielo darse la muerte sobre el sepulcro de un noble: habia jefes cuyo funeral llevaba consigo la muerte de mas de cien víctimas. Aquellos opresores parecia que no abandonaban durante la vida el poder absoluto, sino para heredar la tiranía de la muerte: el pueblo estaba tan amoldado á la esclavitud, que hasta obedecia á un cadáver. Aun mas. algunas veces se solicitaba con diez años de anticipacion el honor de acompañar al Sol al pais de las almas. El cielo permitia una justicia: aquellos

mismos alueces que habian fundado la tirania, recogian el fruto de sus obras, pues la opinion los obligaba á herirse con su puñal en las exequias de su señor; por manera que el suicidio venia á ser el digno ornamento de la fúnebre pompa del despotismo. Pero ¿de que servia al soberano de los natchez arrastrar consigo al sepulcro su propia guardia? Podria esta defenderle contra el eterno vencedor de los oprimidos.?

Habiendo muerto una Mujer-Gefe, su esposo fue ahogado por no ser noble: la hija mayor, heredera del poder de su madre, dispuso que se diese la muerte á doce niños: los doce cadáveres de estos fueron colocados al rededor de los de la antigua Mujer-Gefe, y de su esposo: los catorce cadáveres fueron espuestos al público, sobre un lecho mortuorio adornado pomposamente.

Catorce alueces tomaron sobre los hombros el lecho fúnebre, y la comitiva se puso en marcha. Iban á la cabeza, á paso lento, y de dos en dos los padres y madres de los niños difuntos, cuyos cadávares llevaban entre sus brazos: seguian al lecho funeral catorce víctimas, consagradas á la muerte, las cuales llevaban en las manos el cordon fatal que habian tejido sus propias manos. Rodeábanles sus parientes mas próximos. El cortejo cerraba con la familia de la Mujer-Gefe.

Los padres y madres que precedian á la comitiva, dejaban caer de diez en diez pasos los cuerpos de sus hijos: los que llevaban la litera caminaban sobre ellos: por manera que cuando llegaron al templo, caian á pedazos las carnes de aquellas tiernas hostias.

Detúvose la comitiva en el lugar del sepulcro:

alli desnudaron á las catorce personas que habian querido sacrificarse en obsequio de la difunta. Sentadas despues en el suelo, se colocó sobre las rodillas de cada cual un aluece, mientras que otro sujetaba por detras las manos de las víctimas. Hiciéronse tragar á estos tres pedazos de tabaco y un poco de agua; y despues les echaron un lazo al cuello del cual tiraron los parientes de la Mujer-Gefe, entonando cantares alusivos.

Dificil es concebir que un pueblo que no conocia la propiedad individual, y que ignoraba la mayor parte de las necesidades de la sociedad, llegase á sucumbir bajo semejante yugo. Por una parte unos hombres desnudos, representando la libertad de la naturaleza; por otra unas esacciones sin ejemplo; un despotismo que escede á lo que de mas formidable se ha visto en medio de los pueblos civilizados: la inocencia y las virtudes primitivas del estado político en su cuna, la corrupcion y los crímenes de un decrépito gobierno: qué monstruosa union!

Una revolucion sencilla, natural, casi sin necesidad de esfuerzos, libertó en parte á los natchez de sus cadenas. Agobiados bajo el yugo del Sol y de los nobles, se contentaron con retirarse á los bosques, y la soledad los hizo libres. El Sol permaneció en el *gran pueblo*; pero no teniendo ya nada que dar á los guardias, pues que ya no se cultivaba el campo comun, fue abandonado por estos mercenarios. Este Sol fue sucedido por un príncipe razonable, el cual no restableció los guardias: abolió los usos tiránicos, llamó de nuevo á sus vasallos, y les hizo amar su gobierno. Un consejo de ancianos formado por él, destruyó el principio

de la tirania restableciendo sobre nuevas bases la propiedad comun.

Las naciones salvages bajo el imperio de las ideas primitivas, tienen una aversion invencible á la propiedad particular, fundamento del órden social. De aqui nació entre algunos indios aquella propiedad comun, aquel campo público de las sementeras; aquellas cosechas depositadas en unos graneros de donde tomaba cada cual lo que le era necesario; pero de aqui tambien partió el poder de los gefes que tienen á su cargo estos tesoros, y que acaban por distribuirlos en pro de su ambicion.

Los natchez regenerados hallaron un medio de ponerse al abrigo de la propiedad particular, sin caer en el inconveniente de la propiedad comun. El campo público fue dividido en tantos lotes como habia familias: cada familia se llevaba á su casa la cosecha que uno de estos lotes producia. Destruyose por este medio el granero público, al propio tiempo que se conservó el campo comun; y como cada familia no recogia precisamente el producto del cuadro que habia sembrado y cultivado, no podia decir que tenia un derecho particular al goce de lo que habia recibido. No era ya la comunion de la tierra, sino la del trabajo la que constituia la propiedad comun.

Los natchez conservaron, sin embargo, el esterior y las formas de sus instituciones antiguas: no dejaron de tener una monarquia absoluta, un Sol, una Mujer-Gefe; y diferentes órdenes ó clases de hombres; pero todo esto no eran ya mas que recuerdos de lo pasado, recuerdos útiles á los pueblos, entre los cuales no conviene jamas des-

truir la autoridad de los abuelos. Siguieron manteniendo en el templo el fuego perpétuo; y ni siquiera tocaron las cenizas de los antiguos gefes depositados en aquel edificio; porque es un crímen violar el asilo de los difuntos: ademas el polvo de los tiranos da tan grandes lecciones, como el de los demas hombres.

LOS MUSCOGULGOS.

MONARQUIA LIMITADA EN EL ESTADO DE LA NATURALEZA.

Situados al Oriente del pais de los natchez, oprimidos por el despotismo, presentaban los muscogulgos en la escala de los gobiernos salvages la monarquia constitucional ó limitada.

Entre los muscogulgos y los siminoles se forma en la antigua Florida la confederacion de los creeks: su gefe se llama *Mico*, que equivale á nuestra palabra magistrado ó rey.

Reconocido Mico por el primer hombre de la nacion, recibe toda clase de muestras de respeto. Cuando preside un consejo se le tributan honores casi degradantes: cuando se halla ausente no se ocupa su asiento.

Mico convoca el consejo para deliberar á cerca de la guerra ó de la paz: á él se dirigen los embajadores y estrangeros que llegan á su nacion.

La monarquia de Mico es inamovible y electiva: nómbranla los ancianos, y este nombramien-

to se confirma por el cuerpo de guerreros. Para aspirar á la dignidad de Mico es indispensable haber derramado su sangre en los combates, ó haberse distinguido por su talento, su genio y su elocuencia. Este soberano que solo debe el poder á su mérito, se eleva sobre la confederacion de los creeks, como se eleva el sol para animar y fecundar la tierra.

Mico no lleva ningun distintivo de su dignidad: fuera del consejo es un simple sachem que se confunde con la multitud; habla, fuma y bebe con todos los guerreros: un estrangero no podria reconocerle. En el consejo mismo en que tantos honores recibe, no posee mas que su voto: toda su influencia está fundada en su talento: su consejo es seguido por lo general; porque su consejo casi siempre es el mejor.

La veneracion con que á Mico consideran los muscogulgos, es estremada. Si un jóven trata de hacer alguna cosa poco decente, le dice su compañero:

—Cuidado... que te mira Mico.

Y el jóven se contiene: puede llamarse esto el invisible despotismo de la virtud.

Mico goza sin embargo de una prerogativa asaz peligrosa. Entre los muscogulgos se hacen las cosechas en comun: cada familia despues de haber recibido su cuota, está obligada á llevar parte á un granero público, en el cual estrae Mico lo que quiere. El abuso de este privilegio, produjo entre los natchez la tirania de los Soles.

Despues de Mico está la autoridad mayor del estado en el consejo de los ancianos, quien decide de la paz y de la guerra, y ejecuta las órdenes

de Mico; ¡singular institucion política! En las monarquias de los pueblos civilizados el rey es el poder ejecutivo; y el consejo ó la asamblea nacional el legislativo poder: aqui sucede al revés: el monarca pronuncia y da leyes; que son ejecutadas por el consejo. Estos salvages habrán discurrido tal vez que era menos peligroso investir con el poder ejecutivo á un consejo de ancianos, que depositar este poder entre las manos de solo un hombre. Por otra parte, habiendo demostrado la esperiencia que un hombre solo de edad madura es mas á propósito que un cuerpo deliberante para elaborar las leyes, los muscogulgos han colocado el poder legislativo en su rey.

El consejo de los muscogulgos adolece de un vicio capital: nada representa moralmente, pues que su voluntad se halla supeditada por la inmediata influencia de un agorero, que le gobierna con el temor de los sortilegios, y con la adivinacion de los sueños. Los sacerdotes constituyen en aquella nacion un formidable cónclave que amenaza invadir y apoderarse de todos los poderes.

El gefe de la guerra independiente de Mico, ejerce un poder absoluto sobre la juventud armada; sin embargo, si la nacion corre algun inminente peligro, Mico pasa á ser por un tiempo limitado, general en el ejército, y magistado en la nacion.

He aqui el género del antiguo gobierno muscogulgo, aislado, considerado en sí mismo: vamos á examinarle bajo otros aspectos como gobierno federativo.

Los muscogulgos, altiva y ambiciosa nacion, son oriundos del O.; y se apoderaron de la Flo-

rida despues de haber estirpado á los yasnases sus primitivos habitantes (1). Poco despues, los siminoles llegados del E., se aliaron con los muscogulgos; y como estos eran los mas fuertes, obligaron á aquellos á entrar en una confederacion, en virtud de la cual los siminoles envian diputados á la poblacion de los muscogulgos; de modo que en parte se hallan gobernados por el Mico de estos últimos.

Ambas naciones unidas fueron llamadas por los europeos nacion de los creeks, dividiéndose en creeks superiores que eran los muscogulgos, y creeks inferiores que eran los siminoles. No satisfecha la ambicion de los primeros, llevaron la guerra al pais de los cheroqueses y chicasas, y la obligaron á entrar en la alianza comun: esta confederacion es tan célebre en el M. de la América septentrional, como en el N. de los iroqueses. Es cosa singular ver á los salvages procurar su reunion en una federativa república en el lugar mismo en que los europeos debian establecer mas adelante el mismo género de gobierno.

Algunos de los tratados hechos por los muscogulgos con los blancos estipulan que estos no venderán aguardiente en las naciones aliadas. En los

(1.) Son contradictorias y oscuras las tradiciones de las emigraciones indianas. Algunos autores respetables consideran á las tribus de las Floridas como restos de la gran nacion de los allighewis, habitantes del valle del Misisipi y del Ohio, de donde fueron echados por los siglos XII y XIII los lennilenaps (iroqueses y salvages delawares), horda nómada y belicosa venida del N. y del O., costas vecinas al estrecho de Behring.

lugares de los creeks solo se toleraba un mercader europeo, que disfrutaba de la salvaguardia pública. Jamás se violaban respecto á él las leyes de la mas exacta providad: este mercader podia transitar por donde queria tan seguro de su fortuna y de su vida, como seguro estaba del advenimiento del sol al morir las tinieblas.

Los muscogulgos son inclinados á la molicie y á las fiestas: cultivan los terrenos, poseen ganados y caballos de española raza, y esclavos tambien. El siervo trabaja en los campos, cultiva en el jardin las frutas y las flores, cuida del aseo de la cabaña y dispone la comida. En cambio es alojado, vestido y alimentado como sus propios amos. Si se casa, sus hijos quedan libres; por el nacimiento entran en el goze del derecho natural. La desgracia del padre y de la madre no pasa á su posteridad; porque los muscogulgos no quisieron que la servidumbre fuese hereditaria: bella leccion dada por los salvages á los hombres civilizados!

Sin embargo, tal es la esclavitud, que por muy suave que sea degrada las virtudes. El muscogulgo atrevido, bullicioso é impetuoso hasta el punto de no poder sufrir la menor contradicion, es servido por el *yamase*, tímido, silencioso, paciente y abyecto. Este yamase antiguo señor de las Floridas es sin embargo de raza indiana, y como héroe combatió por salvar el pais de la invasion de los muscogulgos; pero tuvo por enemiga á la fortuna. ¿Quién ha colocado tan larga distancia entre el yamase de nuestros dias? ¿Quién ha puesto tan inmensa sima entre el yamase vencido y el muscogulgo vencedor? Solo dos palabras: *servidumbre* y *libertad*!

Los pueblos muscogulgos están edificados de una forma particular: cada familia tiene casi siempre cuatro casas ó cabañas iguales, las cuales se dan frente mútuo, formando entre sí un patio con cuatro ángulos. Las cabañas construidas de tablas tienen por dentro y fuera una mano de pintura hecha de mortero rojo, semejante al color que produce la tierra de los ladrillos. El techo de estos edificios está formado por cortezas de cipres, colocadas como las conchas de la tortuga.

En el centro, y en el mas elevado estremo del lugar existe la plaza pública, rodeada de cuatro largas galerias. Una de estas es la sala del consejo que celebra sus sesiones diariamente para el despacho de los negocios. Divídese esta sala en dos por medio de un tabique longitudinal: con esto el departamento interior queda privado de luz, y solo puede entrarse en él por una muy baja abertura practicada al pie del tabique. En este santuario se hallan depositados los tesoros de la religion y de la política: los rosarios de cuernos de ciervo, la copa de la medicina, los chichikúes, la pipa de la paz, y el estandarte nacional, formado por una cola de águila. El Mico, el gefe de la guerra, y el gran sacerdote, son los únicos que pueden entrar en este formidable recinto.

La cámara esterior de la sala del consejo está dividida en tres partes por medio de tres pequeños tabiques á la altura de la mano. En estos tres balcones se elevan tres órdenes de gradas, apoyadas contra las paredes del santuario: sobre estos bancos cubiertos de esteras es donde se sientan los sachems y los guerreros.

Las otras tres galerias, que forman con la del

consejo el recinto de la plaza pública, están divididas igualmente cada una en tres partes; pero no tienen tabique longitudinal. Estas galerias se llaman *galerias del banquete:* en ellas se encuentra de contínuo una bulliciosa multitud que se entretiene en diversos juegos.

Los muros, tabiques y columnas de madera de esta galeria, están cubiertos de adornos y geroglíficos que encierran los secretos políticos y religiosos de la nacion. Estas pinturas representan hombres en actitudes diversas, pájaros y cuadrúpedos con cabezas de hombres, y estos con cabezas de aquellos. El dibujo de semejantes monumentos es animado y natural: el color vivo; pero aplicado sin conocimiento. El órden de la arquitectura de las columnas, varia en los pueblos segun la tribu que los habita: en Otases las columnas están truncadas en forma de espiral, porque los muscogulgos de Otases son de la tribu de la Serpiente.

En esta nacion hay una ciudad de paz y otra de sangre. La ciudad de paz es la capital de toda la confederacion de los creeks: llamase *Apalachucla.* En esta ciudad no se derrama sangre jamas: cuando se trata de declarar una paz general concurren alli los diputados de los creeks.

La ciudad de sangre se llama *Coveta* situada á doce millas de Apalachucla: en ella se delibera la guerra.

En la confederacion de los creeks son notables los salvages que habitan el hermoso pueblo de *Uche*, que consta de dos mil habitantes, los cuales pueden poner sobre las armas quinientos guerreros. Estos salvages hablan la lengua *savana* ó *savántica*, idioma que difiere radicalmente del mus-

cogulgo. Los aliados de Uche, ordinariamente, son en el consejo de diverso parecer que los demas, quienes los miran con cierta emulacion; pero en una y otra parte hay bastante prudencia para no llegar á un rompimiento.

Los siminoles menos numerosos que los muscogulgos solo tienen nueve pueblos todos situados sobre el rio Flint: no puede darse un solo paso por aquel pais, sin descubrir sábanas, lagos, fuentes y arroyos de agua riquísima. El siminol respira alegria, contento y amor: su marcha es agil, y su continente franco y sereno: sus ademanes descubren la actividad de su vida: habla mucho y con volubilidad: su lenguage es fácil y armonioso. Este carácter amable y ligero á un mismo tiempo, es tan pronunciado en este pueblo, que sus individuos apenas pueden tomar un continente grave en las políticas asambleas de la confederacion.

La estatura de siminoles y muscogulgos, es elevada: por un estraordinario contraste, la talla de las mujeres es la mas pequeña que en la América se conoce: muy raras son las que llegan á los cuatro pies y dos ó tres pulgadas: sus pies y manos se asemejan á los de una europea de nueve á diez años. Empero han sido indemnizadas por la naturaleza de esta que puede llamarse injusticia: su talle es elegante y esbelto; y sus ojos son negros y muy rasgados, llenos de modesta languidez. Sus párpados se inclinan con una especie de pudor voluptuoso: si no se las viese cuando hablan, creeria uno escuchar á unos niños que solo pudiesen articular voces medio formadas.

Las mujeres creeks trabajan menos que las

demas indianas: solo se ocupan en bordados, tintes y otras labores propias de su sexo. Los esclavos las evitan el cuidado de cultivar la tierra; sin embargo, ellas lo mismo que los guerreros ayudan á recoger la cosecha.

Los muscogulgos son célebres por la poesia y la música. La noche tercera de la fiesta del maiz nuevo, se reunen en la galeria del consejo, y se disputan el premio del canto. Consiste este premio en una rama verde de encina que á pluralidad de votos es adjudicada por Mico. Los helenos solicitaban con heróico empeño una rama de olivo. Las mujeres concurren y obtienen muchas veces el premio.

He aqui una de sus odas mas célebres:

CANCION DE LA CARNE BLANCA.

La Carne Blanca es oriunda de Virginia: era rica, y sus telas eran azules: poseia pólvora y veneno francés (1). La Carne Blanca vino á Tibeïma la Ykuesen (2).

—*Yo te amo*, dijo la Carne Blanca á la pintada jóven: cuando me acerco á tí siento cual se derrite la médula de mis huesos: mis ojos se turban.... yo me siento morir!....

La jóven pintada que amaba las riquezas de la

(1) Aguardiente.
(2) Cortesana.

Carne Blanca, respondió:—Déjame grabar mi nombre en tus labios: estrecha... estrecha tu seno con mi seno!

Tibeïma y la Carne Blanca edificaron entonces una cabaña. La Ykuesen disipó las grandes riquezas del estrangero, y le fue infiel. Esto llegó á noticia de la Carne Blanca; pero le fue imposible dejar de amar, y mendigaba de cabaña en cabaña los granos de maiz para alimentar á Tibeïma: cuando la Carne Blanca obtenia un poco de líquido fuego (1) lo bebia para olvidar su dolor.

Siempre enamorado de Tibeïma, y engañado por ella siempre, perdió su espíritu el hombre blanco, y echó á correr entre los bosques. El padre de la pintada jóven, ilustre sachem, echó á esta en cara su ingratitud; pero el corazon de una mujer que no ama es mas duro que el fruto que la papaya produce!.

Regresó á su cabaña la Carne Blanca: marchaba desnuda: su barba era larga y hérizada: estaban hundidos sus ojos, y sus labios eran pálidos. Sentóse sobre una estera el sin ventura, y en su propia cabaña, pidió la hospitalidad. El hombre blanco estaba hambriento y habiendo perdido la razon se creia niño, y creia que Tibeïma era su madre.

Tibeïma que habia adquirido nuevas riquezas de otro guerrero en la antigua cabaña de la Carne Blanca, miró con horror á aquel que habia amado, y lo arrojó fuera del umbral: sentose á la puerta el hombre blanco.... y murió: su cadáver quedó tendido sobre un monton de hojas. Tibeïma murió tambien. Cuando pregunta el siminol á quien pertenecen las ruinas de aquella cabaña, cubiertas hoy de maleza, nadie se atreve á contestar.

(1) Aguardiente.

Los españoles colocaron una fuente de Juvencio en los pintorescos desiertos de la Florida: ¿porque no habia yo de estar autorizado tambien para elegir aquellos mismos desiertos para pais de algunas otras ilusiones?

Veremos pronto en que han ido á parar los creeks, y la suerte que amenaza á este pueblo que con tanta velocidad caminaba hacia la civilizacion.

HURONES E IROQUESES.

REPUBLICA EN EL ESTADO DE LA NATURALEZA.

Asi como ofrecen los natchez el tipo del despotismo en el estado de la naturaleza, y los creeks el primer rudimento de la monarquia limitada; los hurones é iroqueses presentaban en el mismo estado de la naturaleza la forma de gobierno republicano. Tenian como los creeks ademas de la constitucion nacional propiamente dicha, una asamblea general representativa, y un pacto federativo.

El gobierno de los hurones diferia un poco del de los iroqueses. Despues del consejo de las tribus habia un gefe hereditario cuya sucesion se continuaba por las mujeres, lo mismo que entre los natchez; y cuando llegaba á estinguirse la línea de este gefe, la mas noble matrona de la tribu, elegia uno nuevo. La influencia de las mujeres debia ser muy considerable en una nacion en que tantos derechos daban la naturaleza y la política, y á esta influencia se atribuye por los historiadores una parte de las buenas y malas cualidades del huron.

En las asiáticas naciones las mujeres son esclavas, sin tener en el gobierno intervencion alguna; pero están encargadas de las atenciones domésticas, y se libertan por lo general de los mas rudos trabajos de la tierra.

En las naciones de orígen germánico eran libres las mujeres; pero permanecian separadas de los actos de la política, escepto de aquellos en que se trataba de la honra y del valor.

Por lo que respecta á las tribus del Norte de la América, las mujeres tomaban parte en los negocios del estado; pero se ocupaban en aquellos penosos trabajos que en la Europa civilizada estan destinados á los hombres. Esclavas y bestias de carga en los campos y en la caza, eran libres y reinas en las reuniones de la familia, asi como en los consejos de la nacion. Es menester subir hasta los galos para hallar en otra parte algo que se parezca á esta condicion de las mujeres en un pueblo.

Los iroqueses ó las cinco naciones (1), llamados *agausioni* en lengua algonquina, eran una colonia de los hurones, de los cuales se separaron en época desconocida, abandonando las orillas del rio Huron, y fijándose en la costa meridional del rio Hochelaga (san Lorenzo), no lejos del cabo Champlain. Tiempo adelante subieron hasta el lago Erie y las fuentes del rio de Albany.

Los iroqueses ofrecen un gran ejemplo del cambio que la opresion y la independencia pueden obrar en el carácter de los hombres. Despues de haberse separado de los hurones, se dedicaron á

(1) Seis, conforme á la division inglesa.

cultivar los campos, y se hicieron una nacion agrícola y pacífica de donde tomaron nombre los *Aganansioni.*

Sus vecinos los *adirondacos* de que hemos hecho los *algonquines*, pueblo guerrero y cazador, que estendia su dominacion sobre un inmenso pais, despreciaron á los hurones emigrantes, cuyas cosechas compraban. En una ocasion ocurrió que los algonquines convidaron á una cacería á algunos jóvenes iroqueses: estos se distinguieron tanto, que los asesinaron los envidiosos algonquines.

Los iroqueses corrieron á las armas; y habiendo sido batidos al principio, resolvieron perecer hasta el último de ellos, ó ser libres. Derrotaron á su turno á los algonquines, y estos se aliaron con los hurones de quienes traian su origen los iroqueses. En el momento en que mas encarnizados andaban estas querellas arribaron al Canadá primero Jacobo Castier, y despues Champlain. Los algonquines se reunieron á los estrangeros, y los iroqueses tuvieron que luchar contra los franceses, hurones y algonquines.

Poco tiempo despues llegaron á Manhata (New-York) los holandeses. Los iroqueses buscaron la amistad de aquellos nuevos europeos, adquirieron armas de fuego, que en poco tiempo supieron manejar con mas destreza que los mismos blancos: entre los pueblos civilizados no hay ejemplo de una guerra tan larga é implacable como la que por espacio de mas de tres siglos hicieron los iroqueses á lo hurones y algonquines. Estos fueron esterminados, y aquellos reducidos á una tribu refugiada bajo la proteccion del cañon de Québec. La misma colonia francesa del Canadá, en el momento de su-

cumbir á los ataques de los iroqueses, solo se salvó por un cálculo de la política de aquellos salvages estraordinarios (1).

Probable es que los indios del Norte-América fueron gobernados en un principio por reyes como los habitantes de Roma y Atenas, y que estas monarquias fueron cambiadas en aristocráticas repúblicas. En las principales poblaciones huronas é iroquesas, se encontraban algunas familias nobles, que ordinariamente eran tres. Estas familias formaban el tronco de las tres principales tribus, una de las cuales gozaba de cierta preminencia, cual era la de que los miembros de esta primer tribu se tratasen de *hermanos*, y de *primos* los de las otras dos.

Estas tres tribus llevaban el nombre de las tribus huronas: la tribu del corzo, la del lobo, y la de la tortuga que se dividia en dos, la de la grande y la de la pequeña tortuga.

El gobierno de este pueblo es sumamente complicado: compónese de tres consejos: el de los asistentes, el de los ancianos, y el de los guerreros en estado de hacer un servicio activo: es decir, del cuerpo entero de la nacion.

(1) Otras tradiciones, segun queda visto, consideran á los iroqueses como una de las columnas de aquella gran emigracion de los semi-lapas, procedentes de las costas del Océano Pacífico. Esta columna de iroqueses y hurones se supone que ahuyentaron á las poblaciones del norte del Canadá, entre las cuales se hallaban los algonquines, al propio tiempo que los indios delawares; mas al M. bajaron hasta el Atlántico, dispersando los pueblos primitivos establecidos al E. y al O. de los Aleghanys.

Cada familia enviaba un miembro nombrado por las mujeres al consejo de los asistentes: con frecuencia iba á este consejo una mujer que representaba á sus femeninos conmitentes. El consejo de los asistentes era consejo supremo: por manera que pertenecia á las mujeres el primer poder del estado: los hombres solo se consideraban respecto á las hembras como lugar-tenientes. Empero el consejo de los ancianos deliberaba en último estremo; y ante el se apelaba de los actos del de los asistentes.

Los iroqueses pensaron que no estaba bien ni era conveniente privarse del consejo, cuyo talento vivo, ingenioso y fecundo en recursos, sabe obrar y conmover el corazon humano; pero al mismo tiempo discurrieron que los acuerdos de un consejo de mujeres podrian ser apasionados, y quisieron que estos acuerdos fuesen moderados y templados por el juicio de los ancianos. El consejo de las mujeres se encontraba tambien entre nuestros padres los galos.

El segundo consejo, el de los ancianos, era como queda dicho, el moderador entre el de los asistentes, y el que constaba del cuerpo de los jóvenes guerreros.

Pero no todos los miembros de estos tres consejos tenian el derecho de usar de la palabra. Algunos oradores escojidos por cada tribu, trataban ante los consejos de los negocios del estado, para lo cual hacian un estudio particular de la política y de la elocuencia.

Esta costumbre que seria un obstáculo para la libertad en los pueblos civilizados de Europa, solo era una medida de órden entre los iroqueses. En-

tre estos pueblos no se sacrificaba la mas mínima parte de la libertad particular á la libertad general. Ningun miembro de los tres consejos se consideraba ligado individualmente por las deliberaciones de aquellos; sin embargo no habia ejemplo de que un guerrero hubiese rehusado someterse á ellas.

La nacion iroquesa estaba dividida en cinco cantones, los cuales eran independientes entre sí, y podian hacer separadamente la paz ó la guerra: en estos casos, los cantones neutros les ofrecian sus buenos oficios.

Los cinco cantones nombraban de cuando en cuando diputados que renovaban la alianza general. En esta dieta que se celebraba en medio de los bosques, se trataba de las grandes empresas que interesaban al honor y seguridad de toda la nacion. Cada diputado hacia una manifestacion relativa al canton que representaba, y con presencia de todas se deliberaba sobre los medios de asegurar la prosperidad general.

Los iroqueses eran tan célebres por la política como por las armas. Colocados entre ingleses y franceses, no tardaron á conocer la rivalidad de estos dos pueblos. Comprendieron que su amistad seria buscada por unos y otros, y se aliaron con los ingleses, á quienes no amaban, contra los franceses, á quienes estimaban, pero que se habian unido á los algonquines y hurones. Sin embargo, no querian el triunfo completo de ninguno de estos partidos estrangeros; y de aqui nace que estaban prontos á dispersar la colonia francesa del Canadá, cuando una órden del consejo de los sachems detuvo el ejército, y le hizo retirar: cuando

los franceses estaban á punto de conquistar la Nueva-Gersey, y arrojar de allí á los ingleses, hicieron los iroqueses marchar sus cinco naciones al socorro de estos, y los salvaron.

Nada mas que el lenguaje tiene de comun el iroqués con el huron: este alegre, ingenioso, versátil, de un valor brillante y temerario, y de elevada y elegante estatura, parecia haber nacido para ser aliado del francés.

Por el contrario, el iroques era de cuerpo fornido, de ancho pecho, de musculares piernas, y de brazos nerviosos. En sus grandes y redondos ojos brillaba la independencia: todo su aspecto era el de un héroe: veíanse resplandecer sobre su frente las combinaciones profundas de su pensamiento, y los elevados sentimientos de su espíritu. Aquel hombre intrépido no se manifestó admirado á la vista de las armas de fuego cuando por vez primera se usaron contra él: ni se alteró al silbido de las balas, ni al estrépito del cañon; parecia que estuviese acostumbrado á oir sus retumbos toda la vida. Tan pronto como pudo adquirir un mosquete se sirvió de él mejor que un europeo. No por eso abandonó la macana, el cuchillo, ni la flecha: lo que hizo fue añadir la carabina y la pistola al puñal, y á la hacha, como si todas las armas fuesen poco para que las pudiese abarcar su valor. Doblemente apertrechado con los mortíferos instrumentos europeos y americanos, adornada de plumas su cabeza recortadas las orejas, pintorreado el rostro con tinta negra, y tintos de sangre los brazos, el nuevo campeon del Mundo Nuevo, se hizo tan formidable á la vista, como en el combate en la costa que defendia palmo á palmo contra el invasor estrangero.

Los iroqueses hacian consistir la virtud en la educacion. Jamás tomaba asiento un jóven delante de un anciano: el respeto hácia la edad entre estos salvages, era igual al que Licurgo había inspirado á los Lacedemonios. Acostumbrábase á los jóvenes á toda clase de privaciones, asi como tambien á arrostrar los mayores peligros. Ayunos prolongados mandados por la política en nombre de la religion, cacerias peligrosas, ejercicio continuo de las armas, y juegos varoniles, habian comunicado al iroqués cierto carácter indomable. No era raro ver á dos niños que atándose juntos los brazos, ponian sobre ellos un carbon encendido, apostando á quien aguantaria el dolor por mas largo espacio de tiempo. Si cometia una jóven una falta, y su madre la arrojaba al rostro una poca de agua, bastaba esta única reprension para conducir á la jóven hasta el estremo de suicidarse.

El iroqués desprecia el dolor, lo mismo que la vida: un sachem de cien años arrostra las llamas de la hoguera, escita á sus enemigos á redoblar su crueldad, y los desafia á que le arranquen un gemido. Esta magnanimidad de la vejez no tiene mas objeto que el de dar un ejemplo á los jóvenes guerreros, y enseñarles á hacerse dignos de sus padres.

Todo en aquel pueblo tiene su sello de grandeza, su lengua, aspirada casi toda, admira al oido: cuando habla un iroqués parece oirse á un hombre que espresándose con esfuerzo, pasa sucesivamente de las mas graves, hasta las mas agudas entonaciones.

Tal era el iroques antes que sobre él se hu-

biese estendido la sombra y la destruccion de la civilizacion de Europa.

Aunque he dicho que el derecho civil y criminal eran casi desconocidos de los indios, el uso suplia á la ley en algunos puntos.

El asesinato que se redimia entre los francos por una satisfaccion pecuniaria proporcionada al estado de las personas, no se compensa entre los salvages sino con la muerte del asesino. En la Italia de la edad media, las familias respectivas tomaban la defensa de todo lo que concernia á sus miembros; y de aqui aquellas venganzas hereditarias cuando los familias enemigas eran poderosas.

En las poblaciones del Norte de la América, la familia del homicida no sale á su defensa; empero los parientes del difunto, miran como un deber el vengarlo. El criminal á quien la ley no amenaza, ni la naturaleza defiende, no encontrando asilo ni en los bosques donde los aliados del muerto le persiguen, ni en la tribus estrangeras que le entregarian, ni en su hogar doméstico que no le salvaria, llega á encontrarse en un estado tan miserable, que un tribunal vengador seria para él un bien; porque alli habria al menos una forma, un modo de absolver ó de condenar; pues si hiere la ley, tambien conserva como el tiempo que riega y siembra. El asesino indiano, cansado de una vida errante, y no hallando familia pública que le castigue, se pone entre las manos de una familia particular que le inmola: en defecto de la fuerza armada, el crímen conduce al criminal ante los pies del juez, y bajo los brazos del verdugo.

El homicidio involuntario se espia algunas ve-

ces con presentes: la ley era árbitra entre los abenaqueses: esponiase el cadáver sobre una especie de cañizo pendiente en el aire; y el asesino atado á un poste estaba condenado á tomar alimento, y pasar muchos dias en aquel patíbulo.

ESTADO ACTUAL DE LOS SALVAGES

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL.

Yo engañaria al lector si le presentase el cuadro de la América salvage como la fiel imágen ó el vivo retrato de lo que es en el dia. Lo que he pintado hasta aqui, mas es lo que fue que lo que existe: cierto es que se encuentran todavia en las tribus del Nuevo-Mundo muchos rasgos del carácter indiano, el conjunto en las costumbres, originalidad en los usos, y la forma primitiva de sus gobiernos; pero ha desaparecido el génio americano. Dicho ya lo pasado, debo completar mi obra tratando el cuadro de lo presente.

Si á pesar de las relaciones de los primeros navegantes y colonos que descubrieron y desmontaron la Lusitania, separásemos la Florida, la

Georgia, las dos Carolinas, la Virginia, el Maryland. Delaware, la Pensilvania, la Nueva-Gersey, la New-York, y todo lo que se llamó la Nueva-Inglaterra, la Acadia y el Canadá, no podria estimarse en menos de tres millones de individuos, la poblacion salvage comprendida entre el San Lorenzo y el Misisipi, en el nombre en que se descubrieron aquellos paises.

En el dia, la poblacion indiana de la América septentrional, no contando megicanos, ni esquimales, apenas llegará á 400,000 almas. El censo de los pueblos indígenas de aquella parte del Nuevo-Mundo, no se ha hecho todavia, y yo me propongo hacerlo. Muchos pueblos y muchas tribus faltarán á este llamamiento, pero yo como último historiador de estos pueblos, abriré su registro mortuorio.

En 1534, Cuando llegó á Canadá Juan Cartier, y en la época de la fundacion de Quebéc por Champlain en 1608, los algonquinos, los iroqueses, los hurones, con sus aliadas ó sujetas tribus; los echemines, suriqueses, bersiamitas, papinacletos, montañeses, atikamegos, nipisingos, temiscanimes, amikueses, cristineses, asinivoiles, puteotamises, nokaises, otchagras, y miamises ponian en corta diferencia sobre las armas 50,000 guerreros, lo cual supone en aquellos salvages, una poblacion de 200,000 almas. Si damos crédito á Laboutan, cada una de las cinco grandes poblaciones iroquesas encerraban 14,000 habitantes. Actualmente solo se encuentra en el Bajo Canadá sus aldeas de salvages convertidos: los hurones de Coreta, los abenaquises de San Francisco, los algonquines, los nipisingos, los iroqueses

del lago de los dos Montes, y los osuekatchies, débiles reliquias de muchas razas que no existen ya, y que recogidas por la religion, ofrecen la doble prueba del poder de esta para conservar y el de los hombres para destruir.

El resto de las cinco naciones iroquesas hállase enclavado en las posesiones inglesas y americanas y el número de todos los salvages que acabo de nombrar, llega cuando mas á 2500, á 3000 almas.

Los abenaquises que en 1587 ocupaban la Acadia (Nuevo Brunswick y Nueva-Escocia), los salvages del Maine que destruyeron todos los establecimientos de los blancos en 1675, y que continuaron sus devastaciones hasta 1748, las mismas hordas que hicieron sufrir igual suerte al Nuevo-Hampshire, los wamponoagos, los niponnocks, que dieron una especie de batalla ordenada á los ingleses, sitiaron á Hadley, y asaltaron á Brookfield en el Masachusets; los indios que en los mismos años 1673 y 1675 combatieron á los europeos, los pequots de Conecticut, los indios que negociaron la cesion de una parte de sus tierras con los estados de New-Fonk y Nueva Gersey, la Pensilvania, el Delaware, los pyscataway-sés del Maryland, las tribus que obedecian á Powhatan en la Virginia, los paraustises en las Carolinas, todos estos pueblos han desaparecido (1).

(1) La mayor parte de estos pueblos pertenecian á la gran nacion de los lenilenapes, cuyas dos principales ramas eran los iroqueses é iroqueses al N., y al M. los delawares.

De las naciones numerosas que Fernando de Soto encontró en las Floridas y bajo este nombre debe comprenderse todo lo que hoy forma los estados de la Georgia, Alabama, Misisipi, y Teneseo, no quedan ya sino los creeks, los cheroqueses y los chicaseses (1).

Los creeks cuyas antiguas costumbres dejo bosquejado, no podrian actualmente poner sobre las armas 2,000 guerreros. De los vastos paises que les pertenecian solo poseen unas 8,000 millas cuadradas en la Georgia, y otro tanto en Alabama. Los cheroqueses y chicaseses, reducidos á un puñado de hombres, habitan un rincon de los estados de Georgia y Teneseo; los últimos en las orillas del rio Hiwaseo.

Pero los creeks á pesar de su debilidad, pelearon como valientes con los americanos en 1813 y 1814. Los generales Jackson, White, Claybornne y Hoyd les causaron grandes pérdidas en Talladega, Hillades, Autoseës, Becanachaca, y sobre todo en Eutonopeka. Aquellos salvages habian hecho progresos notables en la civilizacion, especialmente en el arte de la guerra, empleando y manejando muy bien la artilleria. Hace algunos años juzgaron y ajusticiaron á uno de sus micos ó reyes, por haber vendido á los blancos unas tierras sin conocimiento del consejo nacional.

(1) Por lo que toca á la Florida puede consultarse la obra titulada *Vista de la Florida occidental que comprende en geografia, tipografia etc, seguida de un apéndice sobre sus antigüedades, los títulos de concesion de tierras y canales, y acompañada de un mapa de la costa, y los planos de Panzacola, y de la entrada del puerto.* Filadelfia 1817.

Los americanos codiciosos del rico territorio que aun habitan los muscogulgos y siminoles, han querido obligarlos á cedérselo por una suma, proponiéndoles transportarlos luego al Occidente del Misouri. El estado de Georgia pretendió haber comprado aquel territorio; el congreso americano puso algun obstáculo á esta pretension; pero tarde ó temprano los creeks, los cheroqueses y chicaseses, estrechados por la poblacion blanca del Misisipi, Teneseo, Alabama y Georgia, se verán precisados á optar entre el destierro y el esterminio.

Subiendo el Misisipi desde su embocadura hasta su confluencia en el Ohio, todos los salvages que habitaban aquellas dos riberas, los bilasis, los torimaes, los kapaes, los sutuis, los bayagoulas, los colapisas, los tausas, los natchez y los yazus, han desaparecido.

En el valle del Ohio las naciones errantes aun á lo largo de aquel rio y sus afluentes, se sublevaron en 1810 contra los americanos. Pusieron á su cabeza un agorero ó profeta que anunciaba la victoria mientras peleaba su hermano el famoso Thecumeseh. Tres mil salvages se habian reunido para recobrar la independencia: el general americano Harrison se dirigió contra ellos con un cuerpo de tropas, y los encontró el 6 de noviembre de 1811 en la confluencia de Tipacanoé y el Wabash: Los indios se portaron con el mayor denuedo; y su caudillo Thecumeseh desplegó una estraordinaria habilidad; sin embargo, fue vencido.

La guerra de 1812 entre americanos é ingleses, renovó las hostilidades en las fronteras del desierto: los salvages abrazaron casi todo el partido de los ingleses: Thecumeseh se habia pasado á su ser-

vicio; y el coronel Proctor, inglés, dirigia las operaciones. Algunas escenas de barbarie se verificaron en Cikago, y en los fuertes Meigs y Milden: el corazon del capitan Wells fue devorado en un banquete de carne humana. Pero acudió de nuevo el general Harrison, y derrotó á los salvages en la accion de Thames, donde murió Thecumeseh: el coronel Proctor debió la vida á la velocidad de su caballo.

Sentada la paz en 1814 entre la Inglaterra y los Estados-Unidos, quedaron definitivamente establecidos los límites de ambos imperios: los americanos aseguraron con una cadena de puestos militares su dominio sobre los salvages.

Desde la embocadura del Ohio hasta el salto de San Antonio en el Misisipi, se hallan sobre la costa occidental de este último rio los sankis, cuya poblacion asciende á 4,800 almas: los renardos á 1,600, los winebegos á 1,600, y los menomenos á 1,200. Todas estas tribus son subdivisiones de los ilineses.

Siguen despues los sius, de raza megicana, divididos en seis naciones; á saber: la primera habita parte del alto Misisipi: la segunda, tercera y cuarta, ocupan las costas del rio de San Pedro, y la sesta se estiende hácia el Misouri. La poblacion de estas seis naciones siusas se calcula en 45,000 almas.

Despues de los sius, aproximándose al Nuevo-Mégico, se hallan algunos restos de los osages, camas, octotatas, mactotatas, ajueses y panises.

Los asiboenes andan errantes bajo diversos nombres desde las fuentes septentrionales del Misouri hasta el gran rio Rojo, que desagua en la bahia de Hudson: su poblacion es de 25,000 almas.

Los cipowoises de raza algonquina, enemigos de los sius, cazan en número de 30 ó 40,000 guerreros en los desiertos que separan los grandes lagos del Canadá del Lago Winepic.

Tal es lo que de mas positivo sabemos á cerca de la poblacion de los salvages de América septentrional. Si á estas tribus conocidas se unen las menos frecuentadas que habitan mas allá de los Montes Roqueños, con dificultad se encontrarán los 400,000 individuos mencionados al principio de este empadronamiento. Algunos viajeros reducen á 100,000 almas la poblacion indiana de la parte de acá de los Montes Roqueños, y á 50,000 la de la parte de allá, incluso los salvages de California.

Las poblaciones salvages acosadas por las europeas hácia el NE. de América septentrional, vienen por un singular destino á espirar en la misma costa en que desembarcaron en desconocidos siglos para tomar posesion de la América. En la lengua iroquesa se dan los indios el nombre de *hombres de siempre*, *ongue-onne*. Pero estos *hombres de siempre* han pasado; y el estrangero solo dejará, bien pronto, á los herederos legítimos de todo un mundo, la tierra de su sepulcro.

Las causas de esta despoblacion son evidentes el uso de los licores fuertes, los vicios, las enfermedades, las guerras que hemos multiplicado nosotros entre los indios, han precipitado la destruccion de aquellos pueblos; pero es de todo punto falso que el estado social introduciéndose en las selvas haya rica causa eficiente de semejante destruccion.

El *salvage* no era el indio: la civilizacion europea, no obró sobre el *estado puro de la naturaleza*, sino sobre la *civilizacion americana comenzada*:

si nada hubiera encontrado, algo hubiera creado; pero halló costumbres y las destruyó; porque siendo mas fuerte, pensó que no debia adoptarlas.

Preguntar que hubiera sido de los americanos si su mundo hubiese escapado del alcance de las velas de nuestros navegantes, seria una pregunta inútil; pero que tal vez daria márgen á una curiosa discusion. ¿Hubieran perecido en silencio como esas naciones mas adelantadas en las artes que segun todas las probabilidades, florecieron en otros tiempos en las regiones que riega el Ohio, el Muskiugum, el Teneseo, el Misisipi inferior y el Tumbecbee?

Prescindiendo por un instante de los grandes principios del cristianismo, sin tomar en cuenta los intereses de la Europa, un espíritu filosófico podria desear que los pueblos del Nuevo-Mundo hubiesen tenido tiempo para desarrollarse fuera del círculo de nuestras instituciones.

Nosotros nos vemos reducidos en todas partes á las formas rancias de una civilizacion envejecida (no hablo de las poblaciones del Asia, reprimidas hace 4,000 años por su despotismo que constituye un estado de infancia). Entre los salvages del Canadá, de la Nueva Inglaterra, las Floridas se han encontrado rudimentos de todas las costumbres y todas las leyes de los griegos, hebreos y romanos. Una civilizacion de naturaleza diferente de la nuestra, hubiera podido reproducir los hombres de la antigüedad, ó hacer brotar desconocidas luces de una fuente ignorada aun. ¿Quién sabe si un dia hubieramos visto arribar á nuestras costas algun Colon americano, que viniese á descubrir el antiguo mundo?

La degradacion de las costumbres indianas ha marchado á la par con la despoblacion de las tribus. Se han embrollado mas y mas las tradicciones religiosas: la instruccion esparcida en un principio por los misioneros del Canadá, mezcló ideas estrañas con las ideas nativas de los indígenas, y de aquí nace que al través de fábulas groseras se perciban hoy desfiguradas las mas cristianas creencias. La mayor parte de los salvages, se adornan con cruces, y los mercaderes protestantes les venden ahora lo que les daban los misioneros católicos. Digamos en honor de nuestra patria, y gloria de nuestra religion, que los indios se habian unido estrechamente á los franceses; que los lloran todavia, y que una *túnica* negra (misionero) es todavia objeto de veneracion en las americanas selvas. Si los ingleses en sus guerras con los Estados-Unidos, han visto alistarse á los salvages bajo la bandera británica, es porque los ingleses de Quebec tienen aun entre ellos algunos descendientes de los franceses, y ocupan el pais que gobernó Ononthio (1). El salvage continúa amándonos en el suelo que hemos pisado, en la tierra de que fuimos los primeros huéspedes, y en que dejamos los sepulcros: sirviendo á los nuevos poseedores del Canadá permanece fiel á la Francia en medio de sus enemigos.

He aqui lo que puede leerse en un viaje reciente á las fuentes del Misisipi. La autoridad de este pasage es tanto mas respetable, cuanto que en otro lugar de su obra se detiene el autor de

(1) La *Gran* Montaña. Nombre que daban los salvages á los gobernadores franceses de Canadá.

propósito para declamar contra los jesuitas de nuestros dias.

«Debe decirse en honor de la verdad que los misioneros franceses se han distinguido en todas partes por un ejemplar y conforme á su estado. Su buena fe religiosa, su apostólica caridad, su paciencia heróica, su alejamiento del fanatismo y del rigor, colocan en aquellas regiones algunas épocas edificantes en los fastos del cristianismo, y al paso que la memoria de los Vilde y de los Vadilla, será objeto de execracion para todos los corazones verdaderamente cristianos, los de Daniel, Brebeuf etc. jamas perdieron la veneracion que la historia de las misiones y de los descubrimientos les consagra con tan justo título. De aqui la predileccion con que los salvages miran á los franceses: predileccion que les inspira naturalmente su alma, metida con las tradiciones que sus padres dejaron en favor de los primeros apóstoles del Canadá, entonces llamado Nueva-Francia.»(1)

Esto confirma lo que yo he escrito en otro tiempo en favor de las misiones del Canadá. El brillante carácter del valor francés, nuestro desinteres, nuestra jovialidad, nuestro genio emprendedor, simpatizaban con el genio de los indios: pero tambien es menester convenir en que la religion católica es mas propia que el culto protestante para la educacion del salvage.

Cuando comenzó el cristianismo en medio de un mundo civilizado, y de los espectáculos del paganismo, fue sencillo en su esterior, austero en su moral, metafísico en sus argumentos; porque

(1) Viage de Beltrani, 1823.

se trataba de arrancar del error á unos pueblos seducidos por los sentidos, ó estraviados por sistemas de filosofía; y cuando pasó de las delicias de Roma, y de las escuelas de Atenas á los bosques de la Germania, se rodeó de pompas y de imágenes para interesar á la sencillez de los bárbaros. Los gobiernos protestantes de la América, se han ocupado poco en la civilizacion de los salvages: solo han tratado de traficar con ellos, y el comercio que aumenta la civilizacion en los pueblos civilizados ya, en que la inteligencia ha prevalecido sobre las costumbres, solo produce la corrupcion en los pueblos, en que las costumbres son superiores á la inteligencia. La religion es evidentemente la ley primitiva: los padres Joques, Lallemand y Brebeuf eran unos legisladores de especie muy distinta que los traficantes ingleses y americanos.

Asi como se embrollaron las ideas religiosas de los salvages, asi se alteraron tambien las instituciones públicas de aquellos pueblos por la corrupcion de los europeos. Los resortes del gobierno indiano eran muy sutiles y delicados, y no los habia consolidado el tiempo; la política estrangera los destruyó fácilmente cuando llegó á tocarlos. Aquellos consejos diversos, equilibrando sus autoridades respectivas, aquellos contrapesos formados por los asistentes, los sachems, las matronas, los jóvenes guerreros; toda aquella máquina se ha desordenado: nuestros presentes y nuestros vicios, nuestras armas han comprado, muerto ó corrompido á todos los personages de que se componian aquellos diversos poderes.

Las tribus indianas se gobiernan sencillamente

hoy dia por un solo gefe: las que están confederadas se reunen algunas veces en dietas generales; pero como no existe ninguna ley que determine el modo de celebrar estas asambleas, casi siempre sin haber dictado ningun decreto, conocen su nulidad y sienten el desaliento que acompaña á la debilidad.

Otra causa ha contribuido tambien á degradar al gobierno de los salvages. El establecimiento de los destacamentos militares ingleses y americanos en medio de los bosques, donde un comandante se constituye protector de los indios en el desierto; por medio de algunos regalos hace comparecer á las tribus delante de sí; se declara su padre, y el enviado de uno de los *tres mundos blancos*: los salvages designan asi á los españoles, franceses é ingleses. El comandante hace saber á los *hijos rojos* que va á fijar tales límites, á demostrar tal terreno, etc. El salvage llega al fin á creer que no es el verdadero poseedor de la tierra: ve que se dispone sin su beneplácito, se acostumbra á mirarse como de una especie inferior al blanco, y consiente en recibir órdenes, en cazar y pelear para sus amos. ¿Qué necesidad hay de gobernar cuando solamente se sabe obedecer?

Natural es que los hábitos y las costumbres se hayan alterado con la religion y le política, y que se haya perdido todo á la vez.

Cuando los europeos penetraron en América, los salvages comian y vestian del producto de su caza, y no hacian entre sí ningun negocio. Pero bien pronto les enseñaron los estrangeros á trocarles por armas, licores fuertes, utensilios domésticos, trages y paños bastos. Algunos franceses á

quienes llamaban *corredores de bosque*, acompañaban al principio á los indios en sus escursiones. Formáronse poco á poco compañias de comercio, que colocaron puntos marcados en medio de los desiertos. Perseguidos por la codicia europea, y por la corrupcion de los pueblos civilizados hasta en lo mas oculto de sus bosques, los indios cambian en aquellos almacenes, ricas peleterias por objetos de poco valor, pero que han venido á ser para ellos artículos de primera necesidad. No solo trafican con la caza recogida, sinó que disponen de la que han de hacer á la manera que se vende una cosecha pendiente.

Estas anticipaciones que los traficantes conceden, cargan de deudas á los indios, quienes sufren entonces todas las calamidades del hombre pobre de nuestras ciudades, y toda la penuria del salvage. Sus cacerias cuyos resultados procuran exagerar, se transforman en una insoportable fatiga. Llevan á ellas á sus mujeres, y estas infelices empleadas en todo el servicio del campo, tiran de los carretones, buscan las reses muertas, curten las pieles y curan las carnes. Cargadas de pesados fardos llevan ademas sus hijuelos al pecho ó á la espalda, y si estan embarazadas, y próximas al parto, para apresurar este y volver antes al trabajo, aplican el vientre á una barra de madera que se eleva á algunos pies del suelo, y dejando caer las piernas y la cabeza, dan á luz á una desventurada criatura en todo el dolor de la maldicion:

¡In dolore paries filios!

Por manera que la civilizacion que se introdu-

jo por medio del comercio en las tribus americanas, en vez de desarrollar su inteligencia, no hizo mas que embrutecerlas. El indio se hizo pérfido, interesado, embustero y disoluto: su cabaña pasó á ser el receptáculo de inmundicias. Cuando marchaba desnudo ó cubierto de pieles de fieras, tenia algo de altivo y grande; empero ahora los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, le sirven únicamente para atestiguar su miseria: ya no es un salvage en los bosques; es un mendigo á la puerta de una tienda.

Por otra parte del comercio de los aventureros europeos, y las mujeres salvages, se ha formado una especie de pueblo mestizo. Estos hombres á quien en razon de su color les dan el nombre de *madera quemada*, son agentes de negocios, ó corredores de cambio entre aquellos pueblos de donde traen su orígen; y hablando á la vez la lengua de sus padres, intérpretes de los traficantes y de los indios, tienen los vicios de una y otra raza. Aquellos bastardos de la naturaleza civilizada y de la salvage naturaleza, se venden alternativamente á los americanos é ingleses, para facilitar á estos el monopolio de la peleteria; alimentan las rivalidades de las compañias inglesas de la bahia de Hudson, del NO. y de las compañias americanas *Fur Colombian American company*, *Missouri's fur company*, y otros: tambien hacen ellos mismos cacerias, por cuenta de los traficantes, y con cazadores asalariados por las compañias.

En semejantes casos ofrece la caza un espectáculo nuevo y muy diverso del que presentan las indianas cazerias. Los hombres marchan á caballo: hay furgones que llevan provisiones y ropas de

abrigo; y las mujeres y los niños van en unos carritos tirados por perros. Estos perros, tan útiles en los paises septentrionales, son una carga para sus amos, quienes no pudiendo mantenerlos durante el verano, los ponen á pension en casas destinadas á esta industria. Los hambrientos animales se salen algunas veces de la perrera; y no pudiendo ir á cazar, marchan á pescar: lánzanse en los rios, y cogen los pezes hasta en lo mas profundo de las aguas.

La Europa carece de noticias de esa gran guerra de la América que ha dado un pueblo libre al mundo. Se ignora que se ha derramado sangre por los miserables intereses de algunos traficantes de peleteria. La compañia de la bahia de Hudson, vendió en 1811 á lord Selkirk un vasto territorio á las orillas del rio Rojo: el establecimiento se hizo en 1812. La compañia del NO., ó del Canadá, lo vió con envidia y desconfianza: aliadas ambas compañias á diversas tribus indianas, y ayudadas por los maderas quemadas, vinieron á las manos. Esta guerra doméstica, que fue muy sangrienta, se verificaba en los helados desiertos de la bahia de Hudson: la colonia de lord Selkirk fue destruida en junio de 1815, precisamente en el momento en que se daba la batalla de Waterloo. En ambos teatros tan diferentes por el esplendor y por la oscuridad, eran las mismas las desgracias de la especie humana. Agotadas las fuerzas de ambas compañias conocieron estas que era mejor unirse que despedazarse; y hoy de consuno, dirigen sus operaciones por el O. hasta Colombia, y por el N. hasta los rios que desembocan en el mar polar.

Reasumiendo, las naciones mas belicosas de la América septentrional, no han conservado de su raza mas que la lengua y el trage; y aun este muy alterado: han aprendido un poco á cultivar la tierra y criar ganados. El salvage del Canadá, ha pasado á ser pastor oscuro de famoso guerrero, especie estraordinaria de pastor que apacienta las yeguas armado de una macana, y los carneros, con el arco y las flechas. Filipo, el sucesor de Alejandro pasó á morir á Roma, en clase de notario: el iroques canta y baila en Paris por algunas monedas: no debe tenerse en cuenta el dia siguiente al de la gloria.

Triste era la idea que me perseguia al trazar este cuadro de un mundo salvage, hablando contínuamente del Canadá y de la Luisiana, al ver en los antiguos mapas la estension de las antiguas colonias francesas. ¿Cómo, me preguntaba yo; cómo se ha verificado este cambio? ¿De que modo el gobierno de mi pais ha dejado perder unas colonias que hoy serian para nosotros un inagotable manantial de prosperidad?

Desde la Acadia y Canadá, hasta le Luisiana, desde la embocadura del San Lorenzo hasta la del Misisipi, el territorio de la Nueva-Francia, circundaba lo que formó en su origen la confederacion de los trece primeros Estados-Unidos. Los otros once, el distrito de Colombia, los territorios de Michigan, NO. del Misouri, Oregon y Arkausa nos pertenecian y los poseimos aun, asi como hoy los poseen los Estados-Unidos por los ingleses y los españoles, que fueron nuestros primeros herederos en el Canadá y en la Luisiana.

Tomemos un punto de partida entre los 43 y

44º de latitud N. sobre el Atlántico, en el cabo de Arena de la Nueva-Escocia, Acadia en otro tiempo: fijado este punto, tiremos una línea que pase detras de los primeros Estados-Unidos, el Manie, Vernôn, New-York, Pensilvania, Virginia, Carolina y Georgia; dirijamos esta línea por el Teneseo á buscar el Misisipi, y de aqui el Oregon por el territorio de Arkausa: hagámosla cruzar por los montes Roqueños hasta terminar en la punta de San Jorge, sobre la costa del Océano Pacífico hácia los 42º de latitud N.; el inmenso territorio comprendido entre esta linea, el mar Atlántico al NE., el mar Polar al N., el Océano y las posesiones rusas al NO., al M. el golfo mejicano; es decir, mas de los dos tercios de la América septentrional, acatarian las leyes de la Francia.

¿Y que hubiera sucedido si estas colonias hubiesen permanecido todavia en nuestro poder en el momento de la emancipacion de los Estados-Unidos? Hubiérase verificado esta emancipacion? Hubiérala anticipado ó retardado nuestra presencia en el continente americano? La misma Nueva-Francia se hubiera hecho independiente? ¿Y por qué nó? ¿Que mal hubiera podido ser para la madre patria ver florecer un inmenso imperio que habia salido de su seno, un imperio que estenderia en otro hemisferio la gloria de nuestro idioma y de nuestro nombre?

Mas allá de los mares, poseiamos vastos paises, los cuales podrian ofrecer un asilo al escedente de nuestra poblacion, un mercado considerable á nuestro comercio, y un alimento á nuestra marina: ahora nos vemos obligados á sepultar en nuestras cárceles á los criminales sen-

tenciados por los tribunales, por no tener un rincon de tierra donde confinar á estos desgraciados. Nos vemos escluidos de la posesion del nuevo universo en que renace el género humano. Las lenguas española é inglesa sirven en Africa, en Asia en las islas del mar del Sur, y en el continente de las dos Américas para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres: al paso que nosotros desheredados de las conquistas de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oimos hablar en algunas poblaciones de la Luisiana y del Canadá, dominadas por un poder estrangero, la lengua de Racine, de Colbert y de Luis XIV, que solo queda ya en aquellos paises como un testimonio de los reveses de nuestra fortuna, y de los errores de nuestra política. La Francia, pues, ha desaparecido de la América septentrional, como aquellas tribus indianas, con las que simpatizaba, y de las cuales he descubierto algunas ruinas.

Mas ¿qué es lo que ha sucedido en aquella América del Norte despues de haberla recorrido yo? Esto es lo que me resta decir. Para satisfacer á los lectores, ofreceré ante sus miradas en la conclusion de esta obra un cuadro admirable en que aprenderán lo que la libertad puede hacer por la felicidad y dignidad de los hombres cuando se separa de las ideas religiosas, y cuando á un mismo tiempo es inteligente y santa.

CONCLUSION.

ESTADOS-UNIDOS.

Si volviese yo en estos tiempos á visitar los Estados-Unidos, creo que no los conoceria. Allí donde dejé bosques, encontraria cultivados campos: donde me abrí una senda á través de la maleza, viajaria por anchurosos caminos. El Misisipi, el Misouri y el Ohio, no discurren ya entre las soledades: soberbios navíos de tres puentes los remontan, y vivifican sus riberas mas de doscientos buques de vapor. En los Natchez, en lugar de la choza de Celuta se alza una hermosa ciudad de cerca de mil habitantes. Chactas podria ser hoy diputado en el parlamento, y dirigirse á la habitacion de Atala por dos caminos, uno de los cua-

les conduce á Saint-Etiene, sobre el Tumbeco-bee, y el otro á los Natchitoches: un libro de posta le indicaria las doce paradas: Washington, Franklin, Homochitt, etc.

El Alabama y el Teneseo están divididos, el primero en treinta y tres condados que comprenden veintiuna ciudades; y el segundo en cuarenta y ocho ciudades. Algunas de estas como Cahawba capital de Alabama, conservan su denominacion salvage; pero estan rodeadas de otras apellidadas diversamente: entre los muscogulgos, siminoles, cheroqueses y chicaseses, se encuentra una ciudad de Atenas, otra de Maraton, una de Menfis, y otra de Esparta. Allí está Florencia y Hapmden, asi como los condados de Colombia y de Marengo: la gloria de todos los paises ha colocado un nombre en aquellos mismos desiertos en que yo encontré al P. Aubry, y á la oscura Atala.

El Kentuky muestra un Versalles, un condado llamado *Borbon* tiene á Paris por capital. Todos los desterrados, todos los oprimidos que se han retirado á la América han llevado á aquellas el renombre de su pais.

. . . . Falsi Simoentis ad undan
Libabat cineri Andromache.

El seno de los Estados-Unidos, ofrece, pues bajo la proteccion de la libertad, una imágen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigua y de la moderna Europa, asi como aquel jardin de la campaña de Roma donde habia hecho repetir Adriano los diversos monumentos de su imperio. Pero debe notarse que

apenas hay un condado en que no se encuentre una ciudad, un pueblo, ó una aldea que no lleve el nombre de Washington: tierna conformidad del reconocimiento de un pueblo.

El Ohio riega actualmente cuatro estados: el Kentuky, el Ohio propiamente dicho, y el Ilinés; los cuales envian al parlamento treinta diputados, y ocho senadores: la Virginia y el Teneseo confinan por dos puntos con el Ohio, el cual cuenta en sus orillas ciento ochenta y un condados y doscientas ocho ciudades. Un canal abierto en el punto en que se dividen sus cascadas, que quedará concluido dentro de tres años, hará navegable este rio hasta Pittsburgo para los buques de alto bordo.

Treinta y tres caminos espaciosos salen de Washington, como de Roma partian las vias romanas, y llegan en direcciones diversas á todos los estremos de los Estados-Unidos. Por manera que desde Washington se va á Dover en el Delaware: á la Providencia en el Rhode Islandia; á Robbinstown en el distrito del Main, frontera de los estados británicos en el N.: á Concordia; á Mompeller, en el Connecticut: á Albany, y de alli á Montréal y Quebec; al Havre de Sackets, junto al lago Ontarío: al salto y fuerte del Niágara por Pittsburgo: al estrecho, y al Michillinachinac, junto al lago Erié; por San Luis sobre el Misisipi á Concile-Bluffs del Misouri; á la Nueva-Orleans, y á la embocadura del Misisipi por los Natchez: por último, á Charlestown, á Savannah y á San Agustin, formando el todo una circulacion interior de caminos de 25,747 millas.

Por los puntos donde se comunican estos caminos, se echa de ver que recorren terrenos incultos

hace poco, y actualmente habitados y cultivados. En muchos de estos caminos se hallan establecidas casas y caballos de posta: carruajes públicos trasladan á los viajeros de uno á otro punto á módicos precios. Para dirigirse al Ohio ó al salto del Niágara, se toma ahora la diligencia, asi como en otro tiempo se buscaba un guia ó un indio intrépido. A los caminos principales se reunen ramales de comunicacion, provistos tambien de medios de trasporte que son dobles por lo general, porque como se encuentran á cada paso y por todas partes lagos y rios, por todas partes se puede viajar en buques de remo, vela y vapor.

Los últimos hacen regulares viajes de Boston y de New-York á Nueva-Orleans: hállanse establecidos tambien en el lago del Canadá, en el Ontario, en el Erié Michigau y Chanyclain: en aquellos lagos donde treinta años atras se veian apenas algunas piraguas de salvages, se traban actualmente combates navales entre navios de línea.

Los buques de vapor en los Estados-Unidos, no solo sirven para las necesidades de los viajeros y del comercio, sino que tambien son empleados para la defensa del pais: algunos de ellos de inmensa dimension, colocados en las embocaduras de los rios, armados de cañones y de agua hirviendo, se asemejan á la vez, tanto á ciudadelas modernas, como á fortalezas de la edad media.

A las 25,747 millas de caminos generales, debe añadirse la estension de 419 caminos cantonales, y la de 58,137 millas de rutas por agua. Los canales multiplican el número de estas últimas: el canal de Midlesex une el puerto de Boston con el rio Merrimack; el de Champlain hace comunicar

este lago con los mares del Canadá: el famoso canal Erié ó de New-York une ahora el lago Erié con el Atlántico: los canales de Saute, Chesapeake y Albemarne se deben á los estados de la Carolina y Virginia: y como los anchos rios que corren en varias direcciones se aproximan en sus nacimientos, es muy facil reunirlos entre sí: ya se conocen cinco caminos para dirigirse al Océano Pácifico; y solo uno de ellos cruza por el territorio español.

Una ley de las cámaras votada en la legislatura de 1824 á 1825, dispone el establecimiento en Oregon de un puesto militar: de este modo los americanos que poseen en la Colombia algun establecimiento, penetran hasta el grande Océano entre las Américas inglesas, rusa y española, por una zona de tierra de 6º de ancho con corta diferencia.

Empero la colonizacion tiene un límite natural. La frontera de los bosques acaba al O. y al N. del Misouri, en unas inmensas llanuras donde no aparece ni un árbol siquiera, y que parece se nieguen al cultivo, aunque cubiertas de abundantes yerbas. Aquella Arabia de esmeralda sirve de tránsito á los colonos que en caravanas marchan á los montes Roqueños y al Nuevo-Méjico; y separa del Atlántico de los Estados-Unidos de los del mar del S, como aquellos desiertos que separaban fértiles regiones en el Antiguo-Mundo. Un americano propuso abrir á sus costas un gran camino de hierro desde San Luis del Misisipi hasta la embocadura de Colombia, con tal de que por el parlamento se le concedieran diez millas de terreno á cada lado del camino. Pero no fue adoptado este gigantesco proyecto.

En 1789 habia en los Estados-Unidos 75 administraciones de correos: en el dia hay mas de 5000.

Desde 1790 á 1795 subió el número de estas administraciones de 75 á 453: en 1800 llegaban á 903; en 1805 á 1558; en 1810 á 2300; en 1815 á 3000; en 1817 á 3459; en 1820 á 4030; y en 1825 á cerca de 5500.

Los pliegos y cartas se transportan en sillas de posta que corren cerca de 150 millas por dia; y por medio de caballos y correos de á pie.

Desde Auson, en el estado del Maine, á Nashaville en el Teneseo, se estiende, pasando por Washington, una línea de postas de 1448 millas: otra de 1369 une á Highgate en el Vermont, con Santa María en Georgia. Desde Washington á Pittsburgo se hallan establecidas paradas de posta en una distancia de 226 millas, y pronto se establecerán hasta San Luis del Misisipi, por Vincennes, y hasta por Nashville, Lexington y Kentucky. Las posadas son buenas y limpias; y algunas de ellas escelentes.

En los estados del Ohio y de Indiana, en el territorio de Michigan, del Misouri y de las Arkausas, en los estados de la Luisiana, del Misisipi y de la Alabama, hay establecidas oficinas para la venta de los terrenos públicos. Se opina que todavia quedan mas de 150 millones de acres de tierra propia para el cultivo, sin contar el suelo de los grandes bosques; y el valor de estos 150 millones de acres se estima en unos 1500 millones de dollares, calculando el valor de los acres á diez dollares uno con otro, no dando á cada dollar mas valor que el de unos tres francos. El cálculo es sumamente moderado bajo todos conceptos.

En los estados del Norte se hallan 25 puestos militares; y 22 en los del Mediodia.

En el año de 1790 ascendia la poblacion de los Estados-Unidos á 3.929,326 habitantes: en 1800 se componia de 5.305,666: en 1810, de 7.239,903; en 1820 de 9.609,827. A esta poblacion es necesario añadir 1.531,436 esclavos.

En 1790, el Ohio, la Indiana, el Ilines, el Alabama, Misisipi y Misouri, no tenian bastantes colonos para poder hacer un empadronamiento; y en 1800 solo el Kentucky presentaba 73,677, y el Teneseo 35,691. El Ohio, desierto en 1790; 45,365 en 1800, 230,760, en 1810, y 581,434 en 1820. El Alabama subió desde 1810 hasta 1820, de 10,000 habitantes á 127,901.

Por manera que la poblacion de los Estados-Unidos se ha aumentado de diez en diez años desde 1790 á 1820, en la proporcion de 35 p ⅌.

Seis años han transcurrido ya desde los diez que se completaron en 1830, época en que se presume que la poblacion de los Estados-Unidos con corta diferencia, será de unos 12.875,000 almas: la parte del Ohio tendrá unos 850,000 habitantes, y la Kentucky 750,000.

Si continuase doblándose la poblacion cada 25 años, tendrian los Estados-Unidos en 1855 unos 25.750,000 habitantes; y 25 años mas adelante, esto es, en 1880, ascenderia á 50 millones esta poblacion.

El producto de las esportaciones de los productos indígenas y estrangeros de los Estados-Unidos, ascendió en 1821 á la suma de 64.974,382 dollares: en el mismo año se elevaron las rentas públicas á 14.264.000 dollares; el escedente de la

recaudacion sobre el gasto fueron 3.334,826 dollares. Ademas en el propio año se redujo la deuda pública á 89.204,236 dollares.

El ejército ha ascendido algunas veces á 100,000 hombres, 11 navios de línea, 9 fragatas, y 50 buques de guerra de diferentes portes: tal es la marina de los Estados-Unidos.

Inútil es hablar de las constituciones de los diversos estados; baste saber que todos son libres.

No hay ninguna religion dominante: supónese que cada ciudadano profesa el culto cristiano: la religion católica progresa en los estados del O.

Suponiendo, como yo lo creo, que los resúmenes estadísticos publicados en los Estados-Unidos hayan sido exagerados por el orgullo nacional, seria aun digna de admiracion la prosperidad que se evidenciaria.

Para concluir tan sorprendente cuadro, es menester representarse las ciudades como Boston, New-York, Filadelfia, Baltimore, Sabanah y Nueva-Orleans, iluminadas durante la noche, llenas de caballos y carruajes, ofreciendo todos los goces introducidos en sus puertos por millares de buques: necesario es representarse aquellos lagos del Canadá, tan solitarios hace poco, cubiertos actualmente de fragatas, corvetas, cuters, barcas y vapores, los cuales se cruzan con las piraguas y canoas de los indios, como los navios de alto bordo y las galeras, se cruzan con los pingües, caiques y chalupas en las aguas del Bósforo. Templos y casas embellecidas con columnas de arquitectura griega, se alzan en el seno de aquellos bosques, y á la orilla de aquellos rios, únicos ornamentos del desierto.

Añádense á esto, vastos colegios, científicos observatorios, erigidos en la mansion de la ignorancia salvage; todas las religiones, todas las opiniones viviendo en paz, y trabajando de consuno en el mejoramiento de la especie humana y desarrollo de su inteligencia; tales son los prodigios de la ibertad.

El abate Reinal habia ofrecido un premio al que resolviese esta cuestion:

«¿Cuál será la influencia que sobre el Mundo-Antiguo, tenga el descubrimiento del Nuevo-Mundo?»

Los escritores se perdieron en *cálculos* relativos á la esportacion é importacion de metales á la despoblacion de la España, al aumento del comercio, y perfeccion de la marina; pero nadie, que yo sepa, buscó la influencia del descubrimiento de la América sobre la Europa, en el establecimiento de las repúblicas americanas. Nunca se veia otra cosa mas que las antiguas monarquias tales como eran, en corta diferencia; la sociedad estacionaria, y el entendimiento humano, sin acceso ni retroceso, ni se tenia la menor idea de la revolucion que se ha obrado en las ideas durante el espacio de 40 años.

El mas precioso tesoro que el seno de la América encerraba, era la libertad: todos los pueblos fueron llamados á beneficiar aquella inagotable mina. El descubrimiento de la república representativa en los Estados-Unidos es uno de los mayores acontecimientos políticos del mundo. Este acontecimiento ha justificado, como ya he dicho en otra parte, que hay dos especies de libertad practicables: pertenece la una á la infancia de los

pueblos, siendo hija de las costumbres y de la virtud: tal fue la de los primeros griegos y romanos, como tambien la de los salvages de América. La otra nace de la vejez de los pueblos, y es hija de las luces y de la razon: tal es la libertad de los Estados-Unidos, digna sucesora de la libertad de los indios. ¡Afortunado pais que en el espacio de menos de tres siglos ha pasado de la una á la otra libertad casi sin esfuerzo, y por medio de una lucha que apenas ha contado ocho años de duracion!

Pero conservará la América su última especie de libertad? No se dividirán los Estados-Unidos? No se notan ya los gérmenes de esta division? No ha sostenido ya su representante de la Virginia la tesis de la antigua libertad griega y romana con el sistema de esclavitud, contra un diputado del Massachusets, que defendia la causa de la libertad moderna sin esclavos, tal como el Cristianismo la ha creado?

Los estados del O., estendiéndose mas y mas, y sobrado apartados de los del Atlántico, no querrán tener un gobierno independiente?

Por último, son hombres perfectos los americanos? ¿no tienen sus vicios como los demas hombres? ¿son moralmente superiores á los ingleses de que traen su orígen? ¿Esta emigracion estrangera que sin cesar fluye á sus pueblos desde todos los puntos de la Europa, ¿no destruirá tiempo adelante la homogeneidad de su raza? ¿no les dominará el espíritu mercantil? no comienza ya el interés á ser su dominante defecto nacional?

Por otra parte, es menester decirlo con dolor: el establecimiento de las repúblicas de Mégico, Co-

lombia, Perú, Chile y Buenos-Aires, es muy peligroso para los Estados-Unidos. Cesando estos solo tenian cerca de sí las colonias de un reino transatlántico, no era probable guerra alguna. Ahora: ¿no nacerán rivalidades entre las repúblicas antiguas de la América septentrional y las de igual clase de la América española? ¿No renunciarán estas á la alianza con las potencias europeas? Si corriesen á las armas uno y otro pueblo, si el espíritu militar se apoderase de los Estados-Uuidos, podria alzarse un gran capitan: la gloria ama las coronas; los soldados no son otra cosa mas que unos brillantes fabricantes de cadenas; y la libertad no está segura de conservar su patrimonio bajo la tutela de la victoria.

Con todo, cualquiera que sea el porvenir, la libertad no desaparece jamás completamente del suelo americano: en esto debe notarse una de las grandes ventajas de la libertad, hija de las luces, sobre la libertad hija de las costumbres.

La libertad hija de las costumbres, perece cuando se altera su principio; la naturaleza de las costumbres se deteriora fácilmente á impulso del tiempo.

La libertad hija de las costumbres, comienza antes que el despotismo en los dias de oscuridad y de pobreza; yendo á perderse en el despotismo en sus dias de lujo y esplendor.

La libertad hija de las luces brilla despues de las edades de la opresion y de la corrupcion: ella marcha con el principio que la renueva y que la conserva: las luces, de que es efecto, lejos de debilitarse con el tiempo, como las costumbres que producen la primera libertad, se fortifican,

por el contrario, por el tiempo: jamás abandonan la libertad que han producido; y marchando siempre al lado de esta libertad, son á un mismo tiempo la virtud generativa, y la fuente inagotable de su prosperidad.

En fin, los Estados-Unidos, cuentan con una salvaguardia más: su poblacion no ocupa siquiera una décima octava parte de su territorio. América habita aun en la soledad: todavia, y durante largo tiempo, sus costumbres nacerán de sus desiertos, mientras que sus luces constituirán su libertad.

¡Quién pudiera decir otro tanto de las repúblicas españolas de la América! Estas son independientes, hallándose separadas de Europa. Este es un hecho consumado, sin duda es un hecho inmenso en sus resultados; empero de él no se deriva precisa é inmediatamente la libertad.

REPÚBLICAS ESPAÑOLAS.

Al sublevarse la América inglesa contra la Gran Bretaña, su posicion era muy diversa á la en que hoy se encuentra la América española. Las colonias que formaron los Estados-Unidos habian sido pobladas en diferentes épocas por algunos ingleses descontentos de su pais natal, del cual se alejaban para gozar de la libertad civil y religiosa. Los que se establecieron principalmente en la Nueva Inglaterra, pertenecian á aquella secta republicana, famosa bajo el reinado del segundo Estuardo.

Conservóse el odio hácia la monarquía en el crudo clima del Massachusets, Nuevo Nampshire, y Maine. Cuando estalló la revolucion en Boston, puede decirse que no era una nueva revolucion, sino la misma de 1649 que volvia á aparecer despues de un aplazamiento de poco mas de un siglo, y que iban á ejecutar los descendientes de los puritanos de Cronwell. Si el mismo Cronwell, que embarcado ya para la Nueva Inglaterra, se vió precisado á desembarcar, hubiese pasado á América, hubiera permanecido oscuro, pero sus hijos hubieran gozado de aquella libertad republicana que buscó en un crímen, y que no le dió mas que un trono.

Algunos soldados realistas hechos prisioneros en el campo de batalla, vendidos como esclavos por la faccion parlamentaria, y que Cárlos II no se cuidó de rescatar, dejaron tambien en la América septentrional hijos indiferentes á la causa de los reyes.

Los colonos de los Estados-Unidos como ingleses, estaban ya acostumbrados á la discusion pública de los intereses del pueblo, á los derechos del ciudadano, al lenguaje y formas del gobierno constitucional: hallábanse instruidos en las artes, ciencias y letras, y participaban de todas las luces de la madre patria. Gozaban de la institucion del jurado, y ademas tenian en todos sus establecimientos cartas constitucionales que arreglaban su gobierno y administracion. Fundábanse estas cartas en tan generosos principios, que todavia sirven de constituciones particulares á los diferentes Estados-Unidos. De todos estos hechos resulta que los Estados-Unidos, no cambiaron propiamente de exis-

tencia en el momento de su revolucion: un congreso americano sustituyó á un parlamento inglés: ocupó un presidente el lugar del monarca; la cadena del feudalismo fue reemplazada por el federalista vínculo, y en fin, la casualidad hizo que se encontrase un grande hombre capaz de estrechar este vínculo.

¿Se asemejan los herederos de Pizarro y de Hernan Cortés á los hijos de los *hermanos* de Penn y á los hijos de los independientes? ¿Habíanse educado en la antigua España en la escuela de la libertad? ¿En su antiguo pais habian encontrado las instituciones, la enseñanza, las luces y los ejemplos que preparan á un pueblo para su gobierno constitucional? ¿Tenian cartas políticas en aquellas colonias sometidas á la autoridad militar, en donde la miseria se sentaba cubierta de harapos sobre las minas de oro? ¿No llevó la España al Nuevo-Mundo religion, costumbres, ideas, principios y preocupaciones? Una poblacion católica sometida á un clero numeroso, rico y potente, una poblacion formada de una mezcla de 2.937,000 blancos; 5.518,000 negros, mulatos, libres ó esclavos y 7.530,000 indios: una poblacion dividida en clase noble y pechera: una poblacion diseminada en inmensas selvas, en una infinita variedad de climas en ambas Américas, y á lo largo de las costas de los Océanos; una poblacion casi sin relaciones nacionales, y sin intereses comunes, ¿no puede ser tan propia para las instituciones democráticas como la poblacion homogénea, sin distincion de ramos, y protestantes en las tres cuartas partes y media, de los diez millones de ciudadanos de los Estados-Unidos?. La instruccion es general, en las

repúblicas españolas no sabe leer casi la totalidad de la poblacion: el párroco es el sabio de los lugares, pero estos lugares son muy raros, y para ir de una á otra ciudad, se gastan tres ó cuatro meses. La guerra ha desvastado villas y ciudades, no hay caminos ni canales; los inmensos rios que un dia conducirán la civilizacion hasta las partes mas recónditas y remotas de aquellas regiones, no riegan mas que desiertos todavia.

De todos aquellos negros, indios y europeos ha resultado una poblacion mista adormecida en la suave esclavitud que estableciendo quiera que reinan las costumbres españolas. En la Colombia existe una raza hija del indio y del africano: su instinto no pasa del deseo de vivir y servir; habiéndose proclamado el principio de la libertad de los esclavos, todos estos quisieron permanecer sumisos en la casa de sus amos.

En alguna de aquellas colonias olvidadas por la España, hallábanse sus habitantes oprimidos por unos déspotas raquíticos llamados gobernadores, introduciéndose la mayor corrupcion en las costumbres. Muy comun era encontrar algunos eclesiásticos, rodeados de una familia, cuyo orígen no ocultaban, y se ha conocido un habitante que hacia una especulacion comercial con las negras, enriqueciéndose, vendiendo los hijos que producia su propia cohabitacion con aquellas.

Las formas democráticas eran tan ignoradas, y tan estraño era en aquellos paises la palabra república, que sin un volúmen de la historia de Rollin, no se hubiera sabido en el Paraguay qué cosa era un dictador, cónsules y senado. En Guatemala formaron la constitucion dos ó tres jóve-

nes estrangeros; y en unas naciones en que la educacion política está tan atrasada, la libertad corre peligro siempre.

En Mégico las clases superiores son instruidas y distinguidas; pero como aquella república carece de puertos, la poblacion general no está en contacto con las luces europeas.

Por el contrario la Colombia, merced á la escelente disposicion de sus rios, tiene mas comunicaciones en el estrangero; ademas ha producido un nombre muy notable. Pero ¿será cierto que un soldado generoso pueda tan facilmente dar la libertad? ¿cómo podria establecer la esclavitud? La fuerza no reemplaza al tiempo: cuando falta á un pueblo la primer educacion política, esta educacion solo puede ser obra de los años. Poco medraria la libertad á la sombra de la dictadura; siempre habria que temer que una prolongada dictadura, inspirase al que la habia egercido el gusto y la predisposicion hácia la perpétua arbitrariedad. En este caso se comete un círculo vicioso: en la república de la América central existe la guerra civil.

Las repúblicas de Chile y de Bolivia, se han visto asoladas por las revoluciones: colocadas en el Océano Pacífico, parece que se hallan escluidas de la mas civilizada parte del mundo (1).

Buenos-Aires tiene los incovenientes de su latitud; porque es sobrado cierto que la tempera-

(1) En el momento que escribo, anuncian los papeles públicos de todas opiniones políticas, las revueltas, divisiones y bancarrotas realizadas en aquellas diversas repúblicas.

tura de tal ó cual region puede ser un obstáculo para la marcha y desarrollo del gobierno popular. Un pais en que las fuerzas físicas del hombre se hallan abatidas por el ardor del sol; donde es menester esconderse durante el dia, y permanecer casi sin movimiento, tendido sobre una estera; un pais de semejante naturaleza, no es apropósito para las deliberaciones del foro. No se necesita exagerar absolutamente nada la influencia de los climas: en un mismo punto de las Zonas templadas, se han visto alternativamente pueblos libres y esclavos; mas abajo, en el círculo y bajo la línea, hay incontestables exigencias de clima, que deben producir efectos permanentes. Por esta sola necesidad siempre serán poderosos los negros, si ya no llegan á ser señores en la América meridional.

Subleváronse los Estados-Unidos por si mismos, despues de haberse relajado el yugo, y por amor á la independencia; y cuando hubieron quebrantado sus cadenas, hallaron en sí mismos suficientes luces para gobernarse. Una civilizacion muy adelantada, una educacion política que ya contaba larga fecha, y una industria desarrollada, los elevaron al grado de prosperidad en que los vemos hoy, sin que para ello necesitasen recurrir al dinero ni á la inteligencia estrangera.

En las repúblicas españolas concurren hechos completamente diversos.

Aunque pobremente administradas por la madre patria, el primer movimiento de aquellas colonias, mas bien fue el resultado de un impulso estrangero que el instinto de la libertad. La guerra de la revolucion francesa fue quien la produjo.

Los ingleses que desde el reinado de Isabel no habian apartado la vista de las Américas españolas, dirigieron sobre Buenos-Aires en 1804 una espedicion que se estrelló contra el valor de un solo francés; el capitan Liniers.

Hallábase entonces reducida la cuestion, respecto á las colonias españolas, á saber si seguirian la política del gabinete español aliado entonces de Bonaparte, ó si mirando esta alianza como forzada y contra la naturaleza, se separarian del *gobierno español* para conservarse al *rey de España.*

Desde 1790 habia ya comenzado Miranda á tratar con la Inglaterra el negocio de la emancipacion; negociaciones que volvieron á establecerse en 1797, 1801, 1804, y 1807, en cuya época se estaba preparando en Corck una gran espedicion para Costa-Firme. Por último, en 1809 se arrojó Miranda en las colonias españolas; y aun cuando su espedicion no le fue ventajosa, tomó consistencia la insurrecion de Venezuela, y la estendió Bolivar.

En esta época ya habia cambiado la cuestion para las colonias, lo mismo que para Inglaterra: habíase levantado la España contra Bonaparte; habíase inaugurado el régimen constitucional en Cadiz bajo la direccion de las córtes, y estas ideas de libertad, se habian comunicado necesariamente á la América por la autoridad de las mismas cortes.

La Inglaterra por su parte no podia atacar ya ostensiblemente á las colonias españolas; pues el rey de España que se hallaba prisionero en Francia, era entonces su aliado; asi es que publicó

algunos bills dirigidos á prohibir á los vasallos de S. M. B. llevasen socorros á los americanos; pero al mismo tiempo, seis ó siete mil hombres alistados, á pesar de los bills diplomáticos, se dirigieron á sostener la insurreccion de Colombia.

Vuelta España á su antiguo gobierno despues de la restauracion de Fernando, cometió grandes faltas: el gobierno constitucional, restablecido por la insurreccion de las tropas de la Isla de Leon, no se mostró mas hábil: las córtes todavia fueron menos favorables que el gobierno absoluto para la emancipacion de las colonias españolas. Bolivar con su actividad y con sus victorias acabó de destruir unos lazos que no se habia tratado de romper en un principio: los ingleses que se hallaban en Colombia, Mégico, Perú y Chile, con lord Cochrane, reconocieron al fin públicamente lo que en gran parte era su obra por mas que hubiera sido ejecutada con reserva.

Vemos, pues, que las colonias españolas, no han sido, como los Estados-Unidos, impulsadas á la emancipacion por un principio de libertad: que este principio no tuvo al comenzar las revueltas, aquella vitalidad y energia que anuncia la voluntad firme de las naciones. Un impulso venido del esterior, intereses políticos y acontecimientos complicados en estremo, tal es lo que se distingue á primera vista. Separábanse las colonias de la España, porque la España estaba invadida; despues se daban instituciones asi cual las córtes las daban á la madre patria; por último, nada de razonable se les proponia, y no quisieron volver al antiguo yugo. Aun hay mas: el oro y las especulaciones de los estrangeros propendian tambien á

arrebatarles lo que podia quedar de nativo y nacional á su libertad.

De 1822 á 1826, se habian hecho en Inglaterra diez empréstitos para las colonias españolas, los cuales ascendian á la suma de 20.978,000 libras esterlinas. Estos empréstitos se habian contratado uno con otro al 75 por ⅌. Descontáronse despues sobre ellos dos años de intereses al 6 p⅌, y luego se retuvieron 7.000,000 de libras esterlinas por cuenta importante de varios artículos suministrados. Por manera que ajustadas cuentas, desembolsó la Inglaterra una suma real y efectiva de 7.000,000 de libras esterlinas: ó sean 175.000,000 de francos. Pero las repúblicas españolas tienen sobre sí una deuda de 20.970,000 libras esterlinas.

Agregáronse á tan escesivos empréstitos, esa multitud de asociaciones ó compañias destinadas á esplotar las minas, pescar perlas, abrir canales y caminos, y desmontar los terrenos de aquel Nuevo-Mundo que parecia descubierto por la vez primera. Llegaron estas compañias en número de 29, y el capital nominal de las sumas en ellas impuestas, á 14.767,500 libras esterlinas. Los suscritores solo realizaron una cuarta parte de esta suma; y por consiguiente deben añadirse 3,000,000 de libras esterlinas ó sean 75.000,000 de francos, á los 7.000,000 de libras esterlinas, ó 175.000,000 de francos que importaron los empréstitos. Todo lo cual forma la suma de 250.000,000 de francos adelantados por la Inglaterra á las colonias españolas, y por las cuales repite una suma nominal de 35.745,500 de libras esterlinas tanto de los gobiernos como de los particulares.

La Inglaterra tiene vice-cónsules en las mas

pequeñas bahías, cónsules en los puertos de alguna importancia, y cónsules generales, y ministros plenipotenciarios en Mégico y Colombia. Todo el pais está infestado de casas de comercio inglesas, de comisionistas viajeros ingleses, agentes de compañias inglesas para el laboreo de las minas, mineralogistas y militares ingleses, y proveedores y colonos ingleses á quienes han sido vendidas tierras á tres chelines el acre. Flota el pabellon inglés en todas las costas del Atlántico, asi como en el mar del S.; todos los rios navegables están cuajados de barcos cargados de los productos de las fábricas inglesas, ó del cambio de este producto; paquebotes suministrados por el almirantazgo parten todos los meses de la Gran-Bretaña en dias señalados, cuyo rumbo está marcado para los diversos puntos de las colonias españolas. En una palabra, la accion mas estraordinaria, la vida y el movimiento mas incansable, se agita en aquellas colonias á impulso, casi esclusivo, casi absoluto, de la voluntad inglesa.

Fatales, empero, fueron y son las consecuencias de tan inmoderadas empresas: numerosas quiebras han venido á destruir las esperanzas mejor fundadas de los agiotistas; el pueblo en muchas partes ha destrozado las máquinas para la esplotacion de las minas; y estas despues de ser vendidas no han llegado á ser encontradas. Entabláronse infinitos pleitos entre los negociantes-américo-españoles, y negóciantes ingleses; entre los gobiernos se han suscitado tambien cuestiones distintas con relacion á los empréstitos.

De todos estos hechos resulta que las antiguas colonias españolas en el momento de su emanci-

pacion, se transformaron en una especie de colonias inglesas. Los nuevos señores no son amados, porque no se ama á los señores; y en general el orgullo británico humilla á los mismos á quienes protege; pero no es menos cierto que esta especie de supremacia estrangera, comprime en las repúblicas españolas el desarrollo del génio nacional.

La independencia de los Estados-Unidos no se combinó con tan diversos intereses: la Inglaterra no habia sufrido como la España una invasion y una revolucion política, mientras que sus colonias se separaban de ella. Los Estados-Unidos fueron socorridos militarmente por la Francia, que los trató como aliados, y estuvieron muy lejos de llegar á ser por medio de una serie de empréstitos, intrigas y especulaciones, los deudores y el mercado del estrangero.

Por último, la independencia de las colonias españolas no ha sido reconocida por la madre patria; y esa resistencia pasiva del gabinete de Madrid, tiene mucha mas fuerza y produce mayores inconvenientes de los que pueden imaginarse. El derecho es un poder que hace vacilar por mucho tiempo al hecho, aun cuando los acontecimientos no sean favorables al derecho: lo ha probado nuestra restauracion. Si la Inglaterra sin hacer la guerra á los Estados-Unidos se hubiese contentado con no reconocer su independencia ¿serian lo que hoy son los Estados-Unidos?

Cuantos mas obstáculos hayan encontrado y encuentren todavia las repúblicas españolas en la nueva carrera que van recorriendo, mas mérito tendrán en superarlos. Aquellos paises encierran en sus vastos límites todos los elementos de la pros-

peridad: clima y suelos variados, bosques para marina, puertos para los buques, y un doble Océano que les franquea el comercio del mundo. La naturaleza ha prodigado todos sus bienes á aquellas repúblicas: todo es rico en el interior y esterior de la tierra que ocupan: los rios fecundizan la superficie de aquella tierra, y el oro fertiliza su seno. La América española, pues, tiene delante un porvenir de ventura; pero decirla que puede alcanzarle sin esfuerzos, seria alucinarla; seria adormecerla en una seguridad engañosa. Los aduladores de los pueblos son tan peligrosos como los aduladores de los reyes. Cuando se crea una utopia, no se toma en cuenta lo pasado, ni la historia, ni los hechos, ni las costumbres, ni el carácter, ni las preocupaciones; y encantado el que la imagina con sus propias ilusiones, no se precave contra los acontecimientos, y echa á perder los mas bellos destinos.

He espuesto con franqueza las dificultades que pueden embarazar la libertad de las repúblicas españolas: ahora debo indicar igualmente las garantias de su independencia.

Por de pronto la influencia del clima y la falta de caminos y de cultura, harian infructuosos los esfuerzos que se intentasen para conquistar aquellas repúblicas. Podria ocuparse por un momento el litoral; pero seria imposible adelantar en el interior.

La Colombia no tiene ya en su territorio españoles propiamente dichos: llámanles *godos*, y han perecido ó han sido espulsados. En Mégico se acaban de tomar medidas contra los naturales de la antigua madre patria.

Todo el clero de la Colombia es americano; mu-

chos sacerdotes por una infraccion culpable de la disciplina eclesiástica, son padres de familia como los demas ciudadanos, y ni siquiera usan el trage propio de su estado. Semejante situacion de cosas es ciertamente poco favorable á las costumbres; pero de ello resulta al mismo tiempo, que el clero á pesar de ser católico, teme que se establezcan relaciones mas íntimas con la corte romana, y favorece la emancipacion. Los regulares en las revueltas, mas bien han sido soldados que religiosos. Veinte años de revolucion han creado derechos, propiedades y empleos que no será fácil destruir; y la nueva generacion, nacida en el curso de la revolucion de las colonias, está nutrida en el amor á la independencia. En otro tiempo se lisonjeaba la España de que el sol no se ponia en sus estados; ahora esperamos que la libertad no deje ya de ilustrar á los hombres.

¿Pero esta libertad podria haberse establecido en la América española por un medio mas fácil y seguro que el que se ha empleado? ¿Podria establecerse por ese medio que aplicado en tiempo útil, cuando nada habian decidido aun los acontecimientos, hubiera hecho desaparecer una multitud de obstáculos? Creo que sí.

Segun creo hubieran ganado mucho las colonias españolas en fundar monarquias constitucionales. La monarquia representativa es en mi concepto, un gobierno muy superior al gobierno republicano, pues destruye las pretensiones individuales al poder ejecutivo, combinando el órden con la libertad.

Creo tambien que la monarquia representativa, se adopta mas al carácter español y al esta-

do de las personas y de las cosas en un pais en que domina la gran propiedad territorial; en que el número de europeos es pequeño, y muy considerable al de los indios y negros: en un pais, en fin, en que está en uso la esclavitud, donde la religion católica es la creencia del estado, y donde las clases del pueblo carecen completamente de instruccion.

Las colonias españolas, independientes de su madre patria, y formadas en grandes monarquias representativas, hubieran completado su educacion política al abrigo de las tempestades que aun pueden trastornar las nacientes repúblicas. Un pueblo que de repente sale de la esclavitud y se precipita en la libertad, puede caer facilmente en la anarquia, y la anarquia casi produce siempre el despotismo.

Sin duda se me dirá; si existia un sistema propio para precaver estas divisiones, tú subiste al poder, y te contentaste con desear la paz, la felicidad y la libertad de la América española: en este caso ¿por qué te limitaste á hacer estériles votos?

Aqui debo decir anticipadamente algo de lo que escribo en mis memorias: debo hacer una confesion:

Cuando Fernando VII quedó libre en Cádiz, y Luis XVIII escribió al monarca español para empeñarle á que diese á sus pueblos un gobierno libre, creí terminada mi mision; y tuve el pensamiento de resignar en el rey la cartera de negocios estrangeros, suplicando á S. M. la confiase al virtuoso duque de Montmorency. ¡Cuantos cuidados me hubiera evitado este paso! ¡Cuantas divi-

siones hubiera podido ahorrar á la opinion pública! No hubieran dado entonces la amistad y el poder un triste ejemplo. Coronado con el éxito de mis empresas hubiera dejado el ministerio del modo mas brillante, para entregarme al reposo el resto de mis dias.

Los intereses de estas colonias españolas de que acabo de hablar, son los que han producido el último fuego de mi caprichosa fortuna. Puedo decir que me he sacrificado á la esperanza de asegurar el reposo y la independencia de un gran pueblo. Cuando yo pensaba en retirarme, estaban muy adelantadas algunas negociaciones del mayor interés: yo las habia entablado, y poseia todos los pormenores: habíame formado un plan que creia útil á ambos mundos, y me lisonjeaba de haber sentado una base, sobre la cual podrian colocarse á la vez los derechos de las naciones, el interés de mi pátria y el de los otros paises. No puedo esplicar los detalles de este plan, bien se comprenderá la razon.

En la diplomácia, un proyecto concebido, no es un proyecto ejecutado: los gobiernos tienen sus rutinas y su marcha: se necesita paciencia; porque no se toman por asalto los gabinetes estrangeros, como tomaba ciudades el Delfin; la política no camina tan veloz como marcha la gloria delante de nuestros soldados. Yo resistiendo desgraciadamente á mi primera inspiracion, permanecí en el ministerio para terminar mi obra. Creí que habiéndola preparado la conoceria mejor que mi sucesor; y temí tambien que mi cartera no fuese entregada á Mr. de Montmorency, pasando á manos de algun otro ministro que adoptase tal vez un sistema rancio relativamente á las colonias espa-

ñolas. En fin, me dejé seducir con la idea de unir mi nombre de la segunda América, sin comprometer esta misma libertad en las colonias emancipadas, y sin esponer en los estados de Europa el principio monárquico.

Persuadido de la benevolencia de todos los gabinetes de Europa, á escepcion de uno solo, no desesperaba de vencer la resistencia que me oponia en la Inglaterra el hombre de Estado que acababa de morir: resistencia que nacia menos de él, que del mal entendido interés mercantil de su nacion. Tal vez conocerá el porvenir la correspondencia particular mantenida con motivo de este gran objeto entre mi ilustre amigo y yo. Hallándose encadenado todo en los destinos de un hombre, posible es que Mr. Caning, asociándose á algunos estraños proyectos, poco diferentes de los suyos propios, hubiese encontrado mas tranquilidad y evitado las inquietudes políticas que fatigaron sus últimos dias. Los talentos se apresuraron á desaparecer, y va organizándose una pequeña Europa á gusto de la mediania: para llegar á las generaciones nuevas, será indispensable que atravesemos un desierto.

De todos modos yo esperaba que la administracion de que era miembro, me dejaria acabar un edificio que solo podia darle honor; y tenia la sencillez de creer que cuando los negocios de un ministerio me llevaban á ocuparme en el estrangero, no me lanzaban en el camino que otro ocupaba ya: miraba los cielos como un astrólogo, y dí conmigo en el fondo de una sima. La Inglaterra aplaudió mi caida: verdad es que teniamos guarnicion en Cádiz bajo la bandera blanca, y que la emanci-

pacion monárquica de las colonias españolas por la generosa influencia del gefe de los Borbones, hubiera elevado á la Francia al mas alto grado de gloria y esplendor.

Tal fue el sueño postrero de mi edad madura: creíame en América, y desperté en Europa. Falta decir de qué modo regresé en otro tiempo de esta misma América, despues de haber contemplado desvanecido tambien, el sueño primero de mi florida juventud.

FIN DEL VIAJE.

Despues de haber penetrado y discurrido al acaso de una en otra floresta, me habia aproximado á los desmontes americanos. Una tarde descubrí á la orilla de un rio una granja formada de troncos, en la cual solicité una hospitalidad que me fue concedida desde luego.

Sobrevino la noche: alli no habia mas luz que la que producia la lumbre del fogon. Sentéme en un rincon de la cocina; y mientras que mi huéspeda preparaba la cena, me entretenia leyendo, al resplandor opaco de la lumbre, bajando muchísimo la cabeza, un diario inglés que encontré en el suelo. En él llamaron mi atencion unas letras muy gruesas, que decian estas palabras:

FLIGHT OF THE KING (1).

Era la relacion de la evasion de Luis XVI, y del arresto en Versalles del desventurado monarca. El periódico referia asi bien los progresos de la

(1) Fuga del rey.

emigracion, y la reunion de casi todos los oficiales del ejército bajo la bandera de los príncipes franceses. Entonces creí oir la voz del honor y abandoné mis proyectos.

De retorno á Filadelfia me embarqué y fuí arrojado por una tempestad en el término de diez y nueve dias, sobre las costas de Francia. Casi naufragué en las islas de Guernesey y Origny. Tomé tierra en el Havre, y en el mes de julio de 1792 emigré en compañía de mi hermano. Hallábase en campaña el ejército de los príncipes, y sin la mediacion de mi desgraciado primo Armando de Chateaubriand, no hubiera podido conseguir que se me recibiese. En vano decia yo que acababa de llegar sin otro objeto desde la catarata del Niágara: nada querian oir, y estuve á punto de batirme para obtener el honor de llevar á cuestas una mochila. Mis camaradas los oficiales del ejército de Navarra, formaban una compañía en el campo de los príncipes; pero yo entré en una de las compañías bretonas: lo que me aconteció despues puede verse en el nuevo prólogo que encabeza mi *Ensayo histórico.*

De esta suerte lo que creí un deber, trastornó los primeros designios que habia concebido, y produjo la primera de aquellas peripecias que han caracterizado mi carrera. Ciertamente los Borbones, no necesitaban que un muchacho de Bretaña volviese de Ultramar para ofrecerles su insignificante adhesion; asi como no tuvieron necesidad de sus servicios cuando salió de la oscuridad. Si continuando mi viaje, hubiera con el candil de mi huéspeda prendido fuego al periódico que cambió mis destinos, nadie hubiera echado de ver mi ausencia, porque todos ignoraban que yo existiese. Un

simple altercado entre mi conciencia y yo me hizo volver al teatro del mundo; porque aun cuando hubiera podido hacer con seguridad lo que mejor me pareciese, como que era el único testigo de la disputa; este testigo es precisamente el que yo mas respeto en el mundo, y ante cuyos ojos me seria mas terrible verme precisado á ruborizarme.

Pero ¿por qué causa las soledades del Erie y del Ontorio aparecen hoy á mi pensamiento con mas atractivos que el espectáculo espléndido del Bósforo?

Porque en la época de mi viaje á los Estados-Unidos, yo estaba lleno de ilusiones: las revueltas de la Francia comenzaron al mismo tiempo que mi vida; y nada se hallaba aun completo en mi, como ni tampoco en mi pais. La memoria de aquellos dias es grata á mi corazon porque solo me recuerda la inocencia de los sentimientos inspirados por mi familia, y por los sencillos placeres de la juventud.

Mas adelante; despues de quince ó diez seis años, al acontecer mi segundo viaje, se habia consumado la revolucion: ya no se alimentaba de ilusiones mi corazon; mis recuerdos cuyo orígen estribaba en la sociedad, habian perdido todo su candor, y su inocencia toda. Burlado en mis dos peregrinaciones, me habia sido imposible descubrir el paso del NO: no habia conseguido adquirir entre los bosques la gloria que buscaba en ellos: habíala dejado asentada sobre las ruinas de Atenas.

Partiendo á América como viajero, y regresando á Europa para ser soldado, no llegué al cabo de la una ni de la otra carrera: un genio enemigo de mi bien arrebató el báculo y la espada de

entre mis manos, para colocar en ellas la pluma. Cuando en Esparta contemplaba el espacio durante la noche (1), recordaba los paises que habian contemplado ya mi tranquilo ó mi agitado sueño: en los caminos de la Alemania como entre los matorrales de la Inglaterra, asi en los campos de la Italia como en los mares y en las selvas del Canadá, habian saludado mi cabeza y admirado mi alma las mismas estrellas que veian brillar mis ojos sobre la patria de Menelao y de Elena. Pero ¿de qué me ha servido quejarme á los astros, testigos inmóviles é impasibles de mi destino errante? Ay!.. llegará un dia en que sus fulgores no se fatiguen en alumbrar mis noches, ni seguir mis pasos: ellos descansarán cual yo, fijados sobre mi tumba! Mientras tanto, mirando con indiferencia mi porvenir, no pediré á esos malignos astros que se inclinen hácia mí con influencia mas ó menos benéfica, ni desearé que me restituyan la parte de vida que el viajero abandona en los terrenos que visita!

(1) Itinerario.

FIN DEL VIAJE A AMERICA.

INDICE.

		PAGS.
Advertencia de la edicion de 1827.		V
Prólogo.		VII
Introduccion.		LXXI
Viaje á América.		1
	Los Onondagas.	21
	Lagos del Canadá.	38
	Diario sin fecha.	45
	Noticia descriptiva de algunos sitios en el interior de las Floridas.	73
Historia	natural.	89
	Castor.	89
	Oso.	96
	Ciervo.	97
	Alce.	97
	Bisonte.	98
	Fuina.	100
	Zorra.	100
	Lobo.	101

PAGS.

Raton de almizcle. 101
Carcajú 102
Aves. 103
Peces. 103
Serpientes. 103
Arboles y plantas. 105
Abejas. 106
Costumbres de los salvages. 109
Casamientos, hijos y funerales. . 110
Cosechas, fiestas, recoleccion del azúcar de arce, pescas, bailes y juegos. 127
Cosechas. 127
Fiestas. 128
Recoleccion del azúcar de arce. 135
Pesquerias 138
Bailes. 141
Juegos. 143
Año: division, régimen del tiempo, y calendario natural. 149
Año. 149
Division del tiempo. 149
Calendario natural. 151
Medicina. 153
Lenguas indígenas. 161
Caza. 173
La guerra. 189
Religion. 221
Gobierno. 231
Los natchez. 231
Los muscogulgos. 242
Hurones é iroqueses. 252

PAGS.

Estado actual de los salvages de la América septentrional. 263
Conclusion. 281
Estados-Unidos. 281
Repúblicas españolas. 292
Fin del Viaje. 309

50
5
5
14
5
51
130

17
3
51

10
51
14
3
80

PERDIDO.

TRADA CON 50 RIQUISIMAS LAMINAS DIBUJADAS

, EDITORES,

UMEROS 18 Y 20.

840-3
CHA
ia